



ENTONCES,
ME BESÓ

Gei



Entonces, me besó

Gei

Entonces, me besó © 2016 Gei
Todos los derechos reservados
Safe Creative # 1609259270593

A mi mamá, gracias.

Índice

[Nota de la autora](#)

[Alejo](#)

[Damien](#)

[Alejo](#)

[Damien](#)

[Alejo](#)

[Damien](#)

[Alejo](#)

[Damien](#)

[Alejo](#)

[Damien](#)

[Damien](#)

[Alejo](#)

[Damien](#)

[Alejo](#)

[Damien](#)

[Alejo](#)

[Damien](#)

[Alejo](#)

[Alejo](#)

[Damien](#)

[Alejo](#)

[Damien](#)

[Alejo](#)

[Damien](#)

[Alejo](#)

[Damien](#)

[Alejo](#)

[Damien](#)

[Damien](#)

[Alejo](#)

[Damien](#)

[Alejo](#)

[Damien](#)

[Damien](#)

[Alejo](#)

[Damien](#)

[Alejo](#)

[Damien](#)

[Alejo](#)

[Alejo](#)

[Damien](#)

[Alejo](#)

[Damien](#)

[Eplifogo](#)

[Notas](#)

[Glosario](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)

[Otra obra del autor](#)

Nota de la autora

Entonces, me besó transcurre en su totalidad en Argentina. Sus protagonistas hablan, piensan y sienten como lo hacemos nosotros.

Encontrarás el uso del vos, nuestra particular forma de acentuar palabras y algo más: los protagonistas son jóvenes de entre dieciocho y veinte años, por lo que se suma el léxico propio de la edad.

Al final de esta obra, agrego un breve glosario con algunas terminologías que le pueden llegar a ser ajenas y difíciles de comprender incluso en el contexto.

Espero disfrutes de la historia.

Buena lectura.

Alejo

Estoy sentado con la nariz a pocos centímetros del monitor. Escucho una voz que me habla detrás y asiento. Debe ser Emanuel, mi compañero de departamento.

Me dice algo más y vuelvo a asentir. Y así por buen rato.

A ver, los dos sabemos que no lo estoy escuchando y los dos sabemos que esto cuenta cómo hacer trampa. Emanuel aprovecha mis momentos de concentración para comentar las cosas a las que quiere que le diga que sí sin chistar. No sé muy bien en qué me estoy metiendo, pero no puedo evitarlo. Vuelvo a acercar mi vista tanto que creo que me voy a poner bizco y acomodo la línea un par de píxeles más antes de cambiar el *zoom* y ver cómo quedó.

Casi bien.

Cuando me giro, Emanuel ya no está.

Le mando un *WhatsApp*:

Yo: Q me decías antes?

Ema: jo de te

Miro el grupo de amigos a ver qué me perdí en las... tres horas que estuve con este diseño. Martina se peleó con el novio, el novio la está acosando, se vienen a quedar a casa hasta cualquier hora.

Bien, ese es un buen resumen. Martina es la compañera de departamento de Lorena, la ex de Emanuel. Terminaron como amigos, y si no creen que eso sea posible, esperen y vean.

No es que lo de Ema con Lore se pueda considerar un noviazgo ni nada; se vieron un par de veces. Ambos no tienen ningún prejuicio con el sexo, fue todo muy natural entre ellos, al igual que la ruptura.

Entre *nos*, creo que a Ema le va Martina. Pero Martina tiene novio, un novio que es casi un secreto de estado, desde los catorce años; nadie, jamás, lo ha visto. Aunque desde que la conozco, que es más o menos unos seis meses, están dejándose.

Renderizo mi trabajo, que, a pesar de mi potente *Alienware* tarda lo suyo y me aseguro de que el archivo quede bien guardado.

Creo que me voy a sacar buena nota.

Estudio diseño digital, aunque hago varios trabajos en el área de diseño gráfico de manera *free lance*.

Aprendí a usar *Photoshop*, *Illustrator* y *Blender* con tutoriales online. Es que siempre quise diseñar, en especial, juegos. Sí, lo sé, diseñar juegos con mega gráficos es el astronauta del siglo XXI, pero me tengo fe. Soy bueno, tengo «algo». Mis dibujos a mano fueron halagados más de mil veces y algunos no me creen siquiera que sean a mano.

«Eso está hecho por pc» me dicen.

Por desgracia, no. No logro por nada en el mundo que esos dibujos que me salen a mano se vean igual en la compu. Y por eso es que estudio.

Además de diseño, hago cursos de programación y animación. Pero aún tengo un largo camino entre el papel y la era digital.

Suena el timbre y atiendo con un:

—Bajo.

El portero está roto. Arriba no escuchamos quién es; no nos queda otra que simular que sabemos y

bajar de una.

— ¿Qué hacés, boludo? —me dice Gastón, mi ex.

¿Qué les dije? Existe la amistad después del noviazgo. Sólo que con Gastón si fuimos novios, porque... bueno, prefiero no hablar de eso ahora.

—No sabía que venías —le digo mientras lo hago pasar con su nuevo novio a quien saludo con un asentimiento de cabeza.

El novio de Gastón se llama Juan *algo*, pero él se presenta como *Johnny* y no le va mal. ¿Se acuerdan de ese dibujo de Johnny Bravo? Bueno, es igual.

Mientras se mira en el espejo y acomoda una remera que compró dos tallas más chicos, me centro en Gastón.

—Me avisó Ema que Martina está hecha mierda —dice.

—Ojalá el pelotudo ese se presente por acá, así lo podemos cagar bien a trompadas. ¿Cuántas veces la hizo llorar este mes?

Pasamos a mi departamento y Gastón pone las bebidas que trajo en la heladera. Luego se ponen a tranzar con Johnny en mi cocina; sólo cortan cuando el nabo quiere hacerse una *selfie*.

Si quieren saber que pasa esta noche, entren a su cuenta de *Instagram* y van a ver el minuto a minuto. Si lo pasan rápido, es casi una película con subtítulos en *hashtags*.

¿Se preguntan si siempre soy así de bruja? La respuesta es no. Pero creo que cuatro meses sin sexo es mi tope.

El timbre suena otra vez, bajo, y un grupo de chicas, de las cuales solo conozco a Martina y Lorena, pasan como un tornado hablando a los gritos. Las botellas de vidrio hacen ruido y una grita:

—¡Cuidado que ahí puse el Campari!

—No, boluda, el Campari está en mi mochila, acá está el fernet.

—¿Trajiste coca?

—Sí, una de dos litros.

—Nos vamos a quedar cortas...

Ok. Plan de la noche: mamarse hasta el coma. Me acerco a Martina y le paso un brazo por los hombros mientras hace un intento por no llorar. Cuando creo que no lo va a conseguir, se escucha un grito atrás mío.

—Esperen —dice Ema. Viene pisándonos los talones y haciendo malabares con botellas de cerveza. Veo lo que me parece una media sonrisa en labios de Martina y niego con la cabeza.

—Dejame que te ayudo —dice ella con esa voz súper dulce que tiene. Es de esas chicas que hablan bajito, como si siempre tuviesen vergüenza. Yo, que vivo en las nubes, le tengo que hacer repetir todo mil veces. En cambio, Ema, bueno... él puede escucharla hasta cuando no habla.

—Puedo solo, no hay drama —contesta en un intento de hacerse el macho de América.

Antes que el equivalente al PBI nacional en cerveza se desperdicie en el palier, lo ayudo.

Un grupo de chicas ya subieron en uno de los ascensores —no se puede llamar a los dos a la vez—, así que esperamos. Como Ema y Martina mantienen una conversación en ese volumen tan propio, me giro a Lore.

—¿Con quién hablás?

Lore, como el Yin y el Yang, contrarresta a su amiga y en lugar de murmurar, grita.

—Con un compañero.

—¿De cuál de todas las carreras?

Lorena se ríe. Ella misma hace chistes sobre sus problemas vocacionales. Ema la conoció este año en Ciencias de la Educación, pero el año pasado estudiaba ingeniería en la UNR, y ahora está segura que su futuro está en música.

—En industrial —dice haciendo referencia a Ingeniería industrial —, está súper bueno, así que sigo en contacto. Le tiré onda un par de veces, pero cero. Ahora está medio saliendo con otra flaca, pero me parece que la dejó... ¡Ah! Por cierto, es de Pergamino, como vos. Capaz lo conocés, es de mi edad.

El ascensor llega y subimos con tantas botellas que temo que se caiga y nos tengan que ir a rescatar.

—¿Cómo se llama? ¿A qué escuela fue? —pregunto sin mucho interés. Lorena es de un pueblo de Santa Fe, cerca de Venado Tuerto, con algo así como dos mil habitantes, por lo que está acostumbrada a que todos se conozcan. Los rosarinos, en cambio, se piensan que mi ciudad es un pueblo, así que también esperan que nos conozcamos todos. Por eso no le doy mucha bola al «es de Pergamino, como vos».

—Damián Laurenti, fue al industrial...

—Damien —le corrijo con la voz ronca. Creo que se me atoró algo en la garganta. ¡Ah, sí! Ya sé. Se me atoraron tres años de enamoramiento y desesperanza.

Toso.

—¿Lo conocés?

—¿Por qué no le decís que se venga? Al parecer va a caer mucha gente —digo señalando las botellas.

Es ley, cuatro meses de abstinencia es mi límite a la estupidez.

Damien

—¿Te jode si me acuesto? —dice Milena tirándose en mi cama.

Como vivo en un monoambiente, mi cama está contra la pared y hace las veces de sillón cuando no estoy durmiendo. Yo le digo que no, pero no me uno. No tengo ganas. A decir verdad, lo único que quiero es que se vaya.

No sé muy bien porqué accedí a que venga a estudiar a casa. Prefiero mil veces la posibilidad de huir que me da ir a casa de ella. En cambio, ahora, si le digo algo, quedo como un maleducado.

—Es medio tarde... —intento.

—Uf, sí. Mal. Se me pasó volando y creo que no me quedó nada para el parcial.

Me río. Yo sí pude estudiar, porque a diferencia de ella, que se la pasó tirando indirectas, leí toda la jodida tarde.

No quiero tener sexo con ella. Milena no es el problema; es linda y simpática y no parece buscar que nos pongamos serios ni nada...

El problema es que yo no quiero. Desde mi viaje a Bariloche, hace casi tres años, que estoy así. Se supone que el sexo es para pasarla bien, pero para mí es un compromiso. Algo que hago para que no me tachen de «puto».

Estoy por hacerme el cansado cuando mi celu suena.

Lore: Previa en lo de un amigo... te sumás?

Salvado.

—Che, Mile, ¿no te jode? me tengo que ir. Me re colgué... había quedado con unos amigos y nada. Se me pasó la tarde. —Le regalo una sonrisa que es toda una mentira. Ella decide creérsela, mejor para todos.

—Sí, *sorry*. Yo también cuelgo mal cuando estoy con vos.

Yo: Dire...

Lore: San Juan al 3000. Hacé sonar cuando llegues y bajo.

Yo: ok.

—Voy en la K ¿vos?

—Dale, vamos juntos —me dice.

Hace el intento de besarme en el ascensor, pero no me siento con ganas ni de eso. Tampoco tengo ganas de estar en una fiesta rodeado de extraños. No es que tenga la mejor onda con Lore tampoco, al fin de cuentas también se me tiró... Pero es más fácil *zafarla*. Voy, paso el rato y me pego la vuelta.

Yo: llevar algo?

Lore: Abajo hay un market si querés bebida.

Me bajo, paso por el kiosco, compro una cerveza no retornable y le aviso que llegue.

—¿Qué hacés? —me dice y me abraza al mejor estilo Lore—. Pensé que no te ibas a prender.

—Estaba aburrido.

—¿Mucho estudio?

—Bastante, estamos en parciales. Creo que regularizo todas, pero promocionar...

—¿Promocionar? ¿Promocionar? no me suena la palabra, ¿estás seguro que la RAE la acepta?

Me largo a reír.

Llegamos al piso y está lleno de gente. Mejor, así me puedo perder un poco y no tengo que estar pegado a Lore toda la noche.

—Che, Alejo acá vino tu vecino —dice Lore a los gritos y siento un par de miradas en mí. A mi pesar me pongo colorado —. Alejo te conoce de Pergamino. Vos sabés que siempre pensé que te llamabas Damián...

—Error común. No sé muy bien de que se la quisieron dar mis viejos cuando me pusieron Damien. Es como Braian, así, con «ai».

Lore larga una carcajada. Mi chiste no es tan bueno, supongo que ya debe estar algo tomada.

—O las Cinthyas, que no sabés dónde poner tantas letras juntas.

Cuando el tal Alejo se acerca lo reconozco enseguida. Me pongo algo incómodo al saludarlo. Intento disimularlo y es peor, él se da cuenta. Me da la impresión que hace un encogimiento de hombros y empiezo a sentirme fatal.

Es que sé que él es gay, y él sabe que yo sé y no sé si los demás saben, o...

Interrumpo mi diatriba mental.

—¿Este es tu depto? Traje una cerveza —digo de manera apresurada.

—Hola —me contesta y me siento un imbécil. No le dije «hola». Por suerte, Lorena estaba hablando con alguien más y no vio cuando quedé como un pelotudo frente a su amigo.

—Hola —me rectifico y sonrío.

Me devuelve la sonrisa y siento que me acaban de tocar con un cable pelado. Ok, eso fue raro.

—Vení —me dice y yo no me muevo—, la cocina —aclara con un ademán de cabeza y yo parpadeo antes de reaccionar.

—Ah, sí. Perdón.

¿Me parece a mí o se acaba de reír a mis espaldas?

—No voy a decir nada de que no te hayas presentado, sólo porque se tu nombre. —Mira mi cara de desconcierto y aclara—: del indu. Yo soy Alejo, también fui al industrial, pero un año atrás tuyo.

—Sí, sé quién sos. Eh, digo, te tengo visto...

Me sostiene la heladera para que meta la cerveza. Me sorprendo de la cantidad de botellas que hay, sobre todo en proporción con la escasez de alimentos. Un huevo, medio tomate y una lata de atún abierta.

—No deberías dejar el atún en la lata... — ¡Ah, no! ¿En serio dije eso? Listo ¿Dónde entregan los diplomas de pelotudos? Me acabo de recibir con honores.

Alejo larga una carcajada.

—¿Qué querés para tomar? ¿Cerveza, fernet, *Campari*... un Cosmo?

Ahora el que se ríe soy yo. Pero la risa me sale mitad divertida mitad nerviosa. Alejo se está burlando con ganas y yo no paro de darle material. Sabe que mi incomodidad es porque él es gay y sí, debo admitir que no sé cómo tratarlo. Suena horrible y es horrible. No es que haya una forma en particular, es sólo que... bueno, tantos años de escuchar las palabras «puto», «maricón», «marica» y casi siempre seguido con un «de mierda» dejaron una huella en mí. Una huella de la que me avergüenzo e intento cambiar, sin mucho éxito hasta el momento.

—Fernet —contesto y cuando se da vuelta para buscar la coca largo el aire y me relajo. Alejo es un

tipo copado y mi excusa para no quedarme en casa con una minita...

«No vayas para ese lado» me reprendo. No quiero pensar en por qué no puedo estar con Milena, ni con otra, para el caso. Y, sobre todo, no quiero pensar en eso cerca de Alejo, porque es algo... ¿amenazante?

Me pasa el fernet, que está buenísimo y tomo un buen trago.

—Te pasaste —le digo—. Está perfecto.

—Y eso que no me gusta...

Lo veo servirse una cerveza en un vaso de plástico y se gira.

—¿Qué estudias? —me pregunta.

—Ingeniería industrial ¿vos?

—Diseño digital y espero poder hacer después la carrera de comunicación visual.

—Copado —cuando contesto me doy cuenta que de verdad me parece interesante. No sé por qué, no soy de los que tienen mucha idea de gráficos y esas cosas.

Lo escucho hablarme de las cosas que le gustan, de los animé que mira, de los juegos en red, me muestra su compu...

—Pensé que los diseñadores eran más de la onda Mac —le comento súper embebido en la charla. Creo que hace una hora que hablamos sin parar.

—Pero soy *Gammer* antes que diseñador —contesta y le sonrío embobado. Debe ser que voy por el tercer fernet.

—Mostrame algún diseño copado que hayas hecho —le pido y me apoyo sobre el escritorio.

—Corré el culo —me dice Lore que está cambiando la música y pone algo para bailar. Cuando empieza a sonar *reggaetón* la fulmino con la mirada.

—Sacá esa mierda —dice Alejo sacándome la palabra de la boca.

—Curtite, amargo —contesta en broma.

—Mínimo, si me haces fumar esto, te subís a la mesa y perreas un poco —le dice y Lorena se ríe a carcajadas.

—¿Es un desafío? —pregunta y antes de que Alejo replique, Lorena agarra a una de sus amigas y se sube a la mesa. Empiezan a bailar de manera sugerente y debo admitir que, aunque jamás vaya a disfrutar de este ritmo, las chicas lo mueven bien.

—Perdón ¿en qué estábamos? —Alejo pone toda su atención en mí, de una manera que me fascina.

—Tus diseños —le digo y la voz me suena algo ronca. Él me sonrío y yo tengo que tragar saliva.

—Copados, de la facu, ninguno. Todavía estoy en primer año, no me hacen hacer nada interesante...

Me doy cuenta que hace ese movimiento con los hombros para remarcar lo que dice; lo lleva haciendo toda la noche, se ve que es algo muy de él. Momento ¿Estoy atento a sus gestos y modos? ¡Alarma! ¡*Danger!*

—Te puedo mostrar mis dibujos —agrega con timidez. Eso me dice que deben ser espectaculares. Habitualmente la gente que es buena en algo tiene esa reacción.

No me equivocaba.

—Wow —le digo mientras paso las hojas—, son más que geniales.

No exagero. Tiene ese estilo algo élfico, oscuro, muy de la onda de los juegos tipo aventura gráfica.

—¿Estan hechos por compu?

—No —me contesta y me parece que se ríe. Me encanta cuando se ríe. ¿Acabo de usar la palabra «encanta»? —. La verdad es que no logro el mismo estilo en la pc. Es una mierda.

Sí, ahí viene. Movimiento de hombros. Ahora, sonrisa tímida. Listo, estoy perdido. Me aprendí sus gestos en una noche.

—Eh... voy al balcón. Creo que tengo calor.

—¿Creés? —me pregunta y arquea las cejas que se elevan apenas por encima de los lentes y me doy cuenta de dos cosas, una: quedé como un pelotudo, dos: no creo que tengo calor, estoy ardiendo.

—«Tengo» calor.

Alejo me mira. Me doy cuenta que me está dando... espacio. Eso quiere decir que se dio cuenta de todo, inclusive de las cosas que ni yo noté sobre mí mismo esta noche. Sus ojos me muestran algo, creo que es anhelo, creo que está esperando a que lo invite conmigo al balcón. Debería no hacerlo, poner distancia, aclarar mi cabeza y pensar por qué estoy actuando de una manera tan rara. No lo hago. A pesar de que mi mente es un lío, creo que pasó una vida desde la última vez que me sentí así de bien.

—¿Venís? —lo invito sin hacer contacto visual. Simulando un gesto casual, actuando como si no me importase si me sigue o no.

Alejo lo hace y yo siento que se me afloja el nudo que tenía en el pecho.

Mientras camino entre la gente, no son muchos pasos, pero las sillas y las chicas bailando me obstruyen el camino, me hago una promesa: mañana.

Mañana voy a pensar en esto, mañana me voy a preocupar, mañana voy a analizar lo que pasó, mañana me volveré a mentir hasta que me convenza.

—¿Dónde van? —pregunta Lorena y me da la impresión que mira a Alejo con curiosidad. Me pongo colorado y tengo un repentino deseo que se caiga de la mesa.

—Fumar —contesto.

En el balcón hay dos chicos y una chica terminándose un porro. Yo me acomodo en el otro rincón, el que da a la ventana chiquita de la cocina. Me apoyo contra la baranda y Alejo contra la pared frente mío.

Lo miro un buen rato y él no dice nada. Tiene el pelo castaño oscuro, casi negro, y lacio; está peinado medio para adelante, haciendo que caiga algo de flequillo sobre la frente. Es un *look* descuidado genial, de esos «ups, me levanté y no presté atención que me veía increíblemente bien».

Alejo es del estilo nerd, con unos anteojos de media montura, su cuerpo delgado, tan élfico como sus dibujos, y unos ojos azules que son muy profundos incluso a través del vidrio de los lentes.

—¿Alguna vez te dijeron que pareces Harry Potter?

Cuando mi pregunta sale de mi boca, me muerdo el lado interno de la mejilla para castigarme por idiota. ¡¿Qué mierda me pasa?!

Por suerte, él se ríe.

—Sí. No sólo me lo dijeron, sino que soy muy consciente de eso. Además, tengo mi varita y todo.

Me pongo rojo como un tomate. Nunca estuve tan avergonzado como ahora. Pero... Alerta *spoiler*, empeora.

—Me refiero a varita de verdad, me la trajo mi hermano de su luna de miel en Orlando.

¿Vieron? Ahora estoy peor. Alejo larga una carcajada tan fuerte que me hace reír con él. Sólo que yo no me divierto. Miro derredor y veo que estamos solos. Por lo menos, quienes quieran que sean los que

estaban en el balcón hace un rato, no escucharon como me humillaba.

Saco mis cigarrillos y le ofrezco a Alejo.

—No, gracias —me dice aun riendo un poco—. No fumo.

—¿No te gusta? ¿O estas en la onda *healthy*?

—No me gusta el sabor —me dice y entonces, sin darme cuenta, los guardo—. Pero vos fumá tranquilo, no me jode. Además, estamos afuera...

—Pero no te gusta el sabor —le digo.

—¿Y?

—Y que entonces no te van a gustar mis besos —se me escapa antes de poder contener las palabras.

No puedo creer que lo haya dicho. Lo miro, y él tampoco parece creerlo. Tiene una expresión de extrañeza en el rostro que lo hace ver hermoso. Con las cejas algo alzadas; los ojos, azules, súper abiertos; la boca dibujando una «o»...

Lo voy a besar.

No estoy pensando en otra cosa.

No estoy pensando en nada.

Me acerco más y zas.

¿Estoy muerto? No, supongo que no. Porque siento calor en todos lados; y un picor extraño en las manos, en los pies, en los labios.

Tengo mis labios sobre los de él. No, no sobre, estoy aprisionándolos entre los míos. Es que mi boca es más grande, de labios gruesos y la de Alejo parece pequeña bajo la mía.

Creo que nunca supe nada sobre besos. Hasta ahora. Ahora sé todo lo que hay que saber: son geniales.

Alejo sigue sorprendido, así que aprovecho la ocasión para explorarlo. Primero moviendo los labios sobre los de él, pellizcando su boca con la mía. Luego paso la lengua, oh, sí... los besos con lengua merecen un capítulo aparte. Uno que estaba cerrado en mi vida antes de esta noche. Si me hubiesen preguntado esta tarde, con Milena en mi cama, si me gustaba usar la lengua, hubiese contestado un escueto: *beh*.

Sepan disculpar mi error.

Pongo mi mano en su mentón y lo acaricio con el pulgar. El abre más su boca y me permite ir más profundo. Ok, este pasó a ser el mejor beso de mi vida. No hay nada mejor...

Oh, sí. Hay algo mucho mejor. Alejo acaba de dejar su estado de *shock* y pasó al ataque. Su lengua sale a mi encuentro, la pasa por mis labios antes de entrar en mi boca y chocar con la mía. ¡Dios! ¿Acaba de dibujar un circulo dentro de mi boca? Su mano está en mi nuca y la otra... baja... más... se detuvo. En mi espalda, justo donde me terminan las costillas. Me acerca a él, yo lo acerco a mí. Quedamos pegados. Lo sigo besando. Me falta el aire. Más juntos, más hondo, más duro. ¡Sí! Estoy sintiéndolo, firme, latiendo dentro de sus pantalones, al ritmo que lato yo.

Gimo, el gime, su reacción vuelve a hacerme gemir y mi respuesta despierta la de él. Perfecto, delicioso, un terrible error.

La ventana chilla, alguien viene a fumar.

Me separo, lo miro, me mira y me voy.

Simplemente me voy.

No corro porque no quiero llamar la atención, pero mi paso es más que apurado. No vuelvo la cabeza,

no quiero saber si me sigue, no quiero saber qué haría yo si me sigue...

Alejo

Tardo en reaccionar.

Salgo atrás de Damien en cuanto puedo moverme.

OMG. Me besó. Fue la noche más genial de mi puta vida. No puede terminar así. Ni siquiera le pedí el celu.

—Alejo —me interrumpe Gastón. Me dice algo, no lo escucho. Sólo escucho el ascensor cuando se cierra.

¿Está mal que quiera llorar? Es que me siento tan frustrado.

—...Con Johnny... —eso es todo lo que entendí.

—¡Qué se curta Johnny y la mierda que tengas para decir de él! — ¿No pueden creer que haya dicho eso? Bueno, yo tampoco.

—¡Curtite vos, pelotudo! —replica Gastón en voz demasiado alta y todos nos miran.

Bien. Perfecto. Ahora estoy haciendo un show con mi ex. Tomo aire y voy tras él. Por lo menos sé que Gastón está huyendo con toda intención de ser alcanzado. No como Damien.

—¡Perdón! —le grito en el palier y lo abrazo —. Perdón —repito más calmado.

Gastón se deja abrazar. Él es así, el problema es que yo no soy así.

Gastón es un tipazo, lo conocí en una fiesta. Es de los que al verlo sabés que juegan para mi equipo. Es menudito, con el pelo rapado y todo el cuerpo depilado. Habla con modismo y siempre tiene una palabra de moda. Esta temporada es «adoré». La usa con todo. «Qué buen sweater, adoré», «yo también leí ese libro, adoré».

Fuimos novios un par de meses, la pasamos bien. Fue el primer chico con el que lo hice completo y fue genial. Él tiene más experiencia que yo, porque es menos problemático que yo. Es que..., bueno, yo no puedo estar con alguien si no vamos un poco serio. Me cuesta confiar. Mala experiencia en el sexo casual.

Gastón fue con él que superé esa etapa. Él lo entendía mejor que yo, así que me ayudó. Siempre supo que íbamos a terminar, aunque creo que esperaba que yo vuelva al ruedo y no lo hice.

—¿Qué mierda te pasa? —me pregunta pero su tono no es enojado.

—Creo que cuatro meses es mi tope —le digo con humor.

—¡Me estás jodiendo! —chilla y se desprende de mí para mirarme —¿Con nadie desde que terminamos?

Me encojo de hombros.

—Si lo que buscas es que te mime un poco...

—Estás con Johnny...

—Puff, Si pudiese mamarse sólo, no estaría conmigo —me dice y me sorprende. No pensé que Gastón fuese consciente de como era su novio.

—¿Por qué estás con él entonces? Es un pelotudo.

—Porque a diferencia tuya, *dearly*, yo no puedo aguantarme cuatro jodidos meses.

Me río. Su tono gracioso esconde una cuota de tristeza. Está hasta las manos con Johnny por mucho que intente jugarla de superado y el tarado no quiere «compromisos».

—Bueno, que tu Johnny sea un boludo patrón, no me absuelve de haberme comportado como un forro. *Sorry, dearly* — exagero el tono. Sé que le hace reír.

—Todo bien. Pero espero que me digas qué pasó.

—No estoy muy seguro de qué pasó, Gastón. O sea... pensé que... primero creí...

—Ah, ahora sí. Más claro echale agua.

—Andá a cagar —le digo con una sonrisa. Me siento un poco mejor. Gastón se da cuenta de que no voy a decir más nada.

—La oferta está en pie. —Me mira con dulzura y me siento la peor mierda del universo.

—¿Podrías tratarme mal cuando me comporte como un forro? Gracias. Porque ahora me siento peor.

Larga una carcajada.

—No da —contesto a su oferta —. No te haría algo así.

—¿Con algo así te referís a buen sexo consuelo? No me estoy quejando.

Vuelvo a negar y entonces él lo entiende. Hay alguien más. Lo que no le puedo hacer a mi amigo, a quien quiero y respeto, es acostarme esperando que sea otra persona.

Se pega la vuelta para volver a la fiesta y lo detengo.

—¿Tenés un cigarrillo?

—¿Desde cuándo fumás?

—No fumo, pero necesito uno ahora.

Busca en sus bolsillos y me da un *Lucky convertible*. Luego me deja solo en el palier.

Me voy a las escaleras, porque si los vecinos me encuentran fumando ahí se va a armar la grande. Me siento en un escalón, lo prendo y aprieto la cápsula de menta.

Aspiro y por primera vez en mi vida lo disfruto. Menta y tabaco, el gusto exacto de los besos de Damien.

Una hermosa tortura.

Damien

«No significa nada» me repito mil veces y no me lo creo ni una vez.

Significa mucho. Significa todo. Significa que soy un maldito negador. Significa que lo sé desde mi viaje a Bariloche, pero no lo quiero asumir. Significa que soy gay. Significa que si mi viejo se entera me mata. Y no, no hablo en sentido figurado.

«No soy puto» uso esa palabra porque me recuerda que lo que siento está mal. Sólo que sé que no está mal. Siento que está bien. Muy bien. Fui yo, por una vez en mi vida me sentí yo.

Metí la pata mil veces en la noche ¿Saben por qué? Porque fui espontaneo. Porque no estaba actuando un papel, porque así me salían las cosas. Como el culo.

Ahora no sé qué hacer.

Por lo pronto, puede esperar. Cualquier revelación que quiera tener, tiene que ser el lunes. Porque este *finde* me toca viajar de mis viejos.

Trato de concentrarme en clases, no me sale. No importa demasiado, es clase de informática. Se sabe que todo el mundo la promociona. Ni nosotros queremos estudiar, ni la mina quiere tomar finales. Buen trato.

Salvo que son dos horas, dos horas de nada mejor que hacer que pensar en Alejo. Y en que me comporté como un pendejo.

Armo el bolso ni bien llego a casa y me voy a la terminal.

Estoy nervioso.

¿Y si Alejo también viaja? ¿Y si saca en el mismo cole? ¿y si me lo cruzo en Pergamino?

Al final me relajo. Cuando el colectivo arranca, estoy seguro de que por lo menos ese día no me lo voy a cruzar.

Llego a casa el viernes a la tarde. Separo la ropa que es para lavar y pongo una carga.

Mi mamá no está en casa, debe estar en el gimnasio. Mi papá trabajando y mi hermana en la escuela.

Aprovecho mis únicas horas de paz y ruego que mi vieja sea la primera en llegar. Es con la única con la que me llevo bien. Mi papá es un imbécil, a veces pienso que mi mamá también tiene que serlo para estar con él, pero se me pasa enseguida porque la quiero demasiado para pensar así de ella. A veces me pregunto si la faja...

Hoy estoy bajón y de preguntas existenciales. Maldito Alejo. Creo que me tengo que hacer un exorcismo.

Mi hermana es una tarda. Hueca. Y lo peor es que le encanta, porque para el caso nació en la misma familia que yo; podría ser distinta, pero no quiere.

Se llama Alishya. Sí. Mis viejos son unos hijos de puta. ¿No podían ponernos Alicia y Damián?

—Hijo —me saluda con entusiasmo mi mamá cuando llega y hace ese ritual de besos y abrazos de los que simulo querer escapar. Mi papá dice que me esta pelotudizando, o lo que es peor, haciendo maricón. Si supiese...

Vade retro Alejo.

—¿Llegaste hace mucho? ¿Merendaste? ¿Querés que vaya por unas facturitas? Me voy de una escapada a *flic*.

Sabe que amo las facturas de ahí. Soy débil.

—Llegué hace media hora. No merendé. Acepto las facturas. Te acompaño — contesto y mi mamá me despeina como si tuviese seis años.

Acá es cuando pasa la primera cosa que odio de mi casa. Si hay un hombre, el hombre maneja.

Mi vieja maneja bien, de hecho, mejor que mi papá. Mi viejo es de los que putean, frenan, aceleran, miden los semáforos, golpean el volante. Mi mamá va a la velocidad que hay que ir, deja la distancia que tiene que dejar y las únicas veces que ha sufrido un accidente fueron culpa de alguien más. Mi papá no mantiene ese invicto.

Sin embargo, voy yo al volante. Porque... soy hombre. Mi mamá cierra el garaje y el vecino de enfrente le mira el culo. Me debato entre cagarlo a trompadas o pasarlo por arriba con el auto... decisión, decisión.

—Le mando un mensaje a tu papá a ver si quiere algo de *flic*.

—Papá trabaja en el centro, si quiere algo que se lo compre —contesto molesto y mi mamá me regaña.

—Trabaja todo el día...

Pobre ¿no? Trabaja. Nadie, jamás, sufrió ese martirio.

Me guardo el sarcasmo.

Seguimos hablando, sobre todo de la facu, todo el viaje hasta que llegamos a la panadería. Tengo que estacionar por Luzuriaga y hacer el tramo caminando. Me arrepiento de haber pedido las facturas.

Mi vieja es lo que se denomina una MILF. Lo asumí en la secundaria, luego de cagarme a trompadas un par de veces.

Usa ropa de *Class life* y va a todas las clases que empiezan con *Body. Body pump, trump, fit*, y lo que se les ocurra. También hace Pilates y sigue jugando al tenis con las amigas.

Y todo eso, sin que se le corra el maquillaje.

Sin embargo, aunque pareciese que toda la jodida ciudad se la quiere llevar a la cama, cuando llegamos a casa mi viejo dice:

—No te habrás comido las facturas por el camino ¿no, gordita?

Mi hermana, que llegó de la escuela, se ríe del comentario de mi papá. Mi mamá sonrío apenas.

—¿Qué vamos a comer hoy a la noche? —pregunta sin darse cuenta que todo lo que dice suena como una estupidez.

—Pizzas.

—Aflojemos con las harinas —contesta y le da un chirlo en el culo a mi vieja.

Así empieza cada maldito fin de semana en mi casa. Por eso debo ser la única persona en el mundo que ama la época de finales. Puedo desaparecerme por un mes sin que nadie me cuestione. Sólo siento pena de dejar a mi mamá sola.

—Genial —digo yo en cambio—, ¿Querés que vayamos haciendo la masa ahora? Que leude mientras mateamos.

—Dale...

—Dejá la cocina para tu madre —interviene mi papá que ya prendió la tele, se sentó en la silla a horcajadas y puso el volumen al palo—. Los hombres sólo hacemos asado —remata.

Yo lo ignoro. Mi mamá no.

—Merendá tranquilo —me dice.

El infierno sigue un buen rato con gritos de mi hermana: «mamá, ¿dónde está mi remera? ¡Te dije que no la pongas a lavar! No estaba tirada en el piso. ¡Siempre te metes con mis cosas!»

Termino haciendo la salsa de pizza cuando mi papá dice que se va a dormir una siestita. Mi mamá me da un beso, la veo agobiada. Aunque viene una mujer de lunes a viernes a hacer las tareas domésticas, mi mamá siempre tiene mil cosas más por hacer, y es que mi papá siempre tiene algo que recriminar sobre cómo está la casa, la comida o la ropa.

Se pone a planchar mientras le cebo mates y seguimos hablando de cualquier cosa.

Me siento tentado de contarle... Pero no puedo ¿Y si le dice a mi papá? ¿Y si mi viejo me pega de nuevo?

Me pongo a hacer zapping entre mate y mate. Están dando *criminal mind*, sé que a mi mamá le encanta así que lo dejo de fondo. Creo que le gusta el actor, el negro. No la culpo.

El capítulo se pone bueno, tiene que ver con algo de la vida del personaje que hace de jefe. Mi vieja me explica más o menos lo que le pasó a la familia del de pelo negro y como el caso lo afecta emocionalmente.

Mi viejo se levanta y cambia de canal sin consultarnos.

—Estábamos viendo —me quejo y vuelvo a agarrar el control. Mi papá me lo saca.

—Esa mierda que le gusta a tu madre... además hoy es noche de duelo.

Noche de duelo. Si esperan que sea algo copado, o un deporte, no. No lo es. Es duelo de baile en el programa de Tinelli.

—Gorda, tráeme una cerveza.

—Mamá está ocupada —le digo.

—Bueno, entonces tráemela vos.

No. No es inválido. Sólo pelotudo.

Mi mamá le trae la cerveza antes que empecemos a pelear y me enojo con ella. No la entiendo.

—¿Empezó bailando? —grita mi hermana desde la pieza.

—Parate y fijate —le contesto. Mi mamá otra vez me regala una de sus miradas.

Alishya viene arrastrando los pies. Se come un pedazo de mozzarella que estaba cortada sobre la mesada para la pizza, sigue con las aceitunas, hasta que estoy a punto de ahorcarla.

—Dejá algo para la comida —le digo. Empieza a gritarme. Que soy un tarado, que por qué no me quedo en Rosario, que le arruiné la vida.

—¿Pueden dejar de hacer tanto quilombo ustedes dos? —nos grita mi papá. Mi casa es una competencia de gargantas —. Estoy tratando de ver.

Varias cosas que se me vienen a la mente y no digo. Una: mi hermana gritaba, no yo. Dos: No necesitas silencio para «ver». Tres: aún si hubiese dicho «escuchar», sigue siendo Tinelli; y la que está hablando es una vedette que sobreactúa el papel de estúpida.

—Gorda —le dice a mi mamá—¿y si te hacés las gomas?

Así es toda la jodida noche. Habitualmente, saldría con amigos con tal de irme de ahí, pero hoy tengo pavor de cruzarme con Alejo, así que me fumo los comentarios misóginos de mi papá toda la noche. Alishya parece no darse cuenta que, al ser mujer, ella también debería sentirse ofendida. No lo hace.

Espero a que mi papá se vaya a ver tele a la cama para ayudar a mi mamá a lavar los platos. Porque,

no vaya a ser cosa que haga cosas de «minita», como limpiar, y me haga «puto».

Alejo

Es oficial. Lo estoy *stalkeando*.

Emanuel me ignora, piensa que estoy trabajando en algún diseño. Es que le pongo la misma atención a sus fotos que a mis dibujos.

Trato de desprender la vista de la pc un segundo y la fijo en mi mejor amigo. Luce raro.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

Quizá otra persona me contestaría un escueto «nada», pero Ema siempre fue muy sincero y frontal. No es de los que se guardan las cosas.

—Me pasan cosas con Martina —confiesa y yo asiento. Me lo vengo imaginando hace meses.

Me da bronca no poder hacer nada. Mi mejor amigo me cuenta como la chica que le gusta va a volver con el novio que la hace llorar y me siento impotente.

No trato de darle un consejo. Sé que él la tiene más clara que yo, además, no hay nada peor que escuchar la receta de la vida cuando estás pasando un mal momento. Lo escucho hasta que dice todo lo que tiene que decir. Hablar lo hace sentirse más liviano.

Me crie con Ema. Vive enfrente de mi casa en Pergamino. Sus abuelos son amigos de mis viejos.

Sí. Suena raro, pero es que yo soy el hijo «¿menopausia? Ups» y él es «te juro que acabo afuera, te juro que te llamo».

Su mamá es de la edad de mi hermano mayor. Iban a la escuela juntos cuando quedó embarazada de un gil que se las piró dejándola sola con el bebé.

Mis viejos y sus abuelos se hicieron amigos por esa época. Los abuelos de Ema lo cuidaban así la madre podía terminar de estudiar; y así fue como empezaron a tener algo en común: pañales.

Lo conozco desde que nací. Es la persona que más me conoce en el mundo. Es un hermano de la vida y el tipo más copado y bueno que existe.

Siento pena por Martina si no lo ve. No importa quién sea el imbécil del novio, sé que Ema es mil veces mejor. Porque es mil veces mejor que la mayoría.

—Creo que voy a salir a correr ¿venís? —me invita cuando nos quedamos en silencio.

—Nah. — «Tengo que perseguir a Damien virtualmente» agrego para mí.

Ema sabe que me gusta Damien desde los quince años. Ema sabe todo de mí; salvo que lo besé anoche. No lo vio llegar, no me vio con él y aún no se si decírselo. Es que él está preocupado por Martina y no quiero enredarlo en mis mambos. Yo siempre soy el de los mambos, el de los novios, el de las relaciones complicadas... Por una vez le toca a él. Tampoco es que sepa muy bien que pasó anoche...

Al rato aparece en el living con un short de fútbol y una remera *dry fit*. Lo veo sacar las llaves del llavero y esconderla entre los pliegues de la ropa. Lo mismo hace con el celu mientras se pasa los cables de los auriculares por debajo de la remera.

Jamás tuve ni un pensamiento romántico para con él, eso no implica que no pueda admitir que está bueno.

«No tanto como Damien» me grita el *stalker* que hay en mí y vuelvo mi vista al monitor.

Su *Facebook* es privado. Sólo puedo ver las fotos de perfil y de portada. No hay muchas de él. Casi todas son de bandas de rock o de cosas de rugby.

De portada tiene una de la playa, sólo se ven sus pies. Me siento frustrado.

Yo parezco Harry Potter, no Daniel Radcliffe, sino más bien el de anteojos de la tapa del libro. Por tanto, está bien que yo use un *pokemon* de foto de perfil. Damien, no.

Es hermoso. Posta. No lo digo porque a mí me guste. Es un hecho científico.

Es rubio, con el pelo alborotado, le crece la barba —no como a mí—, es alto y tiene físico de *rugbier*. No hay razón para que no ponga fotos de él en su perfil.

Hay una de su bici con el filtro de la bandera gay de cuando se aprobó el matrimonio en USA.

Le doy descargar. Me rindo a mi destino de acosador.

Twitter no es mejor, no lo usa hace meses. A decir verdad, yo tampoco. Sólo entro para saber las novedades de juegos y libros.

Instagram lo tiene público, pero sólo sube fotos de paisajes, tazas de café, apuntes...

Me debato entre pedir amistad y seguirlo en todos lados o esperar para parecer menos desesperado.

Quiero hablarle, quiero que me explique por qué se fue así.

«Sabés por qué» me dice mi cerebro.

Lo supe en cuanto lo vi, no lo está manejando muy bien. Pero muero de ganas de estar con él, de ser el primero... puedo apostar que soy el primero. Lo sentí en sus besos, en su huida.

Quiero decirle que está todo bien. Quiero besarlo de nuevo.

Ojalá hubiese salido a correr con Ema.

Damien

Después de un fin de semana de muerte, como casi todos los que paso con mi familia, el tan temido lunes llegó.

Decido que no voy a hacer nada al respecto. Voy a simular que no pasó, que no sentí, que no soy quien soy.

Lo siento. Si piensan que es el camino fácil, no tienen ni idea.

Decirlo es la parte sencilla; hacerlo, la complicada. Me tiento cerrar todas mis redes sociales, porque no hago más que buscarlo.

También evaluó la posibilidad de bloquear a Lore. Porque estuve todo el día sacándole tema de conversación para ver si lo menciona.

Soy patético.

Tengo miedo.

De hecho, estoy aterrado. Sé que mi papá no lo va a aceptar, no es eso lo que me preocupa. Al fin de cuentas ya me levantó la mano una vez...

«Enterrá ese recuerdo» me ordena mi instinto de autoconservación.

Lo que me asusta es mi mamá. ¿Y si ella no me acepta?

Pero ese no es mi único miedo. Tengo pavor a todo lo que se viene. Intentarlo y fallar. A perder todo por ir detrás de lo desconocido.

Siento como las manos me sudan y me palpita la sien. Señales de un eminente ataque de ansiedad.

Intento dejar mis pensamientos atrás y focalizarme en mirar adelante. Quizás, incluso, probar de nuevo tener novia. Quizá no funcionó aquella vez porque no era la indicada.

«Ja, claro».

Número desconocido: "Soy Alejo".

Número desconocido: "Hola, je je. Ahora entiendo lo de no saludar antes..."

Me paso una hora mirando esos dos mensajes. Sé que Alejo puede ver que estoy en línea en el *WhatsApp*. De hecho, puede ver la palabra «*escribiendo*» cada vez que intento contestar. Pero nunca doy «*enviar*». Borro y vuelvo a empezar.

Me río cuando vuelvo a leer su comentario sobre el saludo. Me acuerdo de mi metida de pata. Siento que me está cayendo una lágrima.

Alejo

No contestó.

Ese día me la pasé dando saltos cada vez que el celu sonaba. Inclusive lo revisaba cuando no sonaba.

«Me clavó el visto», no lo puedo creer todavía. Veo las dos tildes azules y me debato entre la ira y el llanto.

Me pasé la semana refunfuñando. También dibujando.

Casi todos mis dibujos se parecen a él.

Me saqué un seis rasposo en un proyecto por pensar en Damien.

Gastón: Salimos hoy?

Yo: depende... dónde?

Gastón: primero casa, después dónde pinte.

Yo: ok. Voy con Ema, sigue bajón.

Gastón: (emoción triste)

No aclaro que yo también estoy bajón. Ni que me hice adicto a los *Lucky convertibles* esta semana.

Lo sé. Me estoy martirizando, no puedo evitarlo.

Lo conocí a Damien en la escuela, iba un año arriba mío. Siempre fue lindo, también algo popular. No al estilo *Yankee* de las películas de adolescentes, sino más bien líder de manada. Ya saben, el que los demás del curso le siguen las jodas.

Pero también el que podía pararlas.

Una vez lo hizo, no conmigo, sino con Lucas, mi primer novio.

Siempre se metían con él. Yo no soy amanerado, nunca lo fui. La gente me mira con sorpresa cuando digo que me gustan los hombres; siempre agregan un «no se nota» que es de lo más irritante.

«Perdón, todas mis camisetas con el lema: *soy puto*, estaban para lavar»

Como sea, a Lucas si se le notaba y lo molestaban a morir.

No es que a mí no me haya pasado nunca. Desde que decidí manejarme de manera abierta respecto a mi homosexualidad, muchos chicos de la escuela intentaron meterse conmigo. Pero soy un poco más difícil de intimidar que mi ex. Tuve que agarrarme a trompadas un par de veces o humillar a algún flaco en la cancha —soy muy bueno jugando al fútbol— para enviar un mensaje claro. Por desgracia, eso trajo aparejado cierta notoriedad, haciendo que tanto en mi escuela, como en la de Lucas, se supiese mi orientación sexual.

Todo el mundo habla del *Bullying* pero nadie hace una mierda.

Damien, sí.

No fue algo así, al estilo Capitán América ni nada. Más bien le dijo al matón que si era un reprimido y por eso molestaba, que si quería salir con Lucas le regale flores. Los demás se rieron y el matón pasó a ser el foco de burlas durante un buen rato.

Desde ese día me lo pasé mirándolo. En los recreos me quedaba embobado. Cuando me sentaba en la esquina de la escuela, esperaba el momento en que él llegase para entrar. Pero jamás me hice ilusiones. Damien tenía novia, o, mejor dicho, novias. Salía con chicas, hacía chistes de putos... Nunca, hasta ahora, pensé que existiese ni la más mínima chance.

No es que ahora la tenga. Salió corriendo de mi casa, nunca contestó mi mensaje.

«Pero te besó» me repito y vuelvo a construir el castillo de naipes con las esperanzas.

—Me peleé con Johnny —me dice Gastón ni bien llego a su casa y me saca del torbellino de pensamientos.

—Que cagada, boludo. ¿Qué pasó? — Lo abrazo.

—Es un pelotudo, eso pasó. Empezó a criticarme por todo, porque no voy al gim, porque no estoy todo marcado, porque no voy a la cama solar... Me dijo... me dijo que yo no estaba a su altura.

—Gracias a Dios por eso, Gastón —le digo molesto con su ex —. Si estar a su altura es ser un gil superficial, entonces mil veces mejor que no lo estés.

—Ya lo sé, pero igual lo extraño. Creo que le gusta uno de los que va a *cross fit* con él.

—Si se le parece, se merecen el uno al otro.

Dejo que se siente a upa mío un rato mientras cae la gente.

Los jueves siempre son de joda, porque los viernes los que somos de afuera nos vamos, entonces es el único día que podemos juntarnos todos y emborracharnos sin demasiado problema. Cuanto mucho, al otro día nos tambaleamos un poco, pero después dormimos en el micro.

Aunque Gastón, Ema y yo estamos hechos una lágrima, la fiesta se pone bastante. Caen Lore y Martina y veo que Ema le sigue hablando como amigos. No sé cómo lo hace. Si Damien estuviese acá, le saltaría a la yugular.

Sigo tomando, al rato alguien prende un porro y fumamos. Estoy bastante borracho cuando agarro el teléfono y vuelvo a leer el mensaje que mandé.

«en línea» dice debajo del nombre.

—Gastón ¿le escribo?

—¿A quién? —me pregunta; le patina la voz, está más borracho que yo.

—A Damien.

—¿Quién es ese?

Caigo en que no le conté lo de la fiesta, así que me encojo de hombros y hago como si nada.

—¡Ah! —me dice al rato —La razón por la que no te va polvo consuelo...

Trato de sonreír. Me sale una mueca.

Gastón prende otro porro. Debería frenar, mañana me voy a sentir fatal. Vuelvo a leer «en línea» y aspiro una bocanada.

Gastón me abraza, lo tengo pegado a mí. Le pegó un pedo melancólico, mortal. Yo me río a carcajadas y él me repite cosas como «no es gracioso, es la vida».

Habla del camino a la felicidad, de la energía del universo, de la importancia del sahumero... Yo sigo a las carcajadas y él sigue intentando que lo escuche.

—No podés esperar que el amor llegue a vos si vos no lo das primero, Alejo. Es la ley del universo. Tenés que proyectar esa energía en Él si deseás que te vuelva.

—¡Te amo universo! —grito y los dos nos reímos a carcajadas.

—No, menso. Tenés que escribirle a tu amor, mostrarle amor y entonces el universo te lo va a traer.

Voy a dejar las drogas. ¿Cómo llegué hasta acá?: no lo sé. Sólo sé que mi charla me hace abrir el celular, buscarlo en *Facebook*, enviar solicitud de amistad y estar convencido de que eso hará que el

universo me regale a Damien con moño.

Por desgracia, no tiene envío *express*. Y peor aún, me queda demasiada noche por delante para estar en estas condiciones.

Reviso su muro desde el celu de Lore cuando ella se distrae. Está conectado, posteó un tema de *Megadeth* hace un rato. Tiene que haber visto mi solicitud y no la aceptó.

¿Lloro? No, mejor hago fondo blanco.

Gastón está dándole su teoría del universo a alguien más. Me acerco y le planto un beso. Me lo devuelve. A los cinco minutos estamos tan enredados que no se sabe dónde empiezo yo y dónde termina él.

El universo sabe; esa debe ser la única razón por la que no la cagamos astronómicamente. Cuando nos separamos, no dijimos nada. Él no se iba a acostar conmigo para sacarse a Johnny de la cabeza y yo no lo iba a hacer pensando en Damien.

Damien

Mis días son borrones.

Vuelvo a mi vida. Todo parece ser tal y como era, salvo yo.

Salgo con amigos, estudio, quedo con Milena cada tanto. Todo en piloto automático.

No siento nada. Mentira, sí siento. Siento un enorme vacío.

«¿Por qué yo?».

Esa es la peor de las preguntas, porque da por hecho que hay algo mal conmigo. Pero no dejo de repetírmela.

«¿Por qué yo?», «¿Por qué yo?», «¿Por qué yo?».

Ya no lo puedo negar, no para mí. Lo que hago es aparentar.

El recuerdo de mi viejo pegándome, gritándome que soy un maricón, una vergüenza, me quema por dentro. Eso pasó la última vez que intenté asumir que me gustaban los hombres.

Él lo sabe. Sabe que su hijo es gay. No lo admite. Yo tampoco.

Alejo

Mientras estoy trabajando en un diseño *free lance*, me llega una notificación de *Facebook*:

«Damien aceptó tu solicitud de amistad».

Aunque parezca increíble, la ignoro. Ya pasó un mes desde el beso, un mes en que casi me vuelvo loco, y, peor que loco, adicto a los *Lucky*.

Me concentro en mi monitor.

Hago este tipo de trabajos para ganarme unos mangos. A mis viejos no les sobra la plata, así que todos colaboran para que yo pueda estudiar.

Mis hermanos siguen ayudando en casa por más que los dos ya viven con sus respectivas familias.

Mi hermano es electricista y su mujer trabaja en la ferretería de mi papá. Mi hermana es maestra jardinera y su pareja es conductor de colectivos. Los cuatro aportan y yo no veo la hora de poder hacer lo mismo.

Estudiar diseño es caro. Dibujar es caro. De momento, soy una esponja absorbente de dinero.

Este trabajo me paga parte del alquiler; no es poca cosa.

Cuando termino las tres propuestas y las envío por mail al dueño del restaurante para que elija cual prefiere, tengo la vista tan cansada que tengo que ponerme gotitas.

No uso lentes de contacto, nunca los llevé bien. Prefiero mis anteojos rectangulares, de medio marco metálico.

Intenté con el estilo *híster*; no funcionó. No me crece la barba. Me tengo que resignar al *look nerd*.

O Harry Potter.

«No vayas por ahí».

En la heladera hay una nota pegada:

«*Cuando leas esto ya me habré ido... A lo de Lore. Vuelvo tarde*».

También tengo un mensaje en el celu. Es que Ema sabe que puedo silenciar el teléfono, pero no el estómago. De ahí, su manía de dejar notas en la heladera.

Estoy bastante seguro de que Lore no está en su casa. Creo que esa era la idea de Ema. Me mata que se esté torturando así con Martina; y lo dice un tipo que se niega a abrir su *Face* con tal de no caer en la tentación de los *Lucky convertibles*.

Me termino haciendo unos fideos con manteca. No me envidien, es lo único que hay.

Están horribles, pero no me quejo. Me pasa por no ir al súper, no puedo esperar a que mi amigo haga todo por mí ¿no?

Nota mental: hacer las compras.

Elijo una peli de terror para ver en *streaming* —no tenemos tele en casa, usamos mi monitor—, y me acomodo con el plato sobre mi panza, una botellita de agua al lado y el celu a mano.

A la media hora, cuando ya sé que ella está poseída y que el cura que nadie toma en serio es el único dispuesto a ayudarla, claro, sin ayuda de la iglesia, cae un mensaje de Gastón.

Gastón: (imagen)

Gastón: Ese no es tu chico?

Se me cae el plato al piso cuando me paro de golpe. Se rompe en mil pedazos, pero no me detengo a juntarlos, salgo disparado.

Agarro las llaves, algo de plata, el celular que ya tengo en la mano y me voy.

Yo: *Dónde?*

Gastón me dice el nombre del bar. Lo conozco, es un lugar copado, de esos que uno la puede pasar bien con amigos, pero también dónde es muy fácil ligar.

Y por la foto que me mandó, eso es exactamente lo que está haciendo Damien. Ligando. Con un tipo. Que no soy yo.

Me subo a un taxi y le digo la dirección. El taxista la reconoce y me mira de arriba a abajo. Es que no estoy vestido para la ocasión.

Jogging; remera de ACDC que supo tener tiempos mejores, como hace diez años, cuando el dueño era mi hermano; y mis zapatillas, que están bien, aunque desatadas.

Me las ato mientras reviso el mensaje otra vez, esperando haber visto mal. No lo hice.

Le pago al taxista y voy directo a la puerta. Obvio, el patova no me deja pasar.

—Es una emergencia —miento impostando mi mejor voz de ofendido. Me señalo la facha y agrego—: ¿Te parece que me vendría a colar así vestido?

El tipo parece dudar. Me mira y frunce el ceño, yo me impaciento.

—Si querés, llamá a alguien, me acompaña, hablo con quién tengo que hablar y me saca del forro del culo si intento quedarme ¿te parece?

No sé muy bien como luzco, ni me miré en el espejo del ascensor cuando salí, pero no debe ser muy bien.

Estoy nervioso, estoy asustado. No son sólo celos, aunque hay una cuota de eso también, es que...

No importa. Sólo importa que Damien no haga una locura, aunque eso implique que no pueda volver a uno de mis bares preferidos nunca jamás.

—Pasá nene —me dice al fin el patova —, si no salís en quince minutos voy a ser yo el que te saque del forro del culo.

Me hace pasar y le avisa a la chica que está en la entrada que no me cobre la consumición. Yo sólo me giro para asentir a modo de agradecimiento y paso como un rayo por la cortina negra.

Busco la barra, ahí es dónde estaba parado en la foto, junto con un tipo bastante grande al que no le vi la cara.

Lo reconozco de espalda. Tiene una camisa medio arremetida en los *jeans* gastados. Está tan bueno de espaldas como de frente el muy hijo de puta.

Lo alcanzo y lo giro sin contemplaciones. El tipo que está con el intenta meterse, lo fulmino con la mirada. En lugar de intimidarse, sonrío.

No les puedo explicar lo cerca que estoy de la violencia.

—¿Qué hacés? —espeto con los dientes apretados.

—Hasta hace unos segundos, teniendo una conversación civilizada —me contesta Damien aireado y yo gruño.

—¿Eso estabas haciendo? Porque me pareció que te lo estabas *chamuyando*.

El tipo larga una carcajada, pero lo ignoro. También Damien lo ignora. Lo cual ayuda a mejorar mi humor; no demasiado.

—Si estás buscando a tu novio, está por allá —replica.

—¿Mi novio? —ahora estoy confundido. Damien se gira e intenta volver a hablar con el tipo, yo lo obligo a volverse a mí.

—Mirá, ahí viene.

Cuando alzo la vista entre la gente, diviso a Gastón caminando hacia nosotros.

—Gastón no es mi novio.

—Ni que me importase —me contesta con los dientes apretados.

—Lindo —le dice el tipo a Damien —, no quiero estar en el medio de algo...

—Entonces correte —lo interrumpo tan furioso que no lo puedo creer. El tipo se ríe a carcajadas.

—Fue un gusto, Damien —dice antes de darse la vuelta e irse.

—¿Qué mierda estás haciendo? —me increpa tan enojado como yo.

—Salvándote el culo. Al parecer de manera literal.

Gastón llega junto a nosotros. Lo ignoramos.

—No recuerdo habértelo pedido.

—¿Qué pasa, Alejo? —pregunta Gastón sorprendido por mi facha y el show que estoy dando. Todos nos miran ahora. Una terrible escena de noviecitos histéricos estamos dando con Damien.

—Nada —le digo y empiezo a tirar del brazo de Damien para irnos. Les juro que odio los shows.

—Llevate a tu novio si querés irte —me contradice señalando a Gastón. No sé de dónde sacó que es mi novio, pero no lo voy a aclarar ahora. Tampoco entiendo bien por qué le molesta, cuando fue él quien salió corriendo de mi casa e ignoró mis mensajes.

Me harté. Me giro y le planto un beso con más fuerza que cariño en la boca. Eso hace que se calle y que se quede medio en *shock*. Suficiente para poder tirar de él sin que oponga resistencia.

El patova me ve cuando salgo por la puerta y me regala una mirada preocupada. Yo estoy furioso y Damien, atónito. El pobre hombre debe pensar que pasó algo horrible. No me gasto en aclararlo. Sigo tirando de Damien un par de cuerdas hasta conseguir un taxi.

—¿Tu dirección?

Él se la dice directamente al taxista. Es en barrio Martín.

Damien mira por la ventanilla. El taxista nos mira a ambos por el espejo retrovisor. Ahora que lo saqué de ahí mi furia remite.

—Damien —lo llamo.

Me mira y se vuelve sin contestar. Llegue a ver lo que parece una lastimadura en su labio. Lo agarró del mentón y le giro la cabeza. Sí, tiene un pequeño corte en el labio de abajo. Se lo hice cuando lo besé.

Todos mis sentimientos me bajan y se hacen una gran bola en la boca de mi estómago.

—Perdón —le digo y le paso el pulgar por la lastimadura—. No quise ser brusco.

—¡Andá a la mierda!

Me quedo de una pieza.

—¿Qué pasa? —trato de entender.

—Nada.

Suspiro.

—Si lo que querías era cagarle la noche a alguien, hubieses elegido a tu novio. Estaba ahí, no sé si lo viste.

—¿De dónde sacaste que tengo novio, Damien? Y por lo que te sea divino, ¿qué mierda te jode si fuese así? Fuiste vos el que salió corriendo.

—Dejá.

—¡No, no dejo una mierda! —Estoy enojado de nuevo, por suerte el susto se me fue. No importa como termine esta noche, al menos no, va a ser con Damien lastimado.

El tipo que estaba con él parecía un buen loco. Sé que soy yo el que proyecta mis mambos en Damien, que no todos son iguales. Pero de sólo pensar que él podía tener una primera experiencia como la mía, me hiela la sangre.

—Te vi en *Face*. ¿Ok?

Eso es todo lo que dice. Me acuerdo que hoy me aceptó, así que pudo ver mis fotos. Trato de entender.

—Gastón y yo fuimos novios hace muchísimo —ignoro al taxista que parece súper interesado en el melodrama—, a principios de año. Pero lo cortamos hace cuatro meses más o menos. Él volvió con Johnny...

—¿Cuatro meses? Dejá, no me debés explicaciones.

—No, no te las debo —le contesto molesto y quedamos en silencio.

Agarro mi celu y me pongo a buscar en mi muro. Y ahí lo veo.

En una foto de la fiesta en casa de Gastón, en el fondo, nos estamos besando. Más que besando, devorando. ¡La puta madre! Me había olvidado por completo. Es que no significó nada más que alcohol y desesperación.

—Damien...

—Justo cruzando —me ignora y le dice al taxista dónde frenar.

Saco la plata para pagar, pero él se adelanta. Y sin esperar el vuelto, se baja. Yo me apuro atrás de él, no quiero que se escape de nuevo.

—Damien, está bien ¿Ok? La cagué con Gastón, pero no es mi novio. Te juro. Se había peleado con Johnny...

—No importa, Alejo. Posta. Hacé tu vida.

—Sí importa, porque ahora estas celoso...

—¡No estoy celoso! —me grita— Vos hacé de tu vida lo que quieras, no es asunto mío, ni lo va a ser nunca —hace una pausa, veo como toma aire antes de decir—: No soy puto.

No lo puedo creer. Lo voy a buscar mientras se está chamuyando a un tipo, me hace una terrible escena de celos ¿y ahora me dice que no es gay? Alguien que me lo explique.

Me lo quedo mirando, estoy seguro que mi cara muestra desconcierto. La de él muestra determinación. Está convencido que si se repite que no es puto lo suficiente va a poder cambiarlo.

Hago lo que no debo hacer. Lo último que alguien tiene que hacer en un momento así. Me río.

No es una risa de burla, sino de incredulidad. Nadie puede negar algo tan evidente, me besó, sentí como se ponía duro en sus pantalones cuando lo hacía. Hoy salió de ligue, ¡Por Dios!

Mi risa se corta cuando su puño conecta con mi mandíbula.

Me quedo helado. Damien también.

—Perdón —me dice en tono ahogado—. Perdón —repite e intenta abrazarme.

Yo niego con la cabeza. Me duele como mil demonios.

—Tenés razón. Mi vida no es asunto tuyo, y la tuya no es asunto mío —le digo y me voy.

—Alejo...—me llama. No me vuelvo. No quiero mirarlo en este momento.

Camino hasta Pellegrini. Son unas cinco cuadras más o menos, cuando llego, veo la luz roja de un taxi.

Me detengo antes de hacerle señas.

Necesito gastar energías o no voy a poder dormir. ¡Qué mierda! No voy a poder dormir de cualquier manera.

Me pongo a trotar, pienso volver a casa corriendo. Es un buen tramo. No importa, me viene bien. Correr me despeja la mente, aunque dudo que esta vez funcione.

Damien

Me siento fatal.

Lo llamo, no atiende. Le mando mensajes, me deja el visto.

Soy un imbécil.

Si hay algo que me aterra más que admitir que soy gay, es parecerme a mi viejo. Y eso fue exactamente lo que hice, me comporté como él.

Le pegué a Alejo.

Golpeo mi almohada con frustración. Vuelvo a entrar a *Facebook* y miro la foto en la que se lo ve con Gastón. Siento la misma bronca que sentí esa noche. Siento celos.

Esa tarde me cansé de negar lo evidente: Me gusta Alejo.

Creo que no se trata ya de si me gustan los hombres o las mujeres en general; se trata de Alejo.

Porque aquella noche, mientras hablaba con Diego —así se llama—, no sentí más que curiosidad, la misma curiosidad que siempre sentí respecto a la idea de estar con un hombre. No hubo nada de ese fuego, de ese nudo en la boca del estómago, de esas cosquillas en todos lados, de esa corriente...

Hasta que conocí a Alejo me manejaba con la duda, con la sensación de insatisfacción. Pero desde que lo besé, la historia es muy distinta. Ya no hay dudas de lo que él despierta en mí, y es hombre, por lo tanto... soy gay. Punto. Final.

Cuando llegué a esa conclusión, junté coraje. Abrí mi cuenta y le di aceptar a su solicitud. Empecé a revisar su muro mientras pensaba como contestar a su mensaje y entonces, vi la foto.

Todo se me vino abajo.

Después no fui consciente de lo que hice. Sólo pensé en salir, en demostrarle y demostrarme que no me afectaba. Que todo esto no se trataba de él... Iluso.

La cagué.

Ahora tengo que solucionarlo. Si tan sólo se me ocurriese cómo.

Encima, este fin de semana, me toca viajar a Pergamino.

Preparo el bolso con ropa sucia y *tuppers* vacíos y voy para la terminal. No conseguí pasaje temprano, así que estoy en el medio de un centenar de personas revisando mi boleto.

Me tocó el *Pullman* de las 19:22. Eso viene a ser el tercer refuerzo. Es que me colgué en la semana, tan ensimismado con Alejo que no caí en la falta de pasaje hasta que mi mamá me llamó.

Alzo la vista para ver cuál de los micros es el mío y lo veo. Está unos pasos más allá, hablando con Emanuel. Lleva un bolso chico y en la mano, una carpeta de dibujo.

Tengo ganas de hojear sus trabajos. Son tan buenos. Quiero uno para mí.

—Hola ¿Podemos hablar?

Se sobresalta cuando escucha mi voz a sus espaldas. Ema arquea las cejas, pero después me saluda con un asentimiento de cabeza. En cambio, Alejo me mira enojado.

No se le pasó.

«¿Y qué esperabas? Le pegaste una trompada».

—Ya tengo que subir al cole. Nos vemos —contesta cortante y se pone en la fila para subir.

A él no le tocó el refuerzo. Se nota que fue más precavido que yo. Supongo que eso también me entristece un poco, porque quiere decir que no estuvo toda la semana dando vueltas en la cama pensando en lo imbécil que soy.

Ya me gustaría.

Cuando ve que no me muevo, me clava la mirada, desafiándome a hacer una escena.

No la hago, tampoco me voy a mi fila. Es que hasta enojado me parece hermoso.

Sus ojos azules lanzan chispas por debajo de los lentes. La bronca lo hace sonrojarse y su boca se pone tan tensa que parece una línea, una línea de lo más *besable*.

Se da cuenta que me lo estoy comiendo con la mirada. No se apiada de mí. En cambio, hace ese encogimiento de hombros tan típico de él, que me memoricé en una noche y me da la espalda.

Cuando le toca subirse, no me queda otra que ir a mi cole y hacer lo mismo.

Emanuel me ve marcharme y me parece que niega con la cabeza, resignado.

Me siento en mi butaca y saco el celular. Me debato entre mandarle un *WhatsApp* o no. Lo veo en línea, en un momento me aparece «*escribiendo...*», pero luego desaparece y no me llega ningún mensaje.

Yo: Buen viaje.

Alejo: Es pullman...

Me río y siento como el nudo en mi pecho se deshace un poco. Es cierto, viajar en estos micros es la muerte. Apostar por una avería es más seguro que las acciones de *Google*.

Le contesto con emoticón y ahí queda todo. De momento. No pienso rendirme.

Damien

El viernes fue leve.

Llegué a casa para la hora de la cena, por lo que me ahorré las quejas de mi papá, sus comentarios maliciosos, su actitud de patriarca de la edad media...

A la noche, me encerré en mi cuarto a mirar películas en mi *notebook*. Cada tanto agarraba el celular y revisaba la última conexión de Alejo o si había posteado algo en *Facebook*.

También hice algo súper patético: Le di *Like* a una foto de que subió hace como seis meses. Es que salió hermoso, no pude contenerme. Estaba dibujando y el pelo le caía sobre la frente...

Todos sabemos que dar *likes* a fotos viejas te delata como *stalker*. A esta altura no me importa demasiado, dudo que eso arruine mi reputación. No puede ser peor que ponerle una trompada a alguien ¿no?

«*Los pumas (o casi)*» es el grupo de *WhatsApp* que tengo con mis amigos. La mayoría jugábamos al rugby cuando vivíamos en Pergamino. No somos buenos, pero nos la creemos y eso es lo que importa.

Sebastián escribe en el grupo.

Sebas: quienes en perga?

Esteban: presente

Yo: yo.

Mariano: nunca me fui. No como otros...

Lautaro: dejá de llorar, maricón. Yo no. Parcial.

Sebas: quién está llorando ahora?

Así siguió por buen rato. Hasta que nos pusimos de acuerdo para salir al otro día. Según Sebas, somos peor que las minas para organizarnos.

—Pa, ¿me prestas el auto? —pregunto durante la cena del sábado.

Antes de que conteste, mi hermana empieza el berrinche.

—¡No! No vale, yo también voy a salir. El remís tarda una eternidad. ¡Sos un forro, Damien! ¡Te odio!

—Si igual no podés manejar, pendeja.

—¡Pero me lleva papá! Tarado.

—¡Pueden dejar de gritar! —grita mi papá aún más fuerte. Dios, como odio mi casa —. Damien, si querés el auto llevás a tu hermana a dónde ella quiera antes.

—Ok...

—¡No! Y a la vuelta ¿qué? Siempre me cagan a mí.

Sí, claro. La víctima de la casa.

Sé que son normal los celos y que todos decimos lo mismo: mis papás prefieren a mi hermano.

En mi casa hay una cuota de verdad en todo eso. Mi viejo desde el «incidente» me trata distinto. Antes no era así, no se palpaba una preferencia. Desde entonces, todo es para mi hermana, la hija que no lo defraudó.

Mi mamá, en cambio, no hace diferencias; no de manera afectiva al menos. Hasta me atrevería a decir que es más cariñosa conmigo, lo cual creo que se debe a que soy más receptivo. No me molestan las

demostraciones de afecto y mi mamá es de las que necesitan abrazar, besuquear, despeinar y demás.

Alishya chilla si la tocás.

Sin embargo, mi vieja es incapaz de negarle nada. Es que odia el conflicto y si con una remera nueva, un jean o lo que sea, consigue acallar una discusión, no lo duda.

Y Alishya se aprovecha de eso, como ahora.

—A la vuelta también —sentencia mi papá—. Le mandás un mensaje a tu hermano y te volvés con él.

—¿Y si yo me quiero quedar hasta más tarde o volver antes? —pregunto.

—¡Te aguantás! —me contesta mi viejo de mala manera.

Alishya me saca la lengua. Me contengo para no decir más nada. No quiero hacer algo que me cague la salida, porque tengo un plan.

Convencí a los chicos de no ir a bailar. No sé por qué, pero estoy convencido que Alejo es más de la onda bar o pub.

Mi plan es muy al estilo *Taken: I will find you and I will Kill you*. (Te voy a encontrar y te voy a matar). Sólo que cambiaría el *kill* por *Kiss* (besar).

Al final, tengo que esperar una hora hasta que mi hermana esté lista. Mis amigos me esperan en casa de Sebas porque es la que queda más cerca del centro. Siempre termina como «aguantadero». También es donde nos quedamos a esperar a que se nos pase el pedo. La madre de Sebas se ganó el cielo.

Mi hermana me pide que la lleve a casa de Celeste y que de ahí se arregla.

No voy a hacer ningún comentario sobre lo que tarda el remís. Se ve que Celeste tiene línea directa o algo y cuando lo llaman de ahí va enseguida.

Estoy del suficiente buen humor como para tragarme el sarcasmo.

Celeste sale a saludar, obvio. Casi todas las amigas de mi hermana me tiran onda. Me pregunta dónde voy a ir, con quién. Parece postulante para la CIA. Cuando termino con el interrogatorio —ahora ya sé que me la voy a cruzar toda la puta noche—, paso a buscar a los chicos y nos ponemos a dar vueltas por la avenida.

Odio dar vueltas por la avenida. Es lo que hace la gente para *caretear*. Yo lo hago para acosar, lo cual es mucho mejor ¿no?

Lo veo en un bar. Está con unos amigos sentado en una mesa en la vereda. ¿Está fumando?

—Me cansé de dar vueltas —miento.

Los chicos también están cansados de estar en el auto, así que busco lugar para estacionar —una odisea—, y cuando al fin consigo propongo ir al mismo bar que está Alejo.

Me ve enseguida. Le sonrío. Me ignora.

Genial.

Conseguimos una mesa adentro, me siento mirando el vidrio. Lo tengo justo enfrente.

Me doy cuenta que no está tan relajado como parece.

Yo: *podemos hablar?*

No me contesta, pero veo el momento exacto en que lo lee porque levanta la vista y me busca a través del vidrio.

Lo miro fijo hasta que él rompe el contacto visual.

Yo: *quiero disculparme. Nada más.*

Alejo: ahora no.

Yo: cuándo?

Veo que pone el celular bocabajo sobre la mesa. Está decidido a ignorarme. Yo estoy decidido a hablar con él.

Pasa un buen rato y los chicos insisten en ir a bailar. Les digo que vayan ellos que yo me vuelvo a casa.

Sólo que no puedo. Tengo que esperar a mi hermana.

—Creo que vi a un conocido —les digo cuando dejamos el bar. Ellos me saludan y se van a pie al boliche. Yo voy directo a la mesa de Alejo.

—Hola —saludo a todos —. Alejo, ¿podemos hablar?

Estoy súper nervioso, él se da cuenta, pero no tiene piedad.

—No. Ya me estoy yendo.

—Te llevo —invito.

—Voy con Ema —replica y veo como Emanuel alza una ceja. Se acaba de enterar del plan.

—En los autos entran más personas que dos...

Antes que se pueda negar, para mi fortuna, Ema interviene.

—Ok. Aguantá que paguemos y vamos.

Alejo se lo quiere comer crudo. Creo que Emanuel intenta evitar una escena. Es probable que sepa lo que pasó en Rosario. En otra ocasión sentiría vergüenza, hoy no.

El único problema que tengo ahora es mi hermana. Quiere que la lleve a no sé dónde y como estoy condenado a hacer de chofer...

Yo: me das cinco?

Alishya: No! Le voy a decir a papá.

«Pendeja de mierda».

Justo cuando consigo mis minutos de gloria me los tiene que cagar.

Bueno, me voy a aprovechar de Ema un poco más. Que Dios me perdone.

Yo: es que... conocés a un tal Emanuel Aguirre? Es amigo de un amigo... se quedó a pata...

Alishya: Conocés a Ema?

«Ja, ja» sé que ella no lo conoce de verdad. Me tiré a la piletta y salió bien. Ema es un flaco que está bueno, un año más grande que mi hermana, fue al Normal como ella... las probabilidades de que se lo quiere trazar son del cien por cien.

Yo: maso... el tema es que estoy ahora con él, se está por ir y quedó a pata...

Alishya (audio): "pasame a buscar por la esquina de San Nicolas y avenida, te acompaño a llevarlo y después me llevás al boliche. Le digo a las chicas que me esperen ahí".

Soy un maldito genio.

—Vamos —dice Ema después de pagar. Alejo no dice nada.

—Paso por mi hermana antes. ¿Dónde viven?

Los dos viven en la misma calle cerca del hospital San José. Enfrentados, de hecho.

—Andá adelante vos, Alejo —sugiere Ema y quiero besarlo. No sé muy bien por qué está jugando

para mi lado, pero se lo agradezco.

Yo: Tu amigo es un genio.

Alejo sonríe muy a su pesar. Se sienta al lado mío y Ema detrás de él.

Cuando mi hermana me ve, no puede disimular su asombro. Debe conocer a Alejo.

Eso es lo malo de las ciudades como Pergamino. Todos parecen saber todo de todo el mundo. Sin embargo, cuando sube y queda sentada al lado de Ema se le pasa el desconcierto.

Se pone en modo *Black Friday* y empieza el chamuyo.

Si no fuese porque estoy feliz de que mi plan haya funcionado, sentiría vergüenza ajena.

En el viaje hablamos de nada, porque lo que tengo que tratar con Alejo es demasiado personal para hacerlo frente a otros. Lo dejo elegir la música, hablamos de bandas y ese tipo de cosas.

—No me gusta el rugby. — Quizá lo dice para molestarme. No estoy seguro, pero no me jode. No es que el deporte sea mi vida.

— Te gusta algún deporte?  O sos anti deportes en general?

—Me gusta el fútbol.

—La rompe —acota Ema. Alishya hace un puchero por no ser el centro de atención.

—Yo no —confieso.

—Eso lo sabe todo el mundo, Damien —agrega mi hermana. Su tono tiene un dejo malicioso —. Mi papá lo prob  en todos los deportes porque no servía en ninguno. Bueno, tampoco es que en rugby seas un *crack*.

 Les coment  cuánto la odio?

—No es que vaya a ser profesional, ni nada, en el fútbol. Así que, para el caso, mejor ser bueno en lo que vamos a vivir el resto de la vida  no?

 Alejo acaba de defenderme?

Manejar con él al lado debería estar prohibido por ley, como fumar o revisar el celular. Es una distracción.

Mi hermana lo ignora y se centra en Ema, quien me mira con lo que parece ser odio a través del espejo retrovisor.

Voy a tener que hacerle un regalo.

Cuando llegamos, Alishya no quiere dejarlo ir, así que acá es cuando pongo en marcha el paso dos de mi plan maestro.

—No voy a hacer de chaperona... —digo simulando estar molesto.

—Entonces bajate, el auto es tan mío como tuyo.

Me bajo y pego un portazo. Escucho que mi hermana murmura un «tarado».

No, nena. Soy un puto genio.

A Alejo no le queda otra que bajar.

Le guiño el ojo y se ríe.  Oh, *yeah!* Funciona.

Nos alejamos un par de pasos antes de que diga:

—Ema te va a matar.

—S , supongo. Vale la pena.

—Damien... —dice Alejo con desconfianza. Me parte el corazón. Voy a tener que remarla. Me doy cuenta que estoy dispuesto a hacerlo, a remar en brea si es necesario—. No sé muy bien qué querés. O sea...

—Primero —lo interrumpo—, quiero disculparme. Por pegarte, sobre todo. No tengo derecho a pedirte disculpas, pero lo hago de todos modos.

—Ok —me contesta. No es un «sí, te perdono», pero es más de lo que merezco.

—También te tengo que pedir perdón por irme de tu casa como me fui. Me sentí... confundido.

—¿Ahora no estás más confundido?

Me río sin humor.

—Estoy más que confundido, pero tengo algunas cosas más claras. Una de esas es que «necesito» arreglar las cosas con vos.

Alejo me mira desconcertado.

—No te estoy pidiendo nada, no es eso lo que digo. Es... no quiero que pienses de mí que soy un imbécil ¿Ok? Sé que te di razones de sobra para que lo hagas...

No me contesta por un buen rato. Miro hacia el auto y veo que mi hermana está haciendo de todo para ver si consigue algo de Ema. Él la evade, me divierte bastante.

Alishya es la versión joven de mi mamá. Por lo tanto, es muy linda. No está acostumbrada a que se le resistan. Punto para Ema y punto para la chica que hace que se resista.

—Damien —habla al fin Alejo—, está todo bien. A ver, no. No todo... que me pegues no. No es la forma de manejar las cosas. Puedo entender que te vayas enojado, que me putees. Hay una parte de culpa que me pertenece...

—No. No te voy a dar la razón en eso. La cagué yo, por completo.

—Sí. La «re» cagaste. Pero no por completo. Cuando Gastón me dijo que te estabas chamuyendo un tipo, reaccioné como el culo. No tenía por qué ir ahí, ni sacarte, ni decidir por vos qué era lo mejor. No me corresponde. Eso no justifica la forma en que me trataste...

—No. No lo hace. Nunca me voy a cansar de disculparme. Y voy a hacer lo que sea necesario para que me perdones —juro con mi corazón puesto en cada palabra.

Alejo

Algo en mí se deshace. Mis defensas, creo.

Estoy muy dolido por todo lo que pasó con Damien. No puedo creer que me haya pegado, me parece imperdonable. Pero luce realmente arrepentido.

Lo miro mientras habla.

No ayuda que me guste tanto. Me embebo de su aspecto tanto como de su disculpa. Y me derrito.

Tiene los ojos de un tono marrón bastante claro enmarcados en unas largas y espesas pestañas. Lucen brillantes bajo la luz de la calle. Sus labios son tan carnosos que parecen hacer un puchero cuando están cerrados. Y el pelo, rubio, algo ondulado, dan ganas de pasar los dedos por los mechones. Su barba también me gusta; tengo fetiche con las barbas, debe ser porque a mí no me crecen más que un par de pelos desaparejos. En cambio, la de él está recortada; dibuja toda su mandíbula.

Hay algo que se rompe dentro mío. Entonces, hago algo que no pensé que haría jamás.

—Prometeme que no lo vas a hacer de nuevo —le ruego.

—No. Lo juro, jamás pensé siquiera que sería capaz de pegar...

—No. No eso —suspiro—. Aunque, por supuesto que espero no la hagas nunca más. Me refiero a irte con un tipo para... para castigarte.

Veo como se queda tieso.

—Damien —empiezo a explicarme—, vos sabías, cuando fuiste ahí, que en el mejor de los casos ibas a conseguir una experiencia poco satisfactoria...

—Yo no...

—Vos no ¿qué? ¿No te ibas a acostar con el primero que se te cruce? ¿No fue eso lo que fuiste a hacer?

Su mirada es mitad vergüenza y mitad desafío. Quiere negarlo, pero sabe que no puede. Quizá no lo entendió en ese momento, cuando salió en busca de «algo». De una respuesta. Pero ahora que se lo digo, lo ve claramente.

—Cuando vi la foto entré en pánico. Mi forma de reaccionar se aleja kilómetros de ser la correcta, lo sé mejor que nadie. Hace años que trato de manejar el miedo que me dan las relaciones casuales —confieso. Me sorprendo cuando las palabras salen con tanta facilidad de mis labios. Sólo dos personas saben lo que me pasó: Ema y Gastón. El primero, porque es mi mejor amigo y el segundo, porque fue la persona que me ayudó a dar el primer paso —. Capaz el tipo ese era un buen loco. Lo parecía al menos. Estoy seguro de que te hubiese tratado bien. Sólo que no puedo contemplar la posibilidad de que no sea así. Me aterra y prefiero quedar como un idiota que correr el riesgo con vos.

Damien me toma de la mano, bastante conmovido por lo revelador de mi confesión. Estoy diciendo que me importa con todas las letras. Entrelaza sus dedos con los míos y me susurra un suave: «está bien».

Pero yo sé que no lo está. Porque sé las razones que se ocultan tras su accionar, entiendo que se está negando. Tengo muchos amigos gays, cada cual, con sus propios mambos, algunos de ellos con el mismo que Damien.

Yo supe que era homosexual desde el momento que alguien me explicó el significado de la palabra.

«Ah, entonces eso es lo que soy».

No tuve muchos problemas de admitirlo. Sí, tardé en decírselo a mis papás. Lo hice el año pasado,

antes de terminar la escuela. No me dijeron nada, ni bien, ni mal, ni mu.

En cambio, Damien, no sabe que se esconde atrás de mi paranoia. Atrás de mi accionar errático esa noche.

—Mi primer novio fue Lucas. Estábamos en la secundaria. No fue la gran cosa, nos dábamos besos, a veces nos tocábamos... Cortamos a los pocos meses, aunque meses a esa edad parece el matrimonio.

Damien me sonrío y eso me da valor para seguir.

—Al tiempo quise explorar más, pero no sabía cómo. No soy de los gays que se les nota, no se me acercan los hombres con facilidad. Empecé a salir a lugares de gente más grande, esperando que sean más abiertos... no sé —tomo aire antes de seguir—. Al final se me acercó un tipo, era más grande que yo. Empezamos a hablar y me preguntó si alguna vez lo había hecho. Le dije que no, pero que... Bueno, nada, me hice el superado. El que la tenía clara. No quería que se vaya o que piense que era un boludo. Así que cuando me dijo de ir a dar una vuelta, me subí a su auto y nos fuimos.

Veo que Damien traga saliva. Siento cuánto lo afecta y sé que es por mí. Hace que me guste más todavía, cuando ya pensaba que eso era imposible.

—Me llevó al parque —digo y trato de desconectarme del recuerdo, por lo que mi voz suena neutra—. Me di cuenta en ese momento que no estaba bien, pero no quise «arrugar». Me hizo bajar del auto, me apoyó contra el capot y... lo hizo. Así, sin más. Mi primera vez —hago una pausa, porque la idea de que a Damien le pudiese pasar eso me aterra—. Luego me apoyó la cabeza contra el auto y me dijo que si se lo decía a alguien me iba a matar. Me dejó parado ahí, a la noche, en medio del parque y se fue.

—¿Quién es? ¿Sabés quién es? —me pregunta con bronca. Sí, sé quién es, pero no se lo voy a decir. Porque puedo ver que es para problemas y lo último que quiero es meter a Damien en problemas.

—No importa —digo en cambio y noto como quiere protestar—. El caso es que quedé muy lastimado, físicamente y bueno... emocionalmente. De la parte física me tuve que hacer cargo de inmediato, porque no se había puesto un forro. En un momento pensás que te lo merecés por puto, te da la impresión que todos te miran y te juzgan, hasta el médico. Fui solo, le dije a mi mamá que no me sentía bien y usé mi carnet de la obra social. El médico me dio una charla sobre los cuidados a la hora del sexo, quería vomitar.

—¿Es... Estaba todo bien? —noto el terror en su voz.

—Sí. Zafé. No todos tienen mi suerte. Tardé mucho en volver a animarme a intentarlo. Fue con Gastón, le conté lo que me pasó, para que me tenga paciencia. Pero, si bien ahora lo hago y lo disfruto, nunca más volví a intentar el sexo casual.

—Entiendo —me dice y me da un apretón en la mano. Ojalá me abrazase.

—No todos son iguales, Damien. No se trata de que, porque me pasó a mí, te va a pasar a vos. No es eso. Sólo... Sólo no lo hagas por las razones equivocadas ¿ok? Tomalo como un consejo de amigo.

Asiente y yo me tranquilizo.

—¿Podemos, no sé, seguir hablando? —me pide.

—Sí, pero no ahora —le sonrío—. Creo que ya fui suficiente mal amigo por una noche.

—Me re olvidé —se ríe y me acaricia la mano antes de soltarla—. Vamos.

Se acerca al auto y golpea la ventanilla. Cuando Ema se baja me fulmina con la mirada y yo me encojo de hombros, pero no puedo evitar que las comisuras de mis labios se eleven en una media sonrisa.

—Te voy a matar —me murmura cuando pasa al lado mío—. Me debes una grande, espero que haya valido la pena.

Sí, pienso, valió la pena completamente.

Damien

Debí de suponer que, si la solución a mi problema era mi hermana, entonces, tendría doble problema. El domingo me levanto temprano; por lo menos para los estándares del resto de los mortales.

Ayer volví temprano, cerca de las cuatro de la mañana. Alishya me avisó que después de bailar iban a desayunar y se volvía con una amiga; por lo que, después de dejarla en el boliche, me volví a casa.

No dormí demasiado. Pensé toda la noche en Alejo, en lo que me dijo sobre que intentaba autoflagelarme, pero, sobre todo, en lo que le pasó a él.

Me encantaría saber quién fue el hijo de puta. Se me ocurren mil cosas que podría hacer para que las pague... mi imaginación de desborda.

A pesar del sabor amargo de la charla, hoy estoy de buen humor.

En la cocina, mi mamá está pelando papas para la ensalada.

Los domingos en casa son día de asado. Supondría eso que mi mamá hoy no cocina, pero no. Tiene que hacer las ensaladas, comprar el pan, picar el perejil para el chimichurri, salar la carne, asegurarse de que haya carbón...

En fin, mi papá solo prende el fuego y espera el aplauso.

Por lo menos, asa muy bien.

En el silencio que compartimos con mi mamá, me siento tentado a contarle todo. Creo que lo entendería. De hecho, creo que lo sospecha.

Entre las cosas que mis nuevos sentimientos me hacen comprender, es que no soy el único negador de la familia.

No se trata de mi sexualidad. Mi casa, en sí, es una gran fachada vacía. La veo a mi vieja, levantándose temprano el domingo para ir a caminar al terraplén, comprar el pan, limpiar, y hacer de esposa perfecta y noto que es infeliz. Como yo hasta hace unos días, lo niega.

Empieza a aplicar las recetas de la felicidad que todo el mundo nos tira por la cabeza: «Hacé gimnasia, genera endorfinas», «agradece cada mañana por todo lo bueno», «tené un hobby».

Mi mamá hace todo eso. Me pregunto qué es lo que pasa por su cabeza cuando luego de un día completo de actuar, llega a la cama y duerme junto a un hombre que sólo tiene comentarios negativos y críticas.

Mi papá se levanta, le paso un par de mates y se va al quincho. Pone el tele —tenemos el viejo tele de tubo instalado ahí— y sintoniza las carreras antes de dedicarse a prender el fuego.

—Damien —me llama—, vení a darme una mano.

No hay mucho por hacer, pero mi viejo es de los que piensan que el lugar de los hombres es junto al fuego, tomando fernet hasta que esté la comida.

Como anoche tomé sólo un trago, hoy me aguanto beber desde tan temprano. También me prendo un pucho.

No hablamos. Antes lo hacíamos. No nos llevábamos muy bien, pero lo intentábamos. Desde el «incidente» ya no me gasto, porque mi papá está empeñado en «hacerme un hombre» y resulta de lo más molesto.

Está pendiente de todo, inclusive de los detalles que antes hubiese pasado por alto, como que ayude a mi mamá en la cocina.

De alguna manera, mi viejo piensa que eso me hace gay.

Es que esa es la faceta negadora que hay en nuestra familia. No quiere admitir que su hijo es homosexual, que de él pude salir yo, por lo que piensa que se trata de educación. Estoy seguro de que culpa a mi mamá. Me preocupa muchísimo lo que eso pueda implicar. Otro de mis miedos sobre todo lo que estoy pasando es las consecuencias que puede tener en mi familia, en la relación entre mis padres. Sobre todo, porque mi viejo no es la lamparita más brillante y sus ideas de masculinidad son ridículas.

—Eso tiene demasiada coca —se queja de «mi» fernet.

A eso me refiero. Los hombres toman alcohol, comen mucho, no hacen tareas domésticas y miran culos y tetas. Esa es la idea que tiene mi papá de inculcar heterosexualidad.

—Me gusta así —contesto y mi mente vuela al fernet que me preparó Alejo la noche que lo conocí.

Mi viejo niega con la cabeza y yo tiro la colilla del cigarrillo al fuego ya prendido antes de agarrar mi celular.

Yo: En qué cole volvés?

Le escribo a Alejo luego de debatirme en que decir. No se me ocurre nada, pero tengo tantas ganas de hablarle que termino eligiendo esa pelotudez.

Mi papá mira con disimulo mi teléfono, por lo que lo bloqueo y lo pongo en silencio.

Al rato aparece mi hermana. Se tira en una silla con su celular sin decir ni un «buen día». Atrás de ella, mi mamá trae la tabla con la carne.

—¿Cómo la pasaron anoche? —pregunta mientras empieza a poner la mesa. Yo le ayudo a pesar de la mirada de reproche de mi viejo. Mi hermana no se mueve —. ¿Salieron juntos al final?

—No...—contesto y mi hermana me interrumpe.

—Sólo un rato, ma. No sabés, Damien conoce a un chico del Normal que está re bueno. Así que anoche, cuando lo llevó a su casa, estuvimos hablando un montón antes de que me vaya a bailar, se llama Emanuel. ¿Tenés el celu, Da? Me olvidé de pedírselo.

Estoy bastante seguro de que no se olvidó, sino que Ema se hizo el boludo para no dárselo.

—Creo que no...

—¿A ver? Dame tu celu...

—No jodas —la corto. No quiero que vea mis chats con Alejo. No se enoja, por suerte. Mi mamá al ver que no nos peleamos sonrío.

—Así que este chico, ¿cómo se llama? ¿gusta de vos? —pregunta mi vieja y yo intento aguantarme la risa. Mi papá escucha y no acota. Alishya se la pasa hablando de chicos, ya todos estamos acostumbrados.

—Ay, ma ¿gusta? ¿de qué año sos? Creo que me tiró onda, pero no sé. Si mi hermano me consiguiese el celu...

Me hago el boludo. Ya le debo demasiado a Emanuel por lo que hizo anoche.

—¿Te invitó a salir? —sigue mi mamá mientras condimenta la ensalada.

—Nah, no tuvo tiempo. —Me atraganto con el fernet. ¡Si se tendrá en estima mi hermana...!—. Es que Damien estaba hablando con el amigo de él, no es que salimos ni nada, sólo los llevamos a sus casas antes de que yo vaya a bailar. Por cierto, Da, gracias. Te fumaste al puto del amigo un buen rato para hacerme el aguante...

Ni bien salen las palabras de su boca, sé que estoy en problemas. Mi papá se gira y puedo ver como se

le desfigura la cara por la ira.

—¿Qué hiciste qué?! —grita. No contesto. Le mantengo la mirada de manera desafiante.

—¡Contestame! —demanda y se acerca a mí.

Mi mamá se queda helada y mi hermana, aunque parezca increíble, interviene.

—Pa ¿qué pasa?

—¡Que tu hermano anda con maricones, eso pasa!

—No seas exage... —mi hermana se interrumpe cuando mi viejo me estampa contra la pared.

—¿Te lo cogiste?! ¿eh? ¡¿te lo cogiste?! —y me pone un cachetazo. Yo lo empujo y es peor, porque ahora me agarra del cuello.

Escucho como Alishya y mi mamá gritan detrás de él, intentando separarlo. Yo intento aflojar el agarre, pero no lo logro; lo que termino pegándole una piña. Mi viejo me la devuelve.

—¡Basta, papá! —grita mi hermana y veo que está llorando. Mi mamá pone su cuerpo entre el mío y el de mi viejo, tal y como hizo aquella vez—. No hizo nada con el puto, yo estaba ahí, pa. Estuve ahí todo el tiempo, salieron del auto para que yo pueda hablar con Ema, nada más. Ema y el maricón ese son amigos...

Me quedo sorprendido por la defensa de Alishya. Aunque estoy furioso con ella también, le agradezco la intervención; sólo que desearía que hubiese dicho «y si se lo estaba cogiendo ¿qué?». Porque ese es el jodido punto acá, no tiene nada de malo.

Me arde la garganta, y no por el ahorque de mi papá, sino porque tengo ganas de gritar que dejen de referirse a Alejo de esa manera. «El puto», «el maricón ese», ¡tiene nombre, la puta madre!

Mi mamá me contiene con un abrazo para que no me lance sobre mi papá y empiece la pelea de nuevo. Me doy cuenta que no emití una palabra desde que empezó, porque me niego a decir una mentira y eso es exactamente lo que quieren escuchar de mí.

—Si ese tal Ema tiene amigos putos, vos tampoco lo vas a ver más —sentencia mi viejo cuando se calma.

No me pasa desapercibido lo que el «vos tampoco» lleva implícito: una orden para mí de mantenerme alejado. Una orden que no pienso seguir.

—¿A dónde te creés que vas? —dice la voz que más odio en el mundo a mis espaldas cuando siento que tuve suficiente y decido dejar el quincho—. Te quedás acá y comés. ¿O te pensás que la comida la cagan los perros?

Lo ignoro.

—Damien... —me llama mi mamá con voz ahogada, logrando que me detenga. Me irrita su actitud, que juegue de mediadora cuando no hay nada que mediar. Mi papá está equivocado y acaba de levantarme la mano. Salvo para recibir una disculpa, no hay razón para que me quede.

—¿A tu madre sí la escuchás?! Pendejo mal agradecido. ¡Todo les di! Todo ¿Así me lo pagan? Lo que les falta a ustedes es disciplina. Te vas a sentar en la mesa, vas a comer y por una vez en tu vida, te vas a comportar como un hombre ¡carajo! Nada de ir a llorar al hombro de tu mamá. Yo no crío maricones ¿me entendiste? ¡¿me entendiste?!

Me siento sin contestar.

—Bien —dice mi viejo antes de volverse al asado. Alishya agarra una servilleta de papel y se seca las lágrimas. Me mira con culpa. Sigo enojado con ella por la forma en que se refirió a Alejo, sin embargo, la dejo pasar por esta vez y asiento con la cabeza para darle a entender que todo está bien.

Se siente sólo el crepitar del fuego y el ruido del cuchillo sobre la tabla de picar. Agarro mi celu y leo:

Alejo: A qué hora te levantaste? Yo recién abro los ojos, o casi.

Alejo: vuelvo en el de las 8.

Alejo: vos?

Me calmo al leerlo. No contesto, lo dejo aparte para que mi papá no lo agarre, aunque noto su mirada clavada en mí mientras reviso el celular.

Lo sabe.

Alejo

—Ponele un «me gusta» —dice Ema desde la cocina dónde se está batiendo un café instantáneo.

Yo ya tengo el mío en las manos. Es que no soy de los que le hacen espuma. Lo sé, hay un lugar en el infierno para la gente como yo.

Escucho de vuelta el tema de Chris Cornell en el que Damien me etiquetó, *worried moon*. Admito que estoy sonriendo como un idiota.

«Este es el tema que te decía», es todo lo que pone.

No es que me haya tomado como romántico el post, pero, aunque no lo crean, dice demasiado. Alguien más contesta debajo; todos pueden ver que estoy etiquetado.

«Buena movida».

Soy débil. Y él, insistente. Con esto se acaba de ganar muchos puntos.

—Eso iba a hacer.

—No. Ibas a ponerle un «me encanta».

Intento no reírme. Sí, puede que estuviese evaluando la posibilidad.

Le hago caso a Ema.

Después, cuando ya no me aguanto, le mando un mensaje a Damien.

Yo: *muy buen tema*.

—¿Vas a hacer algo al respecto? —me pregunta Ema y toma su celular. Él también está de buen humor hoy. Parece que Martina se peló, esta vez de manera definitiva, con el novio.

Como es entendible, ella está triste. Sólo que no tanto como si quisiese de verdad a su ex. Creo que está más preocupada por qué hacer respecto a mi amigo que por su reciente ruptura.

—Pensaba en invitarlo a ver una peli —digo sin mucha convicción.

Desde el fin de semana, nos mandamos audios de *WhatsApp* y mensajes todos los días. Así es como sé que se levanta muy temprano, porque el primero me cae cerca de las ocho.

Yo a esa hora estoy fuera de combate, así que le contesto a ésta hora. Las once de la mañana cuenta como madrugada para mí.

Hablamos de todo por horas, nunca nos quedamos sin tema. Anoche fue música.

—Si querés hoy, yo seguro voy a casa de Martina.

Lo miro. Ya no disimula diciendo que va a ver a Lore.

—Ema, en ésta le doy la razón a Martina —le digo con cautela. Ella no quiere lanzarse de lleno a otra relación, y, aunque sus motivos distan mucho de ser los mismos que los míos, entiendo sus porqués. Lo que más respeto de su decisión, es que no lo hace por ella, sino por Ema. Al igual que yo, ahora, intentando sin mucho éxito pisar un poco el freno con Damien.

—No la estoy presionando —se defiende—, y vos tampoco lo estarías haciendo por invitarlo a ver una peli.

¿En qué momento el mundo se dio vuelta y quedamos, Martina y yo en un lado, y Ema y Damien en el otro? Debe ser el universo, pienso y me río recordando mi charla con Gastón, está equilibrando las cosas para que no hagamos pelotudeces.

—Te lo voy a explicar una sola vez —le digo con humor—, nos hacemos los difíciles ¿Sí? No somos

difíciles. Y si me pongo a dieta y todos los días me mostrás el chocolate...

Larga una carcajada.

—Yo también te lo voy a explicar una sola vez: Esa. Es. La. Idea. Y no, no es presión, porque no le pienso volver a sacar el tema hasta que ella me dé un indicio de estar preparada. Pero, siguiendo tu analogía, intento recordarle que el chocolate sigue ahí y...—enfatisa las palabras—, que soy el único chocolate disponible. ¿Se entiende?

—Ahora quiero chocolate —me quejo.

—¿El de verdad o el que se invita a ver películas?

—Un poco de ambos.

—Bueno, hoy tenés el depto para vos. Podés elegir comer fideos con manteca de nuevo, solo y amargado, o ver una película con el flaco con el que hablas las veinticuatro horas del día y comerte un chocolate, aunque sea los que sólo llevan cacao.

Planteado de esa manera, no me deja mucha opción.

Yo: ¿Tenés planes para hoy a la noche?

Ignoro la sonrisa burlona de Ema.

—No te conviene ir por ese lado —lo pincho—. Recordá quién tiene que limpiar el baño.

—Eso no me va a quitar el buen humor —replica.

Le gané la apuesta sobre Martina. Le dije que, si dejaba al novio de manera definitiva este fin de semana, le tocaba reemplazar dos turnos míos de limpieza de baño. Lo hice para levantarle el ánimo, aunque, a decir verdad, estaba convencido de que Martina se iba a dar cuenta que Ema vale mucho más que cualquier imbécil. Era una apuesta segura.

Damien: No.

Yo: te copa ver una peli en casa?

Damien: Sí. Qué llevo?

Yo: nada.

Damien: chocolate?

Mi carcajada sobresalta a Ema. No me aguanto y le muestro el chat. También se ríe.

Damien llega temprano. Le bajo a abrir y veo que trae una bolsa de *Royal* llena de golosinas. Siento algo en el estómago y no es hambre.

Lo hago pasar y como todavía falta para la hora de la cena, preparo mate. Veo como se apoya contra la mesada mientras yo pongo la pava.

—¿Qué te pasó? —le pregunto cuando me percató que tiene un moretón cerca de la boca. Al acercarme veo otro más leve en el cuello.

—Nada. Rugby.

Miente fatal.

—En serio, ¿O ahora el rugby se parece al boxeo? —insisto y sin poder contenerme, acaricio el magullón cerca de los labios.

En lugar de contestar, gira apenas y me da un beso en los dedos.

Me derrito. Lo hizo sin pensar, me doy cuenta cuando veo que se gira incómodo y rebusca en la bolsa de *Royal*.

Saca un chocolate *Milka* y lo deja en la mesada. Lo miro extrañado.

—Ese es para tu amigo, Emanuel.

—¿Eh? —Creo que me puse algo celoso. Me calmo porque estamos hablando de Ema, mi mejor amigo. Hétero.

Me sonrío y se pone algo colorado.

«La dieta», me recrimino.

—Es por el finde —explica. Se pasa la mano por el pelo y se despeina. Me doy cuenta que se me acaba de hervir el agua ¡puta madre!—. Por insistir en que los lleve cuando vos no querías, hacer que te sientes adelante, al lado mío y, sobre todo, fumarse a mi hermana mientras hablábamos.

Chau celos. Ahora me lo quiero comer. Por suerte, aparece Ema para salvarme de la tentación.

—Esas son tres cosas —dice bromeando y agarra el chocolate—. Acepto el primer pago.

Damien se ríe y yo trago saliva mientras agrego agua fría al termo.

—Me voy —agrega mientras sacude el *Milka* cerca de mi cara—. Me llevo esto. Cuidado con tanto dulce, no vaya a ser cosa que rompas la dieta. Chau —grita ya desde la puerta.

¿Se acuerdan de las cosas geniales que dije sobre él? que es copado y mi mejor amigo... Lo retiro. Me retracto.

Damien me mira extrañado, tiene una media sonrisa dibujada en los labios. En esos labios lastimados que ahora muero por besar.

Dije que iba a ir despacio. Me contengo.

Con el mate listo y la bolsa llena de golosinas, le digo que me acompañe y nos sentamos en el futón que tenemos en el living. Giro la mesa que uso de escritorio hasta que quede enfrentada, de manera que el monitor de 19 pulgadas que uso para diseñar haga las veces de tele. Conecto el puerto a mi *Alienware* y dejo todo preparado para cuando elijamos una peli. Tengo algunas en la compu, pero seguro elegimos ver online.

Me acomodo lejos de Damien en un desesperado intento de resistencia.

Hablamos un buen rato, de la facu, de historias de la secundaria, de fútbol, de música —pongo *Radiohead* porque ayer me dijo que le gustaba— y cuando pasaron dos horas, elegimos una película.

Hacemos una pizza bastante insulsa. Sólo la pre-pizza con queso arriba y abro una cerveza. Comemos con los platos apoyados en el sillón y los vasos en los apoyabrazos.

No le estamos dando mucha bola a la peli. Perdón Jason Statham, en general te soy más fiel.

Cuando termina, se hace un silencio, de esos que no son incómodos, pero que anticipan algo.

—Alejo ¿te puedo preguntar algo? —Está sonrojado. Me remuevo incómodo.

—Sí —contesto, pero tomo distancia. Me pueden sus ojos de cachorro y el color que toman sus mejillas cuando siente vergüenza.

—Yo... bueno. Con lo que me contaste, no sé. Es decir... —Me muerdo el labio para no sonreír ante su balbuceo nervioso. Se viene una de las preguntas «gays». Puedo sentirlo. Esas que todos quieren hacer, pero nadie sabe cómo—. Tengo entendido que hay «activos» y «pasivos». Y, este, vos... Yo te entendí que lo hiciste, pero me refiero a que...

—Soy versátil —lo interrumpo apiadándome de él. Me alejo un poco más. Estoy a medio camino de una erección.

—Eso es que te gustan las dos cosas ¿no?

—Sí.

—¿Preferís alguna? ¿O realmente te da lo mismo?

¿Puedo gritar ahora? ¡Dios! ¡Qué difícil me lo está haciendo!

—Depende del momento. Disfruto de las dos cosas, sólo que hay veces que tengo más ganas de hacer una u otra.

Por ejemplo, ahora, si no fueses virgen, te haría darme la espalda y te lamería desde la nuca hasta el tobillo, y...

Stop. La dieta, me recuerdo. Espero que a Martina le esté resultando más fácil que a mí.

Veo que aún no llegué al punto que quiere llegar. Lo entiendo. Lo entiendo tanto que me asusta. ¿Cuándo llegué al punto de comprenderlo antes que hable? No se trata de lo que a mí me gusta, se trata de que él no sabe lo que a él le gusta.

Que ganas que tengo de mostrarle todo lo que podemos hacer. Y de aprender con él todo lo que todavía no conozco. Probar y probar, y de vez en cuando, reintentar. Por las dudas, no vaya a ser cosa que lo hayamos hecho mal.

Ya no tengo una media erección. Estoy completamente duro. Me molesta el jean. Intento acomodarme sin que lo note.

Algo que pasa cuando te gustan los del mismo sexo que vos, es que saben exactamente por lo que estás pasando.

Damien baja la mirada. Traga saliva y yo siento un tirón en mi entrepierna.

—Supongo que la única forma de saberlo es intentando... — murmura con la voz ronca.

¿Es una invitación? La respuesta es ¡SÍ!. Pero no hoy. No todavía.

Mido mis palabras antes de contestar.

—En parte sí, Damien. En parte se trata de probar. Pero, en general —digo y me acerco. No aguanto un segundo más sin tocarlo—, si algo te gusta acá, en tu mente —Le acaricio la cabeza, el pelo, la frente—, te va a gustar en tu cuerpo. Si te seduce la idea de hacer algo, si fantaseas con eso, lo vas a terminar disfrutando.

Asiente. Espera que lo bese. Aprieto los labios con fuerza para resistir. Su decepción me aguijona.

Si tan solo entendiese lo loco que me pone. Las ganas que tengo. Todo esto es nuevo para Damien, quiero que lo haga cuando se sienta listo y ahora no lo parece. Me da la impresión que se está presionando y su pregunta así lo indica. No se dio tiempo a pensar en sus deseos y necesidades, sólo se dio cuenta que le gustan los hombres. Un paso importante, sí, pero todavía tiene camino por andar.

No se confundan, no todo en mi es altruismo. Me contengo, en parte, porque sé que el necesita darse un respiro, pero también porque no quiero ser sólo «un hombre» con el que probar. No quiero ser el que está ahí, el que abre la puerta del closet y nada más. Me dolería como mil demonios no significar más que un simple iniciador en su vida. No sé muy bien cuándo se despertaron esos sentimientos, pero están ahí y no puedo negarlos.

—¿Cuándo te diste cuenta que te gustaban los hombres? —le pregunto intentando develar de dónde proviene tanta represión.

—En Bariloche.

—¿Hace más de dos años? —Su respuesta me sorprende. Su reticencia me daba a entender que era

algo más reciente. Cada uno tiene sus tiempos, me recuerdo —. Perdón, pero lo voy a preguntar súper directo, no contestes si te sentís incómodo ¿En qué pensás cuando te masturbas?

No lo hago de morboso, es con la intención de ayudarlo a sentirse cómodo con sus propias ideas, con lo que lo erotiza. También para saber, si es que quiere hacerlo conmigo cuando esté listo, que es lo que espera.

Abre los ojos como plato. Yo estoy ardiendo. La idea de imaginar a Damien tocándose me lleva demasiado cerca de mis propias fantasías. Creo que estoy transpirando.

—No —murmura con voz ronca y ahogada— No. Intento no pensar...

Se interrumpe. Casi puedo ver como construye un muro a su alrededor.

—¿Por?

—¿Te jode si no hablamos de eso ahora? —Se muerde el labio y me esquivo la mirada.

—No hay drama. Te dije que podías no contestar.

No lo presiono, aunque tampoco lo entiendo. Presiento que hay algo ahí, algo mucho más hondo y doloroso que sólo la incapacidad de asumir su homosexualidad.

—Alejo ¿Seguís enojado conmigo?

—No —contesto. Me sorprende al dar mi respuesta. Debería por lo menos estar molesto, al fin de cuentas me levantó la mano. No lo estoy y eso me asusta un poco.

—Me tengo que ir —dice al ver que nos quedamos callados y se para. Otra vez, lo entiendo antes de que hable.

—Me muero de ganas de besarte, Damien. Me muero de ganas de hacer muchas más cosas que besarte —le confieso para calmar su inseguridad.

Suspira. Oigo como el aire sale de sus pulmones en donde estaba atrapado. Está tan tenso, tan nervioso... Se acerca.

¡Mierda! Mi voluntad se está haciendo pedazos.

—¿De verdad te sentís listo? —Mi voz suena cortada. Acorto la distancia que nos separa.

Tenemos casi la misma altura, debo ser apenas dos centímetros más bajo, aunque bastante menos ancho. Recuerdo como se sienten los músculos de su espalda bajo mis dedos, su barba contra mi mentón, su erección pegada a la mía.

—No —contesta. Su sinceridad me aplaca lo suficiente como para que vuelva a pensar con claridad—. No sé si voy a estar del todo listo alguna vez, pero quiero...

Se calla antes de terminar.

No sabe cómo terminar.

—Te voy a besar —le digo más tranquilo—. Sólo besar ¿ok?

Asiente y yo tengo que tomar aire. Siento que me queman los pulmones y mi corazón late a mil. Cuando me pego a él, noto que su corazón está tan acelerado como el mío.

Pongo mi mano en su nuca y él hace lo mismo en la mía. Elevo mi boca esos escasos centímetros que nos separan y la apoyo en la de Damien. Empiezo a mover mis labios, acariciando los suyos, tan llenos que dan ganas de morderlos. Abre la boca cuando lo lamo, mi lengua dibuja su contorno antes de adentrarse.

Lo beso suavemente, acariciando, tocando, saboreando, explorando, conociendo cada rincón, cada sensación. Descubro lo que le gusta, él también.

Cuando trazo círculos con mi lengua entorno a la suya, gime. Lo repito de manera sugerente y él me devuelve el favor. Ahora soy yo el que gime. Damien invade mi boca con hambre de mí. Me separo apenas, para respirar primero y para morderlo en los labios después.

Me rodea con los brazos, me pega a él. Es muy fuerte, más fuerte que yo. Su cuerpo se frota con el mío, lo hace sin pensar, solo apremiado por la necesidad. Lo entiendo, me siento igual. Pero le dije que sólo lo besaría y eso es lo que voy a hacer.

Mientras le devuelvo el beso, voy llevándolo contra la pared hasta que sea él quien está atrapado y no yo. Vuelvo a tomar el control de la situación, de su cuerpo y del mío. Alejo mi boca de la de Damien y él me busca de nuevo. No le doy lo que quiere, me mantengo a escasa distancia. Nuestros alientos se tocan, pero nuestros labios no.

Le sonrío con un poco de picardía antes de darle otra dosis de besos. Al terminar me separo por completo. Ambos estamos ardiendo, excitados, tan duros que un simple roce nos haría acabar.

—Me tengo que ir —dice mientras intenta acomodar el bulto en sus pantalones sin que yo lo note; como si eso fuera posible. Está tan frustrado como yo, pero ya no se siente inseguro. Entiende que lo que pasó es todo lo que puede dar de él esta noche, yo también.

—Te acompaño a la parada del cole ¿cuál tomás?

—La k.

Nos volvemos a besar en el ascensor. No podemos evitarlo.

Mientras esperamos el colectivo, lo abrazo. Damien nota como alguien nos mira con mal disimulado interés y se tensa. Me separo para no incomodarlo. En otras circunstancias, sólo lo besaría para desafiar a aquellos que aún nos miran raro; hoy me abstengo por él.

Damien me sorprende reteniéndome y besándome. Casi se puede escuchar cómo cruje mi corazón por el orgullo que despierta en mí el chico que tengo en mis brazos. Son tantos los sentimientos que albergo en este momento, que creo que me voy a pasar toda la noche despierto intentando descifrarlos y catalogarlos.

Se despide con un último beso. Empiezo a extrañarlo en cuanto se sube al cole.

Damien

«¿En qué pensás cuando te masturbas?»

—En vos, Alejo.

Las fantasías se arremolinan en mi mente y mis intensos orgasmos, en lugar de saciarme, me dejan más insatisfecho.

«Si algo te gusta en tu mente...»

—Vos me gustás.

No pienso viajar este fin de semana. Mi mamá no insiste, después de lo que pasó, sabe que es mejor poner distancia.

Sebas: quienes viajan? Quienes quedan? Planes?

Esteban: En Rosario. Salen?

Mariano: Vuelvan, salimos los del club.

Yo: me quedo en Rosario.

Lautaro: voy.

Sebas: Da, hacés algo?

Yo: no creo...

Mariano: entonces vení.

Yo: No.

Sebas: entonces viajo...

Mariano: Damien, sos el único amargo. O es por una minita?

Yo: por un tipo...

Mariano: (emotición de risa)

Mariano: ya sabíamos que eras bastante puto... jajaja

Todos mandan risas y siguen con los planes de salida. Por supuesto, pensaron que bromeaba.

Alejo no tiene relaciones casuales. Si quiero estar con él —y sí, quiero—, tengo que hacerlo por completo. Eso implica que mis amigos sepan.

Me da terror esa charla.

Sin embargo, en cuanto el primer mensaje de Alejo llega, siento que estoy haciendo lo correcto.

Alejo: te quedás?

La idea de volver a verlo me acelera el corazón. Seguimos hablando todos los días, pero ahora no me basta.

Yo: Sí. Vos?

Pienso en él todo el tiempo. Estoy hecho un pelotudo y no me importa.

Todo en él me gusta. No sólo lo físico, aunque no lo descarto. Me gusta cómo habla, me gusta lo que piensa, lo que quiere. Me gusta que sea abierto, que sea franco, que dice lo que piensa y que piensa lo que dice. Me encanta cuando se ríe; que sea algo sarcástico, pero también pueda hacer chistes pavos. Me gusta cómo me trata, la paciencia que me tiene cuando estoy confundido, que me entienda antes siquiera que yo me entienda a mí mismo.

Alejo: También. Capaz salimos con los chicos...

Alejo: te sumás?

Alejo: si no tenés otro plan.

Alejo: si no, no pasa nada...

Me tiro en mi cama sonriendo. Está nervioso, me doy cuenta en sus mensajes.

Sí. Ya llegamos al punto en que puedo leer el tono de un mensaje. Él también puede hacer lo mismo.

Yo: Sí. Dale.

Me manda un audio y yo le contesto. Así estamos todo el día, hablando, algo tensos.

No sé bien que pasa por su cabeza ahora, pero por la mía pasan mil cosas. Que nos vamos a ver en público, que sus amigos van a saber quién soy y me pregunto si me va a besar enfrente de ellos o si va a actuar como si fuésemos amigos y nada más. ¿Y yo? ¿Cómo voy a reaccionar? ¿Cómo espera él que yo me comporte?

¿Por qué tiene que ser todo tan difícil? ¿O soy yo, que me la complico solo?

Cuando salía con chicas no me sentía así.

Llego al bar unos quince minutos después que Alejo. Le mando un mensaje y me contesta que están en el patio.

El lugar es una casa antigua remodelada. Hay un par de mesas, pero la mayor parte del espacio es para bailar.

Se supone que cada ambiente pasa música distinta, pero la acústica es tan mala que de casualidad se reconoce una canción.

Alejo está con Ema. Me saluda con un pico y eso me tranquiliza. Me siento entre ambos y nos ponemos a hablar un poco a los gritos. Al rato caen Lorena y Martina.

Como Alejo me contó lo que pasa entre ellos, me levanto y digo que voy a buscar un trago, para que Martina se siente en mi lugar, al lado de Ema.

—¿Qué te traigo? —le pregunto a Alejo.

—Un mojito —me da su papel de consumición y me voy a la barra. Vuelvo con un Fernet para mí y un mojito para él.

Cuando llego a la mesa veo que se sumaron Gastón y Johnny.

Ver al ex de Alejo me sienta como una patada en los huevos.

—Hola —saludo y estrecho las manos. Escasean los lugares. Martina y Lore ahora comparten una silla; son lo suficientemente menudas para entrar algo apretadas. Yo no, por lo que, en un arrebato de comportamiento primitivo, levanto a Alejo y lo hago sentarse en mi regazo.

Le paso la mano por la cintura para sostenerlo y la poso por debajo de su remera, tocando un poco de piel.

Estoy, como se diría, marcando territorio. Alejo lo nota y no dice nada. Gastón y Ema comparten una mirada cómplice que me molesta bastante.

—Gracias por el mojito —me dice y se vuelve a unir a la charla. Yo lo miro a él.

Está hermoso esta noche. Se cortó el pelo, apenas un poco las puntas, lo suficiente para que el flequillo no le moleste en los ojos. Atrás lo lleva más corto y puedo ver su nuca, le doy un beso justo ahí y siento como se estremece. Se gira y me sonrío. Tiene una sonrisa perfecta, de esas que hacen hoyuelos y paréntesis.

Lleva una remera de algodón gris, algo ajustada pero no mucho. Un jean gastando y sus zapatillas *converse* rojas.

—¿Te acordás de ese recital? ¡Qué aguante! —dice Gastón y Alejo se ríe.

—Es que no entendés el arte —se burla Alejo y se gira a explicarme —: Nos habían dicho que era copado, y resultó que en el medio de las canciones actuaban y hacían expresión corporal...

—Esperaban que uno se sume —agrega Gastón—. Unos tipos adelante nuestro estaban re copados y se contoneaban.

—Si no fuese porque cantaban mientras lo hacían, uno juraría que tenían un ataque de epilepsia.

Se ríen a carcajadas. Yo no. Me paro a buscar algo más para tomar.

—¿Te traigo otro?

—Dale, pará, te doy la plata.

—No. Dejá. Invito.

Antes que pueda protestar voy a la barra y vuelvo con el mismo par de bebidas. Un fernet y un mojito. En la mesa siguen las carcajadas. Están relatando alguna otra historia súper graciosa de cuando eran novios.

«¡Ah, qué buenas épocas aquellas!» me sale el sarcasmo y me callo.

Estoy furioso. No lo puedo evitar. Sé que está mal, pero no puedo dejar de pensar que en todas esas anécdotas pasaron mientras Gastón besaba, tocaba y le hacía el amor a Alejo. ¡Dios! Sólo imaginarlo me dan ganas de romper algo.

Vuelvo a sentarlo a upa mío. Me doy cuenta que estoy taciturno. Hago el intento de hablar con Martina.

—Estudio arquitectura. —Habla bajito y me tengo que acercar mucho para escucharla.

—¿En la Siberia? —pregunto. La Siberia le dicen a una de las sedes de la UNR que queda lejísimo.

—Sí. A las siete de la mañana en invierno, te la debo. ¿Vos?

—Yo en la de Pellegrini. Me queda a cinco cuadras de casa, no me puedo quejar.

—Voy a la barra —dice Alejo —¿Quién quiere?

Atino a sacar mi billetera, pero me para.

—Damien, ya pagaste dos tragos. Me toca.

Quiero protestar. Me aguanto cuando veo que me mira mal. Es que sabe que pagar por su consumición es otra de mis facetas de macho alfa marcador de territorio. Me falta ponerme a mear en la pata de la mesa.

—Ok.

Me sonrío y lo miro embobado. A la noche no se le nota cuan azules son sus ojos, pero el brillo sigue siendo el mismo. Lo sigo con la vista todo el camino a la barra.

Una chica se le acerca y se ponen a hablar, ella le sonrío, él le devuelve el gesto. Le dice algo, le contesta y se acerca más, casi rozándole el oído, para que ella lo escuche a través de la música y yo estoy por pararme e intervenir.

Ya sé que a Alejo no le van las mujeres, nunca le fueron y nunca le irán. Lo entiendo. Aun así, no puedo evitar mi reacción.

—Ya te vas a acostumbrar —me dice Gastón y me guiña el ojo—. Alejo no tiene el *sex appeal* gay. Las mujeres siempre lo intentan.

Yo frunzo más el ceño. Sólo que ahora en dirección a Gastón.

«*Bla,bla,bla*. Ay, sí. Te vas a acostumbrar, como lo hice yo, que ya salí con él antes que vos».

Eso es lo que yo escucho cada vez que habla.

—¿Qué pasa, Damien? —me pregunta Alejo cuando llega y se sienta arriba mío —. Tenés una cara...

—¿La conocías a esa chica?

Alejo larga una carcajada. Me da la impresión que Ema también se ríe.

—No. Me dijo que no pida un *Campari* porque lo preparan con jugo *Tang*.

Reconozco un intento de chamuyo cuando lo escucho; asiento de todos modos y él se une de nuevo a la conversación.

—¿Me convidás un pucho? —le pide Alejo a Gastón. Y esa es la gota que rebalsa el vaso.

—Yo tengo —interrumpo algo brusco y busco los míos.

—Pero a mí me gustan los *Lucky convertibles*. —Y agarra uno de los que le alcanza su ex. Yo me paso las manos por el pelo desesperado. Me pide fuego, pero Gastón se adelanta.

Para colmo de males, me encanta verlo fumar. Es tan bueno. Su boca, perfecta, dibuja una «o» cuando aspira el humo y después lo deja largar suavemente...

—Se hizo adicto a los *Luky's* cuando te conoció...— agrega Ema y Alejo lo mira fijo, con una expresión que le indica que se calle.

Le suena el celular, lo siento vibrar contra mi pierna.

—¿Es el tuyo o el mío? —pregunta.

—Tuyo.

Se levanta para agarrarlo y su culo me queda de frente. Ahora estoy enojado y excitado ¡La puta madre!

No era mi intención, pero leo el mensaje que le llegó.

Ema: Dale un respiro, Alejo. Damien está verde de celos.

¿Celos? ¿Estoy celoso? ¡Sí, mierda! ¡Estoy más que celoso! Estoy a punto de llevármelo a la rastra del bar.

Alejo se gira y me mira con esos ojazos.

—Perdón. No me di cuenta que te estabas poniendo celoso, no lo hice a propósito —me dice y me acaricia la cara con dulzura—. Y es verdad lo de los puchos. Me prendía uno de estos cada vez que pensaba en vos y eso era muy frecuente. Es que me recuerdan a tus besos de esa noche, cigarrillo y menta.

Lo beso. Le hago abrir la boca y meto mi lengua tan hondo como puedo. Le agarro del mentón para que no pueda rehusarse.

—No necesitás recordar mis besos. Me podés besar siempre que quieras —le digo y vuelvo a apoderarme de sus labios. No estoy siendo suave ni gentil—. Además, no provoco cáncer.

—Pero sí adicción —me contesta y por fin me relajo. ¡Dios! ¡Qué mal la estaba pasando! Nunca pensé que estar celoso fuera así de feo.

Mi experiencia con Alejo es mucho más reveladora de lo que imaginé que sería, y eso que imaginé muchas cosas. No es sólo sexual, no estoy experimentando sólo sobre mi homosexualidad con él, estoy conociendo cosas nuevas sobre sentimientos, anhelos, deseos... Cosas que nunca antes viví.

Los celos van a la lista de cosas que no quiero volver a probar.

Dejo que la furia remita y lo sigo besando. Ahora suave, le acaricio la espalda, por debajo de la remera y enredo los dedos de mi otra mano en su pelo.

—Estás conmigo ahora —remarco mis palabras y le doy otro beso.

—Gastón es un amigo —me explica junto a mi boca—. Nada más.

—¿Creés que no preferiría mil veces estar en mi lugar, abajo tuyo, besándote, que al lado del imbécil que tiene por novio?

—No. No lo prefiere...

Lo miro con escepticismo.

—En este momento, estoy bastante seguro que todo el jodido lugar me envidia.

Larga una carcajada.

—Lo digo en serio, Alejo. Las chicas deben querer matarse.

Él niega con la cabeza y sonrío. Cuando se une a la conversación, yo vuelvo a mi charla con Martina. Estoy bastante más calmo.

Alejo

Damien: Tenés planes?

Yo: Verte, aunque sean 5 minutos.

Llevo días sin apenas verlo. Ya estamos cerca de fin de año y los parciales y trabajos prácticos no nos dan respiro.

Nos hablamos a diario y cada tanto, entre corrida y corrida, nos encontramos en el centro. Capaz un café en *Starbucks* cuando salgo de la facu y tengo que hacer tiempo antes de ir a reunirme con compañeros, o ir a un bar cuando a él le suspenden una clase o sale antes.

Lo extraño horrores.

Damien: Hoy podés?

Yo: Me reúno con compañeros... Cenar?

Damien: Cenar, entonces... Algo en particular?

Yo: Mientras no sean fideos con manteca...

Damien: jeje.

Empiezo a perder la paciencia a eso de las ocho de la noche. Mis compañeros siguen discutiendo si usar un tono de azul u otro y yo repiqueteo los dedos, nervioso.

—Por mí, cualquiera. Aunque prefiero el primero —digo y miro la hora por enésima vez.

—¿Y si probamos en algún tono de morado? —propone Camila y yo quiero pegarle.

Casi nunca hago esto cuando hacemos grupo, porque es súper molesto. Por lo menos, yo detesto cuando los demás lo hacen. Me siento frente a la compu de Camila y lo hago a mi manera.

—¿Así? —pregunto cuando termino. Trato de disimular mi hastío que nada tiene que ver con ella. No tiene la culpa de que me esté muriendo de ganas de besar a Damien.

—Está bueno —coincide y yo largo el aire—. Pero sigo pensando que un tono morado le iría mejor.

Me paso las manos por el pelo y me despeino.

Yo: Tengo para un rato más... :(

Damien: No hay drama.

—Dale —me resigno—, probemos con morado.

Al final tenía razón, quedaba mejor. En general hacemos un buen grupo Camila y yo. Ella es de las personas que saben aplicar la teoría y yo soy de los que se manejan a ojo, entre los dos nos complementamos. Enzo, el tercero del grupo, resta. Ya acordamos con Cami que el año que viene buscamos a otro, es que lo conocimos a principio de año y no sabíamos cómo era.

—Lo imprimo yo —me dice cuando se levanta y se estira. Yo la ayudo agarrándola de debajo de los omoplatos y cuando la alzo un poco, su espalda suena por todos lados —. Deberías dedicarte a la kinesiología.

—¿Es un halago o una indirecta a mi poco aporte el día de hoy? —me río.

—¿Lo vas a ver ahora?

—Sí.

—Con razón... —se burla—. Bueno, no te hagas drama, ya con esto tenemos cerrada la semana. Sólo

nos queda estudiar la teoría.

—Wiiii —chillo con falsa alegría y me despido de ambos.

Hago el recorrido en tiempo record. A las nueve en punto estoy tocando timbre.

Damien me baja a abrir y por poco me tiro a sus brazos ¡Dios! ¡Cómo lo extrañé! ¿Me parece a mí, o está más lindo?

Es la primera vez que lo veo desarreglado. Está recién bañado, sin peinar, con unas bermudas, una remera estirada y *hawaianas*. Le doy un beso mientras esperamos el ascensor.

Sale una chica y nos mira, no lo hace con esa curiosidad característica de los que se incomodan con una pareja homosexual, sino, más bien, como si no se lo pudiese creer.

Le sonrío y se pone colorada. Ahora tiene que tachar a su vecino de la lista de posibles ligues.

Mala suerte. Para ella.

—Buenas noches —saluda y nos deja el ascensor abierto.

Damien ni se percata de la actitud de su vecina.

—¡Qué olorcito! —digo ni bien abre la puerta de su departamento. Huele riquísimo. Pollo al horno. Ya saco turno en el registro civil —. Te pasaste.

—Sí. Lo sé. Todo el día cocinando —se ríe—. O... capaz que sólo puse todo en una bolsa y prendí el horno.

—En mis conocimientos sobre arte culinaria, eso te coloca como candidato al *Master Chef*.

Aunque quiere simular que no puso esmero, se nota que sí lo hizo.

Miro el departamento. Está bueno. No es el típico espacio de estudiante, salvo, quizá, porque es chico. Por lo demás, parece un departamento de soltero. Los muebles son nuevos, no de rejunte como tenemos Ema y yo. Y... combinan.

Todos los muebles son de melamina color wengue. Hay una mesa, con cuatro sillas, una biblioteca, un escritorio chico, un rack y la cama. Eso es todo. Las cortinas, el cubrecama y los almohadones de las sillas son blancos. La única división que tiene el departamento es la barra que separa la cocina del resto; y el baño, por supuesto.

—¿Tomás vino? —me pregunta. Besarlo me parece una repuesta apropiada.

¿En serio compró un vino? ¿No es un amor?

—Sí.

Me sonrío y saca dos copas. Tiene una cajita, de esas con destapador, pico y no sé cuántas cosas más que nunca entendí para que sirven. Me siento algo intimidado. Yo no soy de guita; no estoy diciendo que él sea millonario, pero bueno... tiene un tele LED en su departamento de estudiante. Y copas, y vasos iguales para el caso. Me niego a pensar cuánto sale la botella de vino que descorchó recién.

—¿De qué vive tu familia? —no me aguanto.

—Mi viejo tiene una empresa de fumigación. Hacen, sobre todo, fumigación agrícola. ¿La tuya?

—Tenemos una ferretería.

—¿La que está en la avenida Juan B. Justo? —Lleva mi apellido, así que es fácil reconocerla.

—Sí, esa. —Tomo un sorbo de vino. Está bueno.

—¿Pechuga o pata? —pregunta y trae la fuente a la mesa.

—¿Vos?

—Me da lo mismo.

—Entonces sos de la pata —le sonrío.

—Lo prefiero, pero en serio, me da lo mismo. ¿Cómo sabés que prefiero la pata? —Toma un trago de vino y lo miro embobado.

—Porque los que comemos pechuga no transgredimos.

Se ríe y me sirve una porción. Está buenísimo. Puede que diga que sólo lo puso en una bolsa, pero apuesto lo que quieran a que a mí no me sale así.

Entre los dos nos terminamos todo el pollo. Como diría mi mamá, es más barato vestirme que darme de comer.

Hablamos mucho, pone música —Charly, Spinetta. No lo hacía de ese estilo— y me sorprende aún más cuando trae unos *bon o bones* de postre.

—Sí no fuese porque sé que sos un buen tipo, sospecharía de tus intenciones conmigo —me burlo.

—Mis intenciones son del todo nobles —dice riendo y me besa. No lo quiero soltar —. ¿Hago café?

Tiene cafetera. Por supuesto.

—¿Te bato un *Dolca*? —decimos al unísono y largamos una carcajada.

Mientras el café se hace, lava los platos. No me deja ayudarlo.

La charla sigue, pasando de un tema a otro, de un beso a otro.

—Es que es distinto ¿Vos saliste alguna vez con una chica? —pregunta y yo niego con la cabeza—. Te preocupás por el embarazo, no por las enfermedades.

—Esa diferencia la noto entre mis amigos heteros y mis amigos homo...

—Es que es así. No todos, pero sí la mayoría. Si ella toma la pastilla, no se ponen forro...

—¿Vos? —pregunto. Sé que estuvo con mujeres antes.

—Con mi novia no usaba...

—Tamara —me acuerdo su nombre y todo. Él se sorprende de que lo sepa. Salían en la secundaria, más o menos por el tiempo en el que empezaba a gustarme.

—Las veces que fueron casuales, sí. En tu caso, no sé cómo es... o sea...

—Embarazado no voy a dejar a nadie —me río—. Nos machacan tanto con que somos población de riesgo, como si los heteros no se enfermasen, que terminamos siendo mucho más consientes a la hora de cuidarnos.

—Pero vos no tenés relaciones casuales... ¿igual te cuidas?

—Tampoco tengo toda la experiencia del mundo. Sólo tuve una relación...

—Gastón —su tono es aún más molesto que el mío a la hora de hablar de Tamara.

—Sí. Yo cuando empecé a salir con él, le expliqué de antemano como venía el asunto conmigo. Me había hecho los estudios después de lo que me pasó y los repetí al tiempo, así que él sabía que yo estaba sano. Se hizo los análisis antes de pasar a mayores. Así, que no, no use forro.

Él asiente.

—A veces es difícil —le explico—, porque hay personas que piensan que es por falta de confianza ¿entendés? Que uno le pide los análisis porque piensa cualquiera... No es así, a veces escapa de uno. Te pueden haber cagado, o capaz que, no sé, sólo se la chupaste a alguien y pensaste que iba a estar todo bien, que no te ibas a enfermar... Por ejemplo, no es que no confíe en Gastón, pero después de terminar

con él me repetí los estudios. Mejor prevenir que tener algo que no se cura ¿no?

—Seguro.

Lo beso. No me aguanto más. Él está tan ansioso como yo.

Me encanta besarlo. Me gustan sus labios, tan carnosos; la textura de su lengua; los sonidos que hace cuando algo le gusta.

Le saco la remera y él saca la mía. Ese simple acto hace que la media erección que llevé toda la noche, pase a ser completa. Damien me apoya contra la mesada y siento que está tan duro como yo.

Paso mis manos por su espalda. Es musculoso. Yo no tengo complejos con mi cuerpo, soy del estilo atlético. Juego al fútbol, salgo a correr, pero no hago fierros. Se ve que Damien algo de eso hace porque está bastante más marcado que yo. No al estilo fisicoculturista, pero sí lo suficiente como para que pueda delinear sus músculos con mis dedos.

Llevo mi mano a su pecho. Tiene vello, me gusta. Yo soy lampiño. No es sólo la barba lo que no me crece, en general tengo poco pelo. Damien me estudia con la misma atención que yo a él; nota las mismas diferencias que yo. Baja su mano hasta mi ombligo, justo donde empieza a nacer el poco vello que tengo. Me crece suave, una simple línea oscura que se va ensanchando hasta hacerse vello púbico.

Damien es rubio en todo el cuerpo. El pelo de su pecho es del color del de su barba, apenas un tono más oscuro que su cabello. Lo acaricio hasta llegar a sus tetillas. Paso mi pulgar sobre una y lo siento estremecerse.

—¿No te gusta? —pregunto.

—Son muy sensibles. Me da como cosquillas —confiesa y le sonrío— ¿A vos?

Asiento con la cabeza y él me acaricia como respuesta. Luego baja esa boca que me vuelve loco y envuelve una de mis tetas entre sus labios. Lame y succiona y yo creo que voy a gritar.

Me vuelve a besar. Enredo mis dedos en su pelo y tiro un poco para que se gire y pueda bajar por su mentón hasta el cuello.

—A la cama —dice con la voz ronca y yo succiono la piel dejándole una marca.

«Mío» grita mi mente, mi cuerpo y algo más profundo dentro mío.

Antes de que nos acostemos, parados junto al colchón, le desabrocho las bermudas y las bajo. Su pene erecto, envuelto sólo en la tela negra de su bóxer, queda justo en frente de mi boca cuando deslizo el pantalón hasta los tobillos. Planto un beso en la punta y lo siento vibrar. Paso la mano a lo largo, de arriba abajo, sólo la palma.

Damien se mesa el cabello. Esa pose, con los brazos levantados, las manos en su pelo, tenso por el deseo, es lo más erótico que vi en mi vida.

—Alejo —me llama y me pongo de pie para besarlo de nuevo. Me invade con su lengua, de esa manera tan propia de él. Con ímpetu, violencia. No es suave y me encanta.

Lleva sus dedos a mi jean y lo desabrocha. Lo ayudo sacándome las zapatillas y dejo que termine de desvestirme. Se sienta a mi lado en la cama y vuelve a tocarme en las tetillas.

Disfruta de hacer lo que a mí me gusta. Se excita con mi reacción. Nos volvemos a besar y ya estoy al límite. Paso mi mano por debajo de la tela de su bóxer y desnudo su pene.

Por un momento sólo me dedico a admirarlo.

Merece un aplauso.

Es grande. Quizá más grande que yo, y eso que no tengo nada de qué quejarme. Es ancho y largo, y está

duro y caliente. La punta es rosa oscura y brilla, pide a gritos que la lama.

No pienso negarme.

Bajo mi cabeza y suelto el aliento cerca de la cabeza de su pene. Siento como Damien se contornea de manera instintiva. ¡Oh, sí! Esto va a estar bueno.

Muevo la mano. Arriba, abajo, arriba. Suave, lento. Abarcando todo, desde la base hasta la punta. No dejo nada sin tocar.

Siento como se pone más duro aún por la expectativa sobre lo que viene.

Cuando siento que se retuerce, se lo doy. Primero un simple lengüetazo en el glande. Luego otro, ahora trazando un círculo.

—¡No! —se queja.

Alzo mi mirada sobresaltado. Tratando de dilucidar qué hice mal.

No hice nada mal. Damien está con los ojos cerrados y la mandíbula tan apretada que se le marcan las venas del cuello. Sus manos agarran las sabanas con tanta fuerza que tiene los nudillos blancos.

—Sí —le contesto con voz ronca.

Lo meto en mi boca, tan hondo como puedo. Lo chupo con ganas, uso mis labios para generar succión mientras muevo mi lengua entorno a él.

—¡La puta madre! —dice y da un cabezazo a la pared, desesperado.

Eso me pone a mil. Chupo más fuerte.

—Alejo...—intenta advertirme.

No. Ni por todo el oro del mundo me corro en este momento. Lo aprieto, muevo mi mano y sigo con mi boca.

¡Sí! ¡sí! Lo siento contra el paladar, caliente y algo salado. Llevo su pene hasta el fondo de mi garganta y recibo más. Tomo tanto como puedo antes de hacerme a un lado.

El resto de su eyaculación, cae sobre mi mano y su abdomen. Lamo y trago hasta la última gota.

Sigo estimulándolo hasta que los espasmos de su orgasmo remiten.

Cuando alzo la vista, me encuentro con la de él.

¡Es tan hermoso! Está sonrojado, con los ojos vidriosos y las pupilas dilatadas. El pelo despeinado y el cuerpo brillando por el sudor.

—Perdón —se disculpa.

¿En serio? Sí, fue rápido, pero es que los dos llevamos más de un mes de esta tensión. Sin contar que yo a ese mes le sumo otros cuatro de sequía. Si cree que voy a tardar mucho más, está equivocado.

—Fue espectacular, Damien.

Me pongo a horcajadas sobre él y lo beso en los labios. Él me devuelve el beso, sé que puede probar su propio sabor en mi boca.

—Tocame —le ordeno al oído mientras le doy mordiscones en el lóbulo —. Haceme una paja.

Mi tono brusco le gusta. Meto mi lengua en su oreja y sonrío. Sí, esto está resultando mucho mejor de lo que jamás esperé.

Me elevo y quedo de rodillas sobre él. Damien tira de mi bóxer hasta mis muslos. Mis piernas abiertas en torno a las suyas no le dejan bajarlo más. Cuando sus dedos me rodean largo el aire contenido y me sale un gemido de lo más hondo de mi garganta.

Empieza a tocarme. Lo hace con concentración, mirándome y aprendiendo lo que me gusta; hace que me estremezca. Lleva su mano libre a mis testículos y los masajea.

Esto no va a llevar mucho. Las sensaciones se arremolinan y bajan por mi espina dorsal, recorriendo todo mi cuerpo hasta centrarse en mi pene. Siento como palpito contra su mano mientras me estimula sin piedad.

Ahora lleva la mano que no está sobre erección a su boca y se chupa dos dedos. Sé lo que va a venir, lo espero... Lo piensa mejor y hace que yo los chupe.

Con sus dedos húmedos, baja y toca mi glande. Traza círculos, lubricando y acariciando a la vez.

—¡Damien!

—Sí, Alejo —dice sobre mis tetillas y la succiona. La muerde. Su mano acelera hasta alcanzar un ritmo que me hace gritar.

Me arqueo y me agarro de sus hombros para sostenerme. El orgasmo me llega violento y devastador.

Eyaculo sobre él; en su mano, en su pecho. Siento como Damien gime a la par mía, extasiado por mi reacción.

Lo miro y me besa en los labios.

Luego, para terminar de rematarme, se observa las manos. Veo como desliza mi semen entre sus dedos, con curiosidad; entonces, se lo lleva a la boca. Lo prueba, lo saborea. Yo caigo sin fuerzas sobre el colchón y me subo el bóxer, completamente rendido.

—Voy al baño —me dice con una sonrisa mientras se mira los restos de mi orgasmo. Yo asiento sin voz.

Vuelve y junto fuerzas para levantarme e ir yo.

Me lavo. Miro mi reflejo en el espejo y sonrío. Estoy hecho un desastre. Tengo el pelo para cualquier lado, mi flequillo hacia un lado, los labios rojos e hinchados, el mentón colorado por el roce de la barba de Damien, pero tan feliz que podría jurar que brillo.

Estudio el baño, es lo más personal de la casa de un hombre. Tiene un cepillo de dientes de cerdas media y usa jabón líquido. El mármol, que hace las veces de estante, está lleno de cosas como hisopos, gel, la afeitadora eléctrica —otro lujo en la vida de un estudiante— que tiene el cabezal para recortar la barba al estilo Damien, peine, aspirinas...

No reviso más porque no quiero quedar como un chusma.

Vuelvo a la cama y me río. Damien está mosca.

—Damien —lo llamo.

Nada.

Lo sacudo un poco. Refunfuña y se gira.

Bueno, pienso, lo dejo dormir un poco y después lo intento de nuevo para que me baje a abrir.

Me quedo un buen rato en modo perverso, mirándolo embobado como duerme, hasta que decido aprovechar el tiempo.

No me sorprende que se haya quedado dormido. Son cerca de las dos y él es súper madrugador. Yo, en cambio, estoy en mi hora productiva. Por suerte, tengo algunas cosas de la facu conmigo.

Saco mis apuntes de teoría y los estudio. Es una pavada, así que no me lleva más de una hora.

Me sirvo otra taza de café y medito si a Damien le molestaría o no que use su compu. No puedo trabajar, porque no tiene los programas, pero puedo buscar en los bancos de imágenes cosas que necesito

para después.

Decido hacerlo. A mí no me jodería en su lugar.

Cuando no se me ocurre más nada que hacer, intento despertarlo de nuevo. En lugar de abrir los ojos, me rodea con un brazo y me acerca a él.

Tiene mucha fuerza, incluso dormido. Me da risa que no se despierte, también un poco de ternura.

Busco mi celu y veo que Ema está online. Me acuesto junto a Damien en el poco espacio que me queda.

Ema: Venís?

Yo: Cuando Damien se despierte... Se quedó mosca.

Ema: ja ja. Ok. Yo me voy a hacer lo mismo.

Abro el libro que estoy leyendo en el celu. *El hobbit* de J.R.R. Tolkien. Debo admitir que me aburre un poco, así que me pongo los auriculares y elijo una *playlist* para escuchar mientras leo.

Me quedo dormido en menos de cinco minutos.

Damien

Lo primero que pienso es que me quedé dormido en el sillón de mi casa.

Estoy algo incómodo. Mi colchón no se siente blando y mi almohada está demasiado alta. Abro los ojos y siento la luz darme de lleno en la cara.

Me llega el perfume de Alejo. Estoy respirando sobre su cuello. Un gemido que parece demasiado un ronroneo me sale de la garganta.

No quiero levantarme nunca.

Estoy medio acostado sobre el pecho de Alejo, con un brazo encima de él y una de mis piernas entre las suyas. Mi cabeza pegada a la suya y su brazo haciendo de almohada.

Me muevo despacio, intentando no despertarlo. Al igual que yo, se quedó dormido sin querer.

Tiene los auriculares puestos; en realidad, sólo uno, el otro está enredado en mi brazo. Su celular descansa en su panza y aún lleva los lentes.

Me desenredo y me deslizo fuera de la cama, pasando por encima de él.

Le saco los anteojos y los auriculares y los dejo sobre la mesa. Su celu está tan muerto como el dueño, así que lo pongo a cargar.

Miro la hora en el mío. Las 7 AM.

Tengo un reloj biológico que me empuja fuera de la cama antes siquiera de que suene el despertador.

Voy al baño y preparo el desayuno intentando hacer el menor ruido posible. Cuando vuelvo a mirar a la cama, veo a Alejo desparramado y mucho más cómodo que hace un rato. Bocabajo, con la cabeza escondida en la almohada y apenas cubierto por las sábanas.

Es realmente hermoso.

Anoche fue fantástico. Me siento algo avergonzado por lo rápido que acabé. Sí, lo sé, es *cliché*, pero tengo que decirlo: es la primera vez que me pasa.

En general me cuesta llegar, porque claro, no me gustan las mujeres y hasta el momento sólo lo había intentado con ellas. Voy a tener que aprender a contenerme como si fuese un preadolescente de nuevo.

Antes de sorber mi café, recuerdo algo más de la noche anterior. Nuestra charla sobre cuidados.

No nos cuidamos. No soy tan ignorante como para no saber que hay riesgos incluso en el sexo oral, aunque sean menos. Sé que él no tiene nada, porque se hace los estudios con frecuencia, pero ¿y yo?

Yo no me los hice nunca, ni siquiera en las campañas del día de acción contra el SIDA.

Dejo la taza, porque no sé si el estudio se hace en ayunas o no, y busco la información en internet. Elijo el hospital Centenario entre los centros que hacen el test rápido y me visto.

Miro a Alejo una vez más y siento cosquillas en el estómago.

Escribo una nota en una hoja y dejo una copia de mis llaves por si se levanta y se quiere ir —espero que no, pero no puedo dejarlo encerrado— y me voy.

Como era de esperar, el Centenario es un mundo de gente. Sin embargo, me atienden rápido.

Ni bien pongo un pie en el consultorio, me pongo a temblar. El médico, un chico que no parece mucho más grande que yo, me calma enseguida.

Me hace un par de preguntas, con un tono de total profesionalismo y me explica los pormenores del test. Me explica algunas cosas que no sabía, como por ejemplo que hay que esperar un par de semanas

desde el momento en que estás en contacto con un factor de riesgo para obtener resultados confiables y que es preferible repetirlos más tarde —tal y como hizo Alejo—, que la prueba que me voy a hacer tiene resultados inmediatos, pero puede no ser definitiva y que, si no me hice nunca los estudios y no me cuidé en algún momento, es mejor hacerme un análisis completo que incluya otras enfermedades de transmisión sexual además del HIV.

Escribe los nombres de los análisis en típica letra de médico y voy a hacerlos mientras espero el resultado del test.

«Negativo».

A pesar de que estaba confiado en que así sería, largo el aire. El resto de los análisis los tengo que retirar al día siguiente.

Camino a casa paso por la panadería y compro medialunas. Cuando llego, Alejo está tal y como lo dejé: despanzurrado en la cama.

Con un hambre voraz —suelo desayunar a las 7 y son las 9:30—, me preparo un café e intento no terminarme las medialunas.

Estoy con las pilas súper puestas, como hacía tiempo no me pasaba. Me pongo a estudiar y mi concentración es altísima. Por primera vez desde que lo conocí, no estoy pensando en él. Porque lo tengo ahí, sólo necesito levantar la cabeza para saber exactamente qué está haciendo. Durmiendo. En mi cama.

Definición de felicidad: ésta mañana.

Siempre estudio con radio, la prendo y pongo el volumen bajito para no despertarlo. No tardo en darme cuenta que eso es imposible; puedo ponerme a aspirar al son de Gilda que no va a abrir un ojo. Yo soy igual, sólo que duermo de noche.

A eso de las once le escribo a Ema. No sé si él sabe que Alejo está acá, puede que se preocupe. Como no tengo su celu, lo busco en *Facebook* y le mando un MP.

Yo: Ema, ayer nos quedamos dormidos. Alejo está acá.

Ema: Lo supuse. Me avisó que iba a volver tarde.

Ema: gracias por avisar.

Yo: dnd.

Cuando me debato si tomarle los signos vitales o dejarlo dormir un poco más, abre los ojos. Siento algo tibio en mi estómago en cuanto esos ojazos azules me miran soñolientos. Sin los lentes, se ven más grandes aún, con unas pestañas negras larguísimas que ahora se refriega con el dorso de la mano. Se me dibuja una sonrisa.

—Buen día —le digo.

—Buen día. —Su voz está ronca y es de lo más adorable—. Te quedaste dormido.

—Sí, perdón. Vos también.

Sentado en la cama, sin estar del todo despierto, mira derredor hasta encontrar sus anteojos.

—Me quedé con estos puestos ¿no?

Asiento y me río.

—Escuchando música. Tu celu está cargando.

—Gracias.

Se para y se estira y yo lo miro embobado. ¡Cómo me gusta! Es bastante más delgado que yo —estoy seguro de que es de los que comen y no engordan— sin embargo, no lo podría definir jamás como

flacucho. Tiene los hombros anchos y el pecho firme, es de los que la ropa le queda como en una percha, pero la falta de ropa le queda mucho mejor.

Lo veo ir al baño y antes de que entre le pregunto:

—¿Qué desayunás?

—Fideos con manteca —contesta y no puedo evitar reírme.

—¿Te hice madrugar? ¿eh?

Me sonrío y se pasa la mano por el pelo; en lugar de peinarlo lo deja peor. De pronto tengo unas ganas inmensas de pasar los dedos por esos mechones y despeinarlos un poco más.

—Mate está bien. Gracias.

Hace otro paso más hacia el baño y lo interrumpo de nuevo.

—En el primer cajón del banitori hay un cepillo de dientes nuevo. Agarralo.

Asiente y yo pongo la pava. A los pocos minutos siento como me abraza por detrás y me da un beso en la nuca.

—Ahora sí, buen día —murmura. Me giro y lo beso en la boca.

—Compré medialunas.

—¿Saliste? Ni te sentí —lo veo sacarse los anteojos y otra vez siento ese encandilamiento con sus ojos. Veo como los lava en la cocina y los seca con un *rollisec*.

—Sí, eh...—me debato entre decirle o esperar a mañana con los resultados de los demás análisis, me decanto por lo primero—. Fui a hacerme el test.

Me mira; Primero con esos ojazos azules al desnudo, luego se pone los lentes y me vuelve a mirar.

—Dio negativo —agrego nervioso.

Se acerca, pone su mano en mi nuca y me da el mejor beso de mi vida. Y eso que el mejor hasta el momento también me lo había dado él, pero esta mañana se supera.

La forma en que lo hace no es erótica, o sensual, o juguetona, o cualquiera de las facetas de besos que ya exploré en sus labios. No, es... sentida. Es el beso más sentido que me dieron en toda mi vida.

Se separa de mí y me regala una de sus sonrisas de hoyuelos. Tengo la certeza de que estoy en el buen camino, directo y sin paradas hacia la felicidad.

—Igual, los de sangre están mañana.

Asiente en silencio. Termino de preparar el mate mientras él se pone sus jeans —una maldita pena— y nos sentamos a desayunar.

—Estás estudiando ¿no te jodo? Si no me voy...

—No. Tengo parcial el lunes, pero me quedo el finde así que tengo tiempo de sobra. ¿Vos? ¿Te quedás?

—No —luce triste—, ya le dije a mi vieja que voy. Soy medio *mamengo*, debo reconocer.

Largo una carcajada por la palabra que usa.

—Yo también, para el caso, soy «mamengo». ¿De dónde sacás esas palabras?

—De mi vieja —me sonrío—, tiene esas palabras que no sabés de dónde vienen y no estás muy seguro de qué significan, pero se te pegan.

—¿Cómo cuáles?

—Hmm, dejame pensar —dice mientras toma un mate—. «Me cachis».

—¿Y eso?

—Para no putear. Mi vieja no dice malas palabras, así que cuando algo no le gusta dice «me cachis» en lugar de «me cago en...».

No puedo evitar reírme.

—Es que son grandes...—se explica—, bueno, no es que no haya gente de su edad que hablen distinto. La abuela de Ema, por ejemplo, es un aparato.

Me doy cuenta de que me encanta escucharlo hablar de su familia y de que yo no hablo de la mía. No quiero empañar el momento, aunque supongo que al ritmo que vamos, no me queda mucho tiempo antes de tener que decirle cómo son las cosas en mi casa.

—¿Te quedás a almorzar? —lo invito.

—Ok —se para y se empieza a vestir.

—¿Qué hacés?

—Salgo a comprar comida.

—Tengo. Te juro que no son fideos con manteca...—Me sonrío.

—Ya me invitaste anoche. Me toca a mí.

—No jodás —le digo molesto. Disfruto de invitarlo, de cocinar para él, de mimarlo.

—En serio...—empieza a decir. Lo cayo tirando de él hasta sentarlo en mis piernas y lo beso.

—Otro día. Hoy yo. Además, no quiero que te vistas todavía...

—En este momento me encantaría ser madrugador —se queja con los labios sobre los míos— así no tendría que elegir entre el almuerzo y el chico más hermoso del mundo.

—Hoy voy a dejar que la comida me gane, tenés facu y no quiero que te desmayes del hambre.

—Odio estudiar, voy a hacerme malabarista de semáforo.

No puedo evitar reírme y besarlo al mismo tiempo.

—¿Tenés que pasar por tu casa antes?

—No, Cami iba a imprimir el trabajo. Lo demás lo tengo encima. Por cierto, anoche te usé la compu...

—No hay drama. ¿Hasta qué hora te quedaste? —pregunto mientras saco unas milanesas del *freezer*.

—Tipo cuatro, creo. Si me levanté a las once no debo de haber pasado de las cuatro.

Seguimos hablando mientras cocinamos y comemos. Yo también tengo clases, así que preparo mis cosas y dejo que Alejo lave los platos —insistí en que no lo haga, pero me ignoró por completo— y cuando es la hora bajamos juntos.

Lo despido con un beso.

Lo extraño ni bien se sube al cole. Empiezo a contemplar de verdad la posibilidad de ser malabarista.

Alejo

No podría definir mi estado de ánimo como «de mal humor». No lo estoy, de hecho, estoy contento, feliz diría. Creo que la palabra es «ofuscado».

Disfruto mucho de estar en familia. Adoro a mis viejos, a mis hermanos, a mis tíos, primos —abuelos no me quedan ya, cosas que pasan cuando venís desfasado con tu generación—, pero hoy preferiría estar en Rosario con Damien.

Es sábado a la mañana y voy a la ferretería a «ayudar». No soy muy bueno, así que lo único que hago es cebar mate y alcanzar cajas para que mi papá no haga fuerza. Pero no puedo vender, no sé dónde está cada cosa, ni hablar que jamás voy a entender qué es un «pendorcho».

En mi casa todos se dan maña arreglando cosas, razón por la cual nunca tuve necesidad de aprender. Mi hermano, sobre todo, se las ingenia con cualquier problema. Es electricista, pero también hace algo de plomería y albañilería. Ahora está haciendo el garaje a mis viejos en sus tiempos libres que no son muchos.

Damien: ¿qué ven mis ojos? Última conexión 10:30 ¿Te caíste de la cama?

Yo: je je. Me tiraron. Estoy en la ferretería estorbando, digo... ayudando. Andá a estudiar.

Damien: Estoy estudiando. No me retes, mamá.

Damien: Los análisis ok.

—Alejo, Alejo, hijo, ¡Ey!

Mi papá me está mirando extrañado. Me quedé colgado mirando el mensaje de Damien.

Yo: Genial.

—Perdón, pa. ¿Decías?

—Que me alcances esa caja. Si querés, andá a casa.

—¿Me estás despidiendo? Exijo mi indemnización.

—Traé la caja, querés —se ríe.

Paso la mañana haciendo fuerza. Mi papá me hace ir y venir con las cosas pesadas, subirme a las escaleras para buscar arriba, ir al depósito —que es un lío— a buscar «el coso que es así y asá».

Creo que mi cuñada está embarazada. Y creo que mi papá también lo piensa, por eso no la deja hacer nada. Me alegro de, al menos, ayudar un día.

Al mediodía cerramos y nos vamos para casa a almorzar.

Están todos. Mi hermano, Juan Pablo; mi hermana, Lucía; su esposo; mi cuñada, que llegó con nosotros y mi mamá. La casa es un alboroto. Me lavo las manos antes de comer y, como ellos cocinaron y pusieron la mesa, mi cuñada, mi papá y yo, nos encargamos de levantar y lavar.

Como está lindo el día, después de comer nos sentamos en el patio. Mi patio es feo, pero a nosotros nos gusta. Tiene una de esas mesas hechas con pedacitos de mosaico de colores, los bancos del juego se rompieron antes de que yo nazca; ahora tenemos unos sillones de mimbre con almohadones de lona. Como la mesa es imposible de mover, ponemos una de plástico para cebar mate.

Cuando era chico adoraba mi pileta *Pelopincho* que se comía la mitad del espacio y que quemó el pasto. Mi mamá intentó plantar césped encima una vez, pero no creció, sólo hay un par de yuyos, algunas plantas indestructibles y nada más.

Antes, vi fotos, era más grande, pero cuando mis hermanos crecieron hicieron una habitación más para que durmiesen separados y se comió parte del patio.

Igual, corre aire y por eso mi papá se va afuera siempre que puede. Agarramos esa costumbre de él.

Los dejo charlando y me vuelvo al living. No es de cortado, es que mi papá se está dando cuenta que me pasa algo. Me mira con sus ojos azules, tan parecido a los míos y entiende demasiado.

Busco mi carpeta de dibujo y empiezo un bosquejo.

Es para Damien. Lo sé ni bien pongo el lápiz en el papel. Dijo que le gustaban mis dibujos y quiero que tenga uno, pero no cualquiera, uno hecho especialmente para él.

Me abstraigo de todo mientras pinto y pienso en Damien. Las cosas que me pasan con él son muy intensas. Puede parecer que de los dos, yo soy el que tiene más experiencia; no en esto. No en lo que siento, esto es completamente nuevo.

Pienso en él todo el día; cuando estoy con él me siento en la gloria, así sea que estemos hablando del clima; cuando no, lo extraño, al igual que ahora.

Y eso no es todo. Ayer, cuando me dijo lo de los análisis, lo que sentí fue indescriptible ¿Un rayo? No. Más fuerte.

Llega Ema y mi mamá lo abraza como hace siempre. Si no fuese porque es mi mejor amigo, sentiría un poco de celos. Mi vieja lo adora tanto como a mí, que soy su hijo. Pasa lo mismo en su casa, me tratan como uno más, así que estamos empatados.

—Wow —dice a mis espaldas—, está buenísimo.

—Gracias. Me falta un montón.

—No hagas el lobo blanco —sugiere señalando una parte del dibujo y le sonrío.

—Pensaba hacerlo gris.

—Copado. Tenés que enmarcar alguno, así los colgamos en el depto. Podemos hacer *expo Alejo* y cobrar entrada.

Me río.

—Este no, es para Damien.

—¡No! ¡Eso es injusto! —se burla fingiendo indignación—. Con lo difícil que es tener un Alejo original. Un par de besos y zas, se lo gana. A mí me llevó ¿Cuánto? ¿Dieciséis años de amistad?

—Dejá de llorar...

—Estás hasta las manos, hermano. —Levanto la vista y miro a mi mejor amigo a los ojos. Asiento serio.

—Sí —admito—. Estoy hasta las «re» manos.

—¡La puta! —es lo único que atina a decir cuando nota mi expresión.

Él lo sabe, me conoce como nadie. Yo lo acabo de descubrir.

Lo amo. Estoy enamorado de Damien. Esa es la pura verdad y me encanta. Es un sentimiento tan fuerte, y reconocerlo es tan glorioso, que me siento en el paraíso.

—¿Quién? —escucho que murmura mi hermana.

—¡La puta madre, Lucia!

—Escuché sin querer —se defiende—. ¿Tenés novio? ¿Cuándo lo vamos a conocer?

—No tengo...

—Se está viendo con un flaco —me interrumpe Ema y mi hermana se sienta. Pone la cara entre las manos y su mejor cara de «quiero saber todos los detalles».

—O sea, todavía nada formal...

—No —contesta Ema.

—¿Pueden dejar de hablar como si yo no estuviese?

—Es que vos no contestas ¿Está bueno?

—Dios...—me quejo.

—Yo no miro tipos —aclara Ema ignorándome—, pero me doy cuenta que las mujeres lo miran. Así que supongo que sí, se podría decir que está bueno.

—Sí, Lucía. Está bueno —admito resignado. Mi hermana aplaude y mi papá nos mira desde el patio. Cuando yo fui, él ya fue y vino mil veces. Por suerte es más discreto que Lucia. Sólo espero que no se lo diga a mi mamá, porque me va a volver loco a preguntas.

—Foto —pide.

—No tengo...

Ema saca su celu y lo busca en *Facebook*. Estoy empezando a odiar a mi mejor amigo.

—Esta es Martina —dice antes de pasar a las demás fotos. Él es mucho más abierto que yo en estas cosas, de hecho, ya le confesó que la ama. Ella, aunque puedo apostar todo lo que tengo a que también lo ama, no le dijo nada.

—Es re linda, Ema.

—¿Viste? Bueno, éste es Damien.

—Apa —dice mi hermana y no puedo contener la sonrisa. Sí. «Apa» lo define muy bien —. Es de Pergamino —lee en su perfil—. Decile que venga a comer, Alejo.

—Acá es cuando terminamos esta conversación —respondo tajante, aunque de buen humor—. Damien me gusta, no tengo ninguna intención de espantarlo.

Mi hermana se ríe y cambiamos de tema.

¿Soy yo que estoy susceptible o mi papá me sigue mirando fijo?

Alejo

Estoy a punto de cortarme los dedos para no escribirle. Rinde hoy y no puedo molestarlo. Le escribí sólo para avisarle que había llegado y desearle buena suerte, nada más en todo el día. Un record.

—Alejo, a Martina se le rompió no sé qué del tablero de dibujo...

—Que use el mío.

Tengo uno de esos de antes, que era de mi papá, de madera. No de los portátiles. Ya casi no lo toco, salvo cuando empiezo algo que me va a llevar demasiado tiempo y no quiero dejarlo en la mesa. Mis trabajos no requieren de tantas medidas ni precisión.

—Pensé que ibas a decir eso, pero no me cree.

Yo: Podés usar mi tablero.

Martina: En serio?

Yo: No, en broma :P

Martina: Es sólo hoy, para mañana voy a tener el mío arreglado...

Yo: No hay drama, lo que necesites.

Al rato llega con Lore a casa. Ema y Lore se ponen a leer unos apuntes y a resaltarlos. No entiendo para qué, si marcan todo.

—¡Qué bueno está! —dice Martina cuando ve el dibujo que estoy haciendo.

—Gracias...

—¿Es para Damien? —me pregunta y me pongo medio colorado al asentir. Ella me sonrío.

—Dejalo ahí, sobre la carpeta así no molesta.

Me agradece por quinta vez en la tarde y se pone a trabajar. Yo hago lo mismo en la compu. Lore, que es la que más se distrae, ceba mate.

Damien: Ya salí. Quiero verte.

Yo: Veníte si querés, estamos en casa con las chicas.

Damien: ok.

Chau productividad. Pongo música no muy fuerte y tomo la posta con el mate. Al rato toca el timbre y bajo sin contestar; él ya sabe que el portero no funciona.

Lo abrazo y me da un beso.

—¿Cómo te fue? —le pregunto por el parcial cuando ya estamos en el ascensor.

—Creo que bien...

—Genial —lo vuelvo a abrazar—. Te amo.

Las palabras se me escapan de los labios. Lo dije sin pensar. Es que todo el fin de semana estuve dándole vueltas al asunto y ahora, me da una buena noticia, y no puedo contenerme.

No espero que me diga «yo también». Ni siquiera se trata de la declaración más romántica... Pero mentiría si dijese que no tengo un poco de esperanzas.

Damien me mira con los ojos como plato y me pongo colorado. Intento restarle importancia al asunto.

—¿Te quedan muchos parciales?

Abre la puerta del ascensor sin contestar y empiezo a preocuparme. Cuando la cierra atrás de nosotros se gira.

—Damien, no signifi...

Me estampa contra la pared. ¡Dios! Vamos a tener que hablar sobre el tema de su fuerza... en otro momento. Porque ahora me está besando. ¡Y cómo me está besando!

Estoy inmovilizado entre su cuerpo y la pared. Con una mano me agarra del cuello hasta el mentón y me deja la cabeza fija mientras su boca me devora. Intento tomar aire sin mucho éxito.

—Damien... —suplico cuando deja mis labios para irse a mi cuello. Me muerde, estoy bastante seguro que me dejó una marca. Se me escapa un gemido.

Tengo que pararlo, cualquiera que abra una puerta nos puede ver ahí, en el palier, comiéndonos.

—Damien —lo vuelo a llamar—. Pará.

Me mira como si le hubiese pedido, no sé, que mate un panda.

—No —contesta y se pega aún más a mí. Hace que sienta su erección y yo gruño de satisfacción. Vuelve su atención a mi boca.

«Un poco más» me rindo. Aflojo mi cuerpo y dejo que Damien siga con su feroz muestra de deseo.

¡Y mierda si no sigue!

Pasa sus manos por debajo de mi remera hasta mis tetillas y las acaricia; luego baja con su boca para brindarle la atención que se merecen. Le paso los dedos por el pelo cuando lo hace y él usa sus dientes como respuesta.

Cuando sigue bajando por mi pecho hasta mi ombligo, la razón vuelve a mí.

—Damien...

Me desabrocha el pantalón.

—Damien. Ni se te ocurra —la voz me sale cortada.

Baja el cierre. El ascensor arranca cuando lo llaman de otro piso, eso parece hacerlo volver en sí, por lo menos un poco.

—Si me pedís que siga, lo hago —me dice con la boca a escasos milímetros de mi pene. Pasa la mano por toda su longitud y me mira con esos ojos de cachorro.

—No acá. Dios, con lo chusma que es mi vecina, seguro le dimos material de sobra...

Larga una risa ronca con la boca tan cerca de mi erección que siento el aliento tibio rozándome.

Me besa sobre la tela y vibro. Se pone de pie y lo hace sobre mi boca, esta vez suavemente.

—Vení a mi casa esta noche.

No es una invitación ni una sugerencia. Es una orden que pienso acatar.

Me cuesta horrores abrochar de nuevo los pantalones, más cuando él mira mientras lo hago.

—¿Están bien? ¿Se quedaron encerrados en el ascensor? —nos pincha Lorena en cuanto entramos al departamento y veo que Ema y Martina contienen las risas.

—¿Celosa? —le digo en cambio intentando aparentar serenidad.

—Muy —se ríe.

Busco mis cigarrillos —sí, ahora me compro, ya me daba vergüenza fumar de arriba— y me voy al balcón.

—Tendríamos que habernos asomado —se ríen Lore y Ema. Menos mal que no lo hicieron, aunque no

puedo dar fe por la vecina.

Damien se me suma con sus propios puchos y me regala una sonrisa de lo más inocente que me hace largar una carcajada nerviosa.

No logro descifrar si su reacción encierra mi tan añorado «yo también», o si fue una forma de acallarme sin que tengamos que poner fin a lo nuestro.

En este momento envidio la confianza en sí mismo que tiene Ema. Él está en una situación similar y juraría que la maneja mejor que yo.

—¿Cenan acá? —pregunta Ema del otro lado de la ventana.

—Sólo si después venís a casa —dice Damien sólo para mí.

—Ok —contesto para los dos.

Martina y Damien insisten en pagar la comida. ¡Qué manía tiene con la plata! Ema y yo somos distintos, más del estilo de dividir los gastos de manera justa. Si alguien no tiene, invitamos. Si alguien tiene poco, nos ajustamos a ese presupuesto. Ese es el lema. Lore es de las nuestras.

Como no podemos hacerlos desistir de la idea, en cuanto se van al súper, les escondemos la plata entre sus cosas.

—Si me lo preguntás a mí —dice Lore en cuanto los chicos se van—, sienten culpa de tener plata.

—Ya me gustaría sentir esa culpa —contesta Ema bromeando.

—A Damien no lo conozco lo suficiente como para saber cómo son sus padres. Bueno, a los padres de Martina tampoco los conozco, los vi sólo cuando firmamos el contrato... pero se nota que son los que arreglan todo rociándolo con guita. Para mí, por ahí viene la mano.

—Damien no habla de la familia —confieso. No es algo que se me haya pasado por alto, pero no es hasta ahora que me doy cuenta que, en más de un mes, sólo me dijo que se llevaba bien con la madre y de qué trabajaba el padre. Algo no está bien.

—Martina no habla de nada —dice Ema resignado.

Cortamos la conversación cuando llegan. Vuelven a las risas por algo que pasó en el súper.

Preparamos empanadas. Algunas de verdura y otras de carne. Como a ninguno nos sale el repulgue igual, nos separamos los gustos para después poder diferenciarlos. Yo hago de carne cerradas con el tenedor, igual que Ema. Damien y Martina intentan el tradicional mientras que Lore hace el tipo sombrerito con las de verdura.

Es la comida más dispar jamás vista, pero está riquísima.

—Te bañás en casa —dice Damien a mi oído. Me río de su ansiedad.

—¿Vas a dejar que me bañe antes?

—No.

—Por eso me baño ahora y después vamos.

Hace un puchero de lo más tierno.

—Traete tus cosas —propone con poco disimulo—, por si me quedo dormido de nuevo.

Me está invitando a quedarme otra noche. Me besa cuando empiezo a separar mis cosas para llevarlas.

—Consultá cuando viene el cole —le digo al terminar de bañarme y voy a la habitación a vestirme. Como las chicas están en el living, salgo del baño con los jeans puestos. Damien me sigue y me mira embobado.

—Vamos en taxi. Estás con la compu...

Niego con la cabeza.

—Alejo, no voy a ceder en ésta. Si te pasa algo porque te quieren afanar...

Su expresión de horror ante la idea me hace desistir y despierta esa opresión en el pecho que siento cada vez que me doy cuenta que lo amo.

—Ok. Vamos —digo cuando termino de atar mis *converse*.

La sonrisa que me brinda promete mucho.

Damien

Estoy hambriento de Alejo.

Es la única forma que se me ocurre de explicar mi estado. No es sólo excitación, aunque estoy duro desde «el beso» en el palier; es desesperación.

Me dijo que me amaba. De recordarlo me dan ganas de asaltarlo de nuevo sin importar que estemos en el taxi.

Quiero decirle que yo también, por lo menos así lo creo. No soy un experto en sentimientos, pero puedo reconocer que lo que me pasa es tan intenso que bien podría ser amor. Pero no puedo decirlo, no todavía.

Sí. Tengo miedo.

Alejo intenta pagar el taxi y me enoja. Fue mi idea, yo pago.

Quiero que se quede a pasar la noche, quiero dormir sabiendo que está ahí y quiero despertarme viéndolo.

Lo arrastro fuera del auto.

—Damien —se queja.

Lo beso ni bien cruzamos la puerta de mi edificio. Lo acorralo hasta el ascensor y sigo besándolo. Abro la puerta sin dejar de hacerlo, y hago el viaje de seis pisos tocándolo en todas partes.

Se me caen las llaves y puteo cuando no puedo abrir la puerta. Alejo se ríe de mí y yo le prometo venganza.

Deja la mochila sobre la mesa y ese es todo el respiro que le doy.

Me sorprende un poco cuando me frena, está tan excitado como yo.

—Hoy vos —dice y su voz suena suave. Es una promesa que no se bien que significa—. Desvestite —ordena y le hago caso.

¿En qué momento se adueñó de la situación? ¿Tan débil soy?

Sí. Con Alejo soy débil.

—El bóxer. —Demanda mi última prenda mirándome. Me lo bajo y quedo completamente desnudo. Él, en cambio, se lo deja puesto. Quiero protestar ante tamaña injusticia.

Me besa mientras me arrastra a la cama y se monta sobre mí.

Sé que puedo cambiar la situación, tengo más fuerza que Alejo, pero estoy disfrutando demasiado.

Estoy inmóvil contra el colchón mientras él me lame los labios. Hace de besar, un arte.

Alejo es sensual donde yo soy sexual. Hace que desee las cosas; promete y seduce hasta llevarlo al límite en el que me veo reducido a suplicar. Entonces, lo da, lo da todo y hace que sienta que llegué al cielo.

Como ahora que, al fin, luego de mantener su boca lejos de mi alcance, profundiza el beso y lo lleva hondo hasta el fondo de la mía.

Un gruñido sale de mi garganta, o quizá de mi pecho. Alzo mi pelvis buscando un roce. Mi pene acaricia sus testículos a través de la tela y Alejo me sonrío mientras se coloca inalcanzable.

Lo odio. Lo amo. Lo deseo.

Estoy tan caliente que temo me pase lo de la última vez.

—Alejo —suplico.

—¿Damien? —pregunta de manera juguetona. Hace que me ría. Mi risa suena ronca y noto que Alejo se tensa al oírme. No está tan sereno como parece.

Comienza un recorrido descendiente con la boca, por el mentón, el cuello, los hombros. Acaricia mis tetillas y lo hace de manera suave, probando si esta vez me siento más cómodo o si sigue siendo una zona vedada.

Las siento sensibles. La caricia de su lengua me gusta, puedo hallar placer en lo que hace. Prueba más presión y me quejo. Alejo va memorizando cada rincón, cada sensación. Me estudia, me entiende, me complace.

Baja aún más, besando y mordisqueando mi piel hasta detenerse en mi ombligo. Mete su lengua y me retuerzo. Traza un círculo antes de volver a adentrarse, es tan sugerente que siento una corriente por todo mi cuerpo.

Sigue. Ahora mi pelvis. Por supuesto, tarda en centrarse en mi pene, haciendo que me ponga aún más duro. Mi erección demanda su atención latiendo, Alejo la observa sin tocarla y yo me quejo. Alza la vista y me sonrío antes de continuar con su tarea.

A esta altura creo que todo mi cuerpo es una gran zona erógena. Dónde su boca se posa, me hace vibrar. Besa la piel que une mis piernas con mi pelvis, justo al lado de mis testículos.

—Alejo... —golpeo mi cabeza contra la almohada por la frustración.

—Sí, mi amor —me murmura con la boca pegada a la punta de mi pene.

Su «mi amor» hace que grite de placer. Por eso, cuando al fin me rodea con su boca, no tengo más aliento.

Chupa, succiona, lame. Se lo mete tan profundo como puede. Intento no moverme, quiero que dure, es demasiado bueno para terminar tan pronto.

Pasa su lengua desde la cabeza hasta la base y sigue más abajo. Me acaricia los testículos y luego los lleva a su boca. Toma tanto como le cabe y yo creo que empiezo a lloriquear por el placer.

No se detiene ahí, sigue bajando, ahora hasta la piel que los separa de mi ano. Pasa la lengua sin suavidad, poniendo tanta presión como puede y yo ya no puedo estar quieto.

—Alzá las piernas —me ordena.

Las levanto y las abro tanto como puedo. Pongo mis manos tras mis rodillas para sostenerme y quedo completamente expuesto. Desde esta posición, veo como Alejo se acomoda. Se saca sus anteojos y me sonrío.

—Molestan para lo que voy a hacer —dice a modo de promesa. Me muerdo mis propios labios con desesperación.

Se sienta casi al final de la cama y se inclina hacia mí. Me mira como si fuese un manjar y agarra mis glúteos con sus manos, separándose aún más.

Siento su pulgar dibujar la hendidura entre ellos, pasando sobre mi ano en el camino. Repite el trayecto con su lengua y largo mi respiración en un sonoro gruñido.

Juega con su lengua entorno a mi ano, dibujando círculos que luego repite con su dedo. Cada tanto sube, siempre con su boca, y toma mi pene. Me chupa y me masturba antes de volver su atención a la entrada de mi cuerpo.

Nunca fui de los que hacen sonidos, hasta hoy. Me quejo, gimo, gruño, suplico... Alejo me responde

con más besos, más caricias, más sensaciones.

Me mira a través de mis piernas abiertas y cuando hacemos contacto visual se chupa el dedo medio de manera más que sugerente.

¡Sí! ¡Sí, quiero sentirlo!

Lubricado con su saliva, empieza a dibujar el contorno de mi ano y me abre, me dilata. Mi cuerpo opone menos resistencia de la que pensé en un principio y pronto el dedo de Alejo me llena.

No duele. Es extraño, se siente distinto a cualquier cosa que haya experimentado antes.

—¿Te gusta? —pregunta y noto que no lo hace con suficiencia, sino con cautela, dispuesto a retroceder si se lo pido.

No se lo pido.

—Sí —asiento con voz cortada—. Sí, Alejo.

Lo mueve. Dentro, fuera, dentro.

—Alejo —suplico.

Se mete mi pene en la boca sin sacar su dedo. Chupa y succiona con fuerza.

Quiero más. Quiero que me haga acabar, pero aún tiene mucho por mostrarme. Se irgue, sin sacar su dedo de mi interior, asciende hasta besarme en la boca. Lo hace con fuerza, casi lastimándome. No me molesta, siento el mismo apremio que él.

Vuelve a mover el dedo, mirándome a los ojos. No lo hace simulando la penetración, sino dilatándome y yendo más profundo. Casi hasta el punto que siento dolor. Entonces, algo me hace vibrar.

Un sonoro «¡oh!» escapa de lo más profundo de mi pecho.

—¿Acá Damien? ¿Es acá? —me pregunta volviendo a tocar justo en ese lugar preciso.

—Sí. Sí. ¡Alejo! ¡Por favor!

No se por favor, qué. Quiero que siga, quiero que pare, quiero más.

Alejo vuelve con su boca, lame más mientras sigue penetrándome. Noto que su dedo se mueve con mucha más facilidad.

—Damien —me llama pidiéndome permiso para seguir. Yo sólo atino a asentir y me muerdo el labio para no gritar.

Siento como otro dedo se abre camino. Mi cuerpo vuelve a oponer resistencia, pero sólo al principio.

—No puedo más, Alejo. No puedo...

Alejo me mira con esos ojos azules que ahora son todo pupila. Está sonrojado y tan caliente que parece al borde de perder la cordura. Una parte de mí quiere que lo haga.

Con sus dedos explorando mi interior, lleva su boca a mi erección y me vuelve a chupar. Lo hace fuerte, buscando mi orgasmo. Acomoda su cuerpo entre mis piernas de manera de quedar casi sentado y poder usar la otra mano. Me masturba al ritmo que sus dedos entran y salen. Acompaña todo lo que hace con su lengua hasta que no puedo más.

—Sí, Damien. Sí —me instiga.

Y acabo. Mi eyaculación sale expulsada con fuerza dentro de su boca. Alejo empuja mi pene al fondo de su garganta y yo levanto mi pelvis para ir aún más hondo. Marco el ritmo con mis espasmos mientras mi ano aprieta los dedos de Alejo. Él los mueve, exigiendo hasta la última sensación.

Cuando la tormenta remite, quedo laxo y exhausto, tan sensible que me contraigo cuando Alejo

abandona mi interior.

Las palabras «te amo» resuenan en mi mente al mismo ritmo que late mi corazón acelerado.

Alejo

Necesito darle tiempo para que se recupere, salvo que no puedo.

Lo beso y lo acaricio. Estoy tan excitado que no logro contenerme. Damien me devuelve el beso y lleva su mano a mi bóxer, me rodea con sus dedos por debajo de la tela.

Mis manos recorren su cuerpo, desesperadas, hasta que escucho una suave queja.

—Perdón, Damien. Estoy tan caliente... —me disculpo. Él sigue sensible por el orgasmo mientras que yo ardo en todas partes.

Me sonrío satisfecho.

—Vamos solucionar eso —dice y empieza a tirar de mis calzoncillos hasta sacarlos.

No necesito más estimulación. Sin embargo, Damien marca un ritmo lento, casi una tortura.

—¿Por qué presiento que te estás vengando por algo?

—Porque eso es exactamente lo que hago —contesta mientras lleva su boca a mis tetillas y las lame—. ¿No sos vos al que le gusta el juego lento?

No puedo evitar reírme. Mi risa suena ronca y cortada, cuando me castiga mordiéndome los pectorales.

Sigue con sus caricias y besos un poco más antes de centrarse en mi pene. Es la primera vez que lo hace y creo que yo estoy más nervioso que él; quiero que le guste, que lo disfrute, que encuentre tanto placer en dar como en recibir.

Pasa la lengua, probándome, saboreándome. Yo aprieto los dientes para contener la corriente de placer que me recorre y me empuja demasiado cerca de mi orgasmo. Necesito disfrutar de esto tanto como pueda.

—Me gusta —dice y me mira antes de volver a lamer—. Todo en vos me gusta.

Largo el aire y vuelvo a contenerlo en una bocanada cuando se mete mi pene en su boca. Puedo ver y sentir como sus labios gruesos me rodean. Me lleva tan hondo como puede y siento cada rincón de su boca: su lengua, su paladar, el inicio de su garganta.

Paso mis dedos por sus mechones rubios, lo acaricio mientras me da placer, pero no es suficiente. Quiero tocarlo en todas partes, quiero verlo excitado de nuevo, tan duro como estoy yo.

Damien sigue con su boca, buscando las cosas que me complacen, las que me llevan al límite. Explora con curiosidad, cambiando la presión, la velocidad, alterando caricias suaves con duras.

Le exijo que me bese en los labios, tiro de él hasta que me da lo que quiero. Estoy fuera de control y Damien lo disfruta, noto como le gusta verme desesperado por él.

Busco con mis manos su piel, lo toco y beso por todas partes. Paso mis manos por su culo, lo abro y acaricio y lo siento gemir. ¿O fui yo?

—Estás duro de nuevo —murmuro en su boca cuando mi mano roza su erección.

—¿Y qué querés? —se queja en broma.

—¿Qué quiero? A vos, Damien. Te quiero a vos.

Usa su fuerza para inmovilizarme en el colchón y vuelve a meterse mi pene en la boca. Lo hace ya sin suavidad. Lame y succiona y acompaña el ritmo con su mano.

—Pará —suplico.

—No. Quiero hacerte acabar.

—Quiero que lo hagas dentro mío —ruego ansioso. Sí, eso es lo que quiero. Quiero que Damien me la meta, quiero acabar con su pene dentro mío, quiero que él vuelva a acabar y lo haga en mí.

Se detiene, me mira y sus pupilas se dilatan como si de un gato se tratase. ¡Oh, sí! ¡Cómo me pone este tipo!

—Decime cómo, Alejo. ¡Dios! Decime qué tengo que hacer.

—Mi mochila...

Se para y va hasta la mesa. Lo miro y me maravillo de su cuerpo. Es grande, musculoso. Con la piel dorada y vello rubio por todos lados. Me encanta su culo redondo, no veo la hora de poder tenerlo debajo mío.

No esta noche. Hoy él me va a tener a mí.

Vuelve con mis cosas y busco hasta encontrar el lubricante. Lo veo sonreír y no puedo evitar largar una carcajada.

—¿Saborizado?

—No preguntes —me río.

—¡Oh! Pero por supuesto que voy a preguntar, sólo que no ahora.

Vuelve a la cama y nos besamos. Lo acaricio y luego bajo para chuparlo. Abro el frasco —está nuevo— y pongo un poco de gel en mis dedos. Me acaricio el ano mientras lo chupo a él, dilatándome para recibirlo.

—Quiero hacerlo yo, Alejo —reclama.

Giro y me pongo de rodillas, medio inclinado, agarrándome de los pies de la cama. Damien toma el envase y se unta un dedo antes de comenzar a acariciarme.

Noto su vacilación, su miedo a lastimarme. Introduce sólo la primera falange antes de poner más gel.

—Sí, Damien —lo animo hasta que introduce todo el dedo y comienza a moverlo—. Otro —exijo. Su pene es grande, necesito que me dilate bien.

Él lo sabe. Sabe que puede hacerme doler por lo que titubea a pesar de su deseo.

Siento que se mueve y retira sus dedos. Lo miro algo consternado hasta que entiendo lo que quiere hacer.

—Vení —pido y dejo que se acueste. Pone las almohadas armando un respaldar improvisado contra el pie de la cama y queda medio inclinado. Lo justo para que yo lo monte dejando mi pene a la altura de su cara.

Vuelve a lubricar sus dos dedos y los mete mientras me chupa. Sostengo mi erección contra su boca mientras Damien me dilata. Me muevo de manera instintiva, entrando y saliendo y marcando el mismo ritmo contra su mano.

—Uno más, Damien.

Él duda, pero me complace; vuelve a ocupar su lugar detrás de mí y me abre con ayuda del gel hasta que entra un tercer dedo.

Es casi doloroso, pero sé que la sensación remitirá, que una vez lo tenga dentro será placentero.

—Metémela —le pido y mi demanda suena a súplica.

—Sí —gruñe en mi nuca. Pone gel sobre su erección, no sólo en la punta sino todo a lo largo y acomoda la punta en mi ano.

Los primeros centímetros entran sin dificultad, hasta llegar al límite explorado por sus dedos. Luego mi cuerpo opone una resistencia natural. Lo insto a seguir, sé que si va despacio no me dolerá.

Damien está nervioso y excitado. Me muevo contra él, deslizándome hasta la punta de su pene y volviendo a introducirme, cada vez un poco más hondo.

Lo escucho gemir. Su respiración en mi nuca y su pecho pegado a mi espalda.

—Alejo —suplica.

—Sí, mi amor — contesto. Necesita más pero no quiere dejarse llevar, tiene tanto miedo de dañarme que casi puedo sentir como tiembla —. Acostate.

Tengo ganas de protestar cuando abandona mi cuerpo, pero me contengo porque sé que serán sólo un par de segundos.

Cuando apoya la espalda contra el colchón, giro y me monto sobre él. Busco su pene con mi mano y lo introduzco en mí.

—Tocame —le pido y él lo hace. Rodea mi erección con sus dedos y comienza a masturbarme mientras yo me empalo. Más, más y más.

Los dos emitimos un gemido cuando llegamos al fondo. Empiezo a moverme hasta que ya no queda nada de dolor ni molestia y es todo placer. Siento como el pene de Damien me acaricia el punto exacto en cada subida y bajada de mi cuerpo.

Pocos embistes necesito para llegar al límite.

—Damien...— suplico. Quiero que me acompañe, pero no puedo aguantar mucho más.

—Sí, Alejo. Sí. —Alza su pelvis y yo me muevo con él dentro.

Marco un ritmo devastador, algo errático hacia el final. Damien me toma por mis caderas y acompaña la penetración con sus movimientos.

Él también está cerca, siento cuando se tensa dentro mío.

—No puedo más —confieso y Damien me apremia usando sus manos.

—Alejo...— me llama con voz ronca—Alejo ¡Ahora!

¡Sí! Sí, ahora.

El orgasmo me llega con mucha fuerza. Mi eyaculación sale disparada y cae sobre su pecho, mientras que mi ano se contrae contra su erección al ritmo de mis espasmos.

Eso alcanza para desatar el de Damien. Alza la pelvis con tanta fuerza que me eleva por completo antes de bajar y arremeter descontrolado en mi interior hasta derramar hasta la última gota.

Caigo rendido sobre él y lo beso. Se pasa la mano por el pelo y me mira con adoración y algo parecido a la incredulidad.

—¿Estas bien? —pregunto mientras salgo de encima suyo. Estamos sudados y manchados por mi semen, necesitamos otro baño.

—¿Bien? Bien, no. Fantástico creo que define mejor como me siento.

Me río complacido.

—¿Vas al baño vos primero?

—Bañate conmigo —propone y no puedo negarme.

Con la poca fuerza que nos queda nos metemos bajo la ducha.

Damien

—¿No creerás que no me debés una explicación? —digo riendo mientras sostengo el envase de lubricante sabor frutilla.

Alejo se ríe y yo tengo ganas de bañarlo en esta porquería y comérmelo de pies a cabeza. Está envuelto en una toalla —mi toalla—, con el cuerpo mojado y el pelo goteando.

Se la quita de la cintura, quedando completamente desnudo frente a mí, y se la pasa por el pelo secándose. Se me atora la sonrisa.

—Menos pregunta Dios...

—¿Eh? —pregunto confundido.

—¿No conocés el dicho? «Menos pregunta Dios y perdona».

Largo una carcajada.

—¿Otra de las cosas de tu mamá?

—Me niego a hablar de mi vieja sin siquiera llevar calzoncillos —dice fingiendo indignación.

—No cambies de tema, que no es tu mamá la que usa esto...

—Y si lo usa... NO. QUIERO. SABERLO.

Me duele la panza de reírme.

—Explicaciones chico frutillita... exijo explicaciones.

Camina hasta la cama, me besa, se pone su bóxer y me quita el frasco.

—No es para tanto —me sonrío y se tira en la cama. Me pego a él y lo abrazo. Huele a mi champú; mi veta posesiva no deja de sorprenderme—. Sentí curiosidad por ir a un *sex shop*. Así que un día junté coraje y me metí en uno, pensé que me iba a dar vergüenza, pero nada que ver... La chica que atendía era súper simpática y me mostró mil juguetes mientras explicaba para que era cada cosa. Hay algunos muuy interesantes —me mira con picardía y yo le regalo un «hmmm»—. El problema son los precios. Realmente debería haber descuento de estudiante o algo así.

No puedo evitar reírme de nuevo. Muero de ganas de saber que juguetes le llamaron la atención.

—Bueno, cuestión que no entraban más clientes así que me quedé hablando con la chica un buen rato. Hasta me dio el teléfono... —cuenta.

—¿No le dijiste que eras gay?

—Si no se dio cuenta que era gay con las cosas que me interesaban...—larga la carcajada—. No me dio el teléfono porque me estaba chamuyando, celoso. Me lo dio en caso de emergencia. Te juro que la gente llama para que le mande el cadete con un pedido urgente.

—Nah —sigo riendo.

—Te juro. Mientras estaba ahí deben haber llamado unas tres personas.

—¿Y qué querían?

—Qué se yo... No escuché y obvio, en el *sex shop* son discretos.

—¿Qué puede ser una emergencia? —pregunto incrédulo y algo embobado por la risa de Alejo.

—No sé, pero imagínate estás con el chico de tus sueños, que al día siguiente se va a servir a Siria con la armada, y te dice: «sabes que siempre soñé probar un dilatador anal». Supongo que eso entra en la definición de emergencia ¿no? En ese caso agradecería tener el teléfono de mi amiga a tiro.

No puedo evitar reír hasta el dolor de panza.

—Eso no explica las frutillas —digo cuando puedo volver a hablar.

—No quería irme sin comprar nada y los lubricantes eran lo más barato. Y bueno, no vas a ir a un *sex shop* y comprarte uno común, de los que conseguís en una farmacia... Aunque tampoco me animé al de maracuyá.

Me sonrío y yo creo que no puedo más de la risa.

—¿Maracuyá?

—Maracuyá, *lemon pie*, chocolate, coco... Lo que se te ocurra.

—Interesante... Como una heladería.

—Sí. Salvo que, aunque son bastante abiertos, seguro te miran raro si pedís un cuarto para comer en el lugar.

Largo otra carcajada y no dejo de reírme por un buen rato.

Nos acomodamos en la cama, en cucharita que es la posición más cómoda teniendo en cuenta que es de una plaza y seguimos hablando ahora más relajados.

—Alejo, tus viejos... ¿Lo saben? ¿Cómo lo tomaron?

—Sí. Se los dije el año pasado, se lo tomaron... bien, creo. No me dijeron nada.

—¿Nada?

—Nada de nada.

—¿Cómo fue?

—Bueno, nunca me oculté. Sé que vos sabías que yo era gay cuando nos vimos, todos en Pergamino parecen saberlo, porque me animé a tener novio y salir con él. Pero a mis viejos no le había dicho nada, tenía algo de miedo, hasta que decidí que era hora. Así que les pedí hablar una noche después de cenar y se los dije. Les dije que era gay y que lo sabía hacía tiempo. Mi mamá sólo me preguntó si estaba saliendo con alguien.

Me giro para poder mirarlo a la cara y le pido que siga.

—Fue después de... bueno, de eso. Así que no, no estaba saliendo con nadie. Asintieron y no dijeron más nada. Cuando me fui a la pieza, se quedaron en el living hablando. Sentía los murmullos, pero no escuché que decían. Al otro día, mi papá me preguntó si se lo iba a decir a mis hermanos...

—¿Ellos lo tomaron bien?

—Mi hermana mejor que mi hermano. Pero no lo tomaron mal tampoco. Lucía me preguntó lo mismo que mi mamá, si salía con alguien. Mi hermano no dijo nada por una semana más o menos; después apareció un día...

—¿Qué? —pido que siga.

—Nada, es que en mi casa no se habla de sexo. Ya te dije como es mi mamá, y así es con todo. No sólo no putea, sino que, a cualquier práctica sexual, desde el misionero hasta una orgía multitudinaria lo llama «tener intimidad».

Veo que se ríe y le devuelvo la sonrisa. Habla de su mamá con mucho cariño, se nota que la adora.

—«La charla» me la dio mi hermano, porque a él no se la habían dado, así que pensó que era mejor que alguien se encargue del asunto conmigo. A eso de mis catorce, apareció con un preservativo, me dijo que use siempre uno, que, si me daba vergüenza comprar, le pida a él y me explicó todo acerca de chicas. No con mucho detalle, pero sí cosas sobre que tienen que estar listas y caricias y que tenía que ser

amable...

—A mí sí me la dio mi viejo, no lo recomiendo —confieso para darle ánimo y parece funcionar, porque me sonrío y sigue.

—Así que vino una semana después, otra vez con un forro y me dijo: Lo único que se de homosexuales es que también se tienen que cuidar. Me largué a llorar y Juan Pablo no sabía qué hacer, no sabía lo que me había pasado ni lo mucho que significaba para mí que me acepte... me dio unas palmaditas, muy fiel a su estilo seco —Sonríe— mientras repetía: «está bien, está bien». Lo descoloqué, creo. Y desde entonces, nunca más salió el tema. Mi hermana es la única que cada tanto me pregunta si tengo novio... Creo que esa va a ser la prueba de oro, cuando lleve a alguien a casa.

—¿Qué creés que va a pasar?

—Creo que lo van a aceptar.

—Alejo... nosotros... Quiero que seas mi novio, o como quieras llamarlo —digo.

—Ya te dije que te amo, ponele el título que quieras.

—Sí. Quiero que seas «mi» novio. Alejo, sé que soy insoportable...

—Sos hermoso —me interrumpe.

—E insoportable —me paso las manos por el pelo húmedo algo desesperado—. Soy celoso, no sabía que lo era hasta que te conocí. Sé que está mal ¿ok? Puede sonar dulce por un tiempo, pero a la larga es molesto y enfermizo.

—Si lo notás, lo podés controlar —me dice.

—Sí. Eso intento y estoy seguro de que se me va a pasar, cuando... cuando...

—Cuando te sientas seguro —completa y asiento—. ¿Ser mi «novio» te hace sentirte más seguro?

—Sí. Quiero, no sé, dejar claro a todo el mundo que estás conmigo y que es en serio. Quiero que vos estés sólo conmigo, que ni pienses en la posibilidad de alguien más...

—Manejo de los celos... —se burla con ternura por mi discurso posesivo—. No voy a estar con otra persona, Damien. ¿Qué parte de «Te Amo» no entendiste esta noche?

—Yo tam... —me callo antes de terminar y Alejo se pone de pie. Deja la cama y busca sus lentes.

—¿Me vas a decir que mierda pasa, Damien? No es sólo inseguridad ¿no?

—Es terror —confieso y me siento en la cama. Tengo unas terribles ganas de llorar. Alejo me abraza cuando ve que estoy por perder el control.

—No quise ser brusco, mi amor. Es que casi me decís que me amas... Y quiero tanto escucharlo...

—Necesito un pucho —digo y busco entre mis cosas. Alejo saca los suyos.

Llevo un cenicero junto al ventanal que da al balcón. No salimos porque estamos en ropa interior, nos sentamos en el piso y prendemos los cigarrillos.

—Yo...—empiezo buscando las palabras—, lo que dije es en serio. Quiero que seas mi novio, pero estoy siendo injusto con vos.

—¿Injusto? Yo quiero lo mismo, Damien.

—Pero no te lo puedo dar...

Sus ojos me miran con decepción y tristeza. Cree que lo estoy dejando, quizás hasta piense que lo usé y que después de una noche de sexo genial le digo «chau, chau, adiós». No me siento listo, pero no tengo alternativa. Bueno, sí. Puedo dejar que Alejo se vaya de mi vida pensando que soy un hijo de puta, cosa que no voy a plantearme siquiera.

—Entiendo —dice y atina a ponerse de pie.

—No. No entendés. No sería justo que te diga que te amo, que te prometa que vamos a ser novios y que vamos a salir a gritarlo a los cuatro vientos cuando hay un lugar en el que no puedo siquiera mencionarte...

Se sienta cauteloso y espera a que hable.

—Mi casa. No puedo decirle a mi familia, no lo van a entender. No lo van a aceptar como hizo la tuya.

—Voy a decir esto una última vez —suena molesto—, porque no sé si lo necesitas oír de nuevo o si sólo me estoy humillando y arrastrando atrás tuyo: te amo, Damien. ¿Sí? ¿Lo entendés o te hago un dibujito? Eso no cambia por lo que tu familia pueda o no pueda decir y opinar. Ahora bien, dicho esto, por desgracia los padres que no se lo toman bien son la mayoría. De hecho, hay muchos que dicen que está todo ok, pero siempre y cuando el gay sea el hijo del vecino, ahí sí, son súper *open minded*. Por lo que sé de mis amigos, la mayoría termina aceptándolo tarde o temprano...

—No es mi caso, Alejo.

—¿Vas a prenderte otro? —me reta y lo ignoro. Sí y estoy evaluando la posibilidad de buscar alcohol, creo que tengo un vino sin abrir.

—Siempre noté algo distinto en mí —empiezo. Espero que Alejo me interrumpa o que me pida que vaya al grano; no lo hace. Se relaja contra el ventanal y me deja hablar—. No sé cómo fue que vos te diste cuenta, en mi caso no fue de un día para el otro ni nada parecido. De pendejo era como supongo son los demás: vivía empalmado.

—Sí, supongo que nos pasa a todos —se prende otro pucho y me dan ganas de retarlo como él hizo conmigo.

—No necesitaba pensar en nada para masturbarme, pero supongo que cada tanto imaginaba chicas. Era lo que se suponía me tenía que gustar. Sin embargo, a medida que crecía me daba cuenta que, no sé, ¿me excitaba menos que mis compañeros, quizás? No estaba tan desesperado por ponerla, si me tranzaba una chica no me sentía súper tentado a agarrarle una teta o tocarle el culo. No le di mucha bola en el momento, pensé que bueno, simplemente yo no era así de calentón.

Me estoy yendo por las ramas, postergando lo inevitable, pero no quiero llegar a ese punto así que sigo.

—Tuve mi primera vez con una chica y estuvo bien. No puedo decir que la pasé mal, pero tampoco fue genial. Supuse que porque estaba borracho y lo hicimos a las corridas en un pasillo oscuro de la quinta de Sebas. Después empecé a salir con Tamara...

Alejo asiente y le sonrío, puede que yo sea el de las escenas de celo, pero Alejo no es inmune tampoco.

—En ese sentido debo haber sido el novio del siglo. Mientras todos mis amigos presionaban a sus novias para tener sexo, yo nada. Nos besábamos y tocábamos e hice lo que se supone debía hacer: intentar llegar tan lejos como mi chica me lo permitiese. Hasta que una noche no me detuvo y lo hicimos. Tampoco la pasé genial. Era agradable, sí; genial, como lo de recién... no. Ni ahí.

—Lo de recién fue genial para mis estándares también. —Me besa antes de volver a su lugar y yo me prendo el tercer pucho de la noche. Esta vez no me reta.

—Terminamos antes de que me vaya a Bariloche, porque bueno, se supone que los novios se cagan en Bariloche. Y con esa idea fui al viaje: tomar hasta morir y coger con cuanta chica esté dispuesta.

Doy una calada honda.

—Una noche se me da con una mina de Buenos Aires; ni siquiera me acuerdo el nombre. Nos tranzamos en el boliche y cuando ya no había forma de mandarse más mano, me dice de ir a mi habitación. Yo la compartía con otros compañeros, pero esa noche se suponía habíamos salido todos. Cuando llegamos, uno de los chicos —prefiero no decir quien—, estaba durmiendo pasado del pedo. La mina me dice que no importa y nos vamos a mi cama. Lo empezamos a hacer y como siempre, no pasaba de agradable. Hasta que en un momento se ríe y me dice: «tu amigo se está pajeando».

Alejo me mira algo sorprendido, me da un poco de risa, aunque sé que es producto de mi propia incomodidad por lo que estoy contando.

—Atino a decirle algo, estaba súper en pedo, ni siquiera sé si se acuerda de lo que hizo. La chica me para, me dice «déjalo que siga». Se ve que le iba el voyerismo o algo así, a mí, en cambio, me excitaba ver a mi amigo tocándose —hago una pausa antes de continuar—. En el momento lo pasé bien y no lo analicé demasiado. Cuando volví a Pergamino me permití explorar un poco más sobre lo que había pasado y lo que había hecho que me gustase tanto.

—Te diste cuenta que te gustaba tu amigo...

—No —contradigo—. No pensé que fuese gay en ese momento. Pensé que tenía algún fetiche voyerista como la mina esa. Así que empecé a buscar porno de ese estilo. Me gustaba, pero no tanto. Y del porno con un tipo pajeándose al trío bisexual hay un paso. Salté a esa categoría y me quedé ahí por buen tiempo.

—¿Sentís que sos bi? —me pregunta y niego con la cabeza.

—No salí del closet en ese momento. Toda esa exploración la hice en mi intimidad, sólo cuando me masturbaba. Por eso cuando me preguntaste... Bueno, no importa. Cuando salía, lo hacía con chicas y seguía aparentando que lo pasaba bien, pero en casa me dejaba llevar por otras fantasías. Con el tiempo me di cuenta de que buscaba porno bisexual sólo porque la presencia de la mujer calmaba mi culpa, me permitía mentirme diciéndome que no era homosexual, sino sólo *open minded*.

Sonrío ante mi propia necesidad. Alejo parece comprenderme mejor de lo que lo hago yo mismo.

—Llegué al punto de entender que era gay, aunque no pensaba decírselo a nadie. Necesito... voy a descorchar un vino —digo.

Alejo me mira preocupado. Lo ignoro porque no puedo parar ahora, no quiero que su preocupación por mi bienestar me calle. Destapo el vino y llevo dos copas junto a la ventana. El sorbe apenas para no dejarme tomando solo como un borracho deprimido.

—Supongo que todos los padres de adolescentes saben que nos masturbamos. Nosotros no queremos que nos descubran y estoy seguro de que ellos no quieren verlo.

—Como yo no quiero saber si mi mamá usa el de frutilla —dice y me relaja con el chiste. Gracias, Alejo, murmuro mentalmente.

—Creo que hubo un par de veces en que después de golpear la puerta y entrar, se dieron cuenta que interrumpían, pero por supuesto, no decían nada y yo se los agradecía. Esa noche...—me termino la copa y vuelvo a llenarla. También me prendo un cuarto pucho—. Esa noche me desperté después de un sueño, o algo así. Era tarde, quizá las tres de la mañana. En casa saben que yo a esa hora estoy *knockout*. Estaba a media asta, pensé en tocarme así, sin salir de la cama... ojalá lo hubiese hecho.

—Damien... —dice dándome la oportunidad de dejar mi historia acá. No lo voy a hacer, merece saberlo, merece saber dónde se mete cuando sale conmigo y, sobre todo, merece conocer mi lado oscuro como yo conozco el de él.

—Busqué porno en la compu hasta dar con un video gay que me gustó. Me empecé a tocar en la silla, pero como quería escuchar también, conecté los auriculares... —cierro los ojos al recordar mi estupidez,

mi descuido...—. No puse llave a la puerta. A veces lo hacía, cuando sabía que podían interrumpirme. No sé si pensé que era demasiado tarde o si no pensé en absoluto. Los auriculares impidieron que escuche a mi papá cuando golpeó, si es que lo hizo.

Puedo ver los ojos de Alejo llenos de preocupación. Yo me siento frío y distante sobre lo que me pasó. Lo cuento sin sentirlo, porque sé que si me permito sentir, me voy a quebrar.

—Lo primero que atiné fue a cerrar la ventana del *browser* y subirme los calzoncillos; ocupado con eso no pude cubrirme cuando me llegó el primer golpe. Fue tan fuerte, de lleno en mi mandíbula, que me hizo caer de la silla; me di la cabeza contra el borde de la cama. No me desmayé, pero quedé... ¿viste alguna vez esas peleas de jaula? ¿cuándo las cortan porque el tipo no se puede defender? Bueno, así. Sólo pude cubrirme la cabeza y esperar a que termine pronto.

—Damien ¡La puta madre! —me abraza y sé que está a punto de llorar. Sin darme cuenta termino siendo yo quien lo consuela a él.

—No terminó pronto —sigo con Alejo en mis brazos—. Me pegó trompadas hasta que se le cansaron las manos y empezó a patearme en el piso. Me gritaba que era un puto de mierda, un maricón, un culo roto y cuantas cosas se te ocurran. Que prefería verme muerto, que no era su hijo, que ojalá me muriese por depravado.

—Lo odio —me dice al oído.

—Creo que yo también —confieso—. Mi hermana y mi mamá llegaron sin entender nada e intentaron frenarlo, pero estaba sacado. En un momento, los golpes se detuvieron, aunque no los gritos. Pensé, por un instante, que había terminado e intenté levantarme. Me equivocaba, mi viejo había ido a buscar el cinto... —Alejo se estremece y yo lo beso—. Siguió con el cinto mientras mi mamá y mi hermana gritaban. Mi vieja, cuando vio que no podía pararlo, hizo lo único que se le ocurrió: puso su cuerpo sobre el mío —hago una pausa y tomo otro trago—. No sé cuántos golpes le llevó a mi papá darse cuenta que le pegaba a mi mamá. Tampoco estoy muy seguro si eso le importaba, porque no se cansaba de repetirle que era su culpa, que ella me había hecho puto. Al final paró. No nos dejó ir al hospital, así que mi mamá me vendó y me puso hielo y rezó para que no tenga nada roto.

Siento que la temperatura de Alejo aumenta a medida que la pena se convierte en furia. Vuelvo a besarlo para calmarlo.

—¿No lo denunciaron?

—No. Al otro día me dijo que lo que me faltaba a mí era disciplina y que ya se me iba a pasar lo maricón, que él se iba a encargar de eso. Por desgracia, lo hizo; a su manera.

—¿Qué quieres decir? ¿Te volvió a pegar?

—No. Bueno, sí —digo recordando lo que pasó en el quincho—. Pero la segunda vez me defendí y no pasó a mayores.

—El labio quebrado —dice y no me atrevo a mentirle de nuevo.

—Sí. Esa vez. Pero bueno, los golpes son su último recurso para hacerme «macho». Antes están sus discursos, su sobreexposición a tetas y culos... se asegura de que tome alcohol como un hombre, que fume como uno, que mire y practique deportes, que putee, escupa y, de ser posible, no me bañe. Al parecer, eso es lo que hace un «alfa». Por supuesto, las actividades de «minita» están prohibidas para mí, como cualquier tarea doméstica, que, como todos sabemos —digo con sarcasmo— están relegadas a la mujer.

—Tu viejo es un pelotudo —se le escapa sin querer—. Perdón, no debí decirlo.

—No me jode, yo también lo pienso. Tampoco puedo hacer tareas artísticas, ni hablar de moda. Y me controla todo el tiempo, en cuanto se entera que hice algo remotamente «gay», discutimos a morir. La

verdad es que ahora discutimos todo el tiempo. Nunca fue un padre ejemplar, porque por desgracia, como dijiste, es un pelotudo. Pero antes por lo menos yo lo intentaba. Trataba de justificarlo, de alegar que es de otra edad, que fue criado machista. Ahora ya ni me gasto y siempre termino generando conflictos en casa, conflictos en los que queda mi mamá en el medio. No entiendo como lo aguanta, Alejo. A mi mamá la adoro, pero no la entiendo...

No me dice nada por un buen rato. Es que no puede. Nada de lo que diga puede cambiar mi realidad, en cambio sí puede lastimarme.

—Te amo, Damien. Y somos novios y todos van a saber que estamos juntos. Si se lo querés ocultar a tus viejos, está bien. No me gusta la idea, pero está bien... lo acepto porque quiero estar con vos en los términos en que podamos. Ya veremos después como manejamos esa parte.

—¿Lo decís en serio?

—¿Te parece que estoy jodiendo? —contesta molesto, aunque no conmigo—. Si nos tenemos que quedar en Rosario para estar juntos, lo hacemos. Si en Pergamino no querés...

—No. No me voy a esconder.

Me besa con fuerza.

—Sí voy a necesitar tiempo... O sea, propongo que hagamos nuestra vida como nos salga, salvo que hasta que no me sienta listo no te voy a llevar a casa. Por lo demás, Pergamino, Rosario o dónde sea...

—Alguien le puede ir con el cuento. Ya sabés como puede ser la gente.

—Si pasa, lo manejaremos en el momento ¿ok? ¿creés que podés así? —le pregunto con un nudo en el pecho. Sé que no es justo para él que lo esconda. No me avergüenzo de Alejo, jamás. Me avergüenzo de mi padre y no quiero que lo ensucie con su mierda.

—Sí, mi amor. Lo vamos viendo, como todo el mundo.

—Te amo —le digo al fin largando el aire por el alivio. Si él puede aceptarme con todos mis reparos, quiero que sea sabiendo lo que siento.

—Yo también.

Nos vamos juntos a la cama. Alejo me abraza hasta que me duermo, sé que ni bien cierre mis ojos se va a levantar a usar «sus horas productivas». Se me dibuja una sonrisa antes de caer en un profundo sueño.

Alejo

—Daiana dice que, si queremos, subamos hoy al SUM. Hay que llevar bebida y nada más —digo ni bien llego al departamento de Damien. Él está estudiando y la mesa está llena de restos de goma de borrar.

Sí. Abrí con mi propia llave. Para ser honesto, debería pasarle parte de la plata del alquiler a él porque me paso la mayor parte del tiempo en su departamento. Y como siempre, todo empezó con un cepillo de dientes.

Desde que somos oficialmente novios, nos vemos todos los días, aunque sea sólo para compartir la cama las pocas horas que dormimos juntos. Es que, como todos saben, noviembre es letal en la vida de un estudiante.

Damien es el novio perfecto, salvo, quizá, por los celos. Los intenta manejar y lo amo aún más por el esfuerzo que hace, pero Gastón lo puede. Si él anda cerca, Damien se pone en modo perro con su hueso.

Por lo demás, cumple con su palabra de no esconderse y yo no entro en mí de la felicidad. Amar a alguien y poder hacerlo libremente es la definición de ser feliz en la vida.

Conocí a sus compañeros de facu, parecen buenos locos, y a un par de amigos que se hizo en el gim de la universidad; a todos me presentó como su novio.

La forma en que se comporta conmigo es única. No me quedan dudas de que soy su presente y de que tiene toda la intención de que sea su futuro; me dice y me demuestra que me ama con palabras y actos. El único lugar que aún está vedado para mí, es su pasado.

Es como si él hubiese salido del closet dejando todo atrás y tuviese miedo de volver la vista. Desde nuestra charla aquella noche, no hablamos de su familia, pero tampoco lo hacemos de sus amigos de Pergamino. Aún no comulga con la idea de que ese Damien, el que tiene un pasado lleno de mentiras y agresiones, es el mismo que hoy sale adelante y se la juega por ser feliz.

Empiezo a acomodar las bolsas del súper y se acerca a ayudar.

—¿Cuánto te debo?

—Tiré el ticket.

Niega con la cabeza, resignado.

—¿Quién es Daiana?

—Tu vecina, la que te tenía ganas. Bah, no sé si ya se le pasaron...

—¿Tengo una vecina que se llama Daiana? ¿y me tiene ganas? Mirá lo que me entero. ¿Vos cómo la conocés?

—Prácticamente vivo acá, Damien.

—Yo «vivo» acá, Alejo, y no tengo ni puta idea de quién es. ¿Cómo hacés para conocer tanta gente?

—Uf, es una técnica milenaria —digo con sarcasmo y veo como Damien entorna los ojos sabiendo que le tomo el pelo—, los antiguos sabios orientales lo llamaban dialogar. Consiste en intercalar intervalos de «hablar» con intervalos de «escuchar» hasta hallar el equilibrio perfecto...

—¡Andá a cagar!

Me río.

—Vos andá a estudiar. Yo hoy no tengo facu hasta las cuatro, que tengo que entregar un trabajo y me libero. De ahí me junto con Camila a ver lo de marcas y después, si querés, me vengo para acá y vamos

al SUM. Pero te tenés que encargar vos de comprar algo para tomar, porque no voy a hacer tiempo.

—No puedo... —dice y lo noto algo nervioso.

—¿Estás preocupado por el parcial? Te va a ir bien, Damien...

—No, es que... hoy es el cumple de Sebas. Bah, fue el lunes, pero lo festeja hoy.

—Ah. Ok. No hay drama. Veo, si me pinta salir le digo a los chicos, sino me quedo en casa con mis ricos fideos con manteca.

Me sonrío e intenta volver a concentrarse en los apuntes.

Preparo mate y me siento frente a él en la mesa a cebarle mientras busco unas imágenes en su compu. Tengo que hacer un trabajo sobre logotipo, isotipo y demás, con ejemplos reales y un diseño propio de cada tipo.

—No estás concentrado —digo—. ¿Qué pasa?

Muerde el lápiz. Usa los de madera, creo que porque puede destruirlos con los dientes cuando no le salen los ejercicios. Ahora lo mastica por otra razón.

—No me di cuenta que se venía el cumple de Sebas...

—¿Y?

—Que no hablé con los chicos de lo nuestro y seguro me van a empezar a pinchar de por qué ando desaparecido, y les voy a tener que contar, sólo que hubiese preferido hacerlo en otro contexto que no fuese el cumple de Sebas —explica todo a las corridas, casi trabándose con las palabras.

—Las cosas se dicen cuando se está listo, Damien. Si no te sentís seguro hoy, te callás la boca y punto.

—Pero...

—Damien, mi amor, uno comparte cosas con sus amigos. Entre compartir algo y deber una explicación hay una gran diferencia.

Asiente en silencio. Más por no discutir que por estar de acuerdo. Él cree que, si no anda por todos lados regando que está conmigo, me está ocultando. Trato de hacerle entender que no es así, que las cosas se van dando, compartiendo, contando a medida que uno se siente listo y preparado. Yo en mi casa aún no dije que salgo con Damien, aunque creo que sospechan algo.

Hago el almuerzo. Sí, fideos, la especialidad de la casa, pero esta vez con salsa boloñesa. Para Damien, si no hay, aunque sea un pedacito de carne, no es comida.

—No te lo iba a dar ahora, pero me parece que necesitas un mimo —le digo cuando, después de almorzar, me abraza y no me suelta.

Hace que me sienta culpable por distraerlo de sus cosas. Ema nos carga de que somos los únicos que nos ponemos de novio y nos va mejor en la facu, pero a veces siento que le robo demasiado tiempo.

—¿Qué?

Me mira con sus ojazos hermosos y me derrito un poco. Parece increíble que semejante chico se sienta inseguro; más si es por mí.

Saco mi tubo porta láminas de la mochila y se lo doy. Me sonrío y lo desenrosca con tanta emoción que me lamento no haberlo envuelto en papel de regalo para que lo rompa como un nene en navidad.

Saca la lámina y mira el dibujo que hice. Abre los ojos como plato.

—¡Está genial! ¿Para mí?

—Para quién, si no. Te amo.

Me abraza fuerte y me da un súper beso.

—¡Es espectacular, Alejo!

Lo extiende, lo mira, lo apoya contra la pared, lo guarda y lo vuelve a sacar. Yo sonrío satisfecho.

Humildad aparte, es bueno. Es que Damien me inspira y en cuanto lo empecé, las ideas empezaron a brotar. Es un lobo y un hombre enfrentados y el paisaje es un bosque y una ciudad entremezclada, con una gran luna de fondo. Me esmeré mucho en los detalles al punto que me llevó más tiempo que cualquier otro dibujo que haya hecho.

—Gracias. —Me besa—. La verdad que sí, necesitaba un mimo. Te amo —dice algo vacilante.

—Yo también. Pero ahora voy a ser un mal novio y te voy a dejar así estudiás. Suerte hoy a la noche, y.... ¡relax!

Damien

Los chicos me pasan a buscar a eso de las ocho para que vayamos a comprar las bebidas. Vienen en el auto de Mariano que se vino desde Pergamino con su novia, Fernanda, y un par más de los chicos de Rugby.

Sebas va a hacer unas hamburguesas y unos choris en el quincho de su edificio y nosotros tenemos que llevar para tomar.

—¡Qué hacés, desaparecido! —me saludan los chicos mientras me hacen lugar en la parte de atrás.

—Acá andamos... —es mi escueta respuesta. Se dan por satisfechos.

Vamos a *La Gallega* y compramos tantas bebidas que no sabemos cómo acomodarlas en el auto. Dos cajones de cerveza, cuatro fernet, dos packs de cocas, Campari y Citric y no somos los únicos que llevamos.

Cuando llegamos, pasamos directo por el garaje. Los chicos ya están prendiendo el fuego. El hermano de Sebas nos señala la heladera —es de esas tipo de negocio— para que pongamos las cosas y se vuelve con las hamburguesas.

—¡Feliz cumple, boludo! —saludo a Sebas con un abrazo.

Fuera del quincho está lleno de mesas. La pileta, que se supone debería estar cerrada, está rodeada de gente. Nadie dentro, por ahora.

—Vinieron las chicas —me dice y señala el grupo en el que está Fernanda charlando. No tardo en reconocer a Tamara, mi ex, entre ellas. Por un momento, me siento algo incómodo.

—Buenas —las saludo a todas con un beso. Las conozco a la mayoría. Además de Fer y Tamara, están Rita, la mejor amiga de mi ex, y Geor, que nunca me cayó del todo bien. Georgina es una mala imitación de Martina. Hace que habla suave y juega el papel de inocente, pero no es más que eso, una actuación barata. En mi experiencia con ella, puede llegar a ser bastante arpía.

Los ojos de Tamara brillan un poco cuando me devuelve el saludo y me siento algo mal de nuevo. Es una mina preciosa, lo admito. Inclusive yo, que no me gustan las mujeres, puedo reconocer que está de infarto. Es la típica morocha argentina: piel trigueña, muchas curvas, súper simpática... Fui la envidia de media escuela cuando me puse de novio con ella.

Sin embargo, a medida que avanza la noche, la que no para de tíreseme es su mejor amiga, Rita. Está casi al límite del acoso. Tratando de mantener distancia sin ser descortés, me preparo un fernet y me siento con los chicos.

—¿En qué andan?

—Estábamos hablando de autos —dice Mariano—. Estoy pensando en cambiar el mío.

—¿Posta? ¿No te lo compraste el año pasado?

—Seh, pero no me gusta. Quiero el *cinquecento*.

Me abstengo de hacer comentarios y me dedico a escuchar. Rita se sienta con nosotros y se me pega. Tamara me mira con una expresión de burla e intento no reírme. Se ve que las cosas entre ellas no andan bien a pesar de que eran muy amigas en la escuela.

—Preparame un fernet —le ordena Mariano a Fernanda y sin más, se gira y sigue hablando de autos.

Fernanda se levanta sin chistar. Yo la miro ir y venir con algo de aprensión.

En términos objetivos, es la chica más linda de la noche. Tiene el estilo modelo de pasarela, alta,

rubia, vestida de pies a cabeza con las mejores marcas. Me hace acordar tanto a mi vieja que me da un escalofrío. Por eso, creo, no puedo cerrar el pico cuando le alcanza el fernet a su novio.

—Lo hiciste aguado —le recrimina mi amigo.

—Te lo hubieses preparado vos —le digo y no me da bola.

—¿Querés que te prepare uno? —me murmura Rita pegada a mi oído. Yo me muevo incómodo tratando de alejarme.

—No, gracias.

Se me vuelve a pegar. Vuelvo a intentar alejarme. Me pasa la mano, sin ningún reparo, por debajo de la remera. Termino deshaciéndome de ella sin amabilidad y me paro a prepararme un trago.

Veo como a Sebas lo tiran a la piletta y las chicas se ríen. El hermano de Sebas, con otros flacos, ponen música y estoy bastante seguro que se dieron con algo más fuerte que un simple porro.

Me doy cuenta que la estoy pasando mal y empiezo a preguntarme si antes lo disfrutaba, o, como en todo, sólo fingía.

Vuelvo con mi fernet y Rita me empieza a manosear de nuevo. Ya sin ningún tipo de pudor, intenta meter la mano en mis pantalones. La saco con brusquedad.

—¡Basta, nena! —Estoy realmente molesto.

—¡Pah! ¡estás re puto hoy! —me recrimina entre risas.

—No estoy puto. Soy puto —contesto y cambio de lugar. Los chicos se ríen de mi respuesta pensando que bromeo.

Estoy de pésimo humor. Intento serenarme y como bien sé, lo único que me calma es Alejo.

Yo: saliste?

Alejo: Ey. Como la estás pasando? Nop. Vinieron a casa...

Yo: medio. Creo que vuelvo temprano.

Alejo: si querés, venite.

Alejo: o voy... estás bien?

Yo: vos solo te das cuenta lo que me pasa por mensaje.

Alejo: te amo.

Yo: yo también.

Sonrío y los chicos me miran extrañados.

—¡Ah, bueno! —dice Sebas que viene de ponerse ropa seca—. Estamos hasta las manos ¿eh?

—Yeap —es mi única respuesta.

—Vamos a bailar —le dice Fer a Mariano y le agarra la mano.

—¡No hinchés las pelotas!

—Dale...—insiste.

—¡Que pesada te pones, Fernanda! Andá vos a bailar —contesta medio gritando y yo me enojo.

—Mariano, no seas pelotudo —digo sin poder contenerme—. Si todos sabemos que la hiciste venir para que no salga con las amigas porque tenés terror que te haga cornudo. Lo mínimo que podés hacer es tratarla bien. —Veo como los dos se quedan quietos mirándome—. ¿O me equivoco, Fer? ¿No pelearon este finde para que vengas?

Fernanda larga una risita tonta —que no hace más que confirmar lo que dije— y minimiza el asunto. Mariano, al ver que no desaté una disputa entre ellos y que sigue teniendo a su novia dónde quiere que esté, se ríe.

—¡Estás hecho un pollerudo! Con razón estás desaparecido. ¿Hoy te soltó la correa tu *jermu*? ¿para verte de nuevo le tenemos que pedir permiso a tu novia?

—Novio, Mariano. ¿O no escuchaste cuando le dije a Rita que soy puto? —contradigo de mala manera.

Otra vez se ríe pensando que bromeo y yo me pregunto quién es el negador ahora.

Levanto la vista y me encuentro con los ojos de Esteban fijos en mí. Es el único que se dio cuenta que hablo en serio. Me levanto y me voy a fumar un pucho fuera del quincho, Esteban me sigue.

—¿Querés hablar? —me dice y se prende un porro.

—No. —Hago una pausa antes de decir—: No ahora. Estoy enojado y es el cumple de Sebas, no da.

Asiente y me pasa el porro. Le doy una pitada y se lo devuelvo. Me prendo un cigarrillo y niego con la cabeza cuando me vuelve a pasar el de él. Es que Esteban tiene planta y lo que fuma pega mucho más que lo que se consigue por ahí.

—¿Siempre fuimos así de pelotudos? —le pregunto.

—Sí —se ríe—. Pero a algunos les dura más que a otros. No te hagás mala sangre.

—Tenés razón, ando mambeado, nada más.

No me pregunta y yo no digo nada. No es necesario, él lo sabe y no muestra ni una señal de que le moleste. Eso hace que me sienta mejor. Nunca tuve mucha onda con Esteban, siempre fuimos más unidos con Sebastián y Mariano, así que supongo que, si él lo toma bien, mis mejores amigos no van a tener drama.

Más tranquilo, vuelvo con los chicos. Al entrar al quincho, veo el *iPhone 6* de Sebas secándose. Lo tiraron con el celu a la pileta la segunda vez. Me paso las manos por la cabeza con incredulidad.

—Hay que ser pelotudo —le digo y se ríe.

—Espero que arranque, sino voy a tener que esperar a que mi viejo viaje de nuevo el mes que viene hasta tener uno nuevo.

—Si soy tu viejo, te traigo un *Nokia 1100*.

—¡Ey! ¡Qué ortiva estás hoy, Damien! —se queja y larga una carcajada. Antes de que pueda reaccionar, grita—: ¡Damien, a la pileta!

—¡La puta que te parió!

Sebas no puede contra mí sólo, pero enseguida caen Mariano, Lautaro y un par más de mis compañeros de rugby.

Me rindo. Atino a tirar mi celular al pasto, no será un *iPhone*, pero cuesta sus buenos mangos y en cuánto llego al borde de la pileta, arrastro a tantos como puedo al agua.

Terminamos Mariano, Lautaro, Sebas y yo en el fondo.

Cuando al fin puedo respirar, estoy riendo a carcajadas con los chicos.

Al salir de la pile, veo que Rita y Geor tienen mi celu e intentan descifrar el patrón para desbloquearlo.

—Rita, posta —digo hastiado—. Si un tipo te trata como hoy me estás tratando a mí, avisame y lo cago a trompadas.

No me entiende. Largo el aire y les quito mi teléfono, no tengo ninguna intención de pasarme la noche dando un *speech* sobre amor propio a esas dos.

Me saco la remera y la escurro un poco antes de apoyarla en una silla y me paro contra la pared. Por suerte, mis puchos habían quedado sobre la mesa de cuando fumé hace un rato. Agarro uno y lo prendo.

No hace frío, se soporta bien la noche a pesar de estar en cueros y mojado. Intento sin mucho éxito despegarme el jean. Los chicos se quedaron en bóxeres, yo no pienso hacerlo.

—Hola. —Tamara se para a mi lado.

—Hola.

—Está densa Rita hoy ¿no?

Asiento.

—No la culpo, estás más lindo que la última vez que te vi.

—Gracias. Vos también —agrego por pura cortesía. No es que no esté hermosa, es sólo que no me importa.

Me pasa la mano por el pecho.

—¿Por los viejos tiempos? —propone.

—No. Paso.

—¿Sabés? Fuiste mi mejor polvo.

No puedo contener la carcajada, veo como me mira con los ojos como plato.

—Sé que mentís —le digo entre risas—. Y si no mentís, entonces mejorá el *target*.

Tamara se suma a mis risas.

—Está bien, no fuiste el mejor. Tampoco el peor.

—Lo mismo digo —contesto y le sonrío.

—Damien, no es que seas el amor de mi vida ni nada... Pero, tenés algo. Un *noseque*. Siempre algo enigmático e inalcanzable. Hace que den ganas de intentarlo de nuevo.

—Tamara —la miro—. No soy enigmático e inalcanzable. Soy homosexual.

Hace silencio un segundo y después se ríe. Espero a que pare y cuando me vuelve a mirar se da cuenta de que hablo en serio.

—¡Me estás jodiendo! —dice.

—Nop.

Abre los ojos como plato y dibuja una perfecta «o» con la boca. Después se vuelve a reír.

—¿Desde cuándo?

—Supongo que de toda la vida. Pero si me preguntás desde cuándo lo admito... un par de meses.

—No te la puedo creer. Dame un pucho —pide.

—Los que necesites —le sonrío.

—¡Mi ego! —bromea y gime fingiendo dolor. Lo está tomando mejor de lo que imaginé. Siempre fue una buena mina y admito que la quise. No pensé que fuese la primera a quien se lo confesase tan abiertamente.

—Tamara, te lo voy a decir. No creo que sea la primera vez que lo escuches, y es probable que no sea la última, pero sí la única vez que sea cierto: No sos vos, soy yo.

Larga una carcajada tan fuerte que todos nos miran. Incluso Rita. Me sumo a las risas.

—No, no es mi primera vez. ¿Salís con alguien? Decime que al menos está como un queso.

—Vos estás como un queso, nena. Sólo que no sos mi estilo de queso.

—¿Ves? Como no quererte —me pellizca la mejilla como si fuese mi abuela.

—Sí. Y capaz lo ubicás. Alejo, del indu... iba un año...

—Nah, no te la puedo... ¿Alejo Uriarte, el Alejo, ese Alejo?

Me río.

—¿Hay otro? —mi tono suena algo embobado.

No, no hay otro para mí.

Tamara me mira y nota mi expresión. Me sonrío.

—¿Es cien por ciento homo o es bi? —La pregunta me descoloca.

—¿Me estas queriendo quitar el novio? —contesto entre divertido y extrañado.

Otra vez se ríe y esta vez me empuja de manera juguetona.

—Nah. Es que vos sabés, en la escuela, con las chicas, siempre jodíamos de que si no fuese puto...eh, digo, gay... le entraríamos. Esos ojazos en él, un total desperdicio.

—Yo lo aprovecho —le guiño un ojo.

—¡Sos re puto, Damien! —se ríe sin poder contenerse. A pesar de la forma en que lo dice, sé que no intenta ofenderme.

—¿Hay niveles? ¿Se puede ser poco, normal o re puto?

No contesta. Sólo niega con la cabeza en un gesto cargado de buena onda.

—Fumemos uno a media y abrazame —demanda y la miro extrañado—. Puede que seas gay, pero Rita no lo sabe y lo único que ve es que vos me estás dando bola a mí y no a ella.

—Sos mala —digo con humor y hago lo que pide. La apoyo sobre mí, con su culo en mis pantalones y su espalda en mi pecho desnudo. No siento ni la más mínima cosquilla —. ¿Qué pasó entre Rita y vos?

—Se cogió a mi ex. —Hace una pausa—. Antes de que sea mi ex. Se ve que su plan en la vida es seguirme los pasos —completa y me mira. Le paso el cigarrillo.

—*Best friend.*

—Seh. Con amigas así...

—Bueno, pero si yo fui tu mejor polvo —intento levantarle el ánimo—, no perdiste gran valor.

Siento como la risa le contrae la panza y cuando se vuelve veo lágrimas en sus ojos. No son de tristeza, así que me uno a ella.

—*Please.* Dejame decírselo.

—¿Eh? ¿Qué cosa?

—A mi ex —ríe—. «Mi ex novio gay me dio mejor sexo que vos, pelotudo», creo que puede ser letal. No se vuelve de esa.

—Tenés una veta cruel, morocha.

—Estás a salvo de ella, Damien —se gira—. Te quiero, boludo. No te la puedo creer del todo, pero me encanta que seas feliz. Se te ve re bien. Decile a Alejo que te cuide, que si no se las va a ver conmigo; y que lo felicito, sé el pedazo de novio que se lleva...

—Gracias, Tamara. Aunque capaz le ahorre la última parte, si su ex me dice eso, es probable que lo trompee.

Me sonrío y me tira un beso al aire cuando vuelve al quincho. Pasa al lado de Rita y le guiña el ojo. Para ser una de las minas más buenas que conozco, puede ser muy mala.

Alejo

Damien: todavía de joda?

Yo: Sí, venís?

Damien: Me cambio y voy

Yo: cambiar?

Damien: me tiraron a la pile

Yo: hmm, vení mojado ;)

Damien: no... tengo la remera casi transparente y el jean pegado al culo...

Yo: te odio! Vení así. YA.

Damien: jaja

Está de mejor humor que con los primeros mensajes y yo tengo ganas de abrazarlo. Me preocupé cuando hablamos antes, puedo leer sus estados de ánimo y el de hoy temprano no era bueno. Sea lo que sea que haya pasado, mejoró hacia el final de la fiesta.

Me cae una chapita de cerveza en la cabeza.

—¡Ey! —me quejo.

—¿Viene tu novio? —pregunta Gastón alargando las palabras y me río.

—Sip.

—Te dije —le dice a Ema y mi amigo larga una carcajada—. ¿Hacemos *karaoke*? ¿Puedo ponerme a cantar *I love you baby*?

—¿Podés dejarlo en paz una noche? —pregunto y me uno a las risas.

—Es muy divertido —se queja—. Además, el que sale beneficiado de las escenas de celo sos vos ¿o me vas a decir que no te compensa después?

Me pongo algo colorado. Gastón tiene razón, lo mejor de sus celos viene después, cuando reclama su premio y se disculpa al mismo tiempo.

Damien me avisa por *WhatsApp* que está abajo.

Todavía tiene el pelo húmedo y huele a cloro; se cambió, pero no se bañó.

—Me debés un *aquadance* —le recrimino y lo beso, él sonrío con sus labios pegados a los míos—. ¿Qué tal la noche?

—Bien, creo.

El «creo» no me gusta.

—¿Hablaste?

—No. No con todos, al menos. Esteban se dio cuenta y no dijo nada y... —duda un segundo—, estaba Tamara. Le dije y lo tomó bien.

—Le tuviste que decir porque se te tiró ¿no? —¿Quién era el celoso? Ah, sí, Damien. Yo soy el superado en esta relación.

Se ríe.

—Sí. Te manda saludos —me dice y larga una carcajada antes de besarme en la boca y en el cuello.

—Está Gastón —le digo en tono inocente, fingiendo que sus caricias no me afectan en lo más mínimo.

Cuando frunce el ceño, me doy por satisfecho con mi venganza.

Así que Tamara lo vio mojado, con su remera transparente y su jean pegado al culo y yo no... quiero ver el mundo arder.

Llega, saluda a todos y se pega a mí como hace siempre que está mi ex. A la media hora, mis celos se esfumaron y los de Damien están a niveles astronómicos.

Hicimos *karaoke*.

—Voy a terminar cagándolo a trompadas —me murmura al oído mientras Gastón y Martina cantan una canción de Karina. No importa cuál, todas tratan de cornudos. Yo no puedo evitar reírme.

—Contame qué pasó temprano —le pido.

—En resumen —dice y se nota que no quiere hablar del tema—, Mariano se estaba comportando como un idiota, Rita, la mejor amiga... ex mejor amiga de Tamara, no paraba de manosearme y me saqué. Dije frente a todos que era puto, pensaron que bromeaba y ahí quedó.

—Oooook —contesto al ver que se enoja de solo acordarse.

Hace que me siente a upa suyo y noto como inspira lento para calmarse.

—No es con vos, Alejo. Cómo me detesto cuando me descargo con vos, que no tenés nada que ver. No me sentí cómodo al principio; después de la tirada a la pile, mejoró mi noche. Me hizo bien hablar con Tamara... Te amo.

—Yo también. Y si te hace bien hablar con ella...

—¿En serio está todo bien?

—No —contesto y me río. No puedo evitarlo. Damien también se ríe.

—Te voy a tener que demostrar toda la noche que sólo me importás vos... ¡que sacrificio!

Nos besamos hasta que nos llueven tapitas de cerveza.

—¡Le toca a Damien! —me recrimina Martina desde el improvisado escenario—. Prestámelo una canción.

—Todo tuyo.

—Así de fácil me regala, Martina. ¿Ves?

Ella hace como si lo consolase y sonrío. Se llevan súper bien esos dos. Sé que se mensajan cada tanto y que Martina le cuenta cosas que no se anima a contarle a nadie más, sobre todo, cosas de Ema. Es que tanto Lore, por haber salido con él, como yo, por ser su mejor amigo, somos parciales en el asunto; en cambio, Damien se mantiene neutral. Por desgracia, es una tumba y no le puedo sacar nada de lo que comparten. Ya me gustaría saber por qué Martina se resiste a mi amigo cuando es obvio que lo quiere.

Les toca a ellos «*Can't take my eyes off you*» y Gastón se queja.

—No vale, es nuestro tema —dice y me mira. Yo me río y niego con la cabeza. Damien sabe que bromea, pero lo afecta lo mismo.

—Última —me llama Ema—. A pedido del público y de nuestros fans, el dúo Alejo-Emanuel interpretarán su tan aclamado hit, *Olvídala*, del grupo *the palms*.

Somos desastrosos. No importa las veces que la cantemos, nos pisamos, nos olvidamos la letra y hacemos cualquiera.

Terminamos a las risas y con nuestros merecidos aplausos; cortamos la música antes que los vecinos llamen a la guardia urbana. Ponemos algo bajito y Ema saca las cartas para hacer un truco. Gastón y Johnny se quedan en el futón eligiendo la música y tranzándose un rato. Yo me llevo a Damien al balcón y

nos fumamos un pucho.

—Sabés que lo hace para molestarte ¿no? —le digo y nos sentamos en el piso.

—Funciona.

—En cuanto dejes de enojarte, lo va a dejar de hacer.

—O en cuanto lo mate.

Me río y me monto a horcajadas suyas.

—Celoso. —Lo beso con ganas, acariciando con mi lengua cada rincón de su boca.

—Vos te ponés celoso de Tamara y es mina.

Largo una carcajada.

—*Touché*. ¿Sabés que pasa? Que me gustás hace años, Damien —veo como se le arquean las cejas por la sorpresa—. Sí. Desde la escuela. Ya me volvías loco en esa época, sólo que no sabía que tenía chances. Ahora sos mío y no te presto. —Lo vuelvo a besar.

—Nunca me di cuenta —se disculpa y le sonrío.

—Esa era la idea, creo que me hubiese muerto de vergüenza si lo notabas. Puedo aguantar casi cualquier cargada, pero no esa. Estaba medio enamorado de vos, si alguien se burlaba...

—Ahora soy tuyo. No de Tamara.

Vuelvo a sonreír; es que Damien se lo está tomando muy en serio, mientras que yo estoy feliz de al fin tener al chico de mis sueños.

—Hmm —digo con humor—. Hoy fue ella la que te vio todo mojadito. Quiero mi venganza. —Hago una pausa mientras me giro y apoyo mi espalda sobre su pecho—. Esperaba en la esquina del cole antes de entrar, para verte. Una vez defendiste a Lucas y desde entonces yo te miraba con cara de cachorro abandonado.

—No me acuerdo de Lucas ¿lo defendí?

—Sí. En la plaza, unos flacos lo molestaban y vos les dijiste que eran ellos los maricones, o algo así.

—Siempre me molestaron los matones, así que es probable, pero no me acuerdo.

—Yo sí. Y a mí tampoco me gustan los matones; te ganaste varios puntos. Así que, ahí estaba yo, babeando por el chico de sexto que tenía novia...

No agrego a mi historia la cantidad de fantasías infantiles que me hice con él. Dios, como me gustaba; como me gusta.

Las veces que imaginé que se daba cuenta que lo miraba y se me acercaba a hablar, entonces, yo decía algo gracioso y genial y él se reía; las ocasiones más osadas, fantaseaba con que me confesaba que le gustaba y yo le decía que él a mí también y pasábamos la tarde juntos... A veces, me cuesta creer que el beso del balcón existió y que esa noche no pasó sólo en mi mente.

—Alejo, mirá si lo hubiese sabido, ya llevaríamos ¿cuánto? ¿Tres años?

No puedo evitar reírme.

—Probablemente ninguno. En esa época estabas rodeado de chicas ¿no te acordás?

Se ríe conmigo.

—Es que soy, ¿cómo dijo Tamara? Ah, sí, enigmático e inalcanzable.

Largo la carcajada.

—¿Posta?

—Ya te conté, supongo que negador y gay es la mejor definición, pero enigmático e inalcanzable suena mejor.

—Una vez pensé que te ibas a dar cuenta que estaba loquito por vos —le cuento aprovechando el buen humor—. Pensé que todos se iban a dar cuenta.

Apoyo la cabeza en su hombro y el me da un beso en la sien.

—Fue en un partido de fútbol del cole, que mezclaron quinto con sexto... — sigo mi relato.

—Yo no jugaba esos partidos, siempre fui un queso.

—¡Y yo me quería matar! Pero supongo era lo mejor, porque el día que fuiste a ver me comporté como un pelotudo. Te juro que me daba miedo que alguien se diese cuenta y empezasen las cargadas. Si me cargaban frente tuyo iba a correr sangre...

—Tengo que tomar algún complemento dietario, no me acuerdo de nada.

No me sorprende, para mí él era el chico inalcanzable; yo, en cambio, era «el puto de quinto». Me giro para darle otro beso, al fin de cuentas, «el puto» se llevó el premio mayor.

—Nunca me gustó hacerme ver jugando, siempre me parecieron patéticos los que lo hacen. Es que... a ver, en la escuela juega el rengo, el gordo, el asmático... cualquiera se la puede dar de *crack*. Odio cuando el chico que juega en el club y es un mediocre, se desquita en la escuela.

—Ema dice que vos sos bueno. ¿Tanto? ¿Así como para jugar en primera?

Me río.

—En primera lo dudo, para eso se necesita esfuerzo que nunca puse. Soy bueno y supongo que si soy así sin ponerle mucha onda...

—¿Nunca pensaste en jugar profesional? El sueño del pibe...

—Vos sos el sueño de este pibe, Damien. Y no. Prefiero jugar con amigos, para pasarla bien y nada más. No creo que hubiese podido soportar la homofobia que hay en los deportes.

—Es verdad, no son fáciles los vestuarios para los gays. Yo tengo asumido que, en cuanto les diga a los chicos, me tengo que olvidar del rugby. Pero bueno, como dijo mi hermana, no es que sea un *crack*.

—Cuando era pendejo, mi viejo me llevó a un club. Mis viejos no son de los que te presionan con las cosas, no me mandaron a fútbol a los cinco ni a inglés a los ocho, ni nada de eso. Me preguntaban si quería hacer esto o aquello... A eso de los doce, cuando se notaba que jugaba mejor que los chicos del barrio, mi viejo me preguntó si quería anotarme en un club y le dije que sí. Para esa edad yo ya sabía que era gay...

—Wow. A esa edad yo me comía los mocos...

—Yo también me comía los mocos —me río—. Pero también sabía que era gay. Me acuerdo que a los catorce se lo tuve que decir a Ema porque quería que me ponga de novio con una chica del barrio así él podía salir con la amiga.

Siento el pecho de Damien sacudirse por la risa.

—«La dejás mañana». Insistía tanto que le tuve que decir.

—¿No lo tomó mal?

—Se re enojó —me río—. No porque me gustasen los chicos, sino porque «si ni siquiera la tenía que besar, sólo decir que era mi novia para que él pudiese darle un beso a la amiga».

Damien larga la carcajada.

—Tenía razón Ema —dice y sigue riéndose.

—Como sea, ya sabía que me gustaban los chicos y en el club tenía un compañerito que también. Bah, debería decir compañera, porque se sentía chica. El tema es que el padre la obligaba a hacer «cosas de varón» todo el tiempo...

—Esa historia me suena —agrega con amargura.

—Creo que ahora es trans. El tema es que, imagínate lo difícil que era para ella. Los chicos la molestaban, el profesor la tenía de punto... Un día, otro de nuestros compañeros se largó a llorar. Teníamos doce, Damien, éramos nenes. Se largó a llorar porque no se quería bañar en el vestuario.

—¿Por el otro chico, chica? —se corrige.

—Por el padre, Damien. La homofobia se enseña, y este compañerito lloraba porque el padre lo iba a retar si se bañaba con un puto. El profesor lo llamó al padre y le preguntó y el tipo lo admitió lo más campante «mi hijo no se va a bañar con un puto». Fue la primera vez que me sentí discriminado y eso que no me lo dijeron a mí; pero yo lo sabía, sabía que en cuanto todos supiesen que a mí también me gustaban los chicos esas palabras iban a estar dirigidas hacia mí. Le dije a mi papá que no quería ir más y no fui más. Ahí el final de mi carrera futbolística.

—¡Qué mierda!

—Muy mierda. Pero bueno, volviendo a la escuela, siempre que alguien se hacía el que jugaba bien me jodía, cada tanto se las hacía pagar. En cambio, esa tarde que estabas ahí, rodeado de chicas, mirándonos jugar, me quise lucir —me río.

—Para mis conocimientos de fútbol, mejor usar un sombrero —bromea.

—¿Tan mal?

—Muy. Correr es lo único que me sale, ¿pero como esperan que lo haga con una pelota entre las patas? La pelota en la mano y freno cuando tengo que patear. Así son los deportes.

No puedo evitar reírme. Su comparación con el rugby tampoco es buena, realmente es un queso. Y bueno, un defecto tenía que tener ¿no? Nadie puede ser tan perfecto.

—Bueno, así que empecé a hacerme *el Diego*. Y venía bien, en general los compañeros no se enojan cuando metés goles. El profe me dijo que afloje un poco en un momento, así que me agrandé y todo. Entonces, apareció un pelotudo, compañero tuyo, un idiota importante. Empezó a joderte de que eras malo jugando y a hacer chistes. Vos te reías, no parecías enojado, pero yo sí. Me re calenté.

—¡Ahora me acuerdo! —exclama—. Leonel, seeeh, un pelotudo que se cree Messi porque se llama parecido.

—Ese mismo. Se ve que estaba celoso porque vos estabas rodeado de minas mientras él quería su club de botineras.

Escucho su carcajada en mi nuca y siento una corriente en todo el cuerpo.

—Siempre me jodía con que era un perro. En clase no lo quedaba otra que jugar conmigo y se re enojaba porque soy realmente malo. Ese día estaba particularmente denso.

—Sí. Y yo, particularmente caliente. Pasaba al lado tuyo y te hacía chistecitos, bromas y las chicas se reían de vos. No sé si te importaba una mierda o si disimulabas...

—Me importaba una mierda.

—A mí no. Así que cambié con un compañero para jugar por izquierda. Damien, soy más derecho que Videla; pero quería tenerlo de frente. Te juro que pensé que todos se iban a dar cuenta que te estaba defendiendo. Él te hacía un comentario, caño; un chiste, sombrero. Dios, lo esperaba, paraba la pelota y lo miraba para que venga...

—Te juro que me acuerdo de ese partido. Esa tarde no jodió más, aunque le duró solo ese día, el viernes en gimnasia volvió a hinchar las pelotas.

—Mis compañeros se dieron cuenta que jugué distinto, aunque no porqué. Zafé. Después te fuiste del parque con Tamara y yo seguía caliente como empanada de lava.

—Ahora me tenés todo para vos.

—Lo mismo digo —me giro y nos besamos por un buen rato.

Me agarra el culo y me levanta para que me monte sobre él y sigue acariciándome. Me pongo duro y noto que él también. Trato de serenarme porque los chicos están adentro jugando al truco. Se sienten sus voces y sus risas mientras que en el balcón resuenan nuestros gemidos ahogados.

—Alejo —dice mientras me besa el cuello y baja su mano a mis pantalones—. Quiero hacerlo, quiero intentarlo.

—¿Qué? —pregunto. Mi cerebro no funciona muy bien cuando las manos de Damien me tocan, aunque sólo sea por arriba del jean.

—Quiero que me la metas —murmura con sus labios sobre los míos y con su mano aprieta mi erección. Me quedo sin aire.

—Sí —es lo único que me sale contestar. Porque para decir «¡La puta madre! ¿por qué estamos en el balcón?» necesito más aliento del que tengo.

Damien

—Perdón. Tenés razón —digo sin muchas esperanzas.

Odio pelear con Alejo. Es lo peor, si tan sólo discutiese... Pero no. Se queda ahí, con los ojos brillantes que me esquivan la mirada, las mejillas coloradas y la boca tan apretada que pide a gritos un beso.

Yo soy temperamental. Intento controlarlo porque me mataría antes de parecerme a mi viejo; Alejo, en cambio, es tranquilo incluso cuando se enoja.

—Ya sé que tengo razón, ese no es el punto. ¿Pedimos papas con cheddar? —pregunta cambiando de tema y yo tengo ganas de zamarrearlo.

No me gustan las papas con cheddar; o, mejor dicho, no me gustan las papas con cheddar de los bares. Son las congeladas y las meten en el microondas para derretir el queso, un asco. Pero a Alejo le encantan; a Alejo le gusta la comida de bar, las porquerías de *McDonnals* y las golosinas; para él, estar acá es toda una salida de fin de semana y yo se la acabo de cagar. Me siento como el culo.

—Si querés... Alejo, está bien ¿ok?

Toma aire y cuando pienso que ya está, que vamos a poder terminar la noche más o menos bien, contesta.

—No, Damien, no está bien. No puedo creer siquiera que lo hayas dicho, ni hablar de pensado ¿qué mierda te pasa?

—Alejo...

—¡Alejo, las pelotas! —baja la voz para que no nos miren pero su tono sigue siendo el de un grito—. Me pediste que te viole.

—Estás exagerando. No te pedí que me violes, sólo digo... No todas las primeras veces tienen que ser geniales...

—Decímelo a mí —replica y ahora pasa de enojado a furioso. Yo me siento aún peor.

—Sabés que no es lo mismo.

—Sabés que no lo voy a hacer y deberías estar de rodillas disculpándote por sólo insinuarlo.

—Me pondría de rodillas, pero haríamos un show y sé cuánto odias los shows —intento bromear y Alejo se gira a llamar a la moza.

—Papas cheddar y... ¿un tostado? —Asiento sin saber qué está pidiendo.

—Ya sé, te cagué la noche...

—Damien, no me cagaste la noche ¿ok? Y no vengas a jugar el papel de arrepentido ahora, porque me importa una mierda. ¿Y sabés por qué me importa una mierda? —me dice y por fin me mira a los ojos. ¡Dios! ¡Cómo lo conozco! Puedo ver el momento exacto en que en su mente me perdona y quiero besarlo. Lo amo tanto que me dan ganas de ponerme a gritar—. Me importa una mierda porque te arrepentís por mí, porque me ofendiste a mí.

—Y sí...

—¡No! Te tenés que arrepentir por no quererte lo suficiente.

Llega la moza con la cerveza y nos quedamos en silencio.

Miro para todos lados menos para mí derecha que es donde Alejo se sienta. Estamos en un bar a pasos

del Club Mitre; no el que está pegado al río, el otro.

Las mesas están todas ocupadas, es que el clima es ideal para tomarse una cerveza acá. Todavía no es completamente de noche, me prendo un pucho y me lo fumo lento.

Noto algunas miradas en nosotros, ya me estoy acostumbrando, pero sigue siendo molesto. No son miradas de desprecio, sino más bien, de curiosidad. Como si fuese de vital importancia para sus insignificantes vidas determinar si Alejo y yo somos sólo amigos sentados muy juntos o novios. Son patéticos.

No quiero volver a mirar a mi novio que está con su vaso de cerveza tan en silencio como yo. No quiero retomar nuestra conversación. No quiero acordarme que no puedo hacer el amor con él.

Después de que se lo pedí en su balcón, lo intentamos un par de veces y no hubo caso. Me pongo tan nervioso y tan tenso que no hay forma de que Alejo entre sin dañarme. Y él no me lo recriminó ni una vez. Terminamos cada noche intentando hacer algo distinto, buscando otra forma de complacernos, pero no la que deberíamos. Así que hoy le dije que lo hagamos, aunque yo no esté listo, que no pasa nada si me duele, estoy seguro de que a muchos les dolió la primera vez. ¿Acaso no les duele a las mujeres también?

Ya se pueden dar una idea de cómo se lo tomó.

—Damien —me llama—. ¿Podés aflojar? Nunca conocí a un tipo que se presione tanto como vos. Puedo entender que lo hagas con la facu, al fin de cuentas estamos acá «festejando» que terminaste un año excelente. Pero no podés ponerte esa misma presión en el sexo, no es una responsabilidad. Y por lo que más quieras, no es un fracaso.

—Alejo, sé que vos lo querés, lo necesitás también. Me lo dijiste antes de que empecemos a salir, te gustan las dos cosas y ahora no lo estás teniendo. Soy tu novio, se supone que te tengo que hacer feliz...

—¿La vas a cortar acá?

Tomo aire y me dan un poco de ganas de llorar.

—Soy feliz con vos —dice y me obliga a mirarlo a los ojos—. Te amo. Y ahora vamos a empezar esta conversación de cero, pero esta vez te vas a ahorrar los comentarios pelotudos así podemos llegar a buen puerto. Porque si vuelvo a escuchar que hacés algo por mí, me levanto y me voy.

—¿Y por quién sino, Alejo? Te amo a vos.

—¡Por vos, Damien! Tenés que hacer las cosas por vos. Si no te sentís cómodo con la idea, no lo hacemos. Punto final.

Es frustrante. En este momento me muero de ganas de hablar con Martina, es la única que me entiende. Y al parecer, yo soy el único que la entiende a ella.

Se me viene a la mente lo que me dijo el otro día, hablando de Ema.

«Llevo tantos años escuchando que soy una decepción, un fracaso, que no tengo nada especial... que cuando viene el chico más hermoso del mundo y me dice “tomá, acá tenés mi corazón” lo primero que pienso es “la voy a cagar, como siempre la cagué, sólo que esta vez importa demasiado”».

Así es como me siento ahora, siento que la estoy cagando y que Alejo se va a ir con alguien que le pueda dar todo lo que merece. Y no, no hablo sólo de sexo; hablo de alguien que lo pueda llevar a su casa, que lo presente a sus amigos y que lo ame sin un solo reparo.

Es que, a ver, no soy tan estúpido como para no darme cuenta qué es lo que me pasa. El problema es que no sé cómo solucionarlo.

Crecí en un mundo homofóbico, una sociedad que oprime a la gente bajo normas estúpidas y no soy inmune. Tener sexo anal es, de alguna manera, el último paso. Una estúpida idea de que no es lo mismo

«comerse un puto» que «ser un puto», que hay gays más gays que otros, que la última escala gay es el pasivo... Así que acá estoy yo, peleando con mis propios prejuicios y mi adoctrinamiento.

Tengo miedo, por supuesto, de que duela y que no me guste; pero, para ser honestos, lo que más miedo me da es lo opuesto. Alejo me dijo una vez que, si me gusta en mi mente, lo más probable es que me guste en mi cuerpo, por lo que mis temores se acercan mucho más a los segundos que a los primeros.

—¿Querés probar con un psicólogo? —me dice en cuanto llega la comida—. A mí me sirvió.

—No sabía que habías ido...

—¿Qué? ¿Pensaste que era una especie de Dios superador de desgracias? No, tuve miedo de hacerlo de nuevo como por un año. Gastón sabía que lo estaba usando, por eso lo quiero tanto. No lo amo, pero lo quiero, se prestó a ayudarme y eso es impagable.

—Ahora está bastante dispuesto a volver a ayudar —digo con humor a pesar de mis celos. Alejo se ríe.

—Sé que no lo ves, pero adora a Johnny. Se podría decir que me dejó por él.

No sé cómo será mi cara de horror en este momento, pero hace reír a Alejo a carcajadas.

—Si voy a un psicólogo, me ata al diván —agrego volviendo al tema.

—Si alguien te ata en posición horizontal, ese soy yo. Nadie te va a atar a ningún lado, yo fui sólo un par de veces para tratar mi miedo puntal, no hice psicoanálisis.

—Sabés que si yo voy es de por vida...

—Damien, si dejases de pensar en mí un puto minuto en tu vida y hablásemos de vos, solo vos... ¿Querés hacerlo? —pregunta.

—Sí.

Me mira con duda.

—Sí, Alejo. Antes..., es decir, antes de nuestra charla en el balcón yo... yo la pasaba bien. Cuando vos lo hacías con los dedos me daban ganas de más, no sé por qué ahora no puedo.

—Ok —es lo único que contesta y puedo ver en su cara que dio por zanjado el asunto—. Me estoy terminando las papas yo solo.

Lo quiero besar. Me acerco un poco y le robo un beso algo salado por la comida y después me acomodo en la silla de lona con su mano bajo la mía.

—A vos solo te gustan. ¿Querés que vayamos al cine? —propongo y busco mi celu para ver que películas están dando.

—Nah —dice y come otra papa.

Sé que quiere ir, amar ir al cine y yo adoro darle todos los gustos. Pero Alejo siempre está pensando en su presupuesto y es demasiado orgulloso para dejar que lo invite. Por eso es que ama estas salidas, la comida de bar y sentarse con una cerveza a mirar el río. Los restaurantes lo hacen cuestionarse el precio del plato, las salidas al cine las mide en materiales de dibujo, hace un sacrificio enorme por estudiar. Un sacrificio que yo daba por sentado hasta que lo conocí.

No somos Ricky Fort en casa, pero sin duda podemos ir al cine, con cena, helado y pochoclos siempre que queramos. Puedo pagar el alquiler en Rosario para mí y sé que mi hermana tendrá su propio departamento cuando venga, más mi casa de Pergamino y un auto para mi mamá y otro para mi papá que cambiamos cada dos años. Vacaciones siempre, una en familia y otra mi mamá y mi papá solos, casi siempre en un *all inclusive*.

Y yo soy uno de los pobretones en mi grupo de amigo. Sebas y sí, Esteban —aunque es difícil de creer—, están forrados. Mariano y Lautaro son como yo.

Ahora no doy por sentada mi suerte, más si tengo en cuenta que en breve voy a tener que renunciar a todo por Alejo. Lo tengo asumido, el día que al fin les diga a mis viejos, chau plata.

—Bueno —decido no insistir—, entonces peli en casa y te juro, voy a cocinar papas con chédar de verdad. Estas son un asco.

Se ríe y se mete otra papa en la boca con placer. Acerca su cara hasta quedar casi nariz con nariz.

—Te amo —me dice y corre la cara antes de que le dé un pico.

Así de embobados nos encuentran mis amigos.

—Damien ¡Qué hacés, boludo! —el que saluda es Esteban. Me da una palmada en la espalda mientras aprieta mi mano como si de una pulseada se tratase.

Esteban es la definición andante de «Hippie con OSDE». Le pegó esa onda el último año de la secundaria, cuando decidió que lo suyo era la antropología. La facultad de humanidades hizo el resto. Ahora lo ves, rapado, con un mechón más largo que es probable sea una rasta en cuanto termine de crecer, jean roto por el uso no por un diseñador, remera vieja y una bici cara que pintó a mano con aerosol, y te cuesta creer que es el mismo flaco que su mamá peinaba con raya al costado. Aunque le arrancó la etiqueta a la ropa, se nota que *levis* es lo más barato que lleva puesto. No lo critico, no es su culpa que sus viejos naden en guita; son buenos tipos y están convencidos de que esto es «una etapa» que su hijo tiene que explorar, así que lo dejan. La única vez que casi lo matan, fue cuando decidió no alimentar a las empresas de transporte y viajó a dedo.

—Acá ando, último parcial rendido. Alejo —digo presentándolo. Lautaro, el único de ellos que fue al indu conmigo, lo reconoce. Esteban y Sebas fueron a Maristas, así que lo miran con curiosidad.

—Esteban —se presenta. Los otros dos se quedan como si fuesen estatuas.

—¿Sumamos una mesa? —pregunta Alejo y mira alrededor a ver si hay algo libre.

—Dale —contesta el único de mis amigos que recuerda cómo hablar. Se gira para preguntar a los de al lado si están usando una silla que parece libre.

—Íbamos a ir al otro —dice Lautaro y me mira como si me hubiese salido un tercer ojo o algo así.

—Es lo mismo...—agrega Esteban. Sebas sigue mudo, pero al que mira es a Alejo. Bueno, más que a Alejo, a su mano que está entrelazada con la mía.

—No. vamos al otro —insiste Lautaro y veo como Alejo se encoje de hombros tan a su manera. Empiezo a reemplazar mi incomodidad por enojo. Alejo se da cuenta y me da un apretón en la mano para calmarme.

—Ok. Aunque primero podés saludar ¿no? Alejo, ellos son Lautaro y Sebas, iban conmigo a rugby. Esteban ya se presentó —digo con intención, remarcando que es el único educado del grupo.

—Un gusto —extiende la mano y Lautaro no reacciona; Sebas se la estrecha, aunque sigue medio en shock.

—Él es Alejo, mi novio —remato y los miro de manera desafiante.

Sebas clava su vista en mí y asiente sin voz. Después parece buscar una salida de emergencia, como si en lugar de estar al aire libre, estuviésemos encerrados en medio de un incendio.

—Eh —dice y se pasa la mano por el pelo, nervioso—. Bueno... capaz, una mesa... o no —mira a mis otros dos amigos buscando una respuesta.

—¿Estudias industrial? —pregunta Esteban a Alejo con total naturalidad.

—Vamos —interrumpe Lautaro.

—No. Diseño digital. —Escucho la respuesta.

—Interesante, la gente piensa que el contenido digital solo puede ser usado por corporaciones...

—empieza su *speech* anti-imperialista y yo, por primera vez en la vida, se lo agradezco.

—Terminala, Esteban. Vamos al bar que dijimos —corta Lautaro y fulmina con la mirada a Alejo.

Sebas murmura un «ok». No sé si está de acuerdo o agradece que alguien decida por él.

—Bueno. Un gusto, che —le dice Esteban a Alejo y lo saluda con un apretón de mano —. Nos vemos

—. Y empieza a arrastrar su bici.

Sebas saluda en silencio y cuando se va, sigue volviendo la mirada, incrédulo. Lautaro no saluda ni mira.

Siento la mano de Alejo en mi cara.

—¿Estás bien?

Asiento en silencio. No sé si estoy bien. Por idiota que parezca, pensé que el resto de mis amigos

—sobre todo Sebas con quien siempre fui más cercano—, se lo iban a tomar como Esteban y Tamara.

Lautaro se puede ir a la mierda. Sebas, en cambio... Tengo que hablar con él.

—Vamos —propone Alejo.

—No —contradigo a pesar de que sí quiero irme—. Hace un montón que no salimos por mis parciales.

Alejo llama a la moza y le pide la cuenta.

—Te cagué la noche —digo molesto. Primero discutimos, después mis amigos. ¡La puta madre!

—Te amo.

Lo beso con ganas y que se caguen los curiosos.

—Yo también te amo.

Pago y no le dejo darme la mitad. No pienso dejar que ponga un mango en esta noche de mierda.

Alejo

Es la primera vez en mi vida que digo no al sexo.

No es porque no tenga ganas; todo lo contrario. Estoy sentado, con una media erección escondida bajo la mesa, tomando tereré y rogando que Damien no lo note.

Elegí la peor noche para resistirme. Es una típica noche rosarina de finales de noviembre, se espera una tormenta para las próximas horas y el *split* de Damien no da abasto para enfriar los cuarenta metros cuadrados de su departamento.

Dejé la luz apagada para no atraer mosquitos, aunque empiezo a creer que ni los mosquitos se atreverían a zumbar con este calor. La luz de la calle y el resplandor de mi monitor son lo único que alumbraba el lugar. Así y todo, puedo ver el brillo perlado de la piel transpirada de Damien mientras intenta dormir.

Está bocabajo, con tan solo un bóxer corto, ajustado y blanco. El pelo húmedo por la ducha y las sábanas enredadas entre los pies.

Debería estar durmiendo como un tronco. Se levantó a las siete, como siempre, fue al gim, al súper, me acompañó a imprimir unas cosas para la facu, cocinó mientras yo hacía un trabajo con Camila y, por el estado de su departamento, diría que lo limpió a fondo. Sin embargo, cada pocos minutos abre sus ojos y me busca con la mirada soñolienta; siento el momento exacto en que respira aliviado al verme y vuelve a intentar dormir.

Me duele el pecho como si me lo hubiesen pateado. Damien piensa que lo voy a dejar.

No lo voy a hacer, por supuesto que no. Eso es imposible, como vivir sin respirar o algo por el estilo, pero me niego a seguir como la última semana.

Como las últimas dos noches.

Desde nuestra discusión, las cosas empeoraron en lugar de mejorar. Creí que había sido claro que lo amaba y que no necesito más nada que a él. ¡Qué carajo me importa si no lo hacemos! ¿Cómo puedo hacérselo entender? Lo necesito a él, no tener sexo. Y lo peor es que sí tenemos sexo, el mejor que jamás tuve en mi vida...

¡Dios! Si de sólo acordarme de anoche... y anteanoche...

Por eso es que hoy tengo que mantenerme firme y pensar el algo horrible para no saltar en su cama y hacer el amor. O, mejor dicho, dejar que él me haga el amor. Porque lo hace todo él.

Me debato entre besarlo y pegarle. ¿Puedo hacer ambas cosas?

La noche de nuestra salida, intenté no darle importancia. Llegamos a su depto casi sin aliento, me arrancó la ropa —literal, tuve que coser mi remera—, y me besó en cada rincón de mi cuerpo. Me apoyó sobre la mesada y usó su fuerza para impedir que me gire mientras con su lengua me abría y dilataba hasta hacerme rogar por más. Me dio más; me giró y me dio el mejor sexo oral de mi vida. Sabe cuánto me gusta su boca, con sus labios llenos y su lengua hecha para dar placer. Siguió hasta que perdí la razón y sólo podía pensar en tener un orgasmo, entonces me alzó tomándome por el culo, como si no pesase mis buenos setenta y varios kilos y me llevó a la cama, donde al fin me hizo acabar en su boca.

Quedé exhausto, sin aliento y sin una gota de fuerza. Dejé todo en ese devastador orgasmo. Entonces, me besó, y mientras lo hacía, llevó su propia mano a su erección y se dio placer solo. Le rogué que me espere, que me deje hacerlo; no me hizo caso.

Intenté no enojarme. Tuvo una mala noche, estaba nervioso, estresado. Sé que le asusta el fin de año, y

no por los finales como a cualquier mortal, sino porque tiene que volver a Pergamino. Se nos termina el tiempo en nuestra burbuja feliz; la aparición de sus amigos sólo ayudó a recordarnos lo inminente del problema.

Pero anoche hizo lo mismo. Les juro que intenté resistirme, en serio. Fue peor, es decir, mejor. Uf, que quilombo es mi cabeza. Es que no quiero que piensen que no me gusta, es imposible que no me guste. Sus besos son adictivos, peor que los *luky*; sus manos grandes y algo ásperas contra mi piel son mi perdición. Pero nada, nada, se compara con su voz.

Cuando casi logro hacerlo desistir, dejarme ser el primero en complacerlo para que no repita lo de la noche anterior, empezó a murmurar en mi oído lo mucho que me ama, lo mucho que le gusto, las cosas que le hago sentir, lo feliz que es desde que está conmigo; todo eso entre palabras bastante más fuertes que me hicieron perder la cordura. Tuve otro orgasmo feroz y otra vez acabó con su propia mano.

No me quedó más remedio que no dejarlo empezar esta vez. Antes del primer beso, una mentira. La primera mentira que le digo desde que salimos: «No tengo ganas».

Damien piensa que lo voy a dejar. Yo pienso en cómo hacer para que deje de castigarse.

Entiendo lo que está haciendo, me está compensando por no darme lo que cree que yo necesito. Siente que no tiene ningún derecho a recibir placer de mi parte porque él no me está dando placer. ¿Ven? Hay veces que dan ganas de zamarrearlo para acomodarle las ideas.

—Alejo —me llama y lo miro. Está dormido, me llama en sueños y siento un nudo en la garganta.

Me acerco a la cama y me aguanto mi calentura. Lo abrazo hasta que vuelve a relajarse.

—No te voy a dejar, boludo —murmuro a un Damien inconsciente.

El tan temido apagón de electricidad llega. Desenchufo mi compu y la apago para ahorrar algo de batería. Me aseguro que haya agua por si la luz tarda mucho en volver y la bomba no llega a funcionar a tiempo para llenar el tanque y dejo las ventanas cerradas para conservar el poco frescor que dejó el aire acondicionado.

Por lo menos tiene aire, en casa tiramos con un ventilador.

Sin nada que hacer, mi mente vuelve al problema que tengo delante.

Tengo que hacer que Damien vuelva a ser el de antes, el que disfruta del sexo y no el que lo hace para complacerme por miedo a que lo deje por otro. Ja, como si existiese otro para mí.

Se me ocurre una idea. Si él puede hacer que yo pierda la cabeza, que le diga sí inclusive cuando racionalmente sé que debo decir que no, entonces yo también debo poder ¿no?

¿Puedo volverlo loco al punto que no pueda resistirse, que baje sus defensas consientes e inconscientes y me deje darle placer de nuevo, sin culpa?

Con esa idea en la cabeza, vuelvo a la cama junto a Damien e intento dormir.

Juro que el verano que viene me mudo a la Antártida. Si así es noviembre, en enero morimos.

La lluvia nos despierta a eso de las seis. Damien se levanta y abre las ventanas. Es que el aire dejó de funcionar hace horas y el calor del cemento de la ciudad se coló por los vidrios cerrados hasta convertir el departamento en un horno.

El agua se filtra apenas, llueve del sur y su departamento da al este. Me levanto a respirar, las sábanas se dibujaron en mi piel y en la de Damien. Lo abrazo en silencio mientras miramos los demás balcones, poco a poco se ve movimiento. Alguien que entra un tender, otro que se asoma sólo para ver caer el agua, algún ingenuo que espera que la lluvia traiga la luz consigo...

—Te amo —le digo.

—Yo también. —No me mira, creo que está por llorar.

No se le pasaron sus inseguridades con el noviazgo como creyó que pasaría.

—Vamos a la cama a dormir un poco más.

—Ya me despabilé.

—Apenas dormiste, Damien. Te vi despertarte cada cinco minutos, tenés los ojos rojos...

—No voy a poder dormir, sólo te voy a molestar.

Ahí vamos de nuevo. Todo es sobre mí, lo mejor para mí, lo más cómodo para mí.

No me voy a enojar. Tengo un plan...

—Ok. Te amo, yo voy a la cama.

Duermo un par de horas más, pero estoy demasiado ansioso.

La lluvia no trajo frío, sólo levantó un horrible vapor.

—Buen día —lo saludo con una sonrisa, el me besa y casi me hace olvidar de que tengo que aguantar un poquito más —. Hoy tengo que ir a casa de Cami y de ahí a la facu a entregar el trabajo. Ya el último, ¡no lo puedo creer! ¿vos?

—Yo sí lo puedo creer —bromea—. Yo tengo que ir a buscar las notas, nada más. Si promociono, me queda un solo final para diciembre.

Otro daría saltos por la alegría; Damien, en cambio, piensa que se le terminaron las excusas para quedarse en Rosario.

—¿Mate? ¿Tereré?

—Mate, el mate se toma hasta con cuarenta grados —me pincha.

Desayunamos cada uno de su lado de la mesa ¡Qué difícil es resistir!

—Me tengo que ir —digo y me visto rápido.

—¿Ya?

«No».

—Sí. Tengo que llevar el trabajo a lo de Cami para que lo revise —miento. Ya le mandé fotos y además ella confía en mí cuando le digo que quedó bien.

—Ok...

Lo interrumpo. Ya vestido y con mi mochila cerrada, me acerco a besarlo. Lo arrincono contra la entrada y le paso la lengua por la boca.

—Mmm —digo antes de morder el labio de abajo.

Damien está con su bóxer blanco; yo, completamente vestido.

Lamo su pecho, sus tetillas, lo muerdo un poco y sigo bajando. Me meto su erección en la boca con tela y todo, luego bajo sus calzoncillos y lo hago sin nada de por medio.

Cuando empieza a tirar de mí desesperado, paro.

—Se me hace tarde —le sonrío y le subo el bóxer.

—¿Me estás jodiendo? —reclama molesto y excitado.

—Nop. Te dije que estaba a las apuradas...

—¿Por qué empezaste...? —se queja sin enojo. Está frustrado y me mira con esos ojitos hermosos que me piden por favor.

—Porque pienso terminarlo. Esta noche.

Abro la puerta y como está semidesnudo no puede seguirme. Desde el ascensor le grito:

—No hagas planes...

¿Me acaba de putear?

Me río por lo bajo.

El espejo del ascensor me devuelve mi propio reflejo. Yo también estoy caliente, no se crean que puedo hacer eso y mantenerme inmune. Pero nunca pongan en tela de juicio mi determinación.

—¿Qué hacés tan temprano? — dice Cami cuando me ve.

—Te vengo a dejar el trabajo.

—Pensé que lo llevabas directo a la facu...

—Tengo que hacer algo antes. ¿No te jode? Nos vemos allá.

—No, mirá si me va a joder, boludo. ¿Unos mates?

—Dale.

Me quedo con Cami que me hace el aguante así no vuelvo a casa al pedo. Un rato antes de ir a la facu, me despido y le recuerdo que nos vemos allá.

Me voy al *sex shop* de mi «amiga». Me reconoce y nos ponemos a hablar un rato.

—Definitivamente funcionó el de frutilla —me río mientras miro los sabores que tiene.

—Me alegro —bromea. Tiene una voz muy sensual, creo que es una buena movida de *marketing* tener una empleada que hable así —. ¿Qué buscás ahora?

—La verdad, te tengo que pedir un favor... ¿puedo sacar una foto?

Se ríe.

—¿*Sexting*?

—Sí.

—No hay drama —me guiña el ojo—, esperemos a que salga el cliente para no ponerlo incómodo.

—Dale. Gracias, te debo una.

Mientras el cliente compra y pregunta, yo miro los lubricantes y elijo el de *lemon pie*. El cliente me mira el culo en clara invitación. Niego con la cabeza y no puedo evitar sonreír.

—Una pena —me dice junto a la vendedora y creo que me pongo colorado.

—¿Probaste éste? —me pregunta la vendedora cuando quedamos solos y me pasa un envase—. Está hecho especialmente para sexo anal.

Lo miro y leo la especificación, la fórmula lleva un extracto natural de nosequé que es analgésico y relajante. Lo separo por las dudas, no me hago ilusiones con usarlo esta noche, pero quién sabe, quizá más adelante...

Mi intención no es presionarlo para que tengamos sexo anal, sino todo lo contrario. Quiero que se calme y disfrute de nuevo.

Agarro mi celu y busco entre los juguetes uno que me llame la atención. Hay un dilatador de lo más interesante, con forma de gusanito, las bolitas se van achicando hacia la punta.

—Viene con vibrador también —me señala la vendedora y lo veo más arriba. Le saco una foto.

—Gracias.

Yo: *Espero nadie vea esto.*

Yo: *(foto)*

Yo: *Vos, yo, el gusanito... pensalo.*

Yo: *Yo lo estoy haciendo. Vibra ¿sabías? Mmm. Como se sentirá esto dentro mío mientras vos me la chupas?*

Yo: *Se me paró...*

—Me llevo los dos lubricantes —le digo a la chica y pago. En la puerta siento vibrar mi celular y sonrío.

Damien: *Alejo la puerta madre! Estoy en la factura!*

No puedo contener mi carcajada.

Damien: *facultad. Corrector puro!*

Damien: *PUTO!*

Yo: *sí, Damien, creo que ya ambos sabemos que soy puto. Hoy más que nunca.*

Damien: *Me la voy a cobrar, pendejo...*

Yo: *Es la idea (emotición de beso).*

Me voy a la facu con una sonrisa en los labios. Aprobamos.

Camino a casa escucho los audios que me mandó Damien, no le contesto a ninguno. Me pregunta cuándo voy a su casa, si planeo comer y dormir con él, también me putea bastante.

Dejo las cosas de la facu en casa y busco ropa limpia, Ema me mira extrañado. Se nota que planeo algo, debo tener un brillo de maldad en la mirada.

—¿Me tengo que preocupar? —me pregunta.

—No —río—. Hoy no vuelvo a dormir.

—¡Qué sorpresa! —bromea—. Si por esas razones tenés que pasar, avisá. La invité a Martina a ver una peli.

—Ok. Vos tranqui, no creo que eso pase. Deseame suerte...

—¿Por?

—No querés saber —lo cargo y él se ríe.

—Divertite —me grita cuando voy saliendo.

Llego a casa de Damien y no está. Genial, mejor imposible. Me desvisto y lo llamo.

—Hola.

—Hola ¿Dónde estás? —dejo que mi voz transmita mi excitación. Damien lo nota y lo siento gruñir al otro lado.

—*En el súper, comprando la cena... Alejo ¡La puta madre! Me estás volviendo loco.*

—Y vos a mí.

—¿Dónde estás? —pregunta ansioso.

—En tu casa, en tu baño...

—*Alejo...* —advierde con la voz ronca.

—No creo que pueda esperarte...

—*¡Si te tocás, te mato!* —murmura para que la gente a su alrededor no lo escuche, pero suena muy,

muy frustrado.

—Apurate entonces... no sé cuánto voy a poder aguantar —le pido con un hilo de voz.

No estoy fingiendo del todo. Estoy más que duro, de hecho, en mi bóxer se ve la aureola que dejó mi preseminal.

Me sorprendo al sentir la llave en la puerta. Eso fue rápido.

—¡Alejo! —me grita y yo me río. Mi risa lo trae hasta el baño.

—¿Me extrañaste?

Intenta besarme con toda el hambre que lleva acumulado en el día. No lo dejo y empiezo a desvestirlo.

—Alejo, por favor —ruega—. Te juro que ya me duele.

A mí también, pero no por eso voy a desistir. Está aún más desesperado de lo que pensé que estaría, eso es bueno.

Lo beso, mordisqueando y lamiendo su boca. Lo giro contra la bacha del baño y le bajo los pantalones y el bóxer antes de apoyarlo por detrás y dedicarme a su lóbulo y su cuello con mi boca, mientras mi pene se acomoda entre sus nalgas todo a lo largo.

Me froto como he hecho tantas veces en el pasado, antes de que las absurdas ideas de Damien se interpongan entre nosotros. Sé que le gusta, lo siento moverse contra mí.

Se saca las zapatillas sin desatarlas, cada pie ayudándose con el otro y luego sale del bollo de ropa que quedó entorno a sus tobillos.

Tomo su pene desde atrás y lo masturbo. Puedo ver su expresión de placer a través del espejo, él también puede ver la mía.

—¿Te gusta el *lemon pie*? —le pregunto al oído.

—¿Qué? —su voz suena como un gemido y yo me apoyo con más fuerza.

¡Eso sí es un gemido!

—Compré sabor *lemon pie*. Capaz preferís dejarlo de postre... Podríamos parar para cenar y seguir después.

Le muestro el frasco de lubricante que dejé en el mármol de su baño.

—No puedo esperar... Alejo... Creo que voy a acabar ya.

—No, no todavía —le digo y tiro de él hasta llevarlo a la cama.

Cae rendido y yo me acuesto sobre él para besarlo. No hay un rincón de su cuerpo que no reciba mis besos. Me encanta su piel, es de un tono dorado tan claro... me pregunto cómo se verá bronceado por el sol. Paso lo lengua, su sabor, tan propio de él, ahora se intensifica por el gusto salado de su sudor.

No aguanto mis ganas de meterme su pene en la boca. Delicioso. Lo chupo y lamo con tanta ansia que hago que se estremezca.

—Alejo —suplica. Damien emite unos sonidos de lo más seductores. Me hace sonreír con placer. Yo no soy de los ruidosos en la cama, él sí. Y hoy no puede controlarse.

Saboreo mi victoria que tiene gusto a Damien.

—Date vuelta —le ordeno y obedece.

Se agarra del cabezal de la cama y queda en cuatro ante mí. Me quito los anteojos y los tiro con algo de descuido sobre la silla más cercana antes de bajar mi boca.

Lo abro con mis manos y con mi lengua empiezo a lamer entre sus glúteos; desde sus testículos hasta

arriba de su ano, una y otra vez. Luego me centro en la entrada a su cuerpo y lo acaricio.

Espero el momento exacto en que se cierra, en que los nervios, el miedo y la tensión le ganan al placer. No llega. En cambio, lo siento emitir un quejido cuando mi dedo se abre camino en su ano, abriéndolo sin dificultad.

Esta vez el que gime soy yo. Reemplazo el dedo por mi lengua, haciendo que mis besos provoquen la lubricación necesaria y vuelvo a introducirme. Damien sale al encuentro de mi mano de manera instintiva.

—Sí, mi amor —es lo único que puedo decir antes de hundir mi cara entre sus glúteos con desesperación.

Casi al borde del descontrol, encuentro la fuerza necesaria para buscar mi mochila. Saco el lubricante para sexo anal, el de *lemon pie* quedará reservado para otra ocasión.

—Damien —lo llamo con mi voz ronca—. Decí basta cuando lo necesites.

Se muerde el labio y asiente con la cabeza.

¡Dios! ¿Cómo voy a hacer para que esto dure? Creo que voy a acabar sin siquiera tocarme una vez.

Me quito el bóxer y lo tiro junto a mis lentes. Vuelvo a ocupar mi lugar tras Damien y abro el envase. Unto mis dedos con lubricante y meto primero uno.

Se desliza con facilidad dentro de su cuerpo. Intento con otro, la resistencia inicial remite enseguida.

—Alejo —murmura con placer.

Largo el aire y paso la mano libre por entre sus piernas para tocar su pene. Vuelve a decir mi nombre. Paso mi cabeza por entre sus piernas ahora, para poder llevarme su erección a mi boca y chuparlo.

Mis dedos siguen moviéndose, dentro y fuera de su cuerpo, al ritmo que mi boca lo toma tan hondo como puede.

—Alejo, por favor...

—No. Un poco más mi amor, un poco más —sueno tan desesperado como él.

Vuelvo a arrodillarme tras él y derramo más lubricante entre mis dedos. Introduzco uno más y Damien grita de placer.

—¿Te gusta? —pregunto con seductora malicia— ¿Más?

No espero respuesta, por eso me sorprende cuando lo escucho decir.

—Más. Todo... Alejo, mi amor...

Damien

No puedo creer que me haya negado esto por tanto tiempo. El placer que siento es indescriptible.

Estoy tan duro que sé que si me rozo apenas, voy a acabar. Siento los dedos de Alejo dentro mío, tres dedos, moviéndose y volviéndome loco. Y, aun así, aunque esto sea lo más placentero que jamás sentí en mi vida, quiero más.

Quiero que Alejo me la meta. Y lo quiero ya.

Cuando sus dedos abandonan mi cuerpo, protesto. Pronto los reemplaza por la punta de su pene y mis quejas pasan a ser sonoros gemidos.

Resulta que soy un gritón en la cama. ¿Quién lo diría? No importa, no puedo sentir vergüenza en este momento; no puedo sentir nada que no sea el más intenso placer.

—Bajá —me pide y siento el aliento de Alejo en mi nuca—. Metétela tan hondo como puedas, Damien.

Le hago caso y empiezo a deslizarme en torno a su pene. Es grande y está duro, me excita pensar en su tamaño casi tanto como me asusta.

No siento dolor los primeros centímetros. Siento el momento en que atraviesa lo que parece ser un anillo dentro mío y ahí me detengo.

—No puedo más —me muerdo por el placer y la frustración.

Alejo me lame la espalda y me contorsiono. Al hacerlo, siento como aprieto su erección con los músculos de mi ano.

—Así está bien, está perfecto —su voz me acaricia el oído y luego remarca sus palabras mordiéndome el lóbulo de la oreja.

Pasa su mano al frente de mi cuerpo para tomar mi pene y me masturba. Lo hace lento, con movimientos cortos en lugar de los largos y duros que me llevan al orgasmo.

—Alejo...—le suplico. Alejo, Alejo, Alejo... es lo único que hay en mi mente, en mi corazón y es lo único que me sale decir.

«Te amo». Si tuviese fuerzas en este momento para hacer otra cosa además de sentir, lo gritaría con la misma fuerza con la que estoy gritando su nombre.

Me muevo contra su mano, buscando la liberación que se niega a darme. Al hacerlo, me muevo también contra su pene, hasta apenas dejar la punta dentro y luego bajo abarcando tanto como puedo.

Cada vez lo los movimientos se hacen más profundos, cada vez voy más lejos, cada vez lo siento más hondo.

—¡Damien! —lo escucho gritar mi nombre cuando al fin lo tomo por completo.

—Sí, sí.

Sigo moviéndome, ahora con desesperación.

No sentí dolor ni una sola vez. La sensación es extraña y por un momento incomoda, pero a medida que los embisten continúan pasa a ser sensacional.

Siento una corriente devastadora cada vez que Alejo acaricia mi punto G con su pene. ¿Se puede acabar sólo así? No lo sé, aunque supongo que sí. Creo que si hace eso el tiempo suficiente podría llegar al orgasmo. Quizá lo intente, otro día, porque hoy estoy al límite.

—Alejo, necesito...

—¿Qué, mi amor, qué necesitas?

—Verte, quiero verte cuando me la metes. Quiero ver tu cara cuando acabás.

La velocidad con la que se gira me hace reír. Mi risa queda atorada en mi garganta cuando lo miro a los ojos.

Es hermoso ¡Dios! Si tan sólo lo pudiesen ver ahora, me odiarían por la envidia. Sus ojos azules se ven enormes y las pupilas dilatadas hacen que su tono parezca aún más intenso de lo habitual —y eso es mucho decir—; su piel brilla por la transpiración y sus músculos se dibujan por la tensión de un inminente orgasmo; su boca, esa boca que puede provocar el más intenso placer ya sea con un beso o con una sonrisa, está entreabierta para ayudarlo a respirar.

—¿Cómo? —pregunto.

No contesta, me arrastra a la mesa y tira mis apuntes al piso. Hace que me acueste y por un momento, temo que no soporte mi peso. Mis pensamientos me abandonan en cuanto Alejo acomoda mis piernas sobre sus hombros y me embiste. Corremos la mesa un par de centímetros y los dos reímos de manera entrecortada.

Después ya no podemos hacer más que gemir, gruñir y suplicar.

Saca su pene sólo una vez por completo, para agacharse y tomar el mío en su boca. Lo hace con desesperación en lugar de técnica y a mí me gusta mil veces más.

—Tocate, Damien. Por favor, mi amor, tocate para mí.

Llevo mi mano a mi pene y comienzo a masturbarme mientras Alejo sigue moviéndose dentro mío. Cada tanto, alterna los embistes con movimientos circulares. Hasta que ya no puede aguantar más.

Une su mano a la mía sobre mi erección y comienza a moverla al mismo ritmo que se mueve en mi interior. Cuando los movimientos se vuelven erráticos, siento que de mi garganta salen sonidos entrecortados y desesperados.

—Alejo, Alejo...

—Sí. ¡Ya!

Como si de una orden se tratase, el orgasmo arremete contra mí. El placer es más intenso que nunca; cada corriente que me atraviesa, aprieta mi ano entorno al pene de Alejo y sale disparado por el mío en forma de semen. Las penetraciones se vuelven irregulares y arrítmicas y tocan el punto sensible de mi interior prolongando mi eyaculación.

Abro los ojos en el momento exacto en que Alejo acaba.

Lo veo cerrar sus ojos y tirar la cabeza hacia atrás mientras su boca deja escapar un ronco «oh». Yo, en cambio, estoy seguro de haber gritado cuando llegué.

Sus músculos se tensan y sus manos agarran mis caderas con tanta fuerza que hace daño. No me quejo, ese dejo de dolor intensifica mi placer.

El último embiste vuelve a empujar la mesa; esta vez no reímos, no tenemos fuerzas.

—Alejo —lo llamo cuando termina. Abre sus ojos azules y los clava en mí. Si no fuese porque sentí su fuerte orgasmo derramarse dentro mío, pensaría que aún está caliente.

Larga el aire, puedo ver su pecho moverse cuando sale de dentro mío. Una cosquilla casi dolorosa me recorre cuando abandona mi cuerpo. Intento sentarme y me detiene.

Deja mis piernas flexionadas, con los talones sobre la mesa y se inclina sobre mí. Mirándome a los

ojos todo el tiempo, baja su cabeza hasta posar la boca sobre mi ombligo. La humedad de su lengua se une con la de mi semen y siento como lo lame. Traza todo el sendero, juntando hasta la última gota de mi eyaculación con su lengua y sigue más y más.

La expresión en su rostro cuando llega a mi cara hace que me estremezca. Entonces, me besa; lame mi boca y luego traga antes de morderme.

Si mi orgasmo no hubiese tenido la fuerza del *Katrina*, estaría duro de nuevo.

¿Estoy vivo? ¿respiro?

Sí. Creo que sí.

Alejo me ayuda a bajar de la mesa y siento que cruje.

—No va a soportar otra sesión —digo en broma.

—En este momento, creo que yo tampoco.

Lo beso cuando estoy de pie; mis piernas son gelatina y me parece que las de Alejo también.

—¿Te gustó? —me pregunta.

Lo miro como si le hubiese salido un grano en la cara. Estoy esperando el tono de autosuficiencia en lugar del de duda.

—Pensé que con los sonidos que hice había quedado claro.

—Sos un gritón —me sonrío y vuelve a besar.

—Se ve que sí, estoy tan sorprendido como vos.

—Me gusta, aunque quizás, la próxima vez que vaya al *sex shop* tenga que comprar una de esas bolas rojas. Por si acaso los vecinos se quejan.

—Tampoco soy tan jetón —me río—. Si los vecinos se quejan, será por tu manía de romper mis muebles.

—No es mi culpa que estés gordo —me pincha.

—Para mi sorpresa, no peso mucho más que vos. ¿Tenés los huesos de *Wolverine* o algo así? —lo levanto por debajo de las costillas y le beso— Ahora, vos y tus poses raras, van a limpiar la mesa que tenemos que cenar.

—¿Ahora te da asco? No te vi quejándote —dice y me lame la boca. Recuerdo su beso blanco y siento que puedo ponerme duro de nuevo.

—Limpiá —le tiro el trapo que le cae en la cara y me río.

Lo veo buscar su bóxer y no lo encuentra, no se acuerda dónde se lo sacó. Lo tiró cerca de los lentes, pero se ve que entre tanta ida y venida fue a parar bajo la cama. No pienso decirle.

—Quedate así.

—O puedo ponerme el tuyo —bromea y me muestra mi calzoncillo que había quedado en el baño.

—Sí —contesta el depravado posesivo que vive en mí. Me seduce la idea de que use mi ropa, es algo primitivo. Busco uno sin usar y se lo alcanzo mientras yo me pongo el mío—. Ahora no hay excusas. Limpiá la mesa y levantá mis apuntes.

—Sos un tirano, ni el buen sexo te ablanda.

—¿Ablandar, Alejo? —le digo y lo traigo hacía mí para que sienta mi renovada erección. Lo dejo ir cuando su panza gruñe de hambre.

—¿Qué cenamos?

—Qué se yo, sí ni sé lo que compré, Alejo. No podía pensar en el súper, metí cualquier cosa y me vine.

Se ríe mientras revisa las bolsas.

—Panchos —vuelve a reír y muestra el contenido.

—Creo que planeaba hacer papas chédar, así de concentrado estaba —me quejo y Alejo me abraza.

—Te amo —me dice al oído mientras pongo el agua a hervir—. Te amo y si otra vez se te pasa por ese cerebro con inteligencia selectiva que Dios te dio, que te voy a dejar, te voy a coger hasta que no puedas caminar. ¿Entendiste? —No contesto y me muerde el cuello—. ¿Entendiste?

—Sí —digo con voz ahogada y como respuesta me lame donde mordió.

—Buen chico. —Me da un chirlo y no puedo evitar largar una carcajada cargada de diversión y felicidad.

Damien

Vuelvo a mirar el *WhatsApp*, nada.

Silencio absoluto desde hace dos días. La razón es obvia, alguien le contó a Mariano.

Apuesto mis huevos a que fue Lautaro.

Yo: Mariano, supongo que ya sabés... hablamos? Te llamo? Avisame cuando estés.

Nunca llega una respuesta. Puedo ver las dos tildes azules, inclusive puedo ver que estuvo online hasta hace poco; nunca respondió.

Mariano y Sebastián son mis mejores amigos. Los conozco de toda la vida, o casi. Íbamos a Rugby juntos y con Mariano fuimos a la secundaria a la misma escuela. Compartíamos banco cuando no eran los individuales.

Sebas fue siempre con el que tuve mejor onda, pero iba a Maristas, así que tenía su propio grupo de la escuela en el que estaba Esteban. De esa mezcolanza de juntadas y partidos surgió el grupo *Los pumas (o casi)*. Un grupo que ahora está en completo silencio.

Yo: Sebas?

Sebas: Damien?

Por lo menos contesta.

Yo: podemos hablar?

Sebas: eso espero...

Dudo un momento y luego llamo.

—Hola —mi voz suena nerviosa.

—Hola. Pah, ¿en serio? Damien ¿qué mierda te pasa? No lo puedo creer. No. Estoy esperando que me digas que es una joda.

—Sebas, no es una joda...

—Encima ahora tengo al pelotudo de Esteban diciéndome que lo dijiste en mi cumple y que si no lo quisimos ver es nuestra culpa ¿es mi culpa? —pregunta.

—No, boludo. Me di cuenta que pensaron que lo decía en joda, no me pareció el lugar...

—Y mi hermano... mi hermano está hace dos días rompiendo las pelotas con que él lo sabía. ¿Cómo lo va a saber? Yo soy tu amigo y no lo sabía. Damien ¡la puta madre! ¿desde cuándo sos puto?

—Yo no lo sabía... —intento hablar, pero Sebas está sacado.

—Mi hermano —Escucho la risa de fondo— dice que era obvio ¿obvio? ¿era obvio? «no se comió ningún bagarto, nunca», esa es su explicación. ¿Comerse bagartos es de héteros? —no me lo pregunta a mí, sino a su hermano que parece estar cerca de él—. «Todos tenemos un muerto en el ropero, porque es lo que hacemos con tal de ponerla». Pero, boludo, vos eras mi ídolo. ¿Cómo voy a pensar que no comerte una fea era de puto? Para mí eras un groso.

—Sebas, vamos a calmarnos —intento.

—Salías con Tamara. ¡Te vi con Tamara en mi cumple!

—No estaba con Tamara en tu cumple, le estaba dando celos a Rita porque la gorreó...

—¡¿Qué?! ¿Tamara es cornuda? ¿y vos puto? ¿Qué falta? ¿la Xipolitakis premio nobel? Sí,

boludo—escucho que le dice al hermano—, Tamara está soltera. Este pelotudo me va a volver loco, creo que lo voy a cagar a trompadas.

—¿Se lo dijeron a Mariano?

—Lautaro...

¿Vieron? Eunuco no voy a ser.

—No me contesta...

—Damien... *¿podemos hablar que no sea por teléfono? Si mi hermano vuelve a decir que sabía que eras gay lo voy a matar. En serio. ¡En serio!* —La última advertencia es para su hermano.

—Sí. ¿Querés que vaya? —propongo.

—No. Voy yo. *¿Te jode si voy con Esteban?*

—No ¿por? Esteban parece no tener mucho problema...

—*Por eso, este... eh... bueno, se podría decir que es el único. Damien, la puta madre, boludo... no sé qué decirte.*

—Vení con Esteban —le digo y empiezo a sentirme fatal.

—¿Hoy? ¿Ahora podés?

—Sí.

Voy al súper a comprar unas cervezas por las dudas, no sé qué ambiente va a generar la charla; lo hago más por no quedarme en casa mirando el techo y esperando a que lleguen, que por querer tomar algo. Los encuentro abajo cuando vuelvo con las bolsas.

Me saludan bien; esta vez, Sebas no se paraliza. Esteban pasa con la bici y hacemos malabares para meterla en el ascensor.

—Esperen. —Escucho la voz de mi vecina, Daiana dijo Alejo que se llamaba —. Ah, no. No entramos, vayan ustedes.

—Sí, sí entramos —contesta Esteban y acomoda la bici—. Somos todos flacos.

Daiana sonrío y se mete en el ascensor. Son pocos pisos hasta su departamento.

—Damien —dice cuando llega a su piso—, ¿le decís a Alejo que al final lo hago el finde? La vieja del séptimo se quejó en la administración de que usamos el SUM los días de semana... Si se quedan y están al pedo, pasen.

Los mira a mis amigos de manera evaluativa y me da risa. Está intentando determinar si son de mi equipo o del de ella.

—Son héteros —le digo y me río. Daiana se pone colorada y también se ríe.

—¿Qué?! ¿Hasta tu vecina lo sabía y yo no? Yo, tu mejor amigo. Hola —Se gira hasta Daiana que ahora está roja como un tomate—, soy Sebastián, hétero, veinte años, soltero, y si estoy invitado, me quedo el *finde*. —Le regala una de sus mejores sonrisas de ganador, tan exagerada que ella larga una carcajada y yo no puedo contenerme.

—Sí, si Damien les abre la puerta...

Cierra en cuanto el ascensor empieza a chillar.

—Conseguime el teléfono —me dice Sebas.

—Lo tiene Alejo, después se lo pido.

—¿Alejo es tu...?

—Novio.

—Creo que me falta el aire.

—No exageres —le dice Esteban mientras maniobra con su bici para sacarla. La deja en el palier y entramos a mi departamento.

—Por lo menos compraste cervezas... —Sebas se sienta contra la barra que separa mi cocina del resto y Esteban hace lo mismo—. Empezá de cero. Sigo sin creerlo.

—No hay mucho, Sebas. Es... es lo que soy. Soy gay, no hay más que eso —digo.

—Empecemos por Tamara...

No puedo evitar largar una carcajada.

—Mi hermano tiene razón, boludo, pero antes que darle la razón me escopeteo los huevos. Nunca te comiste una mina fea, jamás, *never*. Pensé que eras un ídolo y resulta que sos puto... eh, gay... homosexual ¿cómo mierda te tengo que decir? —pregunta algo frustrado.

—Damien está bien. Podés decirme Damien, como hasta la semana pasada.

—No te pongas intenso. Sabés a lo que me refiero...

—Y sabés la respuesta. Gay y homosexual son las formas correctas, si usas la palabra «puto» no te voy a cagar a trompadas, siempre y cuando no estés buscando ofenderme. «Puto» Es sólo una palabra, el significado se lo das vos.

—Ok. Pero volviendo al tema, te comías minas. Las mejores minas.

—Y no me gustaba —explico.

—No te creo —dice en un tono más propio de un nene de seis años que de un boludo de veinte.

—No me creas... es así. Me gustan los tipos. Bah, Alejo, me gusta Alejo.

—Esto es muy fuerte. —Mira a Esteban buscando, no sé, ¿apoyo? ¿un pie?

Sirvo las cervezas y me quedo contra la mesada en lugar de ir a la mesa.

—Le estás dando más vueltas de las que tiene, Sebas —contesta Esteban—. Es sencillo, a vos te gustan las minas y a él, los tipos.

—Pero las minas son lindas, los tipos no.

Esteban niega con la cabeza y yo intento no sonreír. No sé si me divierte o me incomoda o un poco de las dos.

—O sea que, ponele, ¿yo te parezco lindo? —me pregunta.

—No.

—¿No?

—¿Te tranquilicé o te ofendí? —no puedo evitar pincharlo.

—Ambas ¿qué tengo de malo?

Me rasco la cabeza.

—Sebas...

—No entiendo. Posta, no. Un día estabas con Tamara y Dios, te acostabas con ella, y al otro conocés a un tipo y ¡wow! saltás fuera del ropero. ¿Así?

—Es un buen resumen —contesto.

—¡No jodas!

—No jodo. A ver... me sentía insatisfecho, no sabía que era, lo reprimí hasta que lo conocí a Alejo y eso es todo. —No pienso entrar en más detalles de los necesarios. La historia de mi viejo quedará en el closet un tiempo más.

Sebas se levanta, me mira como si fuese un extraterrestre y va al baño.

—¡Dos cepillos de dientes! Dos. —Le muestra a Esteban—. Ok. Ponele que lo entiendo. No, no lo entiendo...

—Sebas, estás siendo un pelotudo —lo interrumpe Esteban.

Entonces, para mi sorpresa, Sebastián se saca. Lo que sea que estaba intentando esconder tras esa fachada de chiste y sorpresa, sale a la luz con la fuerza de un huracán.

—Sí ¿Sabés qué? Sí. Soy un pelotudo. Soy el mismo pelotudo de siempre, porque alguien tiene que ser como era hasta ayer ¿no? —levanta la voz y se para—. Damien me viene con que conoció al tipo de sus sueños y chau, ahí se va, a hacerse romper el orto por un loco que encima es un puto conocido...

—Sebastián, volvés a hablar así de Alejo y te vas de mi casa —advierito.

—¿Qué? Eso es lo que dicen Mariano y Lautaro, que es el puto del industrial.

—Calmate...—intenta Esteban.

—¡No me calmo una mierda! Vos lo mismo. ¿Ahora sos hippie, pelotudo? Tu vieja trabaja en *Monsanto*. ¿Te vas a ir de mochilero a Centroamérica? ¿en qué? ¿en *Emirates*?

—¡Sebastián, cortala! Si tenés un problema conmigo, te la agarrás conmigo ¿para eso hiciste venir a Esteban? ¿Para putearlo? —increpo enojado.

Sebas se aleja de la barra y va hasta mi cama. Hace el ademán de sentarse y se detiene.

—¿Te lo cogiste acá? —pregunta y se levanta como si mi cama, en la que se sentó un millón de veces, ahora tuviese chinches.

—Terminala...

Se sienta y larga el aire. Por un momento pienso que va a llorar.

—No estoy enojado con vos, estoy enojado con la situación—larga en tono resignado.

—El premio a la frase pelotuda del año es para...—le digo molesto y sarcástico—. Yo soy la situación. A ver, decime, me mata la curiosidad ¿cómo le pusieron al grupo en el que hablan a mis espaldas?

Sebas se pone colorado y Esteban está demasiado concentrado en el fondo de su vaso.

—Invictos —contesta Sebas al fin.

La verdad, no me molesta la alusión a mi práctica sexual. Para ser honestos, me chupa un huevo. Sienten orgullo por su culo «sano», allá ellos; hasta me podría reír; si en lugar de burlarse con maldad, me hiciesen un chiste de frente, estoy seguro que le encontraría cierta gracia. Al fin de cuentas, hemos bromeado con la vida sexual de cada uno de nosotros. Lo que me jode es que hablen a mis espaldas.

—Y fue tu idea. —Puedo notar la firma de Sebas en el chiste.

—No creé el grupo, sólo le puse el nombre —se defiende.

—A ver ¿qué es lo que te enoja de «la situación»?

—Que tengo que elegir entre mis amigos —dice sin mirarme.

—¿Eh? No tenés que elegir... —pero las miradas de incomodidad de Esteban y Sebas me hacen darme cuenta que hay algo más, algo que no están diciendo.

—Mariano no se lo tomó bien y Lautaro lo arenga... No es sólo por su nueva afición a las ovejas...

—¿Qué? —¿De qué mierda está hablando? Esteban se hace el boludo monumentalmente.

—Que la tiene con las ovejas —explica en tono molesto—. No sé cómo decirte, a cada rato pone un ejemplo con ovejas.

Lo miro extrañado.

—Que si se enamora de una oveja no por eso está bien que se la coja. O que, si se casan dos tipos solo porque se aman, entonces, mañana la gente se va a empezar a casar con ovejas, o que si él adopta una oveja, entonces tiene derecho a pedir la Asignación Universal porque para él eso es una familia y sus hijos-ovejas tienen derechos...

Ok. No es la primera vez que escucho argumentos homofóbicos de este estilo; lo que me sorprende es que vengan de una persona que supo ser mi amigo y que solía respetar. Si para ellos es difícil entender que su amigo es gay, imagínense lo complicado que es para mí asumir que mi amigo es un pelotudo incurable.

«Comente amén bajo esta foto para que Jesús le saque lo idiota».

—Sebas, Mariano está hecho un boludo, eso es evidente. No al pedo me enojé con él en tu cumple, ya se le va a pasar. Voy a intentar hablar con él. No tenés porqué elegir entre nosotros —digo en tono conciliador.

Silencio incómodo. Muy incómodo. Busco la mirada de mis amigos, los dos están muy concentrados en sus respectivas zapatillas.

—¿Sebas? ¿Esteban?

—Está diciendo cosas horribles de vos, Damien —confiesa Sebas.

—¿Peores que compararme con un zoófilo?

Sebastián no me puede mirar a la cara y empiezo a sentir un nudo en la boca del estómago.

—Pedófilo —lo dice tan bajito que me hago ilusiones de haber escuchado mal.

—¿Qué?

—Dice que sos pedófilo.

—¡¿Qué?! —Lo escuché, sólo que no lo puedo creer.

—Dice que los homosexuales manosean chicos para hacerlos putos como ellos y cosas así. Dice que seguro ya tocabas chicos antes y que, si no, lo vas a empezar a hacer ahora. Que por eso los gays quieren adoptar.

Me quedo de piedra. Intento moverme, respirar, hacer algo. No lo logro. El silencio en mi departamento es abrumador, se siente el ruido de la calle, el ascensor cuando alguien lo llama, pero ni un sonido proveniente de nosotros tres. Ni siquiera nuestras respiraciones.

Busco mis cigarrillos y me voy a balcón. No puedo mirarlos a la cara y, a decir verdad, no quiero que me miren tampoco. No puedo soportar que mis amigos piensen eso de mí.

—Sé que no es verdad —dice Sebas cuando paso frente a él. No contesto ni me giro. Sigo con la vista al frente y es que tengo miedo de llorar.

La primera bocanada me hace arder la garganta, la tengo cerrada por las emociones. El cigarrillo me raspa y cuando lleno mis pulmones, el pecho me duele

—¿Querés? —me ofrece Esteban un porro y niego con la cabeza. Me deja solo en el balcón.

Me paso las manos por el pelo con desesperación.

¿Pedófilo? ¿Cómo puede decir algo así? ¿Todo esto porque me enamoré de alguien de mi mismo sexo?

«¡Soy la misma persona que hace una semana! ¡Soy yo!» quiero gritar. «Lo único que cambió es que ustedes lo saben, o sea, ustedes tienen un problema, no yo». Pero duele como la puta madre.

Más de diez años de amistad, más de diez años de conocerme. ¿Pero de qué me sorprende? Si mi viejo no me acepta, ¿qué puedo esperar de un amigo?

«No todos» me acuerdo de Esteban. Él lo tomó bien para mi sorpresa; nunca fue el más allegado y, sin embargo, hoy, es el que más onda le pone.

Sebas tiene razón, cambiamos. Y, sobre todo, tiene razón en algo más: tiene que elegir entre Mariano y yo.

Es triste. Es inevitable.

No ahora, no en este momento. Puede que lo intente, que busque la forma de no mezclar las aguas, pero todos sabemos que tarde o temprano se va a pelear con uno. O no me va a poder mirar a la cara luego de decir a mis espaldas los peores insultos imaginables, o va a llegar el día en que calle a Mariano de una trompada.

Lo que pase primero, será su elección.

Vuelvo a entrar y siguen en silencio. Esteban en la barra y Sebas en mi cama. Camino hasta la cocina y les doy la espalda hasta serenarme.

—Tenés razón. Podés hacer lo que quieras...—dice Sebas intentando llenar el vacío palpable del departamento.

—Gracias por tu permiso —replico y mi voz suena cortada. No lo puedo contener más ¡La puta madre! Voy a llorar.

Entonces, cuando cierro los ojos y siento las lágrimas mojarme las pestañas, unos brazos fuertes me abrazan por la espalda.

—Perdoname, boludo. Perdoname. Tenés razón, yo no tengo que asumir ni aceptar nada, sos vos el que tiene que entender que tu mejor amigo es un reverendo pelotudo. Si podés vivir con eso y podés seguir siendo mi amigo a pesar de que seguro me voy a comportar como un imbécil de acá al fin de mi vida...

Me doy vuelta y abrazo a Sebas. Ya estoy llorando de verdad, no apenas un par de lágrimas.

—Siempre fuiste un pelotudo y te quiero lo mismo —le digo.

—No se me va a pasar, sabelo.

Esteban nos da una palmada en la espalda a cada uno cuando nos separamos.

—¿O sea que este tal Alejo es la versión gay de Tamara? ¿Está que se parte en términos de putos? —pregunta Sebas.

Muy a mi pesar, me río. Agarro un *rollisec* y me seco las lágrimas.

—Dale con Tamara, me va a matar en cuanto se entere que les conté lo del novio.

—Salía con Leonel...—me dice Esteban y largo la carcajada.

—¿Qué? —Sebas me mira y arquea las cejas.

—Nada, una cosa con Alejo...

—Ay, sorry, ¿Viste, Esteban? Una cosa con Alejo ¡Andá! —se burla y me dan ganas de abrazarlo de nuevo. Ese es el pelotudo de mi amigo, el que quiero, el que me carga y hace chistes hasta en un velorio, al que hay que salvar de que se meta en problemas y de que haga el ridículo —. No contestaste. Es que le tengo que llevar la contra a mi hermano, si ese Alejo está bueno, entonces es que no sos bagayero y se le

termina su punto respecto a que sabía que eras puto.

—No entiendo tu lógica, ni la de tu hermano. Y a Alejo lo viste...

—Ni lo miré, estaba en *shock*, boludo. Tenías una cara de cachorro recién adoptado... al único que miraba era a vos.

Largo la carcajada, es una buena descripción de la forma en que me quedo mirando embobado a Alejo.

—Mi hermano dice que todos tenemos muertos en el ropero, que es lo que hacemos con tal de ponerla. Que, si vos no tenías muertos, es porque en el ropero estabas vos —explica.

—Parte de razón tiene...

—¡No! Ni se te ocurra, que no lo aguanta ni Dios después.

—Pero es que posta, salía sólo con las minas a las que era imposible decirles que no sin quedar en evidencia. Igual, podés no decirle a tu hermano, Alejo está bueno, así que... sigo sin ser bagayero.

—Ya te dije que voy a seguir siendo el amigo pelotudo... —empieza.

—Si vas a preguntar quién hace de mina y quién, de tipo, voy a tener que usar la violencia —interrumpo con humor.

—Va a doler...—se ríe.

Terminamos hablando bien. Sí, Sebas no cambia más y no lo toma con naturalidad, pero valoro el esfuerzo. Más de una de sus preguntas debieron ofenderme, y, sin embargo, me terminé riendo.

Cuando se van, me siento más liviano. Me doy cuenta que era importante para mí seguir contando con Sebastián.

Antes de ir a la casa de Alejo, hago lo que siento que debo hacer.

Yo: Si algún día te querés disculpar por la mierda que andás diciendo de mí, te voy a escuchar. Mientras tanto... andate bien a la concha de tu madre, Mariano!

Alejo

Hablar por teléfono con mi mamá es la muerte.

Soy un hijo abnegado.

—*¡Roberto! Alejo al teléfono* — grita y tengo que alejar el celu para no quedarme sordo.

—Ma...

—*¿Cómo estás, hijo? ¿Cómo te fue en el trabajo final ese que tenías que entregar? ¿Volvés mañana? ¡Roberto, vení!* —vuelve a gritar y siento mi tímpano arder.

—Me fue bien, Ma...

—*Le fue bien...*—le dice a mi papá del otro lado—. *Ema ¿cómo está? ¿Está ahí con vos? ¡Hola Ema!*

—Sí, Ema está acá, pero no estás en el *speaker*, así que...

—*¿En el qué?*

—Altavoz, ma...

—*Hablá para que te entienda, hijo. Roberto...*

—*¡Ma! ¿Podés hablar conmigo en lugar de con papá?*

—*Siempre tan celoso, mi bebe* —dice con voz dulce.

—No son celos, es que no me das bola y no me dejás hablar.

—*¿Venís mañana?*

—Si me dejases terminar...

Le pasa el teléfono a mi papá. Ema se ríe porque sabe el suplicio por el que estoy pasando.

—*Hola, hijo ¿cómo estás?*

—Bien, pa. Mamá me vuelve loco...

—*Decímelo a mí... ¿a qué hora voy a buscarte a la terminal?*

—Para eso llamo, no vuelvo mañana...

—*¿Cómo que no vuelve mañana?* —se escucha la voz de mi mamá a lo lejos.

—Pa ¿me tenías en altavoz?

—*Sí, es que no sé qué toco con estos teléfonos nuevos...*

—*¿Por qué no venís mañana?* —pregunta mi mamá.

—Es que... bueno... estoy viendo a alguien y... —me pongo nervioso. No sé cómo se lo van a tomar, hasta ahora nunca hicieron ningún comentario sobre mi homosexualidad, pero tampoco les di razones para hablar.

—*¿Novio?*

—*Te dije que me parecía que salía con alguien* —esa es la voz de mi papá.

—*No me dijiste nada, sólo comentaste que lo notaste con la cabeza en babia...*

—*¿Y por qué va a ser? Además, Lucía todos los días nos pregunta si Alejo dijo algo, es menos disimulada...*

—*Yo no me di cuenta.*

—*Capaz vos también andás noviendo* —la pincha mi papá.

—*¡Ay, Roberto! Mirá las cosas que decís...*

Lo escucho a mi papá largar una risa ahogada como siempre hace cuando la molesta a mi mamá. Es que mi vieja es de las que no agarran los chistes muy bien, siempre se piensa que le estás hablando en serio.

—Pa, Ma, Hola. Estoy acá todavía.

—*Bueno, y ¿quién es este novio? ¿cómo se llama? ¿de dónde es? ¿estudia o trabaja?*

—*¿Qué edad tiene? ¿te trata bien? ¿Ema lo conoce? Pasame con Ema...* —esa es mi mamá. Creo que ya tengo dolor de cabeza.

—Se llama Damien y está estudiando, por eso me quedo, le voy a hacer el aguante.

Damien me lo pidió anoche y no pude negarme. Desde que solucionó las cosas —a medias— con sus amigos, se lo ve bien, feliz. Sólo se entristece un poco cuando recuerda que nos queda una semana y algunos días nomás en Rosario. Una vez en Pergamino, contárselo a sus padres va a ser inevitable, ambos lo sabemos. O nos escondemos y esperamos que nadie le vaya con el cuento, o salimos y lo enfrentamos.

Pero antes, tenemos una última semana para nosotros.

—*¿Qué estudia? ¿cuándo rinde? ¿Cuándo lo vamos a conocer?*

La pregunta del millón. ¿Cuándo lo voy a llevar a casa?

—Estudia ingeniería industrial, rinde un final la semana que viene y después nos volvemos a Pergamino.

—*¿Es de acá? ¡Qué bueno! Así lo vamos a conocer... ¿Qué le gusta comer? ¿Canelones? Hago canelones. ¿Vos que decís, Roberto? ¿O te hacés un asadito? ¡Ema! ¿Querés canelones o asado?*

—Ma, Ema no te escucha —cuando digo eso, él, que está al lado mío, larga una carcajada.

—Imposible no escucharla, Alejo.

Me agarro la cabeza y exagero mi frustración. La verdad es que ya estoy acostumbrado a estas charlas de locos y termino divirtiéndome. Salvo que hoy estoy nervioso, por tener que decirles que tengo novio.

—*¡Hola Analía!* —grita y mi mamá le contesta con otro grito.

Ok. Ahora estoy sordo de los dos oídos.

—*Pasamelo...*

—*Hola Analía* —escucho que dice Ema—. Sí, lo conozco. Sí. Sí. Es bueno, en serio. Sí, lo trata mejor de lo que se merece, mirá... con lo mandón que es tu hijo...—se ríe de algo que alguien dice—. Sí, ya lo creo Roberto, vos lo vas a entender. Tu mismo martirio—se vuelve a reír—. Bromeaba Analía, si sabés que sólo te quiero a vos. Canelones. Sí, separame un *tupper*. Ahí te lo paso.

Me devuelve el teléfono.

—*Bueno, hijo. Deseale suerte a tu novio en el final de nuestra parte y llamanos el fin de semana* —dice mi mamá.

—*Y llamanos para decirnos cómo le fue* —agrega mi viejo.

—*Mandale besos, decile que venga...*

—Ok. Dale. Un beso. Los quiero.

—*Besos* —dicen los dos juntos y me aturden de nuevo.

Cuando cuelgo me doy cuenta que estaba conteniendo el aire.

—¿Te pensabas que se lo iban a tomar mal? —me pregunta Ema sorprendido.

—No sabía cómo iban a reaccionar...

—Bien, Alejo. Saben hace más de un año que sos homosexual, creo que a esta altura el único miedo de tu mamá es que te quedes soltero —se burla.

—Eso es el equivalente a la muerte en la familia Uriarte —me río—. La verdad, no esperaba que lo tomen mal; tampoco tan bien.

—Lo van a querer a Damien, vas a ver. Mi vieja está como loca que lo quiere conocer, y mi abuela, uff... lo buscó en *Facebook*. Preparate para que lo vuelvan loco.

Me agarro la cabeza y largo una risa de alivio.

—Ahora ¿te dijo algo de Martina? —pregunta mientras arregla el mate. Sabe que Damien y Martina se hablan, últimamente, a diario.

—No me dice ni mu, boludo. No hay caso... no quiero que te hagas ilusiones, pero creo que se te va a dar...

—¿Por qué? ¿Qué dijo?

—Ya te dije que no me cuenta. El otro día lo estaba jodiendo para que me diga algo y me contestó «esperá a que se sienta segura, Alejo, ustedes pueden ser muy intimidantes». O sea que no es que no te quiere o algo de eso, es que se tiene que sentir segura.

—¿Somos intimidantes? ¿Se refiere a vos y yo? —me mira con los ojos abiertos.

—Qué se yo. A veces no los entiendo, por eso se deben llevar bien. El mate está horrible, Ema. Dame que lo preparo yo.

—No sé qué más hacer, Alejo —me confiesa triste.

—No tenés que hacer más nada. Mirá, si Martina es como Damien, vos le podés poner un pasacalle que diga «te amo» con letras de neón que no lo va a ver.

—Me dejás más tranquilo... —dice desesperanzado.

—Es Martina la que tiene que hacer el próximo movimiento y no le falta mucho. Seguro que ya te besó...

—¿Cómo...?

—¿Cómo lo sé? Porque está re enamorada de vos, Ema, no se aguanta. Creo que ni Damien sabe a qué le tiene miedo, pero debe ser algo groso. Así que, en lugar de preocuparte por ganarte a Martina, que ya lo hiciste, guardá energías para lo que se viene...

—No se sigo...

—Yo no te lo conté, porque es algo privado de Damien, así que no voy a entrar en detalles. Pero lo que hace que Damien se sienta así de inseguro no es una boludez, es jodido. Muy jodido y en breve no nos va a quedar otra que enfrentarlo y la verdad, está cagado en las patas y con razón. Yo también... A lo que voy es que... A veces la gente se aleja con intención de protegerte, porque piensan que es lo mejor para vos.

—¿Creés que Martina me aleja para cuidarme? ¿Cuidarme de qué?

—De qué, no sé. Pero sí, creo que Martina te aleja porque piensa que te va a lastimar. Y creo que eso es lo que nos hace intimidantes, que nosotros no nos corremos ni con orden de un juez.

—Me gustaría pensar que tenés razón.

—¿Apostamos? —lo pincho. La última vez le gané y tuvo que limpiar el baño dos veces por mí.

—De una. Ya es cábala —sonríe y me alegro de haberlo ayudado por lo menos a levantarle el ánimo—. Otra vez baño, no.

—Ok, que sea comida entonces. Una semana de cocinar...

—Trato —me da un apretón y se toma el mate—. Che, hoy a la noche ¿te jode si hago junta? Es que ya rendí y la semana que viene me tengo que poner a full con los finales...

—No me tenés que pedir permiso. Además, yo estoy al re pedo ahora.

Ya rendí el único final que tenía; la parte teórica de una materia que habíamos promocionado con Cami. En otras circunstancias, ya estaría en Pergamino dejando que mi vieja me malcríe.

Damien decide a último momento que va a venir. Me siento algo culpable por distraerlo, pero sé que, si él se siente seguro para salir, es porque ya se estudió todo. A veces me sorprende lo exigente que es consigo mismo.

Damien: che, te jode si se suman Sebas y Esteban?

Ok. Para serles honestos, Esteban no. Sebas sí. Me cuesta perdonarle que lo hizo llorar. Todavía me acuerdo de esa noche, cuando vino a casa y aún tenía las pestañas húmedas por el llanto. Pero es su mejor amigo, así que me la aguanto.

Yo: No hay drama.

Para eso de las diez, mi casa esta que revienta. Vino Camila con el novio, Daiana, Lore, Martina, Gastón, Johnny, las amigas de Lore, Sebas y Esteban, un amigo de Ema de la facu... Ruego para que no nos echen del edificio.

Le como la boca a Damien en cuanto lo veo. Lo extrañé. Anoche dormimos cada uno en su casa y, aunque tenía toda la cama para mí, no descansé.

—¿Cómo vas? — le pregunto.

—Repasando; siento que no sé nada, como siempre.

—Y como siempre te sacás buena nota. Mis papás te desean suerte... — le digo feliz y expectante por su reacción.

—¿Eh?

Le regalo una sonrisa que me nace en el pecho.

—Saben, se lo tomaron re bien. La mala noticia es que te quieren conocer —bromeo y el me abraza tan fuerte que siento que me va a quebrar una costilla.

—Te amo —dice y me besa.

Sebas nos mira con los ojos fuera de órbita. Los saludo y los hago pasar a la cocina para que dejen las bebidas.

A medida que los voy conociendo, los amigos de Damien empiezan a caerme mejor. Sebas es el más difícil de tratar, me mira como si fuese una especie de Charles Manson que llevo a los buenos samaritanos heterosexuales al lado oscuro, o una Medusa que convierto a la gente en gay con solo una mirada; sin embargo, esa actitud va cambiando a medida que se relaja y puede empezar a hacer chistes.

—Lore —dice Damien—, si empieza con Foucault te está chamuyando.

Lorena se pone colorada y Esteban le tira una tapita para defenderse. Al parecer, hablar de filosofía era exactamente lo que estaban haciendo. Sonrío divertido. Esteban es un tiburón de primera. Con su look hippie, juega el rol de *under* y profundo y no te das cuenta que está a la caza hasta que tiene la presa en sus garras. Esta noche, es Lorena y ya la tiene justo donde quiere.

Sebas, en cambio, va directo con Daiana.

Para mi sorpresa, el grupo empieza a mimetizarse con éxito. Me divierto al ver que el punto en común es cargar a Damien.

—Sí —dice Lore y veo como le guiña el ojo a Sebas—, el más lindo es Gastón, por afano... lástima que es del otro equipo.

—Damien ¿vos estás de acuerdo? —pregunta Sebas.

—¿En qué?

—Que Gastón está bueno. Yo no miro tipos, pero Lore dice que sí.

Cuando Sebas huele sangre, no deja el hueso.

—No sé...—contesta.

—¿Alejo?

—A Alejo no le preguntes —corta Damien de mala manera y todos disimulan las risas.

—Bueno, a ver las chicas que dicen...

Gastón se prende en la broma, ahora que le sobran los cómplices, está en la gloria.

Lo siguen molestando hasta que se enoja en serio y me lo llevo al balcón a mimarlo un poco.

—Son unos pelotudos...—me dice.

—Te amo. Te están jodiendo porque te enojás. Al parecer, molestarte es el pasatiempo de Sebas.

—Seh, ya lo noté. Por lo menos nos dejó de mirar como si fuésemos *aliens*.

Me río.

—Te quiere y, al menos, hace el intento. Puedo vivir con eso — digo.

—Te amo, Alejo. Te amo una bestialidad. No puedo creer que tus viejos se lo hayan tomado tan bien, no puedo creer que seas mi novio...

—Vamos a estar bien, Damien. En serio —intento calmarlo.

—Sí. Vamos a estar bien —contesta poco convencido.

No quiero que el miedo por lo que se viene, empañe nuestra última semana en Rosario, así que hago lo único que sé que siempre funciona. Lo beso, abrazo y le sigo repitiendo lo mucho que lo amo.

Los silbidos nos traen a la realidad.

—¡Karaoke! —gritan y largo una carcajada. A Damien le quedan unas horas más de tortura.

—Te voy a compensar —le digo al oído y lo muerdo apenas.

Me sonrío y entra a mi departamento dispuesto a aguantar una dosis más de cargadas.

Damien

Me siento en la cama y largo una risa nerviosa.

El espejo de mi ropero me devuelve mi imagen y niego con la cabeza, frustrado. Me puse una chomba *Lacoste*, unas bermudas de gabardina y los zapatos náuticos. Parece que voy a jugar al golf en lugar de a conocer a mis suegros.

—Muy formal —digo para mí—. Se nota que me estoy esforzando.

Es que, bueno, un poco se tiene que notar ¿no? Tengo que dejar que mi imagen diga que me importa generar una buena impresión, pero tampoco tiene que parecer que soy falso. Y ese del espejo no es Damien.

Chau náuticos, bienvenidas zapas *converse*. Mejor, aunque no del todo.

Cambio mis bermudas que son muy formales por unas cargo y la chomba me la dejo, pero a medio arremeter en los pantalones.

Cuando termino, estoy transpirando. Hace un calor mortal, sumado a los nervios, no la estoy pasando bien. Me lleva otro buen rato elegir el perfume. Intento apurarme, le prometí a Alejo ir más temprano.

El *Ralph Lauren* lo descarto junto con las bermudas; ya dijimos que look golfista no. *Armani* para traje, *Calvin Klein* para todos los días. Venga.

Un poco de gel para que no se me armen los rulos y se me infle el pelo, y ya estoy listo.

Ahora viene la parte difícil. Salir de mi casa sin llamar la atención. *Fuck*.

Escondí los vinos que compré como atención en mi mochila, no sabía si tomaban blanco o tinto así que elegí uno de cada, y desde entonces estoy encerrado en mi cuarto esperando que pasen los minutos. Si mis viejos me ven así vestido, se van a dar cuenta que no salgo con amigos.

A lo mejor no me preguntan... y a lo mejor yo soy Lio Messi.

Llamo el remís desde mi pieza —que no pida el auto los va a hacer sospechar— y mientras espero, me pongo el reloj. Ya sé, es para *caretear*, si igual miro la hora en el celu.

Bocina; señal de huida.

Agarro la mochila, bajo los escalones de dos en dos, paso como un rayo por la cocina y saludo desde la puerta.

—No vuelvo a cenar...

—¿Dónde vas, Damien? —pregunta mi vieja.

—Se me hace tarde, chau.

Uf. Zafé, mi viejo no estaba. Mañana veré como la piloteo cuando me pregunten.

Yo: *En camino*.

Alejo: *esperando en la puerta (emotición de beso)*

Lo amo. Mal.

Y lo extrañé horrores. Él se volvió justo la noche después de mi examen final —aprobé—. Yo, en cambio, me quedé hasta el viernes. Tenía algo importante que hacer, espero que salga bien y que pueda contarle a Alejo antes de navidad.

¿No sería un regalo de navidad perfecto? Sin duda, para mí sí.

Salgo disparado del auto en cuanto llego; empecé a pagarle al chofer cuando giró en la esquina y me impaciento por el vuelto.

—Hola. Te extrañé —me dice y lo beso.

Confieso que tenía miedo de tener que saludarlo frente a los padres, supongo se dio cuenta y por eso me esperó afuera. Cuando mis labios tocan los de él, lo que pensé sería un simple pico, pasó a ser un señor beso.

—Yo también. Nunca dos días se me hicieron tan largos.

Me hace pasar a su casa.

Las casas pueden ser sólo edificios, como la mía, u hogares como la de Alejo. Se nota la diferencia al poner un pie dentro.

Entramos directo a un living-comedor-cocina, la familia está en el patio por lo que las luces están apagadas salvo por unas dicroicas sobre la mesada.

A mi derecha hay un pasillo que da a dos habitaciones y un baño; bueno, en realidad a tres habitaciones, pero una de ellas esta construida como nexo de otra por lo que hay que pasar por la primera para llegar.

Y eso es todo. Y me encanta. Como también me gusta el aroma a comida que se siente. Al parecer, el menú lo eligió Ema. Estuvo jodiendo toda la semana con que iba a comer los famosos canelones de mi suegra.

Mi suegra. Raro ¿no?

—Buenas noches —saludo y mi voz suena algo temblorosa. ¡Qué horrible es conocer a la familia de tu novio! No importa si son más buenos que el pan, es incómodo. Todos sabemos que estamos a prueba por una noche, que lo que pase hoy va a ser anecdótico el resto de tus días.

—Hola Damien —la madre de Alejo se acerca primero—. Soy Analía, la madre de Alejo. Roberto...

El padre se para y se saca uno de los pares de lentes —llevaba los de leer arriba de los de ver de lejos— y me estrecha la mano. Es tan parecido a Alejo que me impresiona un poco; salvo que, Roberto es canoso y por supuesto, bastante más viejo. Pero tienen los mismos ojos azules y las arrugas le marcaron las expresiones, haciendo que sea fácil imaginar la misma sonrisa y los mismos gestos que tiene el hijo.

—Tu hermana viene a cenar —le dice Analía a Alejo—. A Carlos le tocó viajar.

—Sí, claro. Revisaron que no lo tenga amordazado en el ropero...

—¡Alejo! —lo reta la madre—. Roberto, mirá las cosas que dice tu hijo.

—Yo iría a ver —contesta éste y no puedo evitar sonreír.

—Son los dos iguales —me dice a mí con un tono de dulce resignación—. Sentate, sentate. ¿Qué querés para tomar? Alejo, traele algo para tomar. ¿Te trata siempre así mi hijo? Te juro que en casa le enseñamos mejor. Alejo, y buscá que papá compró algo para picar. Roberto ¿dónde dejaste las cosas? Fijate en la alacena, hijo.

Ay. Alejo me advirtió cómo era su mamá, aun así, no puedo evitar que se me escape otra sonrisa.

—Traje un vino —digo, buscando mi mochila.

—No te hubieses molestado —contesta Analía.

Alejo me da un beso en la mejilla y me pongo colorado.

—Gracias —dice bajito, sólo para mí, y no puedo evitar poner cara de bobo.

—Damien, contame de vos —pide mi suegro y se me baja todo. Roberto es más callado que su esposa y mil veces más directo cuando decide hablar.

—Pa, no empieces...

—Me dijo Alejo que estudiás ingeniería industrial —lo ignora.

—Sí, cursé el segundo año...

—Y aprobaste, felicitaciones —interrumpe Analía y para mi sorpresa me da un beso en la cabeza al pasar. Me quedo tieso como un muerto. Mi suegro me mira y me sonrío cómplice de mi incomodidad.

La madre de Alejo es así, muy sincera y demostrativa, y, para mi sorpresa, algo ingenua a pesar de tener varios años más que mi mamá. Toma los chistes muy en serio y hay que ir con cuidado con el sarcasmo.

—Gracias.

—¿Y pensás vivir en Pergamino cuando te recibas?

—¡Papá! —se queja Alejo y yo me río.

—No sé, creo que no. No hay tanta industria acá, es casi todo agrícola.

—¿Tu papá es el de la fumigación?

—Sí...

—Parecen la CIA... —le dice Alejo a su papá con humor.

—Y eso que no empezamos con la tortura...

—¡Roberto! No asustes al chico — lo reta su esposa.

Me río de nuevo. Para mi sorpresa, estoy relajado y me divierto.

—¿Tu mamá hacía *Reiki*? —pregunta Analía—. Porque yo conocí a una Cristina Laurenti cuando fui a unas clases. O capaz es tu tía, no sé. Una mujer muy linda.

—¿Cuándo fuiste a *reiki*, ma?

—Cuando tu papá empezó con el ciático.

—Imigánrás como funcionó... —se burla Roberto.

—No te quejabas...

—Ya lo creo que papá no se quejaba, ma — le toma el pelo Alejo.

Analía se pone roja como un tomate.

—¿Siempre la torturan así, Analía? Yo pensé que era el único —le digo y Roberto mira a su hijo con cariño y algo que parece aprobación.

—Son terribles —me contesta y agrega—: cuando está Ema es peor.

—Sí. Mi mamá es Cristina. Ella, creo, sigue yendo. Le gustan esas cosas, yoga, Pilates...

El timbre interrumpe y la voz de Ema me llega desde lejos.

—¿Ya está Damien?

—No. Chau —le grita Alejo.

—Andá a abrirle —pide Roberto a su hijo.

—Hola —me saluda y después va y abraza a Analía—. ¿Ya conociste al que nos quiere quitar a Alejo? Es malo, no te dejes engañar.

—Vos porque se va a comer tus canelones —lo pincha mi suegro y Ema se ríe.

—Más vale...

—¡Analía! ¿Está mi hijo acá? —se escucha una voz femenina desde la puerta.

—¿Alguien más? —pregunta Alejo— ¿Y si mejor ponemos la mesa en la calle así no me tengo que parar a abrir cada cinco minutos?

—¿Es igual de renegado con vos, Damien? —pregunta Analía.

No me queda muy claro si es a mí a quien quieren torturar o a Alejo. Quizás a ambos.

—A veces...—contesto.

—¿A veces? Decí la verdad, soy el mejor novio del mundo —dice en chiste.

—Sí —le respondo y no estoy bromeando. Es el mejor novio del mundo y yo un pelotudo enamorado.

—El famoso Damien, al fin —me saluda la mamá de Ema y me da un beso. No de esos mejilla con mejilla, de cortesía, sino uno cariñoso.

¿Todos son así en la vida de Alejo? Ahora entiendo como es tan bueno queriendo.

—Mi bebé —dice cuando se acerca a Alejo. Lo despeina y lo besuquea como si fuese un nene de no más de cinco años.

—¡Yo soy tu bebé! —se queja Ema con humor.

—Si vos me robás mi mamá, yo te robo la tuya —replica Alejo y exagera el abrazo.

—No crecen más estos dos —dice Roberto para nadie en particular.

—¡Ma, llegué!

—¿Y para papá nada?

Lucía, la hermana de Alejo, viene al patio y saluda a todos. Le da un abrazo a su padre más largo que a los demás.

—¡Ah, pero mirá el novio que pegó mi hermano! —dice y me pongo rojo como un tomate.

—Lucía... —advierte Alejo. Ella, en cambio, le guiña el ojo y pone pulgares arriba.

El torbellino de conversaciones va remitiendo y Ema con la madre se van a su casa.

—¿Tomás un aperitivo, Damien? —invita Roberto y asiento sin saber a qué tipo de aperitivo se refiere.

Se levanta y arrastra con él a su mujer y su hija, dejándonos solos unos minutos. Se lo agradezco mentalmente.

—Te están volviendo loco ¿no? —pregunta Alejo y se me acerca más. Por fin lo puedo abrazar.

—Son buena onda.

—Son pesados —se ríe—. Pero sí, buena onda también.

Nos besamos apenas, aprovechando nuestros minutos de paz.

—¿*Gancia* o *Cinzano*? —la pregunta llega de adentro y no nos queda otra que sumarnos.

—*Gancia*, gracias.

Ocupo un lugar en la mesa y escucho cuando la madre de Alejo le dice bajito a su hijo «sacá las copas de la abuela».

Ese simple gesto hace que se me haga un nudo en el pecho. Parece una boludez, pero significa mucho. Yo, Damien Laurenti, el novio de Alejo Uriarte, esta noche es un invitado especial.

La cena es amena. No hay tele prendida, lo que significa un cambio radical con respecto a las comidas

en mi casa. Y no es sólo porque estoy yo, la tele está lejos de la mesa, en la parte del ambiente que hace las veces de «living».

—¿Más? —ofrece mi suegra y me da pudor repetir.

—Sí —contesta Alejo por mí y pasa mi plato sin que yo siquiera conteste.

—No dejés que te mandoneé así mi hijo —bromea Roberto—, que después, con los años, empeora. Lo sacó de la madre.

—¡Yo no soy mandona! —se queja Analía.

Para mi sorpresa, mi suegro me guiña el ojo y agarra el salero.

—No le pongas más, tiene suficiente, Roberto —lo reta su esposa.

No puedo contener la risa.

—¡Ay, me está cachando! Si será.

La palabra «cachando» hace más difícil que contenga la carcajada.

Lucía, Roberto y Alejo tienen el mismo sentido del humor. Por lo que voy conociendo a través de las charlas, el que no es tan bromista es Juan Pablo, el hermano mayor.

—Vení —me dice Alejo cuando terminamos de levantar la mesa—. Vamos a fumar afuera.

—Fumen acá... —invita Analía con buena intención y la corta Lucía.

—¡Ma! Dejá que vayan afuera...

Cuando estamos yendo al garaje, escucho la voz ahogada de mi suegra.

—No me di cuenta, Lucía.

Alejo sonrío.

—Uf. Si no te beso ya, me voy a morir —me dice antes de arrinconarme contra la pared del garaje a medio construir.

—No te pases —le recrimino cuando su beso hace que mi corazón se acelere y el familiar hormigueo en mi cuerpo cuando lo tengo en mis brazos incrementa.

—A eso te traje. Para aprovecharme de vos.

Pasa su lengua por mi cuello, por mi mentón y vuelve a mi boca.

—Alejo...—le pido con voz quebrada.

—Te amo.

—Yo más —replico y me prendo el cigarrillo para impedir que siga volviéndome loco.

Miro derredor, la construcción a medio terminar, hecha por el hermano para impedir que vuelvan a robarles las yantas del auto; la ventana de un cuarto ahora va a quedar tapada por el garaje; el auto de más de diez años... Son más ricos que yo.

—Ojalá pudiese darte esto, Alejo —me muerdo el labio por la impotencia. Con bromas y momentos incómodos, esta fue una de las noches más felices de mi vida. Tengo a mi novio y su familia me acepta. Si tan solo pudiese devolvérselo en la misma medida...

—Me encantaría, pero no por mí, Damien, por vos. Yo no necesito más nada ni a nadie que no seas vos.

Apago el pucho y lo beso con todos mis sentimientos a flor de piel.

Me separo a tiempo cuando siento la puerta.

—Vamos a pedir helado —dice Lucía— ¿gustos?

—Cualquier dulce de leche o chocolate —contesto avergonzado. Se nos nota mucho que nos estábamos comiendo el uno al otro.

—¿«o»? «Y», Damien —bromea.

—Menos el que tiene fruta —se queja Alejo. A mí me gusta el chocolate con frutos rojos, y para él, si tiene fruta, no es helado.

—¡Pa, tenés un cómplice! —grita Lucía—. Uno que te acompaña en los sabores raros que te gustan a vos.

Vuelve al living y a los pocos minutos la seguimos nosotros.

Cuando mi cuñada se vuelve a su casa y mis suegros se acuestan, nos quedamos con Alejo viendo una peli de cable en el sillón.

No quiero volver a mi casa, pero no me queda más remedio. Extraño Rosario.

Cuando nos despedimos, lo hacemos sonriendo.

Prueba superada.

Alejo

¿Se puede ser más feliz? Yo creo que no.

La primera semana en Pergamino fue mil veces mejor de lo que esperamos.

Veo a Damien todos los días. Viene cada tarde, pasado el almuerzo y pasamos las horas en casa, o en casa de Ema, o como hoy... en la quinta de Sebas.

Al principio dudé en ir. Me daba miedo pensar que pudiesen estar Mariano y Lautaro y que la situación sea, como mínimo, incómoda. Al final accedí y la estamos pasando genial.

—A Mariano lo mandé a la mierda —dice Sebas a Damien.

—Qué cagada...

—Nah. Es un pelotudo. Le dije que no hable mierda tuya cuando estaba yo, que espere a que me vaya y ¿sabés lo que me dijo? «Yo no me voy a censurar» ¡¿Censurar?! ¡Andá! A este le está pegando mal el *Pulpito**.

No puedo evitar reírme.

—Igual es una mierda —agrega Damien. Se siente culpable. Apoyo mi mano en su espalda para consolarlo, odio cuando piensa que es el responsable del mundo.

Esta tarde en la pile es la realización de un sueño.

Posta. Soñé despierto tantas veces, en la secundaria, que Damien se acercaba a mí en frente de sus amigos, dejando todo atrás...

Están todos los que solían estar con él en la esquina del cole o en el centro cuando me lo cruzaba. Sus compañeros de clase, de rugby, amigos del club, Tamara... todos presenciando como Damien se gira, camina hacia mí y me besa.

Si estoy dormido, no se les ocurra despertarme.

—Te amo —le digo y me muerdo el labio para contener un poco mi sonrisa embobada.

—Yo también —contesta y me da un beso duce en la mejilla y otro más cerca de la oreja.

Sé que nos miran, sobre todo los que recién hoy se enteran que Damien es gay. Pero él hace de la indiferencia, un arte.

A mí me cuesta un poco más. Es que es distinto cuando sufriste abusos y comentarios hirientes en la secundaria; la necesidad de desafiarlos, de exigirles que se metan en sus asuntos, es muy muy fuerte.

No es que ahora tengamos mil años y toda la madurez del mundo, pero no es lo mismo que a los quince. A Damien le chupa un huevo si a alguien no le gusta, sólo le importan las personas que él quiere, y como sabe que Sebas, Esteban y Tamara lo tomaron bien, los demás se pueden matar.

Los únicos que restan en su lista para ser feliz, es su familia. No veo la hora de que podamos solucionarlo; no quiero que nada empañe la felicidad de Damien, lo amo demasiado.

Muy a mi pesar, empiezo a sentir algo de pena —no, no es pena, es empatía— por Tamara. Se nota que todavía le gusta Damien, lo mira con la misma cara de nene frente a una dulcería que tenía yo en la escuela cuando sabía que no podía ser mío.

El último vestigio de celos se me va esta tarde.

El hermano de Sebas es peor que él, más hincha pelota, más bromista, más pesado... No tardo en darme cuenta que tras sus bromas se esconde algo que le da vergüenza admitir: está re hasta las manos

con Tamara. No es chiste, no se trata de si Damien es gay o lo que sea con lo que esté jodiendo; se está muriendo por esa chica que sigue babeando por su ex homosexual.

—Hacen linda pareja —me dice Tamara cuando Damien se tira en la pile.

—Él es lindo.

Y de verdad, está para comérselo entero. Tiene puesta una malla que en otro parecería del abuelo. No es de las bermudas debajo de la rodilla o con estampados locos, tampoco es sunga; es un short, azul oscuro, con bolsillos de esos para meter las manos, que se inflan cuando estás en el agua. Pero lo que hace que en lugar de quedarle como a mi viejo, le quede para partirlo en ocho, es su culo. Puedo ponerme a escribir poemas alabándolo. Lo veo salir de la pile, empapado, con ese pedazo de tela pegado a su cuerpo y tengo que recordar como respirar.

A mi lado, Tamara tiene una expresión bastante parecida.

Se da cuenta que noté su reacción y se pone colorada.

—Solía envidiarte hasta la muerte, creo que debo tener algún muñequito vudú con tu nombre en algún lado —bromeo y se ríe.

—Dio resultado, pásame la técnica.

—Si no la usás conmigo...

—No prometo nada —devuelve el chiste.

—El hermano de Sebas está muerto con vos —digo y veo como abre los ojos como plato.

—No, nada que ver. Es así de jodón...

—No estoy tratando de endosarte a otro para que dejes de mirar mi novio. Te juro —la pincho.

—¿Sabe Damien que sos así de malo? —pregunta entre risas—. ¿Por qué decís que Cristian...?

Tan indiferente no es al hermano de Sebas.

—¿En serio no lo notaste? Tamara, pensé que te hacías la boluda —no puedo evitar reírme.

Se da vuelta a mirarlo con tan poco disimulo que me cuesta contener la carcajada.

—Me agarró mirándolo, Alejo. ¡Dios! Estoy empezando a odiarte.

—¡Te gusta!

—Shh —me pega en el brazo.

—¿Para qué seguís babeando por el chico gay, cuando tenés a tu hétero más que disponible?

—Primero: no babeo con Damien. —Pongo los ojos en blanco—. Segundo: no lo tengo disponible, esa es tu idea.

—¿Apostamos? Te advierto que siempre gano.

—Cristian está en otra categoría, Alejo —me contesta más seria—. Mirá alrededor, boludo. Todo esto es de ellos, y esta es la quinta, no sabés lo que es la casa. Yo me voy a mojar las patas a Colón cuando ellos están en Europa... no jodas.

—¿Esa es tu excusa? ¿Qué tienen guita?

Se pone colorada.

—¿Ves todas estas minas operadas que los andan sondando a Sebas y Cristian? — agrega con timidez.

—Y Cristian te prefiere a vos...

—Eso decís, pero...

—Apostemos, si tengo razón ya veré como me la cobro —le digo y me mira con suspicacia.

—Empiezo a pensar que sos muy malo, Alejo —bromea—. Damien, ¿cuán peligroso es apostar algo con tu novio?

—Muy. Su mejor amigo terminó limpiando una semana el baño...

Se ríen y me les uno.

—¿De qué hablaban ustedes dos? —me pregunta Damien camino a casa.

—No de vos —lo beso y me regala una sonrisa de las que me debilitan.

Lo único malo de esta semana, es que no estamos nunca solos del todo. Es casi imposible hacer el amor y estamos los dos que arañamos las paredes. Y digo «casi», porque la necesidad tiene cara de hereje.

Pero un rapidito mientras mi mamá va al súper, no se compara con una tarde en su departamento, en la que no nos vestíamos por horas y podíamos repetir siempre que quisiésemos.

—Tamara no se dio cuenta de que el hermano de Sebas le estaba tirando onda en serio — le cuento.

—Cristian es jodón...

—Otro ciego más. Un chiste, dos, son joda. ¿Cuántos hizo esta tarde? ¿Veinte? ¿Veinte veces diciéndole «en joda» que es linda, que vos sos un boludo por cambiar de bando, que él la va a mimar como se merece? Dale, habla re en serio... Y a Tamara le gusta.

—¿Ahora te ponés del lado de ella?

—Sí —me río—, es que conozco su lado. Es duro mirarte sabiendo que no se te puede tener. A veces, pienso que estoy soñando. Posta, me levanto a la mañana, bah, mediodía, y pienso que capaz no fue real y miro nuestros mensajes en el celu para convencerme.

—Te amo, Alejo. Yo tampoco lo puedo creer del todo.

—Estamos juntos. De verdad, estamos juntos. Te juro, ahora que sos mío, nadie va a hacer que me aleje de vos. Te amo —le digo emocionado.

Cuando lo despido hasta mañana, lo beso en el garaje de mi casa hasta que tengo que separarme por miedo a no poder contenerme y terminar arrancándole la ropa con mis papás a pocos metros.

—El finde mis viejos te invitan a almorzar —le aviso cuando sube al remís—. Lo siento, viene toda la familia.

Me sonrío y cierra la puerta del auto.

Damien: ¿Te dije cuánto te amo hoy? Por las dudas. TE AMO. Leelo a la mañana por si volvés a pensar que es un sueño.

Miro mi celu con cara de pavo toda la noche y su mensaje es lo primero que leo cuando abro los ojos al otro día.

Damien

Tengo un nudo en la garganta.

Estoy sensible, lo admito. Es que ayer recibí la llamada que esperaba y hoy, en el almuerzo en casa de Alejo, su hermano tiró la bomba: «voy a ser papá».

No puedo creer compartir un momento así con una familia que no es la mía. Bueno, supongo que ahora soy un poco parte de ella ¿no? Ok. Estoy demasiado emocionado.

Analía está que no puede dejar de llorar y mi suegro tiene una expresión de felicidad que he visto antes en su hijo.

—¡Por fin voy a ser abuela!

—Lo decís como si tuvieses mil años...—se ríe Lucía un poco a la defensiva, ella tiene más de treinta, según su madre ya está en edad más que suficiente para darle más nietos.

—A mis sesenta...

—¿Sesenta, ma? Se te quedaron un par en la cartera, me parece —pincha su hija.

Todos nos reímos, inclusive Analía que esta tan contenta que no se ofende con el chiste.

—Dame la foto de mi sobrina —pide Alejo a su hermana y le quita la impresión blanco y negro de la ecografía. Se ve solo un poroto en el medio de un manchón; él me lo muestra con el corazón rebosante de orgullo de tío.

—Sobrino —corrige su hermana—, va a ser nene.

—Nena. Y yo voy a ser su tío preferido —le saca la lengua.

—Yo soy la maestra jardinera, me va a querer más a mí.

—Por eso, porque sos la maestra, sos la tía educadora, yo, el tío malcriador. Me va a querer más a mí. Además, las nenas prefieren a los familiares varones...

—Va a ser nene... ¿Y de dónde sacás eso de las nenas?

—Vos sos la preferida de papá.

—Ahí empezamos —dice Roberto—. Ya me parecía raro.

—Vos sos el preferidooooo, si sos el bebote de la casa —contradice Lucía.

—Vos la nena, todo el mundo quiere a las nenas, por eso mi sobrina va a ser nena.

—Yo no corto ni pincho —se ríe Juan Pablo que es el único que no parece importarle a quién quieren más sus padres.

—Basta, todos saben que mi preferido era el Pepe, que en paz descanse —se burla Roberto.

—El Pepe era un perro que teníamos cuando yo era chico, se escondía debajo de la mesa a tirarse pedos —me explica Alejo y todos se ríen recordando al chucho.

—Y así y todo se portaba mejor que estos tres —agrega mi suegro—. Mucho sobrino y sobrina, pero los quiero ver cambiando pañales.

—Eso te lo dejamos a vos, pa, que ya tenés cancha —lo carga Alejo.

—Ya lo creo, ahora cualquiera cambia pañales, pero los quiero ver a ustedes, sobre todo ustedes dos —Señala a Lucía y Juan Pablo—, que usaban los de tela. Alejo ya me agarró cansado y con descartables.

—Cansado para pañales, pero no para otras cosas ¿eh?

—¡Alejo, por Dios! —se queja Analía roja como un tomate. Todos los demás no podemos aguantar la risa. Para colmo, Roberto le guiña el ojo a su esposa que se pone aún más roja.

A esta altura, me duelen las mejillas de tanto sonreír.

Juan Pablo y su esposa están como yo, en silencio y algo más acostumbrados a este alboroto. Por lo que comentan después, estaban esperando a que el médico les diga que estaba todo bien antes de dar la noticia. En las primeras semanas hubo algo de pérdida y recién ahora le confirmaron que no había riesgo. Eso desató una avalancha de sobreprotección.

La pobre cuñada de Alejo no pudo dejar la silla ni un segundo, Roberto separó cada trozo de carne bien cocido de la parrilla y se los sirvió a ella antes de pasar al resto, Analía lavó la ensalada como tres veces y fue de una escapada a buscar unas chauchas para poder servir una que esté completamente cocida —por las dudas—, Alejo y Lucía no se movieron un segundo de al lado de ella, llenándola de preguntas y mimos.

En la sobremesa, llegaron los vecinos, o sea, Ema, su mamá y sus abuelos. Si antes era un griterío, ahora apenas nos escuchamos los unos a los otros.

—Ay, mirá Ema. Saber que esta bestia fue así una vez. ¿Te acordás Analía? Yo con la panza a reventar y vos con Alejo bebé sentadas en la reposera —rememora la mamá de Ema.

—Traje unos pan dulce —dice su abuela.

—Mi abuela hace para vender en navidad —me explica Ema—. Probá, son mortales.

—A Damien le gustan con fruta —se queja Alejo.

—El pan dulce es con fruta —me defiendo y le doy un beso en la mejilla. Tengo ganas de besarlo como Dios manda, pero con tanta gente me da pudor.

—Tus gustos son cuestionables —me dice.

—Alejo, está con vos, ya sabemos que sus gustos son cuestionables —bromea Ema y Alejo le tira un repasador.

El pan dulce es genial, así que no me aguanto y le compro dos para llevar a casa.

Pasamos la tarde mateando en el patio y comiendo hasta reventar. Cuando se van todos, Alejo y yo vamos a su pieza.

La habitación de Alejo es la última, hay que pasar por otra antes, que, según me contó era la que compartía con su hermano hasta que se fue de casa. Ahora hay un escritorio con una compu y algunas cajas de la ferretería.

En la de él hay una cama cucheta, una mesita de luz, un ropero y un escritorio chico que está repleto de ropa a medio usar y su *Alienware*. Alejo es re desordenado. En las paredes cuelgan algunos dibujos hechos por él, están sin enmarcar, no como el que me regaló que colgué en mi depto de Rosario justo arriba de mi cama.

Nos sentamos en la cama de arriba. Alejo duerme en la de abajo, pero la verdad es que no entramos sentados sin darnos la cabeza contra la madera, así que trepamos y nos apoyamos contra la pared con nuestras piernas colgando a un lado.

—Hay algo que quiero contarte —le digo y me muerdo el labio algo nervioso—, es menos importante que lo que dijo tu hermano, pero no creo que me aguante hasta que se nos pase la emoción de que vas a ser tío.

—¿Qué? —me besa y me tira en la cama para que quedemos acostados. Me quejo. Me da vergüenza que los padres puedan entrar y encontrarnos así, no podría mirarlos a la cara de nuevo.

—Viste que me quedé unos días en Rosario, bueno... es que... me presenté para un trabajo.

Me mira extrañado.

—No sabía que estabas buscando.

—No dije nada porque no sabía si se iba a dar y no quería hacerme ilusiones al pedo.

—Pero Damien, ¿la facu y un trabajo? ¿no es mucho? —pregunta preocupado.

—Alejo, no me importa si es mucho o no... es... quiero decirlo en casa. No me aguanto más, mi amor.

No soporto esconderte cuando sos lo mejor que me pasó en la vida.

—No nos estamos escondiendo...

—Ah ¿no? ¿Entonces, porque no vamos al centro a tomar una cerveza en el bar que te gusta? Me cae re bien tu familia, posta, pero estamos siempre acá o en casa de Ema porque sabemos que es seguro.

—Fuimos de Sebas...

—Alejo, sabés que tengo razón.

—Pero ¿trabajar? Damien, tu carrera es difícil, te demanda un montón de tiempo y vos sos re exigente...

—Me llevará más tiempo —digo con firmeza—. Alejo, mi viejo me va a echar de casa cuando se entere y prefiero estar preparado. Hay mil cosas que no solucioné aún, ¿ok? Ojalá pudiese decirte que mañana voy y le digo, pero no. Tengo que ver dónde voy a vivir, cómo voy a hacer para alquilar sin sus garantías, cómo me voy a tener que arreglar con la plata de mi sueldo solamente...

—De tu sueldo, del alquiler y de lo que necesites, no estás solo. ¿sí? Contame del trabajo.

—Es en un *service desk*. Voy a ser el que pregunta: ¿probó apagarlo y prenderlo de nuevo?

Lo escucho reírse y largo el aire contenido.

—Es para una empresa *yankee*, buscan gente que hable inglés, así que por eso entré. La mina de recursos humanos me dijo que lo que más les importa es el nivel de inglés, que lo demás se aprende. Lo malo es que la capacitación es sin goce de sueldo, la segunda quincena de enero me tengo que ir a Rosario a hacerla. Me aseguró que todos pasan... —le cuento.

—Te van a contratar seguro, hablás re bien y con lo responsable que sos... —me dice con un tono tan orgulloso que me pongo colorado. A veces siento que no soy ni la mitad de bueno de como él me ve.

Sé que mi inglés es bueno, fui a la Cultura Inglesa y tengo rendido los exámenes oficiales hasta el *Advanced*, pero tengo que aprender el resto, que, según me explicó la chica que me entrevistó, se trata de resolver los problemas frecuentes o derivarlos correctamente si son más técnicos.

El sueldo es normal, no bueno. Si logro quedarme en mi monoambiente, voy a ahorrarme el mes de depósito y la mudanza, pero los gastos seguirían siendo muy elevados para mi presupuesto.

—Bueno, mi amor, si es lo que querés, te banco. —Me besa y siento que estoy haciendo lo correcto—. Por lo demás, no te hagás problema ¿ok? Yo voy a tomar un par más de trabajos *free lance* para ayudarte con la guita, y si el departamento es un problema, te quedás con Ema y conmigo el tiempo que necesites, y...

—¡Pará emoción! —me río—. No te voy a pedir que hagas eso por mí.

—No me lo estás pidiendo, yo te lo estoy dando, Damien.

—No podés ofrecer tu depto sin consultarle a Ema...

—Le consulto, ¿querés saber la respuesta? Te la puedo dar ahora...

—Es mucho —me quejo y mi voz suena emocionada.

—Damien, yo haría lo mismo por él sin dudarlo. Vos harías lo mismo por él sin dudarlo.

Asiento, pero aun así...

—Te amo, Alejo. Te amo y quiero poder demostrártelo sin restricciones.

—Yo también te amo y sé que me amás.

Me levanto al ver la hora, es tarde y tengo un mensaje de mi vieja preguntándome si voy a cenar.

—¿Vuelvo después de comer y vemos una peli? —propongo, no me fui y ya lo extraño.

—Dale, pero te vas a quedar dormido de nuevo —se burla y lo beso.

—No importa. Si duermo pegado a vos, cuenta como una buena noche.

—¡Andate, querés! —me empuja y se ríe a carcajadas—. Ya te estás poniendo baboso.

—Soy un baboso y te gusta.

Nos besamos y por poco no podemos parar. La cama cucheta cruje bajo el peso de ambos y ahoga nuestros gemidos. Llevo mi mano a sus pantalones y tiro del elástico de sus shorts para pasar la mano ¡Dios! Si sus padres eligen este momento para entrar voy a morir, pero no encuentro la fuerza para detenerme.

Mi celu suena.

—¡La re puta madre! —digo con mi boca sobre la de Alejo y mi mano metida entre su ropa—. Es mi vieja. Me tengo que ir.

Alejo se ríe nervioso y frustrado y les juro que me lo quiero comer entero. Es hermoso cuando se pasa las manos por el pelo de esa manera.

—Esta noche vas a terminar lo que empezaste, así sea que te tenga que amordazar para que no hagas ruido —bromea y lo beso rápido.

—Sí ma, estoy yendo. Llego en quince, no... no me tenés que venir a buscar.

¡Mierda! Cada vez se hace más difícil esconderse. Tiempo, por favor, sólo necesito tiempo para acomodarme.

Damien

Es cierto lo que decía Alejo, las frases y dichos de su madre se pegan. El que ahora se me viene a la mente es «si quieres hacer reír a Dios, cuéntale tus planes».

Llegué a casa después de pasar la tarde con Alejo. Antes de volver, fui por el pan dulce que le encargué a la abuela de Ema.

—Ma, llegué —aviso y dejo las cosas sobre la mesa. Mi hermana está en casa de unas amigas así que me tiro a la pileta un rato y vuelvo a la cocina algo más fresco y vestido de nuevo.

—¿Qué trajiste? —pregunta mi vieja.

—Un pan dulce para que lo pruebes, es buenísimo, los hace la abuela de un amigo. Si te gusta, le encargo otro para navidad. Pero me dijo que como no le pone conservantes ni nada, que, si quiero, le encargue y me los tiene para la semana que viene.

—Tiene buena pinta...

—Sí. Son mejores que los de panadería. Fijate en la página de *Facebook* los gustos, tiene con frutos secos, chocolate y demás. Está ahí anotado, en la etiqueta que hizo Ale..jo —completo nervioso al darme cuenta que lo mencioné en casa. Cada vez me resulta más difícil no hablar de él; lo tengo presente en cada pensamiento.

—¿Alejo es el nieto, tu amigo?

—Mmm. —Eso es una respuesta válida ¿no?

Siento la puerta de casa, señal de retirada.

—Me voy a mi pieza, avísame si necesitas algo antes de la cena —digo y camino hacia la escalera.

Mi papá llega a la cocina en el momento exacto en que mi mamá pregunta:

—¿En qué andás vos? —Lo dice en tono bromista. Sospecha que estoy saliendo con alguien, el problema es que da por sentado que ese alguien es una chica.

—Eso Damien, ¿Por qué no le contás a tu mamá en que andás? —La voz de mi papá denota furia y yo cierro los ojos sabiendo que estoy hasta las manos.

—¿Qué pasa Ernesto? —pregunta mi mamá bajito. Le tiene miedo. Yo no.

—Nada. ¿Pasa algo, Damien? Me crucé con tus amigos, o mejor dicho ex amigos.

Largo el aire.

—¿Te peleaste con los chicos, hijo? —Mi vieja me mira preocupada.

—Mariano y Lautaro. Contale a tu madre porque te peleaste con tus amigos —sigue en ese tono que empieza a irritarme.

—Sí, ma. Me peleé con mis amigos porque son unos pelotudos. Al parecer, estoy rodeado de pelotudos.

Mi vieja me mira como si me hubiese salido un cuerno o algo así, pero yo a quien miro es a mi viejo.

—Lo que pasa, Cristina, es que tu hijo, tu hijo —remarca como si él no tuviese nada que ver con mi existencia—, tiene novio ¿no es así, Damien?

—¿Novio?—pregunta desconcertada.

—¡¿Vos sos sorda o pelotuda?! —le grita—. ¡No, a vos el oído te funciona, lo que no te funciona es el cerebro! ¡Tu hijo es puto! Pu-to. ¡Maricón!

—¿Qué? —mi mamá sigue en *shock* y yo me estoy cansando.

—Eso, mamá. Que soy homosexual y hace meses estoy saliendo con un chico. Alejo.

—Pero... —se interrumpe cuando mi papá le agarra la cara y la obliga a mirarme.

—Ahí lo tenés a tu hijito, paseándose con el culo roto por toda la ciudad...

—Damien...

—Ese es mi problema, no tuyo —replico enojado.

—¿Qué no es mi problema?! ¿No es mi problema?! ¿Toda la ciudad sabe que mi hijo se la come, que soy padre de un maricón de mierda!

Se abalanza sobre mí. Esta vez estoy preparado. ¡Vaya sorpresa! Me quiere pegar.

Lo freno y lo empujo antes de que llegue a golpearme.

—¿Vas a pegarme? Te recuerdo que eso no funcionó la última vez. Acá me ves, sigo siendo gay. Y vos seguís siendo un pelotudo.

—Damien, no lo provoques —ruega mi mamá llorando.

—¿Creés que yo lo provoco? ¿Cómo? A ver, ma, decime cómo lo provoco. ¿Teniendo novio? ¿Queriendo a alguien? Él es un violento, no necesita razones —la contradigo enojado.

—¡Vos no me vas a hacer quedar como el culo frente a todos! —grita mi viejo— ¡Frente a mis amigos, a mis socios! Padre de un puto... ¡yo no soy padre de un maricón!

—Ya tuve suficiente —digo y me giro para irme—. Ya lo saben, ya está.

—¡Ya está las pelotas! —Mi viejo atina a pegarme de nuevo y cuando lo esquivo termina golpeando sin querer a mi mamá.

—¡Terminala! —le grito— ¡No vas a volver a pegarme nunca más! ¿lo entendiste? ¡nunca más!

Vuelve a arremeter contra mí.

El problema con los tipos como mi viejo es que son, además de violentos, irracionales. No se da cuenta que ya no soy un nene, soy más corpulento que él, más joven y esta vez, no estoy desprevenido.

Termino levantándolo con un *tackle* frontal y tirándolo contra la mesa de la cocina. Se tambalea y cae con mesa y todo sobre las sillas; en el quilombo de cuerpos y golpes, me da una patada sin casi fuerza en la cara. No llega a hacer mucho daño, pero me corta el labio y en breve voy a tener un pómulo inflamado.

—¿Ahora preferís haberme mandado a ballet? —mi voz suena más furiosa que sarcástica.

—¡No sos mi hijo! —me grita.

—Ojalá. Por desgracia sí lo soy.

—Damien, por favor —ruega mi mamá.

—Damien, por favor. Damien, por favor —imita mi papá poniendo voz llorosa.

A pesar del trato que le dispensa, mi vieja se arrodilla a su lado y lo ayuda a pararse.

—Yo no tengo un hijo puto, y si no estás dispuesto a dejar de ser maricón, entonces vas a dejar de ser mi hijo —me dice cuando al fin puede salir de entre las maderas—. Te vas de esta casa. ¡Fuera! Y ni se te ocurra llevarte nada de acá, porque las cosas las pagué yo ¡Trabajando como un hombre!

—Bien —contesto. No estoy sorprendido, es exactamente la reacción que esperaba. Lo único que lamento es que haya sido tan pronto.

—Damien —me llama mi mamá, pero no corre hacia mí ni hace ningún intento de detenerme—. Por favor, hijo.

—¿Por favor qué, ma? ¿Qué me estás pidiendo?

Mi mamá se larga a llorar. Yo no. Sé lo que quiere, que le dé la razón a mi papá, que diga que voy a dejar a Alejo y voy a seguir simulando que soy heterosexual para que él se sienta satisfecho con su rol de padre-macho.

—Un «te quiero» hubiese estado mejor —le digo y cierro la puerta tras de mí.

Que no me sorprenda la reacción de ninguno de ellos no lo hace menos doloroso. Aun así, tengo algo más importante de qué ocuparme: mi situación de calle.

Estoy en mitad de la vereda, con tan solo un par de pesos en la billetera, mi celular, la ropa que llevo puesta y las llaves.

Tengo algunas cosas de repuesto; por un lado, mi viejo no puede hacer nada por el departamento de Rosario en tan poco tiempo y Alejo tiene la llave, así que, lo que dejé ahí es recuperable.

También dejé algo de ropa en casa de Alejo, fue idea de él estar preparados por si mis viejos se enteraban antes que yo les diga; aunque él no pensaba que me fuesen a echar, lo que temía era que mi papá me pegue como aquella vez y yo tuviese que ir al hospital.

Por último, están mi tía Helena y mi abuela. Son mi último recurso, pero recurso al fin. Es que hace años no las veo, nunca supe qué pasó, sólo sé que un día dejaron de venir a casa.

Agarro el celu y veo el mensaje de Alejo. Es un chiste de humor negro que le pareció demasiado zafado para subirlo a *Face*. Lo llamo.

—Alejo —digo cuando escucho su voz—. Mi viejo sabe, me echó de casa.

Alejo

—¿Dónde estás? —pregunto preocupado.

—*En la esquina de mi casa...*

—Voy. —Cuelgo— Pa, me llevo el auto. Vengo con Damien, después explico —digo a las corridas y salgo sin perder tiempo.

Conozco su dirección, aunque nunca fui. Lo veo antes de llegar. En cuanto sube, noto las lastimaduras. No me contengo y golpeo el volante con furia.

—¡La puta madre! Lo voy a matar, te juro Damien, si lo tengo enfrente ahora lo mato.

—Él se llevó la peor parte —me dice y a mí me importa una mierda. No tiene perdón y no hay castigo suficiente para alguien que le pegue.

Se pasa la mano por el pelo, desesperado. Yo manejo intentando poner atención en el tránsito sin mucho éxito.

—No sé qué hacer —habla al fin—. Faltan dos meses hasta que tenga mi primer sueldo, estoy casi con lo puesto...

—No te hagas problema ¿ok? Te quedás en casa. Punto. La ropa lo vemos.

—No es tan sencillo, estaba pensando en hablar con mi tía...

—Me dijiste que estaba desaparecida —le recuerdo lo que me contó que no se hablan hace años.

—Sigue siendo mi pariente más cercano que no es del lado de mi viejo.

—De momento te quedás en casa —insisto firme. No pienso perderlo de vista, no pienso dejarlo solo y mucho menos al alcance de la bestia de su padre.

—Alejo...

—Damien, si no lo hacés por vos, hacelo por mí, necesito cuidarte en este momento —le pido. Estoy furioso, sacado y me siento impotente. Me da bronca que lo único que pueda hacer es darle un techo, cuando lo que quiero es darle justicia. Su padre en cana me haría inmensamente feliz.

Llegamos a casa y mi mamá se acerca a saludarlo como hace siempre, hasta que ve las marcas.

—¿Qué pasó? —pregunta preocupada.

—Ma. Damien se va a quedar en casa por tiempo indeterminado —digo sin preámbulos y mis viejos me miran sin entender. Damien, en cambio, mira el piso avergonzado.

¡La puta madre! ¡Vergüenza tiene que sentir su padre, no él!

—¿Qué pasó? —se acerca mi papá— ¿alguien lo molestó?

Mira la cara y evalúa las heridas.

—Analía, trae unos hielos que este chico tiene inflamado el pómulo. ¿Van a hablar o qué? ¿Alguien se metió con ustedes? —Mi viejo piensa que fuimos víctimas de algún matón homofóbico. Bueno, de alguna forma lo fuimos, el problema es que el matón es el padre de Damien, la persona que debería defenderlo y cuidarlo en lugar de agredirlo.

—No...—empieza a decir Damien y la voz le suena cortada. Está por llorar. Pierdo el control y golpeo la pared con mi puño. Mi papá me mira horrorizado. Jamás, en mis casi veinte años, hice algo parecido.

—¿Alejo?

—Su papá no sabía de nosotros... hasta hoy —vuelvo a patear la pared y me hago mal. Damien tira de mi mano para que pare. Me mira con preocupación y yo me sereno sólo por él.

—¿Tu papá hizo esto? —pregunta mi viejo y puedo ver el momento exacto en que se da cuenta la gravedad de la situación. Mi mamá se tapa la boca con la mano y nos mira sin poderlo creer.

Damien asiente y vuelve a mirar el piso. Mi vieja no aguanta y lo abraza.

—Vamos a hacer la denuncia —mi papá busca las llaves del auto sin darse cuenta que las tengo yo. Puede parecer calmado, pero lo conozco lo suficiente para saber que no es así.

—No puedo —murmura Damien—. Va a ser su palabra contra la mía y esta vez el quedó más lastimado que yo. Mi mamá... ella... no... ella no va a decir nada contra él.

Estoy por sacarme de nuevo, mi viejo lo sabe porque tenemos el mismo carácter y él está por perder los estribos como yo.

—Bueno, entonces te quedás acá. Mañana te acompaño a buscar tus cosas...

—Lo echó con lo puesto, pa —lo interrumpo y veo como se pone rojo por la bronca—. Mejor nos calmamos —pido preocupado por un inminente ataque de presión—. Ya solucionamos que Damien se queda con nosotros, listo. No tiene que volver a la casa, en unos días nos vamos a Rosario a buscar lo que dejó allá y lo demás lo vamos viendo.

Asentimos y la siguiente hora la pasamos en silencio.

Agregamos un plato a la mesa, buscamos un juego de sábanas para poner en la cama de arriba de la mía, selecciono de mi ropa las cosas que son más grandes y las separo para ver si le quedan y recién en ese momento, intentamos entablar una conversación banal.

A la noche, hasta yo me voy a dormir temprano; la mañana siguiente estamos todos de mejor humor.

—Buen día —me dicen mi mamá y Damien cuando aparezco en el comedor. Se están riendo de mi facha de recién despierto.

—Buenas —contesto con voz ronca y saludo a Damien con un beso mientras me refriego los ojos por debajo de los lentes. Voy al baño y me cepillo los dientes y todavía medio zombie me siento a tomar mate—. Son las once, re temprano —me quejo.

—Damien está despierto desde las ocho —comenta mi mamá de buen humor—. Imaginá nuestra sorpresa con tu padre al tener con quién hablar tan temprano. Ninguno de mis hijos salió madrugador.

—Y las ocho es tarde para él —me río.

En mi casa, salvo los fines de semana, los almuerzos son bastante informales. Cada cual come cuando tiene hambre. Mi papá llega a eso de la una y se recalienta lo que sea que mi mamá haya hecho o se hace algo rápido, después duerme un rato de siesta, toma unos mates en el patio y se vuelve al local.

Hoy comimos bifes con ensalada y después de lavar los platos, nos fuimos a mi pieza a ver una peli. Pusimos «Juegos, trampas y dos armas humeantes». Ya la vimos mil veces, pero no nos cansamos, además me encanta cuando Damien repite de memoria la escena del pub, le sale el acento perfecto.

—Vení —le pido cuando se sube a su cama.

—No voy a aprovecharme de la hospitalidad de tu familia sobrepasándome con su hijo —se ríe y sé que, en el fondo, le da un poco de vergüenza.

—Subo yo —amenazo y golpeo la cama desde abajo.

Mi celu vibra y veo una notificación.

Damien cambió su estado de «soltero» a «en una relación» y tengo que aprobar para que aparezca en

nuestros muros que estamos juntos. Escucho su risa. Doy aceptar y cuando entro a su muro otra sorpresa: cambió su foto de perfil por una de ambos.

—¿Y esa foto? —le pregunto, no me acuerdo de haberla sacado.

—Cuando jodías con Johnny —contesta y me río. Fue una tarde en que Damien no podía entender que Gastón me haya dejado y yo trataba de explicarle que, en términos objetivos, Johnny es más lindo que yo.

«Así que te parece lindo el boludo ese» y empezó a imitarlo sacándose *selfies*. Me morí de risa un buen rato; se ve que esa es una de las fotos que nos sacamos ese día.

En realidad, casi no nos vemos, mi mano está tapando el lente y entre mis dedos, de fondo, nos estamos besando.

Me subo a su cama y me monto a horcajadas sobre él.

—Te amo —le digo con una sonrisa.

—Ahora lo sabe todo el mundo —me contesta y sus ojos de cachorro brillan felices. Era realmente importante para él dejarlo salir, gritar a los cuatro vientos que me ama. ¿Cómo resistirse a eso? ¿Cómo resistir a Damien? Imposible.

Lo beso e intenta oponerse. No lo dejo. Le agarro las manos y enredo mis dedos con los de él antes de llevarlas a los lados de su cabeza. Avanzo con mi lengua dentro de su boca, reclamando lo que es mío.

—Alejo —se queja.

—No van a entrar —le digo mirándolo a los ojos y vuelvo a tomar su boca.

Damien

A pesar de mi precaria situación, no estoy triste. Diría que, todo lo contrario.

Pasaron apenas tres días desde que me quedé «en la calle», tres días en los que mi vida dio un vuelco.

Trabajo en la ferretería. No me lo pidieron, me ofrecí. La segunda mañana, me levanté temprano como siempre y le dije a Roberto que si quería que lo ayude.

Él lo entendió, necesito pagar por su hospitalidad. Accedió a que vaya las mañanas con la excusa de que seguro me aburro mientras Alejo duerme. Yo insistí en ir también las tardes y se negó con firmeza.

Su rostro compuso el mismo gesto de terquedad que suelo ver en su hijo y desistí. A él le parece mucho que trabaje ocho horas por tan solo techo y comida y no puede pagarme un sueldo; yo, por el contrario, siento que estoy haciendo poco a cambio de mucho.

Alejo tomó un par de trabajos más, se los pagan en negro y en un frasco de vidrio pone lo que gana para usarlo cuando volvamos a Rosario. Ahí puse también los pocos pesos que tenía en la billetera esa noche.

—Cuando nos acomodemos —le digo mientras lo abrazo en su cama—, vamos a armar otro frasco de esos hasta llegar a la impresora.

—Es mucha guita —se queja y yo lo beso.

—Te ahorrarías un montón en impresiones y ganarías más en tus trabajos. Es una inversión. También le puedo pedir al padre de Sebas que nos traiga una Mac para vos cuando viaje. Él no tiene drama, le damos los dólares y listo.

Sí, estoy volando antes de caminar. Pero me hace feliz pensar en mi futuro, porque en mi futuro está Alejo, y, si hacía allá vos, entonces puedo enfrentar cualquier obstáculo.

Él también se hace ilusiones y vuela conmigo. Hacemos planes absurdos y planes plausibles. A veces agarramos la calculadora y empezamos a sacar cuentas de cuánto tendríamos que juntar para hacer tal o cual cosa y empiezo a ver los fideos con manteca como el plato de la felicidad.

En la ferretería me divierto. Roberto dice que aprendo rápido; no sé si es cierto o lo dice para quedar bien, pero yo me siento contento porque sé que ayudo. Con la cuñada de Alejo embarazada y el padre con sus buenos años encima, alguien capaz de hacer un poco de fuerza siempre se agradece.

Me encanta vender, supongo que porque es nuevo para mí. No me imagino haciéndolo toda la vida.

Siempre tomo los clientes que saben lo que quieren, esos que vienen a buscar tal cosa, de tal marca, de tantas pulgadas. Los otros, los «vengo por el coso, del coso, que va en el cosito, para ajuntar eso del baño», los atiende mi suegro.

Volvemos al mediodía y Alejo me espera para almorzar a pesar de que no es costumbre en la casa Uriarte. Su papá me dice que lo aproveche, que son los primeros años y la carga a su mujer de que ya no lo hace por él. Nos da risa la fingida indignación de Analía.

—Es que cuando los chicos eran chicos, con tanta separación de años, cada cual tenía actividades a distintas horas. Tenía que servir cuatro almuerzos —me explica—. Y ahora me quedó el hábito.

Roberto le sonrío, es claro que no le molesta; su esposa lo acompaña mateando mientras él come lo que sea que haya. Hoy son empanadas y están buenísimas.

Mientras levantamos la mesa, suena mi teléfono.

Todos mis amigos mandan mensajes, las únicas personas en el mundo que llaman son

los telemarketers y mi mamá. Y yo no quiero atender a ninguno.

Miro mi celu como si fuese una serpiente y me tiembla un poco la mano cuando atiendo.

—Hola.

—*Hola* —contesta la voz de mi mamá al otro lado. Por un momento temí que sea mi viejo desde su teléfono —. *¿En dónde estás? ¿Cómo estás? ¿con quién estás?*

—Tres días te llevó —digo y mi voz suena cortada por el dolor. Me alejo de la mesa para que no me escuchen y voy al patio. Veo el momento exacto en que Roberto toma del brazo a su hijo para que me dé espacio.

—*Hijo...*

—Estoy bien. Estoy con Alejo, en su casa.

—*¿Alejo es tu...?*

—Novio. Decilo, ma. No-vio.

Se hace silencio al punto que miro la pantalla para comprobar que no se haya cortado la comunicación.

—*Te separé ropa y algunas cosas. También algo de plata y...*—siento que llora.

—No puedo ir a casa...

—*Cuando papá no está...vení cuando está en el trabajo o te las llevo yo dónde vos digas. Quiero verte, necesito saber que estás bien...*

—Ok —me sorprendo al acceder. Es mi mamá y la quiero un montón, les juro que en este momento me duele el pecho como si algo me lo estuviera aplastando —. Voy antes de que papá vuelva de trabajar.

—*Gracias, gracias* —llora de una manera tan desgarradora que me dan ganas de colgar el teléfono—. *¿Algo que necesites además de ropa y plata?*

—Padres —contesto hiriente y herido. Siento el ahogo de mi mamá como propio—. Voy a las cinco.

—*Te esper...*

Cuelgo antes de que termine. Tengo la vista borrosa por las lágrimas y cuando pestañeo las siento correr por mi mejilla. Me giro para mirar la cocina y eso alcanza como señal para que Alejo venga a mis brazos.

—¿Qué pasó? —pregunta preocupado.

—Mi mamá, la voy a ver hoy...

—¿A qué hora? ¿Dónde?

—En casa, a las cinco.

—Ok, te acompaño y después le digo a mi vieja que...

—Voy solo —interrumpo.

—No. Tu viejo...

—Mi papá no va a estar, a esa hora trabaja. Mi mamá me separó un par de cosas...

—Te acompaño lo mismo —insiste y me abraza con fuerza, como si así impidiese que me vaya.

—Quiero hablar con ella, aprovechar que está sola, quiero saber que piensa y siente al respecto...

Los ojos azules de Alejo se clavan en mí. Le cuesta horrores mantener la boca cerrada y valoro el esfuerzo, hace que lo ame más y ya no creo que entre ni una gota más de amor por él en mi corazón.

Sé lo que está pensando, que mi mamá no merece que le dé una oportunidad de explicarse porque no intervino por mí frente a mi viejo. Tiene bronca; yo me sentiría igual si fuese al revés.

—¿Puedo al menos esperar en la esquina? —pide.

Le sonrío y Alejo me limpia una lágrima.

—Vos andá con tu mamá al centro, cuando termine nos encontramos. No voy a estar mucho, te prometo. Busco mis cosas, hablo con ella y me vuelvo con vos.

No está convencido, pero accede.

Los padres de Alejo se van a dormir la siesta; es más un ritual que cansancio creo yo, porque no duermen más de media hora. Nosotros nos quedamos en el patio. Nos sentamos juntos en el sillón de mimbre a hacer nada. Yo empecé un libro, el hombre bicentenario, estaba en casa de Alejo; es una edición vieja del diario *Clarín*. Acomodo el cuerpo de él hasta apoyar su espalda en mi pecho, lo rodeo con mis brazos y agarro el libro; tengo que leer sobre su hombro.

—No terminé esa página —bromea cuando paso a la siguiente. Él está leyendo algo en su celu.

A veces lo beso, a veces tengo que releer el párrafo para recordar dónde estoy, a veces cierro el libro y me quedo sólo mirando al chico que amo.

La madre de Alejo me alcanza a casa antes de ir al centro con su hijo. Van a comprar las últimas cosas de navidad, ya estamos a días y me parece increíble que lo vaya a pasar con ellos.

Tengo mi llave aún, de las pocas pertenencias que estaban en mi bolsillo esa noche.

Abro y me siento raro al hacer algo tan cotidiano después de lo que pasó. En la cocina, veo mi ropa tirada por todos lados y una valija abierta, dada vuelta.

El primer grito me saca de mi desconcierto.

—¿Qué mierda pensás que estabas haciendo?! ¿Quién compró esas cosas?! ¡¿Vos, pedazo de puta inútil?! —

En el descanso de la escalera que va a la planta alta, mi papá le está tirando cosas por la cara mi mamá. No cosas, mis cosas.

La escena es horrible. Mi viejo agarra mi propia ropa y se la pasa por la cara con violencia a mi mamá, raspándola con la tela.

—¡Acá tenés las cosas de ese puto de mierda que llamás hijo! —espeta furioso

Con una de mis remeras en su mano, le pega un revés. Por el estado de la cara de mi mamá, no es el primero de la tarde.

Lo agarro por la espalda y lo separo de ella.

—¿Esto es lo que venís a buscar, pendejo de mierda? ¡No es tuyo! ¡todo dejó de ser tuyo el día que dejaste que te rompan el orto, puto de mierda! ¡Andá con el maricón de tu novio! ¡Con el que te andás besando frente a todos! —Dirige su furia hacia mí.

—¡Si eso es lo que te jode, pegame a mí, cagón! ¡Dale, vení, pegame! ¿O ahora que sabés que te la puedo devolver arrugás? ¿Yo soy el maricón? Porque acá uno sólo le está pegando a una mujer.

—¿Quién mierda te creés que sos?! ¡Andate de mi casa!

—Ma, vamos —le digo y la levanto.

—¡Tu mamá no va a ningún lado!

Lo ignoro.

—Vamos, ma —insisto—. Vamos a lo de la tía Helena, seguro va a entender.

—La tía Helena —dice mi viejo en tono burlón— ya entendió, como vas a entender vos también. Tu mamá nunca, nunca, me va a dejar.

¿Eso es por lo que no se habla mi vieja con la familia? ¿Por qué no deja a mi papá?

—¿Cuántas veces te pegó, ma? ¿Cuántas? —pregunto desesperado al entender lo que no vi durante casi veinte años.

—Damien, andá hijo —me ruega.

—No. Vení conmigo.

—No lo provoques —suplica y llora.

Me quedo en *shock*. «No lo provoques», lo que mi mamá no dice es «no lo hagas porque lo pago yo».

—¡Te voy a matar! —le grito a mi viejo y arremeto contra él. Los golpes van y vienen hasta que mi mamá se mete a separarnos. Mi papá frena porque está adolorido, yo freno porque no quiero lastimar más a mi vieja.

Ella pone el cuerpo sobre el de mi papá, protegiéndolo de mis golpes como aquella noche hizo por mí.

Voy a la bacha de la cocina y vomito.

Mi papá la empuja, sacándosela de encima, mientras sigue vociferando insultos para mí. Mi mamá se da la cabeza contra el borde de la escalera y yo corro a ayudarla.

—Ma, por favor —le pido y noto mis lágrimas—. Dejalo, vení conmigo.

Ella mira con miedo a mi papá y niega con la cabeza.

—Por favor, ma —ruego y lloro como un nene—. Por favor, no me hagas esto, no te hagas esto. Vamos, por favor.

Si me voy sin ella va a seguir pegándole. Va a golpearla por mi culpa, va golpearla hasta que un día nadie llegue a detenerlo, hasta que a la frase «nunca me va a dejar» tenga que agregarle «con vida».

—Damien, andá hijo —suplica.

—No —levanto la vista y miro a mi papá. Lo odio, lo odio tanto—. ¿Qué querés? —pregunto— ¿Qué querés a cambio de no pegarle a mamá?

—Sabés lo que quiero. Un hijo normal, una familia normal. Un hombre hecho y derecho. ¡Mierda! Quiero al hijo que eduqué. ¿Es tanto pedir?

No pienso contestar a eso. Yo soy su hijo y soy lo que soy y no hay nada, nada, malo conmigo.

—Bien —digo.

—Damien...—mi mamá me mira y yo no puedo devolverle la mirada.

—Vamos a dejar esto claro acá y ahora —hablo para mi papá e intento que la voz me suene más firme de lo que es mi voluntad—. Yo lo dejo, pero vos jamás, jamás le volvés a levantar la mano a mamá. Nunca ¿me escuchaste? Si me entero, y me voy a enterar, que la agrediste, te juro que no va a haber persona en toda esta puta ciudad, en la provincia, que no sepa que soy gay. Y me voy a asegurar de que todos sepan que además de homosexual, soy tu hijo y quizás hasta me ponga creativo dando detalles...

—Si volvés a hablar con ese puto con el que salís, te vas a la calle de nuevo —dice mi papá y busca hielo. No se lo da a mi mamá ni a mí, lo usa él—. Ahora junten este quilombo.

Se va a su habitación y yo separo más hielo para mi mamá. Se lo alcanzo sin mirarla y empiezo a levantar mis cosas del suelo.

—Damien...

No contesto.

—Hijo... Hijo, por favor.

Sigo en silencio.

—Andá con ese chico —dice.

—Ese chico se llama Alejo y lo amo. Y ahora lo tengo que dejar, así que haceme el puto favor de cerrar la boca.

—Damien...

—Damien ¿qué? Ma— la voz me suena cansada, sin emoción—. ¿Eh? Si no es para decirme que lo vas a dejar, no digas nada. Y ni se te ocurra ponernos de excusa a Alishya y a mí, porque no me queda mucho respeto. Lo único que me queda es lo mucho que te amo, espero alcance.

Llora. Yo no.

Meto todo en la valija y la subo a mi pieza. No la acomodo, sólo me siento en la cama y agarro el celular.

Alejo: (foto)

Es un body que simula una vaquita de San Antonio.

Alejo: no me dejó comprarlo mi mamá (emotición de risa)

Alejo: ves? Tiene que ser sobrina.

Alejo: Damien? Estás bien?

Alejo (audio): Damien, mi amor, ¿todo bien? ¿Te pasamos a buscar ahora? ¿Qué pasó? Por favor contestá los mensajes.

Alejo: Damien!

«Llamada perdida de Alejo».

«Llamada perdida de Alejo».

«Alejo llamando».

Me tiemblan los dedos cuando atiendo.

—Damien, mi amor. ¡Me estoy muriendo! Estoy en el auto, mi mamá se fue a la peluquería. ¿Te paso a buscar? ¿Está todo bien?

—Alejo... —se me corta la voz.

—Damien, estoy yendo. ¿Me esperás en la esquina?

—Alejo, se terminó.

—¿Qué se terminó? —pregunta sin siquiera sospechar de lo que hablo.

—Nosotros, Alejo, no podemos seguir —lloro.

—¿Qué? ¡¿Qué?! ¿De qué hablás? Ahora voy para allá y lo que sea que haya pasado lo arreglamos. Vas a ver mi amor, vas a ver que lo arreglamos.

—No vengas. Por favor, Alejo. Se terminó... no puedo... ¡Dios! No puedo. Perdón. No vengas —digo con el último aliento y corto antes de romper en un llanto desgarrador.

Alejo

Estoy algo preocupado. No me gusta dejar a Damien solo con la familia. De pensar que puede estar su padre, tiemblo.

Lo alcanzamos hasta la esquina de su casa y nos vamos al centro. Estacionar es la muerte, siendo cerca de navidad, todo el mundo está haciendo compras como nosotros.

En casa no somos regaleros, siempre anduvimos algo cortos de plata, así que mis papás ponen algo chiquito para cada uno en el arbolito, una pavada, pero lo que cuenta es la intención.

Sin embargo, este año estamos emocionados y la guita nos quema en la mano. Con mi vieja paramos en cada juguetería, casa de ropa de bebé, perfumería y miramos todo. Algo seguro compramos.

Yo veo un *body* e insisto.

—No hay cosas de nena o nene —le digo a mi mamá. Imaginar a mi sobrino o sobrina vestido de vaquita de San Antonio me puede.

Le saco una foto y se la mando a Damien. Al final terminamos comprando una de esas cajitas con perfume de bebé, jabón y talco.

—Voy a la peluquería, seguro voy a tardar, me vuelvo en un remís —dice mi vieja cuando terminamos con las compras.

—Dale, yo voy a buscar el regalo de Damien y después a él. Avisame cuando te liberes y te vengo a buscar yo, para que vas a gastar.

Me da un beso y me voy al local de remeras. Al loco lo conozco, hace estampas a pedido y un par de veces trabajamos juntos. Esta vez le di un diseño mío hecho especialmente para Damien.

—Quedó buenísima, Alejo. Qué pena que no me dejes imprimir más —se lamenta.

—Te hago otro diseño para vender, no hay drama. Pero este no, es para mi chico.

—¿Hablaste con el negro? También anda pidiendo uno de tus dibujos.

—Le escribí por *Face* —contesto mientras pago. Estoy agarrando cuanto trabajo encuentro, aunque sea chico.

Le mando un *WhatsApp* a Damien cuando me libero y no contesta. Lo llamo y no contesta.

Empiezo a desesperarme.

Cuando al fin atiende, escucho en su voz que algo malo pasó.

—No vengas. Por favor, Alejo. Se terminó... no puedo... ¡Dios! No puedo. Perdón. No vengas. —Cuelga.

No tengo palabras para explicarles lo que siento. ¿Miedo? ¿Rabia? ¿Desesperación? ¿Incredulidad?

Manejo hasta su casa e intento serenarme para no provocar un accidente.

Pasé infinidad de veces antes por ahí, sé dónde vive y, sin embargo, la casa de dos plantas sigue generando una gran impresión en mí; me resulta algo lujosa para mis estándares, con su garaje para dos autos, su puerta de doble panel y su fachada de ladrillo visto.

Toco el timbre y sin casi esperar, golpeo la puerta y vuelvo a hacer sonar.

Abre el padre de Damien, Ernesto; su nombre me quema. Está golpeado y siento como la sangre abandona mi cuerpo.

—Vengo a buscar a Damien —le digo y lo miro a los ojos. Dejo que mi mirada transmita cuánto lo

odio.

—Mi hijo no existe para vos.

—Buena suerte con eso ¡Damien! —grito.

Ernesto me empuja.

—¡Salí de acá, puto de mierda, o te voy a re cagar a trompadas! ¿Me escuchaste?

—Dale —lo incito—. Dale, pegame. Vení a la vereda y cagame bien a trompadas enfrente de los vecinos. Ah, y no te olvides de gritar que lo hacés porque soy puto, no te guardes nada —le digo y lo estoy forreando— que todos sepan que me pegás por maricón. Con la guita que te saco del juicio por violencia y discriminación, le pago a Damien hasta un postgrado en el MIT. ¡Damien! ¡Mi amor! ¡Damien! —grito aún más fuerte y mirando a su padre a los ojos.

—No te va a ver —dice ya sin hacerse tan el gallito. Sabe que estamos dando un espectáculo y que, si seguimos, todos en la manzana van a saber que su hijo es gay y que yo soy su novio.

—Correte —lo empujo y paso —¡Damien! — llamo ahora desde el living.

El living hace una «L» con la cocina y el comedor; está decorado en colores claros, con sillones color crema y muchos objetos de diseño, de esos que no sirven para nada, pero se ven lindos.

—¡Damien! —vuelvo a llamar y lo veo aparecer.

—Damien, mi amor. ¡Dios! —digo cuando veo sus magullones, son menores que los de su padre, pero a mí me importa una mierda—. ¿Qué hizo esta vez? Vamos, mi amor. Vamos a casa, no tenés que volver nunca más. —Le acaricio con el pulgar el labio cortado y le doy un beso suave, más cercano a los que da una mamá cuando hace «sana, sana» que los de un novio.

—No —contesta en un murmullo casi inaudible. Pretendo no escucharlo.

—Vamos a estar bien ¿sí? Vamos, si querés hacemos la denuncia, sino, simplemente desaparecemos. No lo necesitás...

—Alejo —me suplica y se planta firme con su cuerpo para que no pueda tirar de él.

—Amor, en serio. Lo que sea que hizo no lo va a hacer más.

—¿No entendés un no? —interviene el padre y yo lo ignoro. Tiene suerte que lo haga, porque lo que realmente deseo hacer, es golpearlo hasta la muerte. No soy como él, me repito para calmarme y no generar más violencia.

Acaricio la cara de Damien y le levanto el mentón para que me mire a los ojos.

—No me lo hagas más difícil —me pide triste y se muerde el labio lastimado—. Alejo, por favor.

—No lo hago difícil, es fácil...—me interrumpo al ver a su madre que acaba de aparecer atrás de Damien. Está más golpeada de lo que jamás vi a alguien— ¡La puta madre!

—No te metas en lo que no es tu asunto. —La voz de Ernesto me llega a mis espaldas. Tiene miedo de una denuncia, hace bien, porque eso es lo que voy a hacer.

—Señora, vamos a un hospital, usted tampoco tiene por qué quedarse acá. Vamos ya, hacemos la denuncia. Damien, mi amor, no le va a volver a pegar a ella tampoco. —Entrelazo mis dedos a los suyos y le levanto la mano para besarla.

—Nadie va a denunciar...—dice con un hilo de voz y pierdo la paciencia.

—Amor, no. No. ¡No, Damien! No dejes que gane. Vamos, vamos a casa. Por favor. —Se me llenan los ojos de lágrimas y para mi sorpresa soy el único que llora.

Me paso las manos por el pelo, desesperado. Miro al chico de mis sueños, al chico que amo con todo

mi corazón, al que pensé que nunca tendría y que al final me quiso. ¡Dios! Si hasta ayer gritaba a los cuatro vientos que estaba conmigo, que nos amábamos con locura... hacíamos planes, nos burlábamos de los imbéciles que prefieren sentir odio antes que amor. ¿Cómo puede haber terminado eso de un día para el otro? ¿Cómo puede ese monstruo ganarle a lo que teníamos Damien y yo?

—¿Ya está? —dice su padre— ¿Ya te convenciste, maricón, que mi hijo te dejó?

De lo que me convencí es de que no hay nada que pueda hacer de manera inmediata. Si Damien se va, la que lo va a pagar es su madre y puedo ver parte de lo que fue la primera cuota.

Tenemos que hacer la denuncia, ella lo tiene que dejar y tiene que conseguir una orden de restricción. Esa es la única salida. O matarlo, ese sería mi plan perfecto si no fuese porque voy en cana.

Me siento impotente. Miro a Damien y él me esquivo la mirada, su madre hace lo mismo. El único que me mira es Ernesto; lo hace con satisfacción, a sabiendas que acaba de ganarme.

Tengo que irme, tengo miedo que mi presencia empeore las cosas, que si sigo acá, este hijo de puta se las haga pagar peor a su esposa y su hijo.

—Te amo —le digo a Damien y le paso la mano por la mejilla—. Te amo, eso no lo puede cambiar nadie.

—¡Fuera! —grita su padre; siente asco de mi demostración de afecto.

Cuando paso por la puerta me volteo solo un instante para mirar al hombre que está dispuesto a arruinar tantas vidas.

—Si existiese peor desgracia que ser odiado por su propio hijo, se la desearía. Como no hay nada peor que eso, sólo me queda desearle que se muera pronto.

Me voy temblando, me subo al auto y manejo tan solo dos cuadras antes de darme cuenta que no puedo seguir. ¡Dios! ¡Cómo duele!

—Juan Pablo —llamo a mi hermano al teléfono; la roca, el seguro, el calmo y, sobre todo, el silencioso—. Vení a buscarme, estoy en el auto y no puedo manejar.

No pregunta, entiende por el tono de mi voz que es grave. Llega en un remis y me corro para dejarlo al volante.

Me ovillo en el asiento del acompañante y me largo a llorar.

Mi hermano se queda conmigo hasta que mis papás llegan. Va a buscar a mi mamá por mí y lo escucho hablar bajito con su esposa al teléfono, explicándole lo poco que sabe.

—¿Qué pasó? —pregunta mi papá preocupado. Vino a las corridas y cerró la ferretería; mi cuñada llega con él.

—Me dejó. Le pega a la madre —no puedo explicar más. Espero entiendan quién le pega a quién y por qué eso significa la ruptura entre nosotros. No tengo fuerza para dar detalles.

—Hay que denunciar —dice mi mamá.

—Sí. Llamamos ahora a la policía... —agrega mi papá y busca sus lentes de leer para poder ver los números que marca.

—No —dice mi cuñada—. Puede ser peor.

—¿Cómo puede ser peor que esto? —escucho la conversación a mi alrededor.

—Si la mujer no está preparada para dejarlo... los hombres violentos son vengativos, se las puede hacer pagar peor si alguien denuncia.

—No podemos no hacer nada...

—Llama al ¿144, es? Preguntá qué se puede hacer...

—¿Cómo es, 1, 4, 4?

Las voces siguen a mi alrededor, escucho como mi papá le explica a alguien al teléfono como es la situación y le contestan cómo proceder con una denuncia y qué esperar al respecto.

Mi mamá me acaricia el pelo y noto en el ambiente que las respuestas que están recibiendo no son milagrosas. Es que, en el fondo lo sé. Son dos adultos que «deciden» quedarse en esa situación; tienen que ser ellos los que pongan fin y los demás estar como apoyo, recordándoles que estamos acá para ellos.

Me voy a la pieza sin casi energías.

Yo (audio): Probablemente tu viejo te quite este medio de contacto conmigo en breve. No importa, no me puede borrar a mí. Estoy acá y te amo. Voy a estar siempre, mañana, pasado, pasado y pasado. Siempre, Damien. Nunca, jamás, lo dudes. Si algo pasa, si algo cambia, si me necesitás, voy a estar al lado tuyo, no hay nada ni nadie que me importe más que vos.

Yo (Audio): Me cuenta hablar. Pero vi el visto, no importa que no contestes. Son los últimos audios que mando, no quiero complicar las cosas. Sólo recordarte que estoy para vos. Y que hay salida, la hay, te juro. Acá llamamos al 144, si podés, llamá y te van a explicar cómo hacer, cómo ayudar a tu mamá. Te amo.

Yo: TE AMO. TE AMO. TE AMO.

Damien

Nunca fui creyente, la religión no es lo mío. Pero ahora sé que existe el cielo y el infierno; estuve en ambos.

Ya no puedo llorar. De tanto fingir frente a mi familia, frente a mi viejo, me quedé sin lágrimas.

Soy lo más parecido a un *zombie* que existe. Alejo tenía razón, mi papá cortó todos los medios de comunicación; ni siquiera me deja ver a mis amigos. Sebas y Esteban se acercaron cuando mi estado en *Face* volvió a ser el de soltero y mi foto de perfil pasó a celeste. Mi viejo no los dejó pasar, los puteó como si hubiesen sido los responsables de mi homosexualidad.

Por lo menos, ellos me pueden mandar mensajes.

—Si volvés a escribirle al maricón ese, te vas a la calle —sentenció mi papá revisándome el teléfono. Vi el momento en que palideció con el último mensaje sobre la línea 144.

Ojalá pudiese hacer algo, ojalá pudiese convencer a mi mamá de dejarlo, ojalá me quedasen fuerzas.

Me levanto otra mañana más, los chillidos de mi hermana me sorprenden. Es nochebuena y a mí me importa una mierda.

—Damien ¿un café? —pregunta mi mamá. Son las diez, nunca me levanto después de las ocho, pero ahora lo único que hago es dormir.

—¿Te volvió a pegar? —pregunto yo en cambio, como cada puta mañana.

—No.

Me siento horrible. Por un momento espero que la respuesta sea «sí». Un sí que me permita irme sin sentirme culpable, un «sí» que diga que él rompió la promesa, no yo.

—Tenés que desayunar —dice mi vieja y me pone el café con leche frente mío. También trae tostadas, manteca y dulce de leche. Doy un sorbo al café y siento nauseas.

No puedo mirar a mi vieja a la cara, no puedo hablarle. No tolero que pretenda que todo está bien, que juegue el rol de madre abnegada conmigo. Sé que tengo que apoyarla, ayudarla, darle confianza para que deje a mi papá, pero ¿cómo?

Siento bronca que ella no pueda abandonar a un hombre que le pega y tenga que ser yo quien deja a quien ama y lo ama. ¿Dónde está el sentido en esto?

Cada día, desde entonces, mi mamá intenta hablarme como antes y yo le esquivo. No puedo seguir haciendo como si nada, bastante ciego fui todos estos años. Tampoco puedo dejar que ella siga haciendo como si nada.

¿Y mi tía Helena? Se peleó con su propia hermana por mi viejo. Quiero saber su versión, pero también quiero putearla. ¿Por qué se fue? ¿Por qué nos abandonó si sabía lo que pasaba? ¿Cómo no hizo nada?

Irse es de cobardes. O quizás, eso me repito yo para darle un poco de fuerza a una decisión que me hace miserable.

Me levanto, tiro el contenido de mi taza en la bacha y me voy a mi cuarto. Me prendo un cigarrillo —sí, fumo en mi cuarto ahora— y me quedo mirando la nada hasta que me llaman a almorzar.

Tengo que bajar, sino mi viejo me viene a buscar. Ya lo intenté.

No como más que dos bocados.

Mi hermana habla como si nada hubiese pasado, como si su familia no estuviese completamente

golpeada y con moretones que van del violeta al amarillo. Mi papá le sigue la corriente, simular que todo está bien es su pasatiempo. Mi mamá, en cambio, intenta que yo coma.

Vuelvo a mi habitación y me ovillo en la cama con mi celular en las manos y sin moverme. Mi papá borró todo mi chat de *WhatsApp*, me hizo bloquearlo en *Face* y eliminar su número de mis contactos. Revisa que siga así, todos los días. Sin embargo, me sé su teléfono de memoria y me martirizo toda la tarde marcando y borrando los números en mi pantalla.

Golpean la puerta y no contesto.

—¿Damien? —es mi hermana.

—Andate.

—¿Por qué hacés esto?

Silencio.

—Damien ¡La puta madre! ¿No ves lo que hacés? ¿Cómo podés ser tan egoísta? Papá y mamá se pelean por tu culpa y vos venís a encerrarte en tu pieza como un pendejo malcriado. —Al ver que no contesto me tira con un almohadón—. ¡Basta! ¿Todo por ese novio tuyo? ¿En serio? Sabías que papá se iba a poner loco, ¿no podías aguantarte? No, claro, tenías que salir a gritarlo a los cuatro vientos... ¡Si hasta Celeste sabía!

—Sí, la gente parece muy preocupada por mi vida sexual, en cambio están más que dispuestos a mirar para otro lado cuando les conviene.

—¿De qué hablás?

—¿Sabías que papá le pega a mamá? ¿Sabías que la tía Helena lo sabe? —pregunto en tono amargo.

—¡Dejá de hablar al pedo!

—Alishya, ¿Por qué creés que estamos los tres golpeados? ¿Eh? ¿Nos caímos todos por las escaleras? Mal día para la familia Laurenti —agrego con sarcasmo.

—Se pelearon papá y vos, y mamá se metió...

—No, Alishya, papá le estaba pegando a mamá y «yo» me metí.

—¡Le estaba pegando por tu culpa! —me grita y se le llenan los ojos de lágrimas.

—No, vení —la abrazo y ella me rehúsa, mi voz suena cansada hasta en mis oídos—. Le estaba pegando porque papá es un violento de mierda. ¿Lo entendés?

—No es así —llora.

—Alishya ¿vos sabías? Vos sabías —me rectifico al ver su expresión.

—Fue mi culpa, papá se enojó con mamá porque me dio permiso a ir de Cele y yo mentí...

—No fue tu culpa, fue culpa de él.

—¡Fue mi culpa porque yo mentí! Y ahora es tu culpa... —se quiere ir y se lo impido.

—Alishya, ¿Alguna vez te pegó a vos? —niega con la cabeza.

—Papá no es malo —lo defiende—. Tiene mal carácter, nada más. Pero no es malo, se enojó con mamá porque él no me había dado permiso para salir y yo le dije a mamá que entonces me quedaba de Cele y nos escapamos. Papá se pensó que mamá lo había desautorizado...

—Alishya, no fue tu culpa...

—Hoy las chicas vienen a casa, Cele sigue muerta con vos, capaz si le das bola...—cambia de tema tan bruscamente que me descoloca. Se seca las lágrimas y vuelve a construir la fachada de hueca con la

que sobrevive. Ahora la entiendo, no es tonta ni superficial, es su coraza con la que se protege de la mierda que nos toca vivir.

—Alishya, soy gay. No dejé de serlo, no voy a dejar de serlo.

—Pero papá te va a matar.

—A mí no. Pero no estoy solo en el mundo... —le digo sin darme cuenta que le transmito mi mayor miedo: que ella y mamá paguen el precio de que yo ame a Alejo.

—Damien...

—Alishya, te quiero, pendeja. Te juro que así, rubia tonta y todo, te quiero, y si papá te toca un pelo, un pelo —remarco—, lo mato.

Busca escapar; siente algo de pudor, sé que nunca le dije que la quería. Mi culpa. Pienso ponerle remedio.

—Sos un pelotudo —me contesta y noto que tiene ganas de llorar otra vez—, por cierto, tu chico te deja mensajes.

—¿Qué?

—Entrá a *Face*...

—Papá me hizo bloquearlo.

—Entra sin loguear. ¡Qué tipo pelotudo! —me dice saliendo de mi pieza, pero noto un dejo de humor en su voz.

Busco «Alejo Uriarte» en *Google* y me salta su perfil.

Lo pasó a público para que yo pueda verlo. ¡Dios! Estoy llorando. Llorando de nuevo, llorando como no lloro desde la tarde que lo tuve que dejar.

Me duele el pecho.

«Alejo, mi amor» pienso y tengo la vista borrosa.

«Nadie está solo cuando alguien lo ama» tiene como primera publicación en su muro.

Alishya tiene razón, me dejó mil mensajes. No puedo dar *like*, ni comentar y él lo sabe. Pero lo puedo leer. Alejo está ahí y a pesar de todo me sigue amando.

«¿Cómo pudieron pasar tan rápido nuestros dos meses juntos y pasar tan lento los minutos ahora?»

«Sigo leyendo el mensaje que dejaste, para recordarme que no lo soñé. No te soñé, no me soñaste, fue más real que todo lo que estamos viviendo ahora».

«Si pudiese elegir un superpoder, elegiría el de abrazarte a la distancia» abajo, como comentario: «Aunque me conformo con el de matar a la distancia».

Logra hacerme reír entre el llanto. Sigo viendo los posts hasta llegar al último. Me dejó temas que nos gustaban, escenas de pelis, frases, fotos nuestras, anécdotas, chistes que sólo yo puedo entender...

Lo amo. Lo amo tanto. No tengo más fuerzas, posta, no me quedan. Quiero ir con él, quiero dejar todo atrás, quiero que no me importen las consecuencias, quiero que la culpa remita.

Si me voy y mi papá vuelve a lastimar a mi mamá, no me lo voy a perdonar nunca. Si pierdo a Alejo, voy a morir. Ya estoy muriendo.

Me paso las manos por el pelo, desesperado.

Esos mensajes me hicieron llorar. Lloré de nuevo, sentí de nuevo, mi corazón late y duele, pero al menos late. Alejo es mi hilo a la cordura.

Mientras él esté, yo voy a poder vivir. Si él corta ese hilo... Si lo corta, ya no va a importar más nada.

Alejo

Yo: *Alguna novedad?*

Sebas: *Nop. No nos deja pasar*

Yo: *fuck.*

Estoy desesperado. No sé más qué hacer. Necesito saber que está bien. Puedo aguantar cualquier cosa, puedo esperarlo hasta la eternidad, puedo pelearme con quien sea, siempre y cuando sepa que Damien está bien.

Ahora entiendo el terror. Lo entiendo a él, aunque me duela. Dejar a alguien atrás, saber que las consecuencias de tus actos recaerán sobre la persona que amás... Esa es la única razón por la que no derribo su puerta y esa es la razón por la que Damien se aleja de mí.

Lo amo. Lo admiro. Lo extraño. Lo necesito. Pero, ¡Mierda!, me estoy muriendo.

Mi familia me mira preocupada. Intentan levantarme el ánimo y yo finjo por ellos.

Es nochebuena y vino toda la parentela. Mi mamá puso su mix de cumbias viejas, suena Gilda, También, Ráfaga... No me gusta la cumbia, salvo en navidad. Todos los años me divierto con esos temas, me río cuando Ema baila con su abuela, cuando mi tía canta y se equivoca la letra, cuando mi tío cuenta la misma anécdota mil veces...

Esta vez es distinto.

—¿Más vitel toné? —pregunta mi mamá y no contesto. Mi mente divaga.

Estas fiestas las iba a pasar con Damien. ¡Ay, Dios! Estaba tan feliz. Su remera está envuelta bajo el arbolito, con una tarjeta que, como imaginarán, dice: «te amo». Miro el envoltorio.

—¿Alejo? —Mi mamá esta con la fuente frente a mí.

—Perdón... Eh, permiso. —Me levanto de la mesa y voy al baño. Bajo la tapa del inodoro y me siento a llorar.

Dejo que salga el dolor que me oprime el pecho. Soy como un dique en temporada de lluvia, necesito largar mis lágrimas para aflojar la presión de mi corazón y volver a estar fuerte y firme para cuando Damien me necesite.

No pierdo las esperanzas de que llegue el día que me llame. No puedo perderlas, es lo único que me mantiene en pie.

Vuelvo a la mesa y mi mamá me mira preocupada.

—¿Estás bien? —pregunta mi vieja por lo bajo.

Asiento e intento comer. No tengo éxito.

Cuando vamos al patio a comer turrón y seguir tomando, siento que tengo que huir. Volví a fumar mis *Lucky*, casi los había dejado el último tiempo, porque bueno, tenía los besos de Damien que son más adictivos y saben mejor.

Ahora fumo, fumo y lloro, y pataleo y puteo y vuelvo a llorar.

Me voy al garaje, lejos de la vista de los que me quieren. Los hago sufrir, lo sé. Sufren conmigo, sufren porque ya no sonrío, ni hablo pavadas de mi sobrina —sí, sigo pensando que va a ser nena—, ni dibujo, ni escucho música... Es que todo es una mierda sin Damien. Posta. Mis canciones preferidas me recuerdan a él, cuando dibujo pienso en si a él le gustarían...

Caigo de cuclillas y vuelvo a llorar. Lo hago conteniendo los gemidos para que nadie me escuche, para que nadie sepa que no soy tan fuerte como parezco.

Unos brazos me rodean.

—Tenías razón —dice Ema y me trae un pedazo de pan dulce—, ahora te tengo que alimentar por una semana. Así que comé.

—Ema...

—Comé. Perdí mi apuesta, vos ganaste. Comé —me ordena.

—¿Estás con Martina? —pregunto e intento secarme las lágrimas. Es al pedo, me salen mil más.

—Sí. Y tenías razón, está en una situación de mierda, tal y como vos me dijiste. Así que, mismo consejo que me diste, hay que ser fuerte para enfrentar lo que viene.

—¿Qué pasó?

—Ahora vos. ¿Te lo debo o no te lo debo? Sin vos, hubiese aflojado antes, ahora me toca a mí darte fuerza.

—No tengo más, Ema. No tengo más fuerzas, boludo —le digo y dejo que me abrace mientras lloro.

—¿Cómo no? Damien te lee, seguro. Sabe que estás acá para él, no dejes de remarla, Alejo.

—Necesito saber cómo está. Si Damien está bien, entonces yo puedo seguir. Puedo seguir el resto de mi vida, pero si él está mal... Dios, si todo esto es al pedo... ¿Qué sentido tiene? No... No quiero seguir — confieso con la voz quebrada.

Si a Damien le pasa algo, nada más me va a importar. Nunca. ¿Cómo se vuelve de eso?

—¿Creés en los milagros de navidad? —pregunto cuando dejo de llorar y me prendo otro pucho.

—Creo en todo lo que nos dé esperanzas —contesta y recuesto mi cabeza en su hombro.

Empiezan a sonar los fuegos artificiales y vamos al frente. Mi familia está en el patio, se escuchan sus gritos y risas felices.

—Feliz Navidad —le digo a Ema y a Damien a la distancia.

Casi puedo sentir su respuesta en el corazón.

Alejo

Dios tiene un sentido del humor endemoniado.

Mi milagro de Navidad apareció el veinticinco a la tarde de la manera menos esperada.

Sebas (Audio): Vení a la pile lo mismo, Alejo. Posta, se te nota hecho mierda, cuando Damien reaparezca —y lo va a hacer—, nos va a cagar a trompadas por dejar que andes depre por ahí.

Ese es solo uno de los audios. Me mandó —los conté— catorce audios. Ema escuchó uno y no paró de romper los huevos, al punto que le dijo a mi familia, para que tenga toda la parentela diciéndome que vaya.

—Venís conmigo —le ordeno a mi «ex» mejor amigo.

Él no está mucho mejor que yo y no quiere contarme qué pasó con Martina.

A todos nos gusta tener razón, salvo cuando tenemos razón en una mala.

Mi cara la tengo que llevar con un carrito. Estoy, además de triste, de mal humor. No quiero pretender que amo la navidad, soy el *Grinch*, muéranse todos.

La quinta de Sebas me recuerda a Damien. Todo me recuerda a Damien.

Y ahora, encima, se suma que tengo tres niños: Emanuel, Sebas y Esteban.

Saben que me fui a llorar cuando dije que pasaba al baño, saben que estoy ojeroso y con los ojos rojos de tantas lágrimas, se dan cuenta que no duermo, no como, no río.

A las cinco no aguanto más.

—Vamos, Ema —le pido antes de volver a llorar.

—Ok. Me seco un poco y vamos —concede sabiendo que consiguió más en estas horas de lo que lograron mis viejos en los días que pasaron desde la ruptura.

Los padres de Sebas compraron una pata de ternera y comí dos sándwiches, también hablé. No me pidan más.

—Hola —escucho que me saluda una voz demasiado alegre. Tamara.

—Hola —contesto.

La sonrisa de Tamara queda clavada en su cara al darse cuenta de mi aspecto. Atrás de ella está Cristian que la abraza, le da un beso en el cuello y le murmura un «te amo» bajito antes de volver a su papel de chico gracioso no enamorado.

—Gané mi apuesta —digo intentando ponerles humor a mis palabras.

—Sí —sonríe incómoda de estar feliz frente a alguien obviamente miserable.

—Pará —hago una pausa y pienso—, gané mi apuesta —mi tono de voz suena como el que debe haber tenido Einstein cuando descubrió la relatividad.

—Eeeeh, sí. Cristian y yo...

—Me debés la paga —interrumpo ansioso.

—Sí —sonríe— ¿Tengo que limpiar tu baño?

—No, Tamara, tenés que hacerme el mayor favor de mi vida. Te juro que si el universo es como dice Gastón, entonces te vas a casar con Cristian y vas a tener una docena de pibes.

—¿Eh? —Está entre anonadada y divertida. Yo por primera vez en días —que parecen siglos—

sonrío.

—Tenés que ir a casa de Damien.

—¿Qué?

—A vos su papá te va a dejar pasar, sos la ex, la mina linda que salió con él...

—Gracias por lo de linda —dice y sigue sin salir de su asombro. No entiende que pasa.

—Tamara, su papá se enteró de lo nuestro. Es... Es... Dios. Es horrible.

—Alejo —me abraza al comprender—, ¡Mierda! Te juro que hago lo que quieras y además limpio el baño. ¿Qué pasó? No me enteré de nada, yo... yo lo eliminé a Damien de todos lados, porque tenías razón...

—Siempre tengo razón —le digo y siento una lágrima calentarme la mejilla. Estoy tan acostumbrado a llorar que no me sorprende.

—No estaba enamorada de Damien, estaba enamorada de la idea de él. No sé cómo explicarte, pero todos los pibes me miran como si fuese un pedazo de carne y no me gusta, él era distinto, porque era gay, ahora lo sé. Pero distinto al fin de cuentas y me enamoré de la idea de que a alguien pueda importarle más sólo mi físico. Hasta Cristian... él, él...

—Él te quiere posta — completo por ella.

—Sí. Y lo vi gracias a vos. Así que cuando me di cuenta, borré a Damien porque me hacía sentir confundida...

—Bueno, si lo hubieses tenido de amigo, podrías haber visto que estuvimos en una relación dos putos días ¡DOS! Hasta que se enteró el hijo de puta de su viejo y lo cagó a trompadas a él y a la mamá.

Tamara se tapa la boca horrorizada.

—Te necesito, Tamara —me largo a llorar sin poder contenerme y ella llora también cuando me abraza.

—¿Qué tengo que hacer?

—Ir. Te va a dejar pasar, porque, porque...

—Porque soy la mina que se cogió —dice sin más, admitiendo su rol. Es la chica que, para un idiota homofóbico como el padre de Damien, puede volver a hacer heterosexual a su hijo.

—Perdón, no te lo pediría sino estuviese desesperado —me disculpo. Sé que la estoy poniendo en una situación de mierda, en medio de un problema que no es suyo; pero la necesito demasiado en este momento.

—Por supuesto que voy a ir. Dame tu teléfono así te llamo en cuanto lo vea. Y no te hagas drama, Alejo, todavía podés hacerme limpiar el baño. Esto no cuenta.

—Gracias. Y perdón por el vudú —lloro y río a la vez y ella también.

—Perdonado. Yo encontré el chico de mis sueños gracias a ese muñeco y vos vas a recuperar el tuyo. Lo prometo.

Damien

Si quieren bajar de peso, no dejen las harinas. Prueben dejar a la persona que más aman en el mundo, después me dicen.

Al principio era la apatía lo que me impedía comer, ahora es mi propio organismo. De tantos días de sólo masticar un par de bocados, se me cerró el estómago. Casi todo me hace vomitar.

Con mi ánimo por el piso y ahora mi cuerpo en el mismo estado, doy una imagen patética.

Así me encontró Tamara.

—Hijo, vinieron a saludarte —escucho la voz de mi papá; suena feliz y eso es preocupante. Por un momento temí que fuesen Mariano y Lautaro que vienen a hacer leña del árbol caído. Afortunadamente, no.

Tamara sonrío como si nada, le hace chistes a mi viejo como cuando éramos novios y hasta le tira un «suegrito» jocoso. Yo no estoy de humor para estas cosas, no estoy de humor para nada. Me apoyo en la pared para no tambalearme, creo que me bajó la presión.

Tomo un trago de coca, me hace doler la panza, pero al menos me levanta un poco.

—Vení —me dice ella y me abraza—, vamos a mojar los pies en la pile. Como una boluda, no traje la malla.

La sigo, no tengo fuerzas para resistir ni para contestar. Mi viejo me regala una mirada de advertencia: «no la cagues».

—Tamara... —me quejo.

—Pah, estás peor que Alejo, boludo. Sentate que te vas a caer a la pile y no creo que pueda sacarte.

—Alejo —digo su nombre y estoy por volver a llorar.

—Lo vi en casa de Sebas, él está... Iba a decir bien, pero no, no está bien. Aunque está mejor que vos. Me mandó a verte, sabía que tu papá me iba a dejar pasar...

—No puedo llorar frente a él o se va a dar cuenta de que hablamos de Alejo —la voz me sale cortada.

—Primero, lo primero. Vamos a comer. ¡Dios, Damien! Se te notan las costillas —me reta.

—No puedo comer...

—Estoy acá para cuidarte, me mandó tu novio —remarca las palabras, recordándome que él sigue ahí para mí —. Si me voy habiéndote dejado mal, me va a matar. Ya le debo la limpieza del baño, ¿qué querés? ¿qué sea su esclava de por vida? —bromea y a mí se me llenan los ojos de lágrimas.

Se da cuenta que, en mi estado, no puede pretender que coma algo pesado. Así que prepara mate —dulce— y unas tostadas. Cuando mi viejo le sugiere algo más succulento, finge que está a dieta.

—No «suegrito», que no terminé con navidad y ya viene año nuevo, voy a rodar —le regala una sonrisa tan falsa como las que le brinda a Rita y por primera vez en más de una semana, me río —¿Por qué no vamos a tu pieza? —pregunta en tono inocente.

Me levanto y llevo el mate. No sé si voy a poder tolerar muchos más, pero hoy tengo ganas de intentarlo al menos.

Cuando cierro la puerta, me abraza y se le caen un par de lágrimas. A mí también.

—Casi no lo creo cuando me contó Alejo —dice.

—¿Cómo está? Necesito saber cómo está. Me deja mensajes, pero si... si... Dios, si me deja, si se va...

—Damien ¡No seas boludo! Alejo no te va a dejar. Está desesperado por vos, imaginate, me pidió ayuda a mí...

Sonrío.

—¿Te ganó la apuesta? —hablar de él me acelera el pecho. Recordar cómo se siente su nombre en mi boca, poder mencionarlo sin miedo a represalias.

—Es un peligro tu chico.

Ya. Límite. Me rompo.

Empiezo a llorar desconsolado. No es mi chico, dejé que se vaya, renuncié a él.

Tamara me abraza.

—No puedo más —le confieso—. Posta. No puedo, no puedo estar lejos de él. ¿Cómo hago? Si me voy, si dejo a mi vieja sola con él... Tamara, Tamara, te juro, cuando llegué y lo vi... la estaba moliendo a palos. ¿Y si no llegaba? ¿y si un día no estoy para frenarlo? ¿Cómo voy a poder vivir con la culpa? Tampoco sé cómo vivir sin Alejo.

Las dos caras de la moneda son una mierda. Tome la decisión que tome, voy a ser infeliz.

—Vamos a llamarlo —dice.

—¿Qué? No, no puedo. Si mi viejo...

—Lo llamamos del mío.

—Pero...

—Marcando... Si te hace sentir más tranquilo, me pongo a gemir así, si tu viejo pasa, no interrumpo —me hace reír—. Después de salir con Leonel, finjo de lo más bien.

Esta vez largo la carcajada.

—No creo que llegue el día que entienda qué hacías con ese boludo —le digo.

—Yo tampoco. El universo, diría Alejo.

Me pasa el celu con el contacto seleccionado. Doy llamar. Un solo tono tarda en atender.

—*Tamara ¿lo viste? ¿Te dejó pasar? ¿Cómo está? ¡Dios! Decime que está bien o te juro que lo secuestro. No aguanto más...*

—Alejo —digo y estoy llorando. Su voz, escucho su voz y ya soy feliz.

—*¿Damien? Damien. Damien, mi amor* —Desesperado. Así lo describió Tamara y así es exactamente como suena.

Ella me mira, mi habitación no es tan grande como para que pueda darme el espacio que necesito.

—Alejo. ¡Dios! Me estaba muriendo. Yo no puedo más, pero no sé qué hacer...

—*Ya se nos va a ocurrir. ¿Pudiste ver mis post? ¿También cortó ese medio? ¿quizá puedo crearme una cuenta falsa? ¿sería muy arriesgado? ¿creés que se va a dar cuenta?*

—¿Acabás de golpear algo? —pregunto entre risas y llantos cuando siento un sonido al otro lado.

—*Últimamente golpeo todo.*

—Alejo, te necesito —digo y largo el aire—. Es egoísta de mi parte, sé que no puedo pedirte, pero por favor... por favor, no me dejes. No me dejes...

—*Damien ¡La puta madre! Pah, ¡cómo te amo! Lo que te amo es increíble, eso explica que no te mate. Tenés un superpoder, podés hacer que me den ganas de zamarrearlo y besarte al mismo tiempo. No. Te. Voy. A. Dejar. Nunca.*

—Yo también te amo.

Escucho su risa cortada al otro lado.

—*Voy a estar acá siempre, mi amor. Siempre, ¿ok? Hay una solución, esto es temporal. Lo sé y vos también tenés que saberlo.*

—No aguanto más...

—*Yo voy a aguantar por los dos, Damien. Te lo juro. Lo único que vos tenés que hacer es estar bien, si vos estás bien yo puedo con lo demás* —su voz suena esperanzada, casi puedo sentir su fuerza a través del teléfono.

—Sí —contesto al darme cuenta que asentí con la cabeza y él no puede verme.

—*Esto que te voy a decir, lo dice mi parte racional, esa que gana todas las apuestas. Últimamente anda muy dormida, pero cada tanto recuerda cómo funcionar. Tenés que ayudar a tu vieja, no te enojés con ella...*

—La odio —lo interrumpo y siento la opresión en mi pecho—. La odio, odio quererla así, odio no poder dejarla, ella tendría que ser la que deja todo, no yo... ¿otra vez golpeaste algo?

—*Sí, mi cabeza contra la pared. Damien, yo también estoy caliente y hay días en que pienso que tu vieja no merece tu sacrificio, pero estoy equivocado ¿ok? El Alejo racional, pensante, que siempre tiene razón, me grita que pensar así sólo ayuda a tu viejo. Si la odiases, no estarías ahí. No la odiás, y ahora, más que nunca, necesita saberlo ¿ok? Así que cuando cortes conmigo...*

—NO.

—*Sí. El crédito de Tamara se va a terminar eventualmente* —bromea y logro sonreír—. *Cuando cortemos, vas a ir directo a abrazar a tu vieja y recordarle que sos «mamengo».*

«Mamengo», ¡cómo extrañaba sus palabras raras!

—*¿Vas a hacer eso? Prometemelo, Damien* —insiste.

—Lo prometo.

—*No es su culpa. No es «tu» culpa. Es culpa de tu viejo. Y hasta acá mi papel de superado, porque no pienso decir que está enfermo y también necesita ayuda... aunque sea cierto, ojalá lo pise un tren.*

—Te amo.

—*Yo más, te amo y sigo acá. Voy a dejar que seas vos quien se pone en contacto conmigo de la manera que te parezca más segura. Tamara, como habrás notado, tiene mi número. Si te sentís cómodo con ella... seguro no tiene problema. Sebas y Esteban también están en contacto. Martina, sé que solías hablar con ella... cualquier medio, siempre que me necesites, me va a llegar el mensaje y voy a estar al lado tuyo a la velocidad de un rayo.*

La voz de mi viejo llega desde la escalera, preguntando si Tamara se queda a cenar.

—Tengo que cortar... Te amo, Alejo. Te amo.

—*Yo también te amo.*

—¡No, papá! —grito sin abrir.

Me tiembla la mano cuando le doy el celu a Tamara.

—Vamos a tener que prender un porro para disimular tus ojos rojos... —me dice entre divertida y preocupada.

—Gracias.

—No hay de qué, es mejor que frotar una bañera.

Se queda conmigo hasta que la inflamación de mis ojos remite y después se despide.

—Le dije a Cristian que me espere a dos cuabras, no vaya a ser cosa que tu viejo lo vea y se dé cuenta.

—Es un buen tipo...

—Estoy hasta las manos, boludo. Y te sacó del podio —me pincha.

—Por lo menos sigo arriba de Leonel. Algo es algo.

Bajamos riendo.

—Comé —me murmura cuando me da un beso en la mejilla—. Hacelo de a poco, ponete alarmas en el celu, cada dos horas, un bocado.

Asiento.

—Chau —saluda al resto de la familia con la mano y se va.

Mi papá parece satisfecho y sube a ver la tele en su habitación mientras mi vieja cocina. Mi hermana está en la pile. Hago lo que prometí.

—Te quiero, ma —le digo y la abrazo. Veo las lágrimas caer de sus ojos y las seca con un *rollisec*.

Ese simple gesto desencadenó algo en ella.

Desde ese día, está rara. Muy, muy rara.

A la mañana siguiente, le dijo a mi viejo que la llamaron de la administración de mi departamento en Rosario por un problema con un caño.

Al otro día, vino mi tía Helena a casa. Discutieron; bueno, eso es una forma de decir, mi tía estaba enojada y mi mamá solo miraba el piso. No pude escuchar nada de lo que dijeron.

El 30, vuelve a mentir. Si yo olí la mentira, me da pavor pensar que mi papá pueda hacerlo. Se va a Rosario con la excusa de pagar algo urgente de mi departamento porque la administración cierra la primera quincena de enero por vacaciones.

El 31 de diciembre, es el día D.

—Chau, cielo —dice mi mamá a mi papá y lo besa— Volvé temprano, así estás descansado para la noche —completa con voz dulce.

—Tengo que trabajar, Cristina. No todos nos podemos rascar los huevos —contesta y mi vieja sonrío.

Es casi vomitivo. Estoy por volver a mi cuarto para no ver tamaña escena. Le prometí a Alejo que le iba a recordar a mi mamá a diario cuanto la quería, pero después de eso, no me dan ganas.

—Damien —me llama cuando el garaje se cierra. Me giro sin contestar.

—Si dejas a tu padre, vos... ¿vivirías conmigo?

—¿Lo... lo vas a dejar? ¿en serio? Ma... —pregunto entre la incredulidad y la esperanza.

Me mira.

Bajo los escalones que había subido y salto sobre ella. La abrazo.

—Sí. Quiero... es decir, yo...

—Sí, ma. Me voy con vos. Yo en enero puedo empezar a trabajar y ahí, con algo de ayuda, podemos vivir algo apretados... o la tía, la tía puede...

—Damien. Si lo dejas... si lo dejas, es ya.

—Ya.

—Ya. Ya. Ahora me refiero, hijo. Tenemos que juntar lo que podamos porque tu papá va a quemar lo que quede en cuanto se entere... y tengo miedo de dejar pasar más tiempo. Si se da cuenta... —se le quiebra la voz.

Entonces, lo entiendo. Tuvo un raptó de valentía, no sabe cuánto le va a durar, cuánto tiempo va a pasar hasta que el pánico se vuelva a apoderar de ella. Tantos años bajo su yugo la dejaron petrificada.

—Ya —es lo único que me sale decir y empiezo a llorar y reír al mismo tiempo.

—Alishya no viene —su voz suena empañada por el dolor—. Le pregunté anoche y me dijo que no vendría conmigo si dejo a tu padre.

—Va a cambiar de parecer, sólo está negando lo evidente. Porque duele, ma. Duele como el carajo saber que nuestro papá es capaz de hacer lo que hizo... Pero lo va a ver, lo va a ver y va a venir con nosotros. Te prometo, ma. Te prometo que no estás eligiendo entre tus hijos...

Sé que ese es su mayor miedo. La veo llorar, aunque su determinación no flaquea.

—Vamos. Ayúdame a bajar las valijas y metamos lo que más necesitemos, lodemás hay que darlo por perdido — dice.

Nos apuramos. Mi mamá me da una de las valijas grandes a mí y una de las chicas. No importa el destino, no importa si tenemos que vivir bajo un puente... Nos vamos.

—Conseguí un trabajo en Rosario —me dice mientras va y viene metiendo cosas. Me doy cuenta que no lo tiene tan improvisado. Se aseguró que Alishya estuviese en casa de una amiga y que tengamos un par de horas libres para juntar cuanto podamos—. Alquilé una casa, no es la gran cosa, pero no tengo mucho presupuesto y... y no pierdo las esperanzas de que tu hermana... —Se le corta la voz—, así que necesitaba otro dormitorio y de ese tamaño, barato. Bueno, difícil.

—Vamos a estar bien —aliento.

—Sí. Tu tía Helena me salió de garantía...

—¿Volviste a hablar?

Asiente en silencio. No dice más nada y entiendo que le duele.

Las dos valijas están a reventar y guardamos menos de la mitad de lo que tenemos.

—Empezaremos con esto... —dice resignada a la vez que esperanzada; siento un nudo en el pecho.

Tantos años con mi viejo la dejaron sola en el mundo. Alejada de todos; de su hermana, de sus amigas, de toda persona que la pueda ayudar. Cada ser vivo que quiso a mi mamá, fue alejado por mi papá y su obsesión por ella.

Yo no. Yo no estoy solo, mi viejo no logró romper mis lazos.

¡Ganamos! ¡Alejo y yo ganamos!

—Ma —le digo—, pidamos ayuda.

—Ya pedí mucho a tu tía...

—No ella.

—Hijo...

Agarro mi celu y marco el número que sé de memoria.

—¿Damien? —atiende al primer tono. Está ahí, a la velocidad de un rayo, como dijo que estaría.

—Alejo, lo estamos dejando. Mi mamá lo está dejando, pero necesito... necesitamos ayuda, tenemos sólo un par de valijas y...

—Voy, voy con todo. *Carguen bolsas, cajas, lo que encuentren. Yo llevo el resto...*
Cuelga.

Alejo

—Ma, pa, los necesito —les digo llorando cuando llego al living. Me tropecé con el escritorio y me hice mierda el dedo chiquito del pie y no me importa.

—¿Qué pasó? —preguntan preocupado al verme sacado.

—La mamá de Damien está dejando al padre, tenemos que ayudarlos a sacar las cosas.

Mi papá se pone de pie como si tuviese un resorte en el culo. Mi mamá apaga la hornalla en la que está cocinando las papas para la cena del 31.

Nada les importa más que ayudarme y no hay personas que ame más en el mundo en este momento. Bueno, a ellos y a Damien. Mi Damien.

—Llamemos a Juan Pablo, así viene con la chata.

—Necesitan valijas y bolsos... —digo.

—Vení, hijo —Me lleva mi mamá a su habitación—, vos que sos más alto, están ahí arriba.

Bajo las viejas valijas de viaje.

—Juan Pablo —escucho que mi papá habla por teléfono—, sí. Y trae cajas de la ferretería, están en el fondo.

Yo: Ema!!!!

Yo: Damien está dejando al padre!!!!

Ema: posta? Boludoooooooooooo

Yo: sí. Ya. Se están mudando a las corridas. Así que hoy a la noche te deseo feliz año desde lejos, amigoooooooo

O eso creo yo.

Mi hermano llega con la chata cargada de cajas vacías.

—Vayan ustedes —dice mi papá y abraza a mi mamá en la puerta. En la vereda de enfrente, Ema está dando saltos.

Llegamos a casa de Damien en tiempo record. Tiemblo cuando llamo a la puerta, los recuerdos de la última vez que estuve acá me estremecen.

Al verlo, corro a sus brazos. Estoy asustado, está muy flaco y ojeroso. Yo no estoy mucho mejor.

—Te amo. —Lo beso, lo abrazo y, por primera vez desde que lo conozco, soy yo quien lo levanta por las costillas.

—Yo también. Dios, Alejo, cuando este día termine, mandame un mensaje para leer cada vez que piense que estoy soñando — pide con voz ronca.

Me río con los ojos llenos de lágrimas.

—No va a ser necesario, no me voy a despegar de vos. Vamos, terminemos con esto rápido.

Parece mentira, la adrenalina nos empuja y mientras desvalijamos una casa como si fuésemos ladrones, nos reímos, hacemos chistes, y a veces, tengo que parar sólo para abrazar y besar a Damien.

—¿Cuánta ropa tenés? —lo cargo cuando cerramos otra valija.

—Los zapatos pónganlos en bolsas —sugiere mi hermano y así lo hacemos— ¿Qué más se quiere llevar, señora? —le pregunta a Cristina.

—No sé, creo que con la ropa...

—La mitad de esto es suyo, bastante vamos a tener que dejar atrás ¿quiere un televisor? —Me río. Juan Pablo tiene ese modo seco, poco emotivo y demostrativo, pero yo lo conozco, está furioso con el padre de Damien.

—Las ollas —pide Cristina y lo descoloca—. Será un regalo de mierda para una esposa, pero valen una fortuna y las adoro.

Vaciamos la bajo mesada y llenamos una caja con una batería completa de *essen*, ollas y sartenes de cerámica, un *wok* de aluminio, y no sé cuántas cosas más.

Seguimos cargando cajas y bolsas hasta que no entra más nada. Vamos a tener que hacer el camino a Rosario a máxima de ochenta. Al final nos llevamos uno de los televisores.

«Martina te agregó a un grupo».

«Sebas cambió el nombre del grupo a “Liberen a Willy”»

Martina: no es gracioso...

«Sebas cambió el nombre del grupo a “Los ángeles de Damien”»

Sebas: mejor?

Ema: jaja.

Martina: sos boludoooo

Lore: El único con suerte fue Alejo...

Sebas: hay que sumar a Tamara.

«Martina agregó a Tamara al grupo».

Tamara: ey?

Sebas: Damien se está mudando.

Tamara: posta? Wiiiiii

Sebas: sí, me dijo Esteban.

Esteban: me dijo Lore.

Lore: me dijo Martina.

Martina: me dijo Ema.

Ema: me dijo Alejo.

Yo: me dijo Damien :P estamos en viaje.

Ema: nosotros también XD

Yo: eh?

Martina: y yoooooooooooo

Lore: no me hablen, me lo vas a tener que prestar una noche Alejo, viajar un 31 es la muerteeeeeeee

Esteban: muerte es viajar con Sebas al volante, así que ya le quité el celu y contesto yo por él.

Ema: Ja. Yo en el auto con el padre de Alejo, vamos a ser los primeros en llegar.... A reyes.

Yo: jajaja. Posta están viajando?

Estoy emocionado.

Ema: fue idea de tu vieja, a mí no me mires.

Damien me mira extrañado y yo me muerdo el labio para no decirle: Su milagro de navidad está en camino.

Damien

Llegamos y tenemos que ayudarnos del GPS para encontrar la dirección. Es en zona oeste, cerca del padre Ignacio.

La casa es grande, de pasillo, está al fondo de la de un tal Alberto. Alberto saluda a mi mamá con cariño, como si de una hija se tratase.

—Vinieron unos chicos —dice el señor—, dijeron que a ayudar. Me parece a mí que esos vinieron a estorbar. Si me mintieron, llamo a la policía.

Estoy sorprendido y cuando miro derredor, veo el auto de Sebas estacionado. Sonrío ¿cómo se habrá enterado?

Pasamos por el pasillo que necesita una mano de pintura —cuando me acomode lo haré— y damos de lleno con un patio-galería.

—Hay parrilla, ma —le digo sonriendo.

Mi vieja está avergonzada. Siempre vivimos holgadamente y noto que le da pudor no poder brindarnos esa vida por su cuenta. Yo, en cambio, estoy hinchado por el orgullo de hijo.

—¡Y es enorme! —grita la voz de Esteban desde adentro.

—¡Qué haces, boludo! ¡Estás hecho mierda! —Sebas me abraza.

—Gracias —le contesto con sarcasmo y se ríe.

Empezamos a bajar cajas y tratamos de dejarlas dónde va a ser su lugar definitivo. Mi mamá insiste en dejarme la habitación más grande y yo insisto por la chica —qué distinto sería si la discusión fuese con mi hermana—. Estoy seguro de que va a llegar el día en que peleemos por las piezas, sé que va a recapacitar.

—Juan Pablo —dice Alejo—, vamos a vaciar el departamento de Damien y traer las cosas.

—Vos quédate acá —propone Esteban—, vamos nosotros tres, si total es traer todo lo que haya...

Sonrío de nuevo.

Mi mamá, Alejo y yo nos ponemos a limpiar. Para mi sorpresa, hay productos, una heladera vieja, una cama para mi mamá y algunas cortinas.

—Alberto me dejó traerlas cuando firmé el contrato. La heladera se la compré al vecino y la cama era de la tía, la trajo ella. Lo único que tuve que pagar fue el colchón, que lo entregaron ayer... —explica mi vieja.

—Te quiero, ma —la abrazo—. Me encanta la casa nueva.

Ella duda y yo lo digo en serio.

No, no es lujosa. De hecho, necesita muchos arreglos. Hay olor a encierro, algunas manchas de humedad en el techo, los muebles de la cocina no cierran bien y la canilla del baño pierde. Además, hay que limpiar a fondo, parece que hubiese pasado una década desde la última vez que alguien pasó un trapo. Así y todo, este lugar va a ser un hogar, algo que mi casa de Pergamino nunca fue.

Suena el timbre y caen Martina y Lorena. Martina llora cuando me abraza.

—¿Cómo hacés para que te quede bien un pañuelo en la cabeza? —dice a Lore y sonrío a pesar de las lágrimas—, ella queda re *pin-up* y yo estoy para ir a vender empanadas a Las Colectividades.

Alejo se ríe y la abraza.

—Sos hermosa, tarada. ¿O querés que le pidamos opinión a Ema?

Martina se pone colorada.

Ambas saludan a mi mamá y se ponen los guantes amarillos de goma. No hay uno que no esté fregando.

—Para mi viejo, cuando dice que no sé lo que es la *colimba* —se queja Lore en chiste.

Los chicos empiezan a caer con mis muebles y también aparecen Tamara y Cristian a dar una mano.

Juan Pablo, que es el que más sabe de arreglos, soluciona el problema de la canilla del baño y me explica que hacer con las manchas de humedad.

—Subí al techo —dice—, no es grave. Vas a tener que lavar bien, conseguite unos guantes para químicos, no lo hagas con los amarillos estos —Señala los de limpieza común— y dejá secar bien. Después, dos manos de pintura impermeabilizante.

—Bien ¿dejo secar cuánto?

—Las dos manos las das el mismo día, después espera a que llueva para ver si sigue filtrando, si no, ahí ya rasqueteas y pintas adentro.

—Gracias.

Con tantas manos ayudando, terminamos de arreglar la casa en tiempo record. No tenemos muchas cosas tampoco, pero están mis muebles —ahora tenemos dos teles— y la casa huele a perfumina y lavandina por todos lados. No quedó una mota de polvo.

—Bueno —dice Alejo y me guiña el ojo. Algo trama—. A bañarse. Que hay que cenar.

—Alejo —me acerco y hablo bajo—, nosotros, bueno... es año nuevo y tenemos lo puesto. Capaz vamos por ahí, a ver si hay algún lugar abierto que acepte sin reservas o... pero ya viste la heladera, tenemos de pedo para unos sándwiches.

Me besa. Me mira de nuevo, sonrío y me vuelve a besar.

—Siempre tan preocupón —dice de buen humor.

Todos se van, incluyendo a Juan Pablo, y quedamos mi mamá, Alejo y yo. Nos bañamos en turnos — como hay calefón no tenemos que esperar — y nos cambiamos no muy arreglados.

Vuelve a sonar el timbre y Alejo me sonrío tan pícaro que tiemblo.

Cuando voy a abrir, siento ganas de llorar de la felicidad.

Trajeron el año nuevo a casa.

Analía, Roberto y Ema, pasan cargados de *tuppers* y bandejas con comida.

—Mi abuela te manda un pan dulce con frutas —dice Ema y alza el envoltorio.

Atrás, Sebas, Esteban, Lore y Martina caen con bebidas y dos bolsas de hielo.

A las pocas horas, llegan Juan Pablo con la mujer y Lucia con su marido.

—No podían pasar el año nuevo solos, ¿o sí? —me dice Analía y me abraza como si fuese su propio hijo. Luego se gira a mi mamá y le dice—: Estoy feliz por usted y muy orgullosa. —Y la abraza como no hizo nadie en años.

Mi mamá llora feliz y emocionada.

—Damien —me dice Alejo al oído—, mis viejos son así de pesados, lo sabés, si tu mamá se siente incómoda, nos vamos —se ríe—, no nos vamos a ofender. Somos imposibles de ofender.

—Mi mamá está feliz, Alejo. Yo estoy feliz. Te amo, te amo, te amo. No me voy a cansar nunca de decirlo. —Lo abrazo y lo beso y no quiero soltarlo.

—Ni yo de escucharlo. Feliz navidad y en breve, feliz año nuevo.

—Año nuevo...—lo espero para completar la frase—, vida nueva.

Eplílogo

Damien.

Es el cumple de Alejo y lo tengo todo para mí. Aunque todavía estamos en enero, se vino a pasar el día conmigo —lo amo, ¿lo dije ya?— y a la noche salimos con amigos.

Ema, que también vino para festejar, se fue con Martina, así nosotros aprovechamos un par de horas el departamento. Sí, temporada de turnos, porque ahora no vivo solo, vivo con mi mamá y mi hermana.

Llamé todos los días a Alishya desde la mañana que nos fuimos, le repetí todas las veces que la quería y le dije lo mismo que Alejo me dijo a mí «si me necesitás, voy a estar a la velocidad de un rayo».

Por desgracia no soy un rayo y tengo cien kilómetros de distancia; llegué en el mínimo tiempo en que pueden ser recorridos, la abracé, volví a decirle que la quería y la ayudé a armar las valijas. Mi papá le había dado un cachetazo.

Desde entonces, mi viejo cambió de táctica; no usa la violencia, sino una densa y mucho más peligrosa persuasión. Le dice a mi mamá que la ama, le manda flores y regalos y la llama a diario. Sin embargo, cuando hay abogados de por medio, vuelve a perder los estribos y a gritarle las peores cosas.

Mi mamá no flaquea y yo tampoco pienso hacerlo.

Estuve toda la semana dándole vueltas al regalo para Alejo, por primera vez en mi vida no tengo un mango partido al medio; hay que ser creativos.

Le pedí a mi vieja ayuda. Si hubiese sabido cómo iba a terminar el regalo, estoy seguro que no me ayudaba.

Hice un *lemon pie*.

Le agregué una tarjeta que dice «Al final, nunca comiste tu postre. Feliz cumpleaños. Te amo. Damien».

Un concejo de cocina, el secreto del *lemon pie* está en el merengue —guiñó, guiño—.

—Todavía estoy pegoteado —se ríe saliendo desnudo del baño y yo estoy por abalanzarme sobre él de nuevo.

—¿Dónde? —Le paso la lengua por el cuello—¿acá?

Vuelve a reír y me esquivo.

—Ya va a volver Ema, no creo que quieras que te encuentre así —me señala.

Yo aún llevo restos de merengue.

—Capaz le gusta —digo bromeando.

—¿A quién no? —replica y me besa.

Me baño. Alejo tenía razón, es bastante difícil de sacar el pegote. No me quejo, valió la pena.

Empiezo a vestirme con pereza, hace un calor mortal. Si estuviésemos solos, ni pensaría en ponerme ropa. Agarro el celu y me tiro en la cama. Me pongo a revisar *Face* de aburrido nomás, paso las publicaciones sin prestar mucha atención, hasta que llego a una.

Salto como un resorte.

—¡Alejo! —grito

—¿Qué?

—Mirá el muro de Martina ¡la puta madre! ¡Ese hijo de puta! ¡Lo voy a matar! ¡lo voy a torturar

primero y después lo voy a matar! —grito sacado. Al ver que no me explico, Alejo agarra su celu y revisa.

Antes de que llegue a la publicación, le suena en la mano.

—Hola, sí... —Su cara pasa de la alegría al susto. Yo me le pego para sostenerlo porque parece que se va a caer. Está pálido y se pasa los dedos por los mechones del pelo desesperado—. ¿Cuándo? —Silencio—. Sí. —Pausa—. ¿Dónde? —Lágrima—. ¿Te dijeron algo más? —Me abraza—. Ya estoy yendo, por favor, no manejes así, decile a mi mamá que te traiga. No manejes así ¿Me escuchaste? Yo te llamo en cuanto tenga novedades, si estás al volante no vas a poder atender. Ok. Te quiero.

—¿Qué pasó? —Un sudor frío me recorre la espalda. Dos desgracias juntas no son coincidencia.

—Era la madre de Ema, la llamó la policía, Ema está en el HECA* con una herida punzante. Eso es todo lo que sabe...

—Alejo, estoy seguro que tiene que ver con esto... —Le muestro el muro de Martina.

—¡Vamos! Si a Ema le pasa algo, el ex de Martina jamás va a volver a respirar —me dice furioso y llorando y salimos corriendo.

Notas

***Pulpito**: marca de pegamento. No contiene tolueno por lo que no se utiliza para drogarse. De ahí el tono irónico de Sebastián.

***HECA**: Hospital de emergencia Clemente Álvarez

Glosario

Boludo: (Como insulto) Tonto, idiota. (Entre pares) Trato de extrema confianza.

Pelotudo: Tonto, idiota.

Posta: de verdad, en serio.

Groso o capo: habilidoso o bueno en algo.

Factura: masa o panecillo similar al croissant.

Frutilla: fresa.

Chirlo: nalgada.

Curtite: similar a “vete al demonio”.

Amargo: persona sin alegría o que está de mal humor.

Ortiva: En el lunfardo rioplatense hace referencia a aquel que delataba con la policía. Entre los jóvenes, se le dice a alguien que arruina la fiesta o aporta mal humor.

Mala onda: Mal humorado.

Copado: genial.

Che: Es muy propia de los argentinos y no tiene traducción. Puede usarse tanto para llamar la atención de alguien antes de comenzar una oración, como para finalizarla. Denota confianza entre los que hablan.

Cagón: cobarde.

Cobrar en negro: Trabajar sin estar registrado impositivamente.

Colgarse: en una charla o en un encuentro, hace referencia a perder la noción del tiempo.

Mina: chica, mujer.

Tipo: chico, hombre.

Mango o guita: plata, dinero.

Chamuyar: Depende el contexto, puede ser mentir o endulzar el oído, casi siempre para conseguir conquistar a alguien.

Stalker: Acosador en inglés. En español, hace referencia a una persona que persigue a otra virtualmente.

Free lance: Trabajo sin empleador, directo con el cliente.

MILF: Mother I like to fuck. Expresión en inglés que se usa para hablar de mujeres entradas en años que aún son muy bellas.

OMG: Oh my god. ¡Oh Dios Mío!

Agradecimientos

Entonces, me besó es una historia que nació en la soledad de mi casa. Sin embargo, muchas personas me ayudaron a llegar hasta aquí.

Lisando, mi esposo, por su apoyo incondicional. Nada de esto sería posible sin vos.

A mis amigas —ex gauchas— con quienes compartimos mucho más que libros. En especial a Gise, propulsora de este sueño; a Angy por su amistad inquebrantable; a Chiquita y Mirta por ser mis lectoras cero y jugar a ser correctoras mientras yo juego a ser escritora.

A Cele Franco, por su ayuda invaluable en léxico adolescente.

A mi familia, que desde lejos me acompañan.

A mis primeros lectores de *Wattpad* por apoyarme con sus comentarios y darme la confianza que necesitaba.

A todos los que han llegado hasta aquí, por permitirme a mí y a mis personajes formar parte de sus vidas por unas horas.

¡Gracias!

Gei

Sobre la autora

Gei

Mónica Thomas.

Nací en Pergamino, Buenos Aires, el 8 de enero de 1986.

A los dieciocho años, dejé mi ciudad natal para ir a estudiar a Rosario la carrera de Ingeniería en Sistemas. Sin embargo, pronto supe que mi vocación estaba relacionada a los libros.

Toda la vida fui una gran lectora, pero no fue hasta que descubrí el género romántico que me volví voraz. Desde entonces, siempre participé de grupos de lectura, foros y, más recientemente, grupos de Facebook en dónde se comparten recomendaciones y novedades.

Entonces, me besó es mi primera novela publicada bajo el pseudónimo de *Gei*.

Actualmente vivo en Zúrich, Suiza, lejos de las computadoras y un poco más cerca de las letras.

Facebook: /monica.thomas.75

Twitter: @MonikaAThomas

Otra obra del autor

Entonces, me abrazó



Sinopsis

Martina está atrapada en una relación de la que sabe debe huir, pero no encuentra la fuerza para hacerlo. Hasta que conoce a Emanuel.

Emanuel Aguirre le enseñará la diferencia que existe entre los lazos sanos y los enfermos, entre entregarse a alguien y someterse, entre ser amada y ser un objetopreciado.

¿Podrán estos nuevos sentimientos ser lo suficientemente fuertes para sanar las heridas de Martina y ayudarla a salir adelante?